MIRIAM TOEWS

Pequeñas desgracias sin importancia

TRADUCCIÓN DE JULIA OSUNA AGUILAR

narrativa sexto piso

Pequeñas desgracias sin importancia

MIRIAM TOEWS

TRADUCCIÓN DE JULIA OSUNA AGUILAR

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.
Título original
All My Puny Sorrows

Copyright © MIRIAM TOEWS, 2014

Primera edición: 2022

Traducción
© JULIA OSUNA AGUILAR

Imagen de portada
© LARA LARS

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2022
América, 109,
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
c/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierdo
28014, Madrid, España
www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-19261-21-2

Canada Council for the Arts | Conseil des arts du Canada
We acknowledge the support of the Canada Council for the Arts for this translation.

Para Erik

UNO

Nuestra casa se la llevaron en el remolque de un camión una tarde a finales del verano de 1979. Mis padres, mi hermana mayor y yo nos quedamos plantados en medio de la calle mientras la veíamos desaparecer: una construcción achaparrada de una planta, en madera, ladrillo y escayola, que fue recorriendo lentamente la First Street y dejando atrás el A&W y la bolera Deluxe hasta que se incorporó a la nacional 12 y se perdió de vista para siempre. Todavía se ve, repitió mi hermana Elfrieda una y otra vez, hasta que dejó de verla. Todavía se ve, todavía se ve, todavía se… Vale, no, ya está.

La había construido mi padre con sus propias manos cuando estaba estrenando esposa y sueños. Apenas tenían veinte años. Mi madre nos contaba que eran tan jóvenes y estaban tan rebosantes de energía que las tardes que hacía mucho calor, en cuanto mi padre volvía del instituto y ella terminaba de hornear lo que fuera y el resto de tareas, atravesaban corriendo el chorro del aspersor de su nuevo jardín y se dedicaban a pegar saltitos y chillidos, totalmente ajenos a las miradas de consternación de sus vecinos mayores, a quienes les parecía muy poco decoroso que una pareja de menonitas recién casados retozara alegremente, a medio vestir y a la vista de todo el pueblo. Años más tarde mi hermana describiría aquella escena como el momento *Dolce Vita* de mis padres, con el aspersor haciendo las veces de Fontana di Trevi.

¿Adónde se la llevan?, le pregunté a mi padre. Seguíamos allí plantados en medio del asfalto. Ya no había casa. Hizo visera con la mano para que no le deslumbrara el sol. No sé, contestó. Ni quería saberlo. Mi hermana, mi madre y yo nos montamos en el coche y esperamos a que mi padre hiciera lo propio. Pero se quedó mirando al vacío durante lo que me pareció una eternidad. Elfrieda protestaba, el plástico del asiento estaba ardiendo y tenía las piernas achicharradas. Mi madre por fin alargó la mano y tocó el claxon, con tacto, no tan fuerte como para sobresaltar a mi padre pero sí lo justo para que se volviera y nos mirase.

Ese verano hacía un calor horrible y todavía nos quedaban varios días para poder entrar a vivir en la nueva casa, que era igual que la antigua salvo porque no la había construido mi padre con su primorosa atención a detalles como un largo porche cubierto en el que poder sentarse a mirar las tormentas eléctricas sin empaparse, de modo que mis padres decidieron que lo mejor era irnos de acampada al parque nacional de las Badlands en Dakota del Sur.

Nos pasamos todo el tiempo, o esa impresión me dio, montando y desmontando cosas. Mi hermana, Elfrieda, decía que aquello no era vida –que si parecía que estuviésemos en un hospital psiquiátrico en el que todos

dábamos vueltas con el único fin de sobrevivir y conservar la energía, que si parecía un campo de refugiados, que si era un sanatorio para neuróticos de guerra, que si esto y aquello, no le gustaba nada ir de acampada– y mi madre le contestaba que a ver, cielo, la idea es alterar la percepción de las cosas. Eso también lo puede hacer París, replicaba Elf, o el LSD, y mi madre venga, hija, la cosa es estar los cuatro juntos, vamos a hacer las salchichas, anda.

Nuestro hornillo tenía una fuga y acabó explotando y salieron unas llamas de un metro y pico de alto que calcinaron la mesa de pícnic pero, mientras esto pasaba, mi hermana se puso a bailar alrededor del fuego y a cantar «Seasons in the Sun» de Terry Jacks, una canción sobre una oveja negra que se despide de todo el mundo porque está muriéndose, y nuestro padre maldijo por primera vez en la historia (¡por los clavos de Cristo!) y se quedó muy pegado al fuego como en posición de hacer algo pero ¿el qué?, ¡el qué!, y nuestra madre tampoco se movió y no hacía más que temblar y reír, incapaz de hablar. Yo les grité a los tres que se apartaran del fuego pero no se movieron ni un milímetro, como si los hubiera colocado allí el director de una película y el fuego fuese de mentira y se arriesgaran a cargarse la escena si se movían. Hasta que cogí un cubo de helado Rainbow medio vacío que había en la mesa de pícnic y atravesé corriendo el césped hasta la fuente comunal, lo rellené de agua, volví corriendo y lo tiré a las llamas, que se elevaron aún más, mezcladas con los olores a vainilla, chocolate y fresa, hacia las ramas muy vencidas del álamo de al lado. Una llegó a prenderse pero fue solo un momento porque entonces el cielo se ensombreció y de pronto la lluvia y el granizo iniciaron su propio ataque sorpresa y por fin estuvimos a salvo, al menos de las llamas.

Esa misma noche, una vez que pasó la tormenta y que el hornillo defectuoso acabó en un gran contenedor enrejado a prueba de pumas, mi padre y mi hermana decidieron asistir a una charla sobre el hurón patinegro, un animal que se había creído extinguido pero nada más lejos. La daban en el pequeño anfiteatro de la zona de acampada y a lo mejor se quedaban también a la segunda charla, dijeron, la daba un experto en astrofísica y era sobre la naturaleza de la materia oscura. ¿Qué es eso?, le pregunté a mi hermana, que me contestó que no lo sabía pero que creía que constituía una gran parte del universo. No se ve, me explicó, pero podemos sentir sus efectos o algo parecido. ¿Es maligna?, quise saber, y se rio, y la recuerdo perfectamente, ¿o debería decir que tengo un recuerdo perfecto?, de ella allí de pie con sus pantalones muy cortos y su camiseta con el ombligo al aire y las Badlands erosionadas y ensombrecidas a su espalda, la cabeza hacia atrás, muy atrás, su cuello largo y fino con la gargantilla de cuero blanca con la piedrecita azul en medio, la carcajada que soltó como una ráfaga de tiros al aire, desafiando al mundo, venid si tenéis valor. Mi padre y ella se fueron hacia el anfiteatro con mi madre gritándoles por detrás –¡haced ruido de besos para espantar a las serpientes de cascabel!–, y mientras ellos aprendían cosas sobre fuerzas invisibles y extinción, mi madre y yo nos quedamos jugando al Qué hora es, señor Lobo al lado de la tienda, con los últimos borrones de sol de poniente

como telón de fondo.

En el camino de vuelta desde Dakota fuimos muy callados en el coche. Nos habíamos pasado dos días y medio conduciendo en una dirección desconocida que nos alejaba de East Village hasta que por fin mi padre dijo que bueno, ya está, supongo que es hora de volver a casa, como si hubiera estado intentando inventarse algo y en ese momento hubiera decidido rendirse sin más. Íbamos en el coche mirando solemnemente por las ventanillas bajadas, hacia los oscuros e irregulares afloramientos del macizo del Labrador. Tierra hostil, dijo mi padre casi imperceptiblemente, y cuando mi madre le preguntó qué había dicho, él le señaló las rocas y ella asintió, ah, pero con poco convencimiento, como si hubiera esperado que se refiriese a otra cosa, a algo que pudieran desafiar los dos juntos. ¿En qué piensas?, le susurré a Elf. Teníamos el pelo alocado por el viento; el suyo negro, el mío amarillo. Íbamos las dos tendidas a lo largo en el asiento de atrás, con las piernas enredadas y cada una con la espalda contra su puerta. Mi hermana estaba leyendo *Los amores difíciles* de Italo Calvino. Si no estuvieras leyendo, ¿qué estarías pensando en estos momentos?, volví a preguntarle. En una revolución, contestó. Le pregunté que a qué se refería y me dijo que ya lo vería algún día, que todavía no me lo podía contar. ¿Una revolución secreta?, quise saber. Y entonces dijo en voz alta para que la oyésemos los tres: No volvamos. Nadie contestó. El viento soplaba. Nada cambió.

Mi padre quiso parar a ver unas pinturas rupestres hechas con ocre que había en las escarpaduras rocosas que rodeaban el lago Superior. Se habían conservado misteriosamente a pesar de las arremetidas del sol, el agua y el tiempo. Detuvo el coche y enfilamos por un caminillo estrecho y escarpado que conducía al lago. Nos encontramos con un cartel que nos advirtió del ¡Peligro! y que explicaba en letras más pequeñas que podían surgir de la nada olas gigantes que habían llegado a tirar a gente de las rocas y que nosotros éramos los responsables de nuestra propia seguridad. Dejamos atrás varios de esos carteles camino del agua y, a cada funesta advertencia, el ceño ya de por sí fruncido de mi padre se fue frunciendo aún más hasta que mi madre le dijo: Jake, tranquilo, hombre, que te va a dar algo.

Cuando llegamos a la orilla rocosa nos dimos cuenta de que para poder ver los «pictogramas» había que pasar casi de puntillas por un saliente de granito mojado y resbaladizo con varios metros de caída sobre al agua espumeante y quedarse luego colgado de una gruesa cuerda que había fijada con picas a la roca e inclinarse entonces muchísimo sobre el lago hasta ponerse casi en horizontal y rozando el agua con el pelo. Bueno, dijo mi padre, hasta aquí hemos llegado, ¿no? Leyó la placa que había junto al sendero con la esperanza de que su contenido bastara. Ah, dijo, el geólogo que descubrió estas pinturas las llamó «sueños olvidados». Acto seguido se quedó mirando a mi madre y le preguntó: ¿Lo has oído, Lottie? Sueños olvidados. Se sacó del bolsillo una libretilla que llevaba consigo y apuntó el detalle. Pero mi hermana estaba tan cautivada por la idea de suspender el cuerpo sobre una cuerda por encima de las olas rompientes que salió corriendo antes de que nadie pudiera pararla.

Mis padres le gritaron que volviera, que fuera con cuidado, que tuviera dos dedos de frente, que se comportara, que regresara inmediatamente, y yo me quedé allí muda y cariacontecida, mirando con horror lo que habría de ser el final pasado por agua de mi intrépida hermana. Se cogió con fuerza a la cuerda y contempló las pinturas, nosotros tres no las veíamos desde donde estábamos, y luego nos fue describiendo lo que veía, imágenes básicamente de extrañas criaturas erizadas y otros símbolos crípticos de un pueblo orgulloso y prolífico.

Cuando por fin estuvimos de vuelta los cuatro vivitos y coleando en nuestro pequeño pueblo, que estaba en el extremo más occidental del macizo rocoso, entre sembrados azules y amarillos, no sentimos alivio alguno. Estábamos ya en la casa nueva. Mi padre podía sentarse en el sillón del jardín delantero y ver, a través de los árboles al otro lado de la nacional hasta la First Street, el solar donde estaba antes nuestra antigua casa. Él no había querido que se la llevasen. No había sido idea suya. Pero el dueño del concesionario de coches vecino se empeñó en hacerse con nuestra parcela para poder extender su negocio y le dedicó prolijas amenazas sometiéndolo a una presión implacable hasta que un día mi padre se hartó y acabó cediendo y se lo vendió al de los coches por una bicoca, en palabras de mi madre. Son solo negocios, Jake, le dijo el vendedor de coches a mi padre el domingo siguiente en misa, no te lo tomes como algo personal. Aunque East Village se había fundado como un pío refugio de todos los vicios del mundo, ambas cosas, la religión y el comercio, se habían unido inextricablemente no se sabía muy bien cómo y cuanto más ricos se hacían los habitantes de East Village, más devotos se volvían también, como si creyeran que la religiosidad se recompensaba con la prosperidad del negocio y la acumulación de riquezas, y que a su vez también la acumulación de riquezas fuese una bendición de Dios, de modo que cuando mi padre se opuso a venderle la casa al tipo del concesionario flotó en el ambiente un tufo a acusación, como si, al resistirse, mi padre no estuviera siendo un buen cristiano. Era eso lo que se insinuaba. Y si algo quería mi padre en esta vida era ser un buen cristiano. Mi madre lo animó a luchar, a mandar a paseo al de los coches, y Elfrieda, que como era mayor que yo estaba más al tanto de lo que ocurría, intentó recoger firmas entre los del pueblo para evitar que los negocios se expandieran y se llevaran por delante los hogares de la gente. Pero no hubo manera de acallar la culpa persistente de mi padre ni la sensación de que de algún modo había pecado si tenía que estar luchando por lo que de entrada era suyo. Además, en East Village consideraban a mi padre un tipo raro, un perro verde, un hombre callado, depresivo y estudioso que se daba paseos de quince kilómetros por el campo y que creía que uno se ganaba el cielo a fuerza de leer, escribir y reflexionar. Mi madre siempre luchaba por él (aunque sin pasarse porque, al fin y al cabo, era una esposa menonita fiel y no le habría gustado poner patas arriba el tinglado de la jerarquía doméstica), pero como de todas formas era mujer tampoco le hacían demasiado caso.

Ya en nuestra casa nueva, mi madre vivía inquieta y entre ensoñaciones;

mi padre daba porrazos moviendo cosas en la cochera; yo me pasaba los días construyendo volcanes en el jardín de atrás o dando vueltas por las afueras del pueblo, acechando por el perímetro como un chimpancé enjaulado, y Elf empezó a trabajar en «potenciar su visibilidad». Las pinturas rupestres la habían inspirado, con su impermeabilidad y su mensaje contradictorio de esperanza, reverencia, desafío y soledad eterna. Y había decidido que ella también quería dejar su marca. Se inventó un diseño que incorporaba sus iniciales EVR (Elfrieda von Riesen) y, debajo, las siglas PDS. Después la letra I, que reculaba con su palito de abajo y subrayaba las demás letras para luego rodearlas hasta llegar al de arriba. Me enseñó cómo le había quedado, en un clásico cuaderno de rayas amarillo. Hum, dije, no lo pillo. A ver, me explicó, las iniciales de mi nombre está claro que son las iniciales de mi nombre y el PDS es por «Pequeñas Desgracias Sin…», seguido de la I de Importancia que alarga el palito inferior hasta rodear al resto de las letras. Cerró el puño de la mano derecha y se pegó contra la palma abierta de la izquierda. En esa época tenía la costumbre de remachar las ideas colosales que tenía pegándose un puñetazo a sí misma.

Ajá, entiendo, es muy… ¿De qué es?, le pregunté. Me contó que lo había sacado de un poema de Samuel Coleridge, que claramente habría sido novio suyo si ella hubiera nacido en la época en que debería haber nacido. O él en la tuya, dije yo.

Me contó que pensaba pintar ese símbolo en distintos monumentos del pueblo.

¿Qué monumentos?, pregunté.

El depósito del agua, por ejemplo, me dijo, o las cercas de las casas.

¿Te importa si te hago una sugerencia?, le pregunté, y me miró con desconfianza. Ambas sabíamos que yo nada podía aportar en eso de dejar una huella propia en este mundo –habría sido como si un acólito de Jesús dijera: Oye, ¿tú a cuanta gente conseguiste dar de comer con un pescado y dos rebanadas de pan? ¿A cinco mil? ¡Pues mira esto!– pero ese día se sentía magnánima, emocionada como estaba por su logro, y asintió enérgicamente.

Mejor no utilices tus iniciales, le sugerí. Si no, el pueblo entero sabrá de quién son y luego los fuegos del averno caerán sobre nosotros y todas esas cosas…

Nuestro pueblecito menonita estaba en contra de todo símbolo manifiesto de esperanza y de toda firma individual. En cierta ocasión el pastor de nuestra iglesia había acusado a mi hermana de deleitarse en las aflicciones de sus propias emociones disipadas, a lo que ella le había contestado, haciendo una reverencia profunda y una extravagante floritura con el brazo, *¡Mea culpa,* milord! Era la época en que andaba siempre recogiendo firmas. Hizo una encuesta por las casas para ver cuántos del pueblo estarían interesados en cambiar el nombre de East Village por Shangri-La y consiguió más de cien firmas diciéndole a la gente que era un nombre bíblico que significaba «lugar sin orgullo».

Humm, puede ser, dijo. A lo mejor escribo solo PDSI, con la I rodeando

todo. Será más misterioso, más *je ne sais quoi.*

Ajá… Eso es.

Pero ¿no te parece total?

Sí, sí, dije. Y tu novio Samuel Coleridge también lo va a flipar.

Hizo un repentino tajo de karateka en el aire y luego se quedó mirando a lo lejos como si acabara de escuchar una ráfaga distante de fuego enemigo.

Eso, como tristeza objetiva, que no es lo mismo.

¿Que no es lo mismo que qué?

Yoli, pues que no es lo mismo que la tristeza subjetiva, está claro.

Ah, vale, dije. Claro, está claro…

Todavía queda por East Village algún que otro PDSI pintado en espray rojo, aunque ya casi se han descolorido del todo. Se han descolorido mucho más rápido que los recios pictogramas de ocre que los inspiraron.

Elfrieda se ha hecho un corte nuevo justo encima de la ceja izquierda. Tiene la frente sujeta por siete puntos de sutura. Son negros y rígidos, con las puntas sobresaliéndole de la cabeza como antenas de bichos. Cuando le pregunto cómo se lo ha hecho me dice que se ha caído en el baño. Cualquiera sabe si es verdad… Ya tenemos las dos cuarenta y pico años. Ha llovido mucho y a la vez no ha llovido nada. Elf me dice que necesita unas tijeras para abrir el paquete de pastillas, el que le han dado las enfermeras. Mentira cochina. Le digo que sé perfectamente que no tiene ningún interés en tomarse las pastillas a no ser que sean en tal cantidad que su efecto combinado le provoque un infarto, así que ¿por qué va a querer unas tijeras para abrir el paquete? Aparte, puede hacerlo de sobra con las manos. Aunque, claro, nunca se arriesgaría a dañarse las manos.

Elfrieda es concertista de piano. A veces, de pequeñas, me dejaba pasarle las páginas en las obras rápidas que todavía no se sabía de memoria. Lo de pasar las páginas es todo un arte. Yo tenía que ir justo por delante de ella en la partitura y moverme como una serpiente al volver las páginas para que no rechinaran, no se pegaran ni hicieran ruidos raros. En palabras de ella. Me hacía practicar una y otra vez, pegaba la oreja a cinco centímetros de la página, a la escucha. ¡Lo he oído!, decía. Y yo tenía que repetirlo hasta que ella se quedaba satisfecha cuando por fin conseguía no hacer ni el más mínimo ruido. Me gustaba la idea de ir por delante de ella en algo. Era todo un orgullo pasar sin fisuras de una página a otra para mi hermana. Hay un momento justo para pasar la página y, si me adelantaba o me retrasaba, mi hermana paraba de tocar y me chillaba: ¡El último compás!, decía. ¡No pases hasta el último compás! Luego aplastaba los brazos y la cabeza contra las teclas y dejaba pulsado el pedal del sostenido para que su sufrimiento reverberara por toda la casa con un eco perturbador.

No mucho después del incidente de las vacaciones y de que Elf hubiera estado paseándose por todo el pueblo dejando huella con su pintura roja, el obispo (el menonita alfa) tuvo a bien dejarse caer por casa en una de sus «visitas». A veces hablaba de sí mismo como de un ranchero que fuera a «reparar cercas» en esas reuniones, cuando en realidad parecía más bien una redada. Esa vez se presentó un sábado formando una caravana con su típica pandilla de ministros, cada uno en su propio coche negro de capota rígida (nunca comparten coche porque es mucho menos efectivo a la hora de crear terror que trece o catorce hombres idénticamente vestidos saliendo de un mismo coche), y mi padre y yo los observamos desde la ventana mientras aparcaban delante de la casa y salían de los coches y se acercaban lentamente, uno detrás de otro, como en una conga desganada. Mi madre estaba en la cocina lavando los platos. Se había percatado de su llegada pero estaba ignorándolos con toda la intención, tomándose aquella «visita» como un inconveniente menor que no habría de interferir mucho en su rutina. (Era el mismo obispo que había reprendido a mi madre por llevar un vestido de novia demasiado pomposo y ahuecado por abajo. ¿Cómo se supone que he de interpretar tamaño exceso?, le había preguntado él). Mi hermana estaba en alguna parte de la casa, seguramente trabajando en su *look* Pantera Negra o haciéndose otro agujero en la oreja con una patata y alcohol de farmacia o domando sus demonios por ahí.

Fue a abrirles mi padre y los hizo pasar. Se sentaron todos en el salón y clavaron la mirada bien en el suelo, bien, por momentos, unos en otros. Mi padre se quedó solo con cara de pánico en medio de la sala, totalmente rodeado, como el único superviviente de una extraña partida de balón prisionero. Mi madre tendría, entre comillas, que haber salido de la cocina en el acto, toda trajín y calidez, y haberles ofrecido a los hombres café o té y alguna clase de elaborado pastel casero seleccionado con esmero de *El recetario menonita,* pero en cambio se quedó donde estaba, entrechocando platos y silbando con una despreocupación forzada, por lo que mi padre tuvo que defenderse solo. Ellos dos ya habían discutido sobre el tema. Jake, le había dicho ella, cuando vengan, les dices que no es buen momento. Que no tienen derecho a venir aquí en bandada a nuestra casa a tontas y a locas. Él le respondió que no sería capaz, que simplemente no podría hacerlo. Así que mi madre se ofreció a hacerlo y él le rogó que no hasta que ella cedió pero le dijo que no pensaba quedarse allí dando vueltas de brazos cruzados mientras esa gente se dedicaba a planear la crucifixión de su familia. Aquella visita en concreto se debía a las intenciones de mi hermana de estudiar Música en la universidad. Tenía solo quince años pero las autoridades se habían enterado por un soplón del pueblo de que mi hermana «había expresado un anhelo imprudente por abandonar la comunidad» y la sola idea de la enseñanza superior hacía que les echara humo la cabeza, más aún en el caso de las chicas. Para esos hombres no había mayor enemigo que una chica con un libro.

Acabará subiéndosele a la cabeza, le dijo uno a mi padre en el salón, a lo

que el pobre no supo qué responder pero asintió dándole la razón y se quedó mirando anhelante hacia la cocina, donde estaba atrincherada mi madre, azotando moscas con el trapo de cocina y ablandando la ternera con el mazo para hacer *schnitzel.* Yo estaba callada al lado de mi padre en el áspero sofá, empapándome del *«eau* de desdén» de aquellos hombres, tal y como lo describió mi madre. Oí entonces que ella me llamaba. Fui a la cocina y la vi sentada en la encimera, con las piernas colgando y bebiendo zumo de manzana directamente de la garrafa. ¿Dónde está Elf?, me preguntó. Me encogí de hombros. Y yo qué sé. Me aupé en la encimera a su lado y me pasó la garrafa. Escuchamos los murmullos procedentes del salón, una mezcla de inglés y *plautdietsch,* el idioma medieval medio holandés y sin escritura que hablaban todas las personas mayores de East Village. (A mí en *plautdietsch* me llamarían *Jacob von Riesen's Yolandi,* y cuando mi madre se presenta en ese idioma dice «Soy la de Jacob von Riesen»). Y entonces pasó un minuto o dos y escuchamos los primeros acordes del «Preludio en sol menor», *Opus 23* de Rajmáninov. Elf estaba en el cuarto de invitados que había al lado de la puerta de la calle, donde teníamos el piano y donde en esa época ella pasaba gran parte del día. Los hombres pararon de hablar. La música empezó a escucharse con más fuerza. Era la obra favorita de Elf, quizá la banda sonora de su revolución secreta. Llevaba dos años trabajando sin descanso con una profesora del conservatorio de Winnipeg que venía a darle clase dos veces en semana y mis padres y yo estábamos familiarizados con todos los matices de la obra, su agonía, su éxtasis, su respeto absoluto por la importancia de los devaneos caóticos de un monólogo interior. Así nos lo había descrito mi hermana. Técnicamente los pianos ni siquiera estaban permitidos en el pueblo: traían a la memoria los *saloons,* los bares clandestinos y la alegría desatada, pero mis padres lo colaron igualmente en la casa porque un médico de la ciudad había sugerido que le dieran a Elf una «salida creativa» a sus energías para impedir que se volviera «indómita», una palabra de siniestras implicaciones. Indómito era lo peor que podía ser alguien en una comunidad pertrechada para la sumisión. Después de varios años ocultando un piano en casa, un piano que tapábamos a toda prisa con sábanas y sacos de yute cada vez que los ministros venían de visita, mis padres fueron encariñándose con cómo tocaba Elf e incluso a veces le hacían peticiones como «Moon River» o «When Irish Eyes are Smiling». Al final los ministros acabaron descubriendo que escondíamos un piano en casa y se produjo un largo debate al respecto, por supuesto, y se barajó incluso una excomunión para mi padre de entre tres y seis meses, cosa que él se ofreció a asumir como un hombre aunque, al ver que claudicaba tan de buen grado, decidieron dejarlo estar (administrar castigos no es tan divertido cuando las víctimas lo piden) siempre y cuando mis padres vigilaran que Elf utilizara el piano únicamente como un instrumento para el Señor.

Mi madre se puso a tararear al son y empezó a mecérsele el cuerpo. Los hombres seguían callados en el salón, como si estuvieran reprendiéndolos. Elf tocó más alto, luego más bajo, después otra vez alto. Los pájaros pararon de

cantar y en la cocina las moscas dejaron de estamparse contra las ventanas. No corría ni una gota de aire. Mi hermana estaba en el centro del mundo y de sus rotaciones. Aquel fue el momento en que tomó el control de su vida. Fue su debut como mujer adulta y, aunque entonces no fuimos conscientes, también su debut como pianista de fama mundial. Me gusta pensar que en esos instantes los hombres del salón vieron claro que mi hermana no se quedaría en el pueblo, no después de expresar tanta pasión y tanto tumulto interior; es más, que para retenerla allí tendrían que quemarla en la hoguera o enterrarla viva. Fue el momento en que Elf nos dejó. Y fue el momento en que mi padre lo perdió todo de golpe: la aprobación de los ministros, la autoridad como cabeza de familia y a su hija, que era ya libre y por tanto peligrosa.

El opus tocó a su fin y escuchamos cómo la tapa del piano se cerraba de golpe sobre las teclas y el taburete se arrastraba por el suelo de linóleo de la habitación de invitados. Elf entró en la cocina y le pasé el zumo y se lo bebió del tirón, lo apuró y lanzó el envase a la basura. Chocó un puño contra la palma y dijo: Por fin lo he clavado. Las tres nos quedamos allí en la cocina mientras los hombres trajeados salían de nuestra casa igual de en fila que habían entrado y escuchamos la puerta de la calle, que se cerró suavemente, y el motor de los coches de los hombres al arrancar y desaparecer. Nos quedamos esperando a ver entrar a mi padre en la cocina pero se fue directo a su estudio. Todavía no tengo claro si Elf sabía que los hombres estaban en el salón o siquiera que el obispo y los ministros nos habían hecho una visita de las suyas, o si fue pura casualidad que escogiera ese momento para tocar la pieza de Rajmáninov con una perfección absoluta.

Pero poco después de la visita del obispo y sus hombres Elf pintó un cartel y lo enmarcó con un viejo marco que encontró en el sótano. Lo colgó en medio de la pared del salón justo encima del sofá magullado. Era una cita. Decía así:

> Conozco una certeza, y es que aquel que es orgulloso, altanero, avaricioso, egoísta, impuro, libidinoso, pendenciero, envidioso, desobediente, idólatra, falso, mentiroso, infiel, maleante, difamador, maldiciente, sanguinario, despiadado y vengativo, sea quien sea, no es hombre cristiano, por mucho que se bautice cien veces y que asista a diario a la Cena del Señor.
>
> MENNO SIMONS

Muy bonito, pero Elfie…, dijo mi madre.

No, ahí se queda. ¡Son palabras de Menno Simons! ¿No se supone que debemos seguirlas?

Aquella nueva obra de arte de mi hermana se quedó en nuestro salón más o menos una semana hasta que mi padre le preguntó: Bueno, pequeña, ¿estás contenta, ya lo has dejado claro? Me encantaría volver a poner en su sitio el barco de vapor que hizo tu madre con punto de cruz. Y para entonces la digna indignación de mi hermana se había pasado ya como tantas otras de sus indómitas tormentas personales.

DOS

Elfrieda no concede entrevistas. Una vez sí que me dejó hacerle una para el periódico cutre de mi instituto, pero poco más. Yo tenía once años y ella volvía a irse de casa, esa vez para siempre. Íbamos camino del aeropuerto para que ella cogiera un vuelo a Noruega, donde primero daría un recital y luego se quedaría a estudiar con un hombre mayor al que llamaba el Mago de Oslo. Tenía diecisiete años. Había terminado el instituto antes de la cuenta, en Navidad. Había sacado matrícula en todo y le habían dado seis becas para estudiar piano así como un premio del Gobernador General de Canadá por tener las notas más altas, lo que provocó arrebatos de rabia y miedo en los ministros. Un día que estábamos cenando, pocas semanas antes de aquel viaje, Elf mencionó de pasada que cuando estuviese en Europa a lo mejor iba a Rusia a investigar sus raíces y a mi padre casi se le corta la respiración. ¡De eso nada!, dijo. Pues puede que lo haga, replicó mi hermana. ¿Por qué no?

Mis abuelos procedían de una pequeña aldea menonita de Siberia y llegaron a Canadá en 1917, el año de la revolución bolchevique. Padecieron atrocidades en aquella tierra de sangre. Toda mención a ese lugar, cualquier mínima alusión a cualquier cosa rusa y mis padres apretaban los dientes.

El *plautdietsch* era el idioma de la pena. Los menonitas habían aprendido a callar, a apechugar con el dolor. A los padres de mi abuelo los mataron en un sembrado al lado del granero pero su hijo, el padre de mi padre, sobrevivió porque se enterró bajo una montaña de estiércol. Luego, al cabo de unos días, lo metieron en un vagón de ganado y lo llevaron junto con otros miles de menonitas a Moscú, desde donde los mandaron a todos a Canadá. Cuando nació Elf, mi abuelo se lo dijo claro a mis padres: No les enseñéis *plautdietsch* a vuestros hijos si queréis que sobrevivan. Cuando mi madre fue a la universidad y estudió Psicología, aprendió que el sufrimiento, da igual que se padeciera hace muchísimo tiempo, es algo que se transmite de generación en generación, como la flexibilidad, el garbo o la dislexia. Mi abuelo tenía unos grandes ojos verdes y siempre, por detrás, incluso cuando sonreía, andaba proyectando oscuras escenas de matanzas, de sangre sobre nieve.

Absurdeces y mentiras, Yoli, me decía mi madre. Lo peor que se puede ser en esta vida es abusón.

La entrevista tuvo lugar en el coche camino del aeropuerto de Winnipeg. Como siempre mis padres iban delante, conduciendo, y Elf y yo detrás. No piensas volver, ¿verdad?, le pregunté en un susurro. Mi hermana me respondió que era la tontería más gorda que había oído en su vida. Nos quedamos mirando el campo y la nieve. Ella llevaba la gargantilla blanca de cuero con la piedrecita azul y una chaqueta militar. En la carretera había hielo negro.

¿Esa pregunta es de la entrevista?, quiso saber.

Sí, claro.

Yoli, tendrías que haberte preparado otras preguntas.

Vale, a ver, ¿por qué es tan flipante tocar el piano?

Me contestó que lo más importante de todo era marcar la ternura desde el minuto uno, o al menos lo antes posible en la pieza, tan solo una pincelada, un susurro, pero que fuera intenso porque la tensión subiría y la emoción y el drama aumentarían –yo iba anotándolo todo lo más rápido que podía–, y cuando la acción se eleva es posible que el público recuerde ese primer momento de ternura, y recordarlo le hará anhelar regresar a la infancia, a la seguridad, al amor puro, y luego ya puedes pasar a otra cosa y concentrar la violencia y la agonía de la vida en cada nota, cada vez más y más, hasta que te ves obligada a tomar una decisión importante: regresar a la ternura, aunque sea momentáneamente, de soslayo, o seguir con la verdad, la violencia, el dolor, la tragedia, hasta el final del todo.

Vale, vale, con eso ya tengo de sobra, creo, dije. Bueno, gracias por contestar más o menos a mi pregunta, cerebrina.

Ambas opciones son válidas, apuntó, ya depende de cómo quieras dejar a tu público: si feliz y contento, de vuelta a la inocencia, como bebés, o indómitos e inquietos y deseando algo que apenas han intuido. Las dos están bien.

Vale, entendido, gracias. ¿Y ahora quién te va a pasar las páginas? ¿Un noruego?

Sacó un libro del petate que llevaba –estaba en una etapa de riguroso estilo militar, un rollo Patty Hearst y Che Guevara– y me lo lanzó al regazo. Cuando termines con tu saga esa del caballo, aquí empieza tu vida real. Tamborileó en el libro con un dedo. Hablaba de mi obsesión con *El corcel negro.* Además, no hacía mucho que había empezado a aprender a montar a caballo con mi amiga Julie e iba camino de convertirme en la tercera mejor saltadora de vallas en la categoría de menores de trece años de la provincia, integrada por un total de tres participantes.

En realidad es un alivio que te vayas a Oslo, dije.

Era eso o hacer autoestop descalza hasta la Costa Oeste, me dijo.

Las carreteras están heladas, intervino mi padre. ¿Habéis visto el camión articulado que había en la cuneta? Quería cambiar de tema. El plan de autoestop de mi hermana era una idea loca que había querido enterrar. Mi madre se había reído y había dicho que lo de hacer autoestop descalza hasta la Costa Oeste no era tan disparatado, pero tal vez no en enero. Mi madre no creía en enterrar nada.

¿Qué es esto? Estaba echándole un ojo al libro que me había dado.

Madre mía, Yolandi. Cuando ves las palabras «antología de poesía» en la cubierta de un libro, ¿qué crees que hay dentro?

¿No puedes ir más rápido?, le pregunté a mi padre. No nos gustaría que perdiera el avión. Estaba intentando hacerme la dura por mucho que por dentro tuviera claro que se me partiría el corazón y que moriría en el acto en cuanto mi hermana se fuera, tanto era así que había escrito en secreto un

testamento, según el cual le legaba mi patín a Julie y mi cuerpo inerte a Elf, con la idea de hacerla sentirse realmente culpable por dejarme morir sola. Como no tenía nada más que dar, aparte de mi patín y mi cuerpo, había adjuntado una nota de gratitud para mis padres y un dibujo de una motocicleta con el lema del estado de Nuevo Hampshire: *Vive libre o muere*.

Y, por cierto, dije, no pienso leer más libros de caballos.

¿Y qué piensas leer, entonces?, me preguntó mi hermana.

A Adorno, respondí.

Se rio. Ah, ya, porque me has visto leerlo, ¿no?

No digas «leerlo», que te crees muy importante.

Yoli, no digas «Te crees muy importante». Eso es lo que dice aquí todo el mundo cuando alguien afirma saber algo sobre cualquier cosa. Podría decir que mañana es jueves y tú contestarme «Ah, es que te crees muy importante…». No lo digas más. Es una vulgaridad.

Venga, Elf, intervino mi madre, para ya con los consejos para vivir como una diletante. Pronto te marcharás, deberíamos utilizar este valioso tiempo para pasarlo bien. Mi hermana hundió la espalda en el asiento y me explicó que simplemente intentaba ayudarme a sobrevivir en el mundo más allá de nuestro poblacho. Y aparte, añadió, *diletante* es la palabra más equivocada que podías haber utilizado en este contexto. Vale, Elf, dijo mi madre, pero limitémonos a hablar en cristiano o a cantar o algo así. Nuestra madre tenía un total de quince hermanos y por eso sabía bastante de mantener la paz. Papá sugirió que jugáramos al veoveo.

Madre mía, me susurró Elf al oído, ¿qué tenemos, seis años o qué? No les digas nunca que ya he probado tres modalidades distintas de sexo, ¿vale?

¿Cómo que tres?

Elf me contó que cuando el poeta Shelley se ahogó, incineraron su cuerpo allí mismo en la playa, pero que no quemaron el corazón para que se lo pudiera quedar su mujer, Mary, que lo guardó en una bolsita de seda en su escritorio. Le pregunté si no se pudrió y empezó a oler mal, pero me dijo que no, que se calcificó, como una calavera, y que en realidad eran solo los restos de su corazón. Yo le dije que yo haría lo mismo por ella, que guardaría su corazón en mi escritorio o en la bolsa de gimnasia o en el estuche, en algún sitio muy seguro, y ella me abrazó, y se rio y me dijo que era muy entrañable, pero que en realidad era más una cosa romántica que hacían los amantes.

Antes de que desapareciera tras las puertas de cristal esmerilado del control del aeropuerto, Elf y yo jugamos una última partida al Concentración y, en medio de todo aquel jaleo acelerado de palmadas con las manos y en los muslos, me dijo Cabeza Veleta (me llamaba así porque yo siempre andaba mirando alrededor en busca de pruebas irrefutables de lo que estaba pasando y nunca las encontraba), más te vale escribirme cartas. Le dije que claro, que sí, pero serán un rollo. En mi vida no pasa nada emocionante. No tiene que pasar nada emocionante para ser vida, replicó. Vale, yo lo intento. No, Yoli, no me vale con eso. Me zarandeó por los brazos. Por favor, de verdad. Cuento contigo.

Llamaron a embarcar a su vuelo y entonces me soltó, se alejaba ya de mí. Mis padres estaban paralizados pero se hacían los fuertes, sonriendo de oreja a oreja y enjugándose los ojos con el pañuelo. Así que le dije que sí, ¿vale? Tranqui, tronqui. Vale, dijo Elf, me largo… Ah, y no digas «tranqui, tronqui». *Adieu, arrividerci!* Sé que estaba llorando, pero como volvió la cabeza en el último segundo no pude verlo y pensé que debería incluir eso en una carta bajo el encabezado «Observaciones de cosas supuestamente secretas». Fue mi madre la que condujo de vuelta a casa desde el aeropuerto mientras mi padre iba tendido en el asiento trasero con los ojos cerrados. Yo me puse delante, de copiloto. Estaba nevando. No veíamos nada salvo los copos que iluminaban los faros y un trocito de carretera por delante. Los copos me parecían notas y claves cayendo y revoloteando sobre el pequeño pentagrama de carretera que se veía por delante, un compás de música. Mi madre me dijo que iba a pisar el freno un poco para ver si todavía había hielo en el asfalto y, antes de poder detenerla, estábamos saliendo disparadas, fuera de control, y aterrizando bocabajo en la cuneta.

Janice entra en la habitación del hospital para hablar con nosotras. La conocemos de las otras veces. Es enfermera de Psiquiatría y en su tiempo libre le encanta bailar tango porque, según ella, en el tango el abrazo lo es todo. Siempre va con chándal rosa claro. Tiene un peluchito colgado de una trabilla de la cintura. Se supone que hace que los pacientes se relajen y sonrían. Entra en la habitación y le da un abrazo a Elf y le dice que se alegra de verla aunque no le guste verla allí. Otra vez.

Ya, ya lo sé, dice mi hermana. Lo siento. Se pasa los dedos por el pelo y suspira.

Me vibra el móvil y lo saco del bolso para apagarlo.

Oye, no, no hay que pedir perdón por nada, dice Janice. ¿Vale? Aquí no pedimos perdón. No has hecho nada malo ni te has equivocado. Has actuado llevada por un sentimiento, ¿verdad? Querías poner fin a tu sufrimiento. Es comprensible y lo que queremos nosotras es ayudarte a terminar con el sufrimiento pero de otra manera. De una manera más saludable, ¿verdad, Elfrieda? ¿Una más constructiva? Vamos a empezar otra vez de cero. Se sienta en una de las sillas naranjas que hay.

Vale, dice Elf. Vale.

Se muestra sumisa porque se siente tonta. Por lo que le ha dicho Janice, por cómo se lo ha dicho. Pero Janice es la Madre Teresa de Calcuta en comparación con las otras enfermeras de Psiquiatría y mi hermana puede dar gracias de que no la hayan metido desnuda en la habitación vacía de hormigón con el desagüe en medio del suelo.

¿Qué tal tú, Yolandi?, me pregunta Janice, que me da un abrazo a mí también. Bien, bueno, digo, gracias. Preocupada. Un poco.

Normal, claro que sí. Le dedica una mirada elocuente a Elf, que vuelve la cara.

¿Elfrieda? Janice quiere que mi hermana la mire de verdad. Yo carraspeo y Elf suspira y vuelve la cabeza lentamente para mirar a Janice a los ojos. Está muy cabreada, pero es más que nada consigo misma por haber hecho una chapuza, aunque hace todo lo que puede por guardar la compostura porque «los buenos modales» son su mantra. Antes era «el amor», pero cuanto más lo decía, más parecía algo maldito, como una estatuilla de cera, y entonces le entraba el pánico y lloraba desconsoladamente. ¡Pues deja de decirlo!, le insistía yo. Ya lo sé, Yoli, ya lo sé, pero aun así… ¿Aun así qué?, la martirizaba yo. Elf me explicó que se sentía igual que un hombre sobre el que había leído en el periódico, un tipo que era ciego de nacimiento y que entonces, a los cuarenta y tantos, se había operado de la córnea y de pronto había podido ver, y aunque le habían dicho que la vida sería increíble después de la operación, resultó un horror. El mundo le parecía deprimente, con sus defectos, sus dobleces, su podredumbre, la mugre y la tristeza: todo lo feo le saltaba ahora a la vista, apagado y descascarillado. Se hundió en una profunda depresión y no tardó en morir. ¡Esa soy yo!, me dijo Elf. Le recordé que ella había nacido con vista, que veía, que siempre había podido ver, pero me dijo que nunca había llegado a ajustarse a la luz, que nunca había desarrollado una tolerancia al mundo, no le había funcionado la inoculación. La realidad era un cepo oxidado. Mira, le dije, entonces para de decir de una vez lo del amor, ¿vale? Deja de decirlo y punto. Pero Yoli, tú no lo entiendes. No puedes entenderlo. Cosa que no era para nada cierta. Yo lo que entiendo es que si dices una palabra una y otra vez y ves que empieza a sentarte mal entonces no digas la puñetera palabra. ¿Por qué seguimos teniendo estas conversaciones tan exasperantes?, le pregunté. ¡No son conversaciones!, replicó. Estamos resolviendo cosas. ¡Nos las estamos sacando de dentro!

Elfrieda, dice Janice, mi hermano te vio tocar en Los Ángeles y me contó que luego se tiró dos horas llorando. Elf no dice nada. Se espera de ella gratitud o algo parecido pero ni se inmuta. Nos quedamos las tres calladas en la habitación. Mi hermana está inspeccionando el dobladillo de la manta y alisando las arrugas. Yo estoy intentando imaginarme cómo es llorar dos horas seguidas. Janice carraspea por fin con fuerza y tanto Elf como yo nos sobresaltamos.

¿Tienes conciertos dentro de poco?, pregunta Janice.

Sí, eso parece…, dice Elf. Ha empezado a susurrar. Tengo miedo de que deje de hablar de plano.

En realidad tiene una gira por cinco ciudades, intervengo yo. Que empieza…, ¿cuándo, Elf? Mi hermana se encoge de hombros. Dentro de poco, sigo yo, dentro de unas semanas. Mozart. Elf. ¿Era Mozart?

A veces mi hermana deja de hablar. Nuestro padre también lo hacía. Una vez se pasó un año entero sin decir palabra. Luego, después de ver un vodevil en un pueblo de Saskatchewan, Moose Jaw, empezó a hablar de nuevo como si nunca hubiera parado. La primera vez que mi hermana lo hizo me asusté,

pero luego me di cuenta de que en realidad el ánimo no le había cambiado, simplemente había enmudecido. Nos escribía notas.

En cambio, cuando da conciertos después habla un montón sobre cosas mundanas, cosas terrenales, cualquier nimiedad; se pasa horas y horas parloteando como si intentara aferrarse a la realidad, quedarse, volver de dondequiera que la haya llevado la música.

Las escalas de piano fueron la banda sonora de mi juventud. Podía hacerle cualquier cosa a mi hermana mientras practicaba sus escalas, que no se daba ni cuenta. Cogía y le ponía pasas en las teclas y ella las apartaba sin más mientras los dedos se le empequeñecían y se le agrandaban al ir de un lado a otro del teclado. Podía tumbarme en lo alto del piano y poner una postura sexy y cantar *I am a V-A-M-P,* como Cher, que no se equivocaba ni una nota, nunca apartaba los ojos de las teclas salvo cuando los cerraba extasiada uno o dos segundos y luego el ritmo de la música cambiaba y entonces los abría mucho y se abalanzaba sobre el piano como un leopardo sobre una serpiente, un ataque feroz como si el instrumento fuera a la vez su amante y su enemigo más mortal.

Al final sí que volvió a casa desde Noruega y desde un montón de sitios más. Volvía a casa de mis padres y se metía en la cama y podía tirarse allí varias horas seguidas llorando o mirando la pared. Se le marcaban mucho las ojeras y estaba apagada y apática y luego, de pronto, extrañamente eufórica y después otra vez abatida. Yo para entonces ya había salido de East Village y me había mudado a Winnipeg y tenía dos críos de dos hombres distintos…, estaba llevando a cabo una especie de experimento social. Es broma. Si acaso de fracaso social. Y estaba haciendo malabarismos para intentar ganar dinero, estudiar y dominar (sin conseguirlo) el arte de ser adulta.

Iba a verlos a los tres, con los críos a cuestas, Will tenía cuatro y Nora era todavía un bebé, y me tumbaba en la cama al lado de mi hermana y nos mirábamos y nos sonreíamos y nos abrazábamos mientras los niños gateaban por encima de nosotras. En esa época ella me escribía cartas. Cartas largas y divertidas, escritas con rotuladores de colores, sobre la muerte, sobre la fortaleza, sobre Virginia Woolf y Sylvia Plath y sobre los entresijos de la desesperación, todo en papel de carta rosa. Luego, después de varios meses, fue recuperando poco a poco la salud. Con el tiempo retomó el piano y empezó a dar conciertos otra vez y conoció a un tipo, Nic, que la adora, y ahora viven juntos en Winnipeg, que significa «Aguas Turbias», número uno en el *ranking* de Ciudades Exóticas, la ciudad más fría del mundo y a la vez la más calurosa, la más lejana del Sol y a la vez la más luminosa, donde dos ríos indómitos y fieros se encuentran para unir fuerzas y vencer al hombre. Elf estuvo varios meses dándole clases particulares de piano. Así se conocieron, aunque más tarde Nic admitió que la única razón por la que se había puesto a aprender piano era para poder sentarse al lado de mi hermana en la banqueta y que ella le colocara los dedos sobre las teclas con esa delicadeza suya. Incluso le compró una banqueta nueva para el piano, aunque en cuanto mi hermana la vio le ordenó que le arrancara la tela acolchada –¿para qué tiene

esa cosa si puede saberse?–, como si tocar música tuviera algo que ver con la comodidad.

A Nic le encantan las peticiones raras de mi hermana, él les hace fiestas. Es un hombre muy preciso. Cree en los libros y los manuales de texto, en las recetas y en las tallas de sombrero y de cuello. No soporta la imprecisión y lo aproximado de etiquetas como *pequeña, mediana* o *grande*. Cuando Elf le sugirió que aprendiera a tocar *alrededor* de las notas, casi se le va la cabeza del gozo y la locura que le pareció todo. Y no es menonita, cosa que es importante –en un hombre– para Elf. Los hombres menonitas ya le han hecho perder demasiado tiempo, intentando apoderarse de su alma y encadenarla a la culpa. Nic es investigador médico. Creo que está intentando librar al mundo de los parásitos estomacales aunque no lo tengo del todo claro. Mi madre les cuenta a sus amigas que está buscando la cura para la diarrea. Ella no cree mucho en las curas. Y Nic, le dice ella, yo sí que veo muertos, y charlo con ellos. Para mí están tan vivos como los vivos, o puede que más. ¿Eso cómo lo explica esa ciencia tuya? Nic y Elf siempre están hablando de irse a vivir a París porque allí está no sé qué laboratorio donde él podría trabajar y a los dos les encanta hablar francés y discutir de política y llevar bufandas y pañuelos todo el año y consolarse con la belleza del Viejo Mundo, pero de momento siguen en Aguas Turbias, el París del Paso del Noroeste.

Elf tiene unas manos bonitas, no las tiene estropeadas ni por el tiempo ni por el sol porque no sale mucho. Pero en el hospital le han quitado los anillos. No entiendo para qué. Supongo que puedes asfixiarte con un anillo si te empeñas en tragártelo, o también podrías aplastártelo contra la cabeza durante semanas sin parar hasta conseguir hacerte algo de daño. Podrías lanzarlo a un río revuelto y lanzarte detrás a por él.

¿Cómo te sientes en este preciso instante?, está preguntando Janice.

Si entrecierro los ojos y miro a mi hermana al otro lado de la habitación, puedo convertirle los ojos en bosques oscuros y las pestañas en ramas enredadas. Sus ojos verdes son una copia exacta de los de mi padre, espectrales y hermosos e indefensos ante la crudeza sanguinaria del mundo.

Bien. Sonríe débilmente. Iris Soria.

¿Cómo?

Está citando a mi madre, digo. Siempre anda con sus homofonías y esas cosas. Quiere decir *irrisoria*.

Elfrieda, no tienes nada de irrisoria, ¿me oyes?, dice Janice. ¿Vale? Yoli, ¿a ti tu hermana te da risa?

No, para nada.

A mí tampoco, dice Janice. ¿De acuerdo?

Ni a mí, dice una voz inesperada tras la cortina, la compañera de cuarto.

Janice sonríe pacientemente. Gracias, Melanie, le responde.

No hay de qué, dice esta.

Así que podemos decir sin riesgo a equivocarnos que no eres irrisoria, Elfrieda.

Bueno, es lo que se llama vergüenza propia, susurra Elf, pero tan bajo que

Janice no la escucha.

¿Te ha sentado bien ver a Nic y a tu madre?, le pregunta la enfermera. Elf asiente obedientemente. ¿Y no es genial que haya venido Yolandi? Debes de echarla de menos ahora que ya no vive en Winnipeg.

Janice se vuelve para mirarme con unos ojos no sé de qué pero que me dan ganas de disculparme. Nadie se muda de Winnipeg y se va de rositas, y menos para irse a Toronto. Es como lo contrario de un comité de bienvenida. Es como ser pandillero de los Crips e irte con los Bloods. Mi hermana pone cara de hastío y se toca los puntos de la frente con un dedo, uno tras otro. Está contándoselos. Del pasillo llega un extraño repiqueteo seguido del gemido de un hombre. Quiero que sepas que aquí estás a salvo, Elfrieda, dice Janice. Mi hermana asiente y mira con deseo la placa de plexiglás junto a su cama, la ventana.

¿Qué os parece si os dejo un rato a solas?, nos pregunta Janice.

Se va y yo sonrío a Elf, que me dice ven aquí, Veleti, y me levanto y doy dos pasos hasta su cama y me siento en el borde y me echo encima de ella, que me acaricia el pelo y suspira bajo el peso de mi cabeza. Vuelvo a sentarme en la silla de escay naranja de las visitas y me sueno la nariz y la miro.

Yolandi, no lo soporto.

Ya lo sé, le digo, lo has dejado bien claro.

No puedo hacer la gira. No pienso hacer la gira de ninguna de las maneras.

Ya lo sé, digo, no importa. No te preocupes. Eso es lo de menos.

De verdad que no puedo hacer la gira, insiste.

No tienes que hacer nada, volví a tranquilizarla. Claudio lo entenderá.

No, dice Elf, se va a agobiar.

Si se agobia por algo es solo porque tú no estás…, porque estás aquí… Lo único que querrá es que te pongas bien. Él ya sabe lo que te pasa. Primero es tu amigo y luego tu representante, ¿no dice siempre eso? Ya ha capeado antes otras tormentas tuyas, Elfie, y volverá a hacerlo.

Y Maurice también se va a agobiar, estará que se sube por las paredes. Lleva años planeándola.

¿Quién es Maurice…?

¿Y te acuerdas de Andras, el tipo que te presenté en Estocolmo… cuando viniste a verme tocar?

Sí, ¿qué pasa con él?

De verdad que esta gira no la puedo hacer, Yolandi. Va a venir desde Jerusalén.

¿Quién?

Isaak. Y un montón de gente más.

¿Y qué? Toda esa gente lo entenderá y si no, lo mismo da. No es culpa tuya. ¿Te acuerdas de lo que decía siempre mamá? «Haz trizas la culpa». ¿Te acuerdas?

Me pregunta qué es ese ruido tan espantoso ahí fuera y le digo que serán platos cayendo estrepitosamente contra el suelo de hormigón del pasillo, pero

me pregunta si están encadenando a alguien en el pasillo y le digo que no, claro que no, y empieza a decirme que a veces pasa, que lo ha visto, que le da mucho miedo, que si sé lo que era Bedlam, y que no quiere decepcionar a nadie. Me dice que lo siente mucho y le digo que nadie está enfadado con ella, que queremos que se ponga bien, que viva. Me pregunta cómo están Will y Nora, mis hijos, y le digo que bien, bien, y se tapa la cara con las manos. Le digo que podemos reírnos las dos juntas de la vida, al fin y al cabo es una broma, ¿vale?, ¿estás conmigo o no? ¡Estoy! Pero no hace falta morir. Seremos soldados luchando codo con codo en la misma guerra. Seremos como gemelas siamesas. Todo el tiempo, incluso cuando estemos en ciudades distintas. No me salen las palabras.

Entra un capellán en la habitación y le pregunta a Elfrieda si es Elfrieda von Riesen y Elf le dice que no. El capellán se la queda mirando asombrado y luego me dice que habría jurado que Elf era Elfrieda von Riesen, la pianista.

No, le digo, se equivoca de persona. El capellán nos pide perdón por las molestias y se va.

¿A quién se le ocurre?, pregunto.

¿El qué?, dice Elf.

Pues preguntarle así a bocajarro a alguien que está en un hospital si es quien él cree que es. ¿No se supone que los capellanes tendrían que ser más discretos?

No lo sé. Es normal.

Pues yo no lo veo normal. Creo que es muy poco profesional.

A ti siempre te parece todo mal cuando alguien es poco profesional. Siempre estás ah, qué poco profesional, como si hubiera una definición de profesional que fuera también un imperativo moral para cómo comportarse. Yo ya no sé lo que es profesional y lo que no.

Tú sabes a qué me refiero.

Pues para ya de mentirme sobre lo que es la vida.

Vale, Elf, pararé cuando tú pares de intentar matarte.

Mi hermana me cuenta entonces que tiene un piano de cristal por dentro. Tiene un miedo horrible a que se le rompa. No puedo permitir que se rompa. Me cuenta que lo tiene apretado a la derecha del bajo vientre, que a veces siente sus bordes duros presionándole la piel, que tiene miedo de que la atraviese y se desangre viva. Pero más que nada tiene miedo de que se le rompa ahí dentro. Le pregunto cómo es el piano y me dice que es un viejo Heintzman vertical que antes era un piano mecánico, pero que le quitaron el mecanismo de dentro y ahora es todo cristal, incluso las teclas. Entero. Cuando escucha botellas cayendo en la parte trasera de un camión de basura o un carillón o incluso algunas clases de pájaros cuando cantan, al instante piensa que es el piano, que se le está rompiendo.

Esta mañana se ha oído la risa de un crío, dice, de una niña que venía a ver a su padre, pero yo no sabía que era una risa y me he pensado que era el cristal partiéndose y me he cogido la barriga pensando, ay, no, ya está, se acabó.

Asiento y sonrío y le digo que si yo también tuviera un piano de cristal dentro de mí estaría muerta de miedo de que se me rompiera.

Entonces, ¿me entiendes?

Claro. Te lo digo de corazón, de todo corazón. Porque es que imagínate si se rompe, ¿no?

Gracias, Yoli.

Oye, ¿tienes hambre?, le pregunto. ¿Puedo hacer algo por ti?

Sonríe.

No, nada.

TRES

Elfrieda está tan delgada y tiene la cara tan pálida que cuando abre los ojos es como un ataque sorpresa, uno de esos bombardeos aéreos que convierten la noche en día. Le pregunto si se acuerda de la vez que cantamos juntas una versión muy sentida y lenta de «Wild Horses» para un grupo de menonitas de una residencia de ancianos. Nuestra madre nos había pedido que participáramos en las bodas de brillantes de la pareja de casados con más edad del pueblo y a nosotras nos pareció que esa canción era la caña total y de lo más apropiada para la ocasión. Elf la tocó en el piano conmigo al lado y ambas cantamos como si nos fuera la vida en ello ante un público perplejo, todos allí sentados en sus sillas de ruedas o de pie, apoyando el peso en bastones y andadores.

Creía que iba a hacerle gracia el recuerdo pero en cambio me pide que me vaya. Se ha dado cuenta antes incluso que yo de que he querido alargar la anécdota porque representa otra cosa y algo más que la suma de sus partes. Yoli, me dice, veo por dónde vas.

Le prometo no hablar del pasado si eso le provoca angustia. No hablaré de nada si ella no quiere con tal de que me deje quedarme.

Vete, por favor.

Le digo que podría leerle como me leía ella cuando me ponía mala. Me leía a Shelley y a Blake, a sus amantes poetas, como los llamaba ella, imitando sus voces, masculinas y británicas, aclarándose la voz… «Estrofas escritas en abatimiento, cerca de Nápoles». «El sol calienta, el cielo clarea, las olas bailan rápidas y luminosas». ¿Y si canto? O podría bailar. Como si fuera una ola. Podría silbar. Podría hacer imitaciones. Puedo hacer el pino. Podría leerle *Ser y tiempo* de Heidegger. En alemán si hace falta. ¡Lo que sea! ¿Cómo era eso, esa palabra?

Dasein, susurra Elf, que medio sonríe. Ser ahí.

Eso, ¡sí! ¡Porfa! Me siento y vuelvo a levantarme. Venga, anda, le digo. Te gustan los libros con «ser» en el título, ¿no? Porfa. Vuelvo a sentarme a su lado y luego le pongo la cabeza en la barriga. ¿Cómo era la cita esa de tu pared?

¿Qué cita?

La de la pared de tu cuarto cuando éramos pequeñas.

¿«Hazle la guerra a la guerra»?

No, no…, la otra, una sobre el tiempo. No sé qué del horizonte del ser.

Ten cuidado, me dice.

¿El piano?

Sí. Me pone las manos en la cabeza con cuidado y me las deja allí como si estuviera apoyándolas en la barriga de una embarazada. Siento el calor que desprenden. Le oigo el runrún de la barriga. Le huelo el suavizante Ivory

Snow en la camiseta que lleva puesta del revés. Me masajea las sienes y luego me aparta. Dice que no se acuerda de la cita. Me dice que el tiempo es una fuerza y que debemos dejarlo hacer, respetar su poder. Me planteo discutírselo diciéndole que ella es la primera que le ha faltado al respeto a ese poder al intentar eludirlo, pero entonces comprendo que seguramente ya se haya dado cuenta y esté diciéndoselo tanto a sí misma como a mí. No hay nada que añadir. La oigo susurrar otra disculpa y yo me pongo a tararear una canción de los Beatles sobre el amor y lo único que se necesita en la vida.

¿Te acuerdas de Caitlin Thomas?, le pregunto.

No dice nada.

Pues acuérdate de cómo entró borracha perdida en la habitación del hospital St. Vincent de Nueva York donde Dylan estaba muriendo de pura intoxicación etílica y cómo se lanzó sobre aquel cuerpo consumido y le suplicó que se quedara, lo animó a luchar, a ser un hombre, a amarla, a hablar, a levantarse, a dejar de morir, ¡por el amor de Dios! Mi hermana dice que me agradece que la compare con Dylan Thomas pero vuelve a disculparse y a pedirme que me vaya, que necesita pensar. Le digo que vale, que me voy pero que mañana vuelvo. Me pregunta si no es curioso que pueda calcularse cada segundo, minuto, día, mes, año, que podamos ponerle nombre… cuando el tiempo, o la vida, es algo tan inmanejable, tan intangible y escurridizo. La hace compadecerse de la gente que inventó el concepto de dar la hora. Cuánta esperanza, dice. Qué hermoso en su futilidad. Qué absolutamente humano.

Pero, Elf, que tú no les veas la utilidad a los sistemas que nos ayudan a medir nuestra vida no quiere decir que no necesite ser medida.

Puede ser, responde, pero no valiéndome de una noción burguesa de compartimentos temporales. No es más que una disposición fascista de algo…, el tiempo, que por su naturaleza escapa totalmente a la categorización o incluso la definición.

Mira, la verdad es que ahora sí que me voy a ir, le digo. Siento tener que salir antes de tiempo de clase, profesora Chorlito, pero me vence el tique del parquímetro. Le he echado para dos horas y creo que ya han pasado. Hablando del tiempo…

Sabía que conseguiría echarte, dice. Y nos damos un abrazo y empiezo a decirle que la quiero antes de que las palabras se vuelvan imposibles y nos quedemos respirando sin más durante un minuto la una en los brazos de la otra, antes de irme. Antes de tener que estar en otra parte.

Miro los mensajes del móvil mientras bajo de dos en dos las escaleras del hospital que dan a la salida. Uno de Nora, mi hija de catorce años: *Cómo está Elf?????????????????????? Will se ha cargado la puerta de la calle.* Y otro de Will, mi hijo de dieciocho años que está en su primer año de universidad en Nueva York, pero a quien le he ordenado quedarse con su hermana unos días en Toronto mientras yo vuelvo a Aguas Turbias: *Nora dice que le dejas quedarse hasta las cuatro de la mañana. Es verdad? Dale un abrazo a Elf de mi parte! N.*

tiene el desagüe de la ducha atascado con su pelo. Y un mensaje de mi amiga de toda la vida, Julie, que espera verme hoy a última hora. *¿Tinto o blanco? Mucho amor para Elfie. Bss.*

La última vez que mi hermana intentó suicidarse lo hizo evaporándose lentamente en el vacío. Fue un intento furtivo de desaparecer matándose de hambre. Mi madre me llamó a Toronto y me contó que Elf se negaba a comer y no paraba de suplicarles a Nic y a ella que no llamaran al médico. Estaban desesperados. ¿Podía ir? Fui directa del aeropuerto al dormitorio de Elf y me arrodillé a su lado. Me preguntó qué hacía yo allí. Le dije que había ido para llamar a un médico. A lo mejor mamá te ha prometido no llamar a nadie pero yo no. Nuestra madre se quedó en el comedor. De espaldas a nosotras. No podía apoyar a una hija por encima de la otra, como cualquier buena madre, así que se recusó del juicio. Lo voy a llamar, lo siento, le dije. Elf me pidió que no lo hiciera. Me imploró. Juntó las manos en súplica y me lo rogó. Me prometió comer. Mi madre seguía sentada a la mesa del comedor. Le dije que la ambulancia venía ya de camino. La puerta mosquitera estaba abierta y se olían las lilas. No pienso ir, dijo Elf. No te queda otra, repliqué. Llamó a mamá. Por favor, dile que no voy a ir. Nuestra madre no dijo nada ni se dio la vuelta. Por favor, ¡por favor! Mi hermana utilizó las pocas fuerzas que debían quedarle para enseñarme el dedo y mandarme a la mierda mientras los auxiliares la cargaban en la parte de atrás de la ambulancia.

Fue esa vez cuando conocí a Janice. Llevaba un buen rato de pie junto a la camilla de Elf en las urgencias. De la percha de la vía colgaba también la mochila rota de mi hermana. Yo estaba llorando y deslizando las manos de un lado a otro de la barandilla metálica que la sujetaba. Elf me cogió la mano, con poca fuerza, como una moribunda, y me miró a los ojos con todo su ser.

Yoli, te odio.

Me agaché para darle un beso y le susurré que ya lo sabía, que era consciente. Yo también te odio, le dije.

Era la primera vez que expresábamos de algún modo nuestro principal problema. Ella quería morir y yo quería que viviera y éramos enemigas que se querían. Nos cogimos de la mano amorosamente, pero en una postura rara porque ella estaba en una camilla atada a cosas.

Janice –ya llevaba colgado el peluchito de la trabilla del pantalón– me dio un toquecito en el hombro y me preguntó si podía hablar conmigo un minuto. Le dije a mi hermana que volvía ya y seguí a Janice hasta una salita de familiares beis, donde me pasó una caja de Kleenex y me dijo que había hecho bien al llamar a la ambulancia y que en realidad Elf no me odiaba. Podemos diseccionar ese sentimiento, me dijo, ¿te parece? Vamos a pensar en los distintos elementos que lo componen. Ella odia que quieras salvarle la vida. Ya, dije, pero gracias. Janice me abrazó. El abrazo sentido y fuerte de una desconocida es una cosa potente. Me dejó sola en el cuarto beis. Me mordí las uñas y las cutículas hasta que me salió sangre.

Cuando volví con Elf todavía no la habían atendido. Me contó que había escuchado una frase que era la leche, te lo juro. ¿El qué? Me la citó. Nos tiene muy alucinados la poca inteligencia que demuestra la señorita Von Erre. ¿Quién ha dicho eso?, quise saber. Me señaló a un médico que estaba garabateando algo en la mesa circular que había en medio de todos aquellos moribundos. Iba vestido como un crío de diez años, con unas bermudas de skater y una camiseta gigante, como si viniera de presentarse para un papel en *Colegio Degrassi*. ¿Y a quién se lo ha dicho si puede saberse? A aquella enfermera, me explicó Elf. Dice que como no agradezco que me hayan salvado la vida debo de ser tonta. Será capullo, dije, ¿ha hablado contigo? Sí, más o menos, aunque ha parecido más bien un interrogatorio. No pasa nada, Yolandi, ya sabes cómo son…

¿Gente que equipara la inteligencia con las ganas de vivir?

Sí, dijo ella, o con la dignidad.

Esta vez el método no ha sido matarse de hambre sino a pastillas. Mi hermana dejó una nota, un papel arrancado de las clásicas libretas de rayas amarillas como la que utilizó años atrás para diseñar su extraordinaria firma, PDSI, y expresó en ella la esperanza de que Dios la acogiera en su seno, sin tiempo ya para dejar su huella, y una lista con los nombres de las personas a las que quería. Mi madre me la leyó por teléfono. Me dijo que había escrito los nombres a rotulador verde. Estábamos todos en la lista. Entendedme, por favor, había escrito también. Dejadme ir. Os quiero a todos. Mi madre me contó que había también una cita de alguien pero que no conseguía leerla bien. ¿Te suena de algo un tal David Hume?, me preguntó. Lo pronunció raro aunque de todas formas lo mismo daba. Espera, pensé, ¿desde cuándo cree en Dios mi hermana?

¿De dónde ha sacado tantas pastillas?, le pregunté a mi madre.

Nadie lo sabe. A lo mejor las ha pedido al Telepastilla, vete tú a saber.

Mi madre se la había encontrado inconsciente en la cama de su casa y para cuando Elf volvió en sí en el hospital yo ya había cogido un vuelo desde Toronto y estaba a su lado antes incluso de que abriera los ojos. Sonrió lenta, plenamente, como una cría que comprende el sentido de un chiste por primera vez en su vida. Estás aquí, me dijo, y también que debíamos dejar de vernos de esta manera. Me presentó formalmente, como si estuviéramos en una cena en el consulado, a las enfermeras de urgencias y a la mujer contratada para estar a su lado en una silla y vigilar todos sus movimientos.

Esta, dijo señalándome con la barbilla porque tenía las manos atadas con cintas de algodón, es mi hermana pequeña, Yoyo.

Yolandi, dije. Hola. Le estreché la mano a la mujer.

Me dijo que yo parecía la mayor. Nos pasa siempre porque, curiosamente, Elf ha escapado a los erosionantes efectos colaterales de la vida. Mi hermana me contó entonces que estaba teniendo una discusión sobre Tomás de Aquino con la cuidadora contratada para vigilarla. ¿Verdad?, dijo mi hermana

sonriéndole a la mujer, que me sonrió a su vez por compromiso y se encogió de hombros. No le pagaban para charlar sobre santos con pacientes suicidas. ¿Y eso?, ¿por qué Tomás de Aquino?, pregunté sentándome en la silla al lado de la mujer. Elf se esforzó por cruzar la mirada con ella, con su guardiana, allí en la silla. Todavía tenía mucha medicación en el cuerpo, me explicó la mujer.

Pero no la suficiente, dijo Elf. Hice amago de protestar. Que es broma, Veleti, dijo, no te agobies.

Cuando mi hermana se quedó dormida fui a la sala de espera a ver a mi madre. Estaba sentada al lado de un hombre con un ojo morado leyendo una de sus policíacas. Le conté que Elf había estado hablando de Tomás de Aquino.

Sí, a mí también me ha estado hablando de él. En su delirio me preguntó si la *tomasaquinaba* y luego, cuando lo pensé, decidí que tenía que estar diciéndome que si la perdonaba.

¿Y la perdonas?, le pregunté.

Esa no es la cuestión. No necesita que la perdonen. No ha cometido ningún pecado.

Salvo porque cincuenta mil millones de personas no pensarían lo mismo, respondí.

Pues que piensen lo que quieran.

Eso fue hace tres días. Desde entonces mi madre se ha ido a un crucero por el Caribe porque Nic y yo la hemos obligado. Se fue con tan solo las pastillas para el corazón y unas cuantas novelas policíacas en su maletita. No para de llamar desde el barco para saber cómo está Elf. Ayer me contó que un camarero del barco había rezado por nuestra familia en español. *Dios os proteja.*[1] Y que le dijera a mi hermana que le había comprado un cedé de un tipo que tocaba en la calle. Un pianista colombiano. A lo mejor es pirata, dije. Me contó que había tenido una conversación con el capitán del barco sobre enterramientos en el mar. Me contó también que una noche de tormenta había acabado cayéndose de la cama, pero que ni se había enterado, así de cansada estaba. Se despertó ya por la mañana y vio que no estaba en la cama y había rodado hasta la terraza del camarote. Le pregunté si habría podido llegar a rodar por el balcón y caerse al mar y me dijo que no, que ni queriendo, porque la habrían parado las barandillas. Y si no, habría caído dentro de un bote salvavidas de los que cuelgan en los laterales del barco. Mi madre tiene una fe absoluta en que siempre la rescatarán con vida, sea como sea, de una forma u otra.

Cuando salía ya del hospital me paré en el control de la entrada y le pregunté a Janice si era verdad que mi hermana se había caído esa mañana en el baño, a lo que me dijo que sí, que era cierto. Había sido después de trasladarla de Urgencias a Psiquiatría. La habían encontrado en el suelo sangrando por la cabeza y empuñando el cepillo de dientes como si fuera un cuchillo de mondar y se dispusiera a clavárselo a alguien en la garganta. Luego Janice justo había tenido que salir corriendo para ayudar a contener a un paciente que estaba reventando el televisor de la sala de actividades con

un taco de billar. La otra enfermera del puesto hojeó el historial de mi hermana y dijo que Elfrieda tenía que empezar a comer si quería tener fuerzas y no caerse y que debía ser algo más consciente de su entorno.

Me entraron ganas de volver al cuarto de mi hermana y decirle eso último que había dicho la enfermera para ver si ponía la misma cara de hastío que yo, para forjar al menos un pequeño vínculo de desdén mutuo. También me habría gustado contarle que había un tipo en su planta que odiaba la tele tanto como ella y que a lo mejor podían hacerse amigos. Pero mi hermana me pidió que me fuera y quise demostrarle que algunas de sus peticiones sí eran razonables y se las podía conceder, que respetaba sus deseos (más o menos) y que, en vez de ser una paciente de Psiquiatría con el nombre mal escrito y garabateado de cualquier manera en una pizarra blanca tras el mostrador de las enfermeras, seguía siendo mi sabia aunque preocupante hermana mayor y pensaba hacerle caso. Eché a andar y me choqué con un carrito de acero inoxidable lleno de bandejas de plástico con comida. Les pedí perdón a las dos personas en bata que justo pasaban arrastrando los pies.

Total, no hay quien se coma esa mierda, tío, comentó uno. Yo también le metería una patada a la bandeja si coordinara un poco mejor.

Sí, dijo el otro, ¡ya ves!

Que no hay quien se la coma, digo, insistió el primero.

Ya, tío, te he oído la primera vez.

¿Con todo ese follón de voces que tienes en la cabeza?

Ja, ya, muy gracioso.

¿Por eso te metieron en el manicomio?

No, fue por apuñalar a un tío que se coló en mi cobertizo.

Pero no por el apuñalamiento en sí, sino por las voces que te dijeron que lo hicieras, ¿no?

Sí, exacto. Aunque el cuchillo era de verdad.

Ya, qué putada. Esa es la parte fatídica de la historia.

Me cayeron bien aquellos hombres arrastrapiés. Me encantó lo de «la parte fatídica de la historia». Me dieron ganas de presentárselos a mi hermana. Empecé a recoger las bandejas pero la enfermera me dijo que lo dejara. Iba a avisar a alguien, a un celador, para que lo hiciera. Quise bromear diciéndole que a lo mejor la falta de conciencia del entorno de mi hermana era genética y yo también padecía de lo mismo, ja, pero no conseguí arrancarle ni una risa, ni una sonrisa, y me acordé de una descripción que leí una vez sobre la boca de una mujer enfadada que parecía un lápiz afilado por las dos puntas, y luego me fui. Cuando iba bajando las escaleras, dos, cuatro, seis, ocho, dónde vas tú tan bonito, me disculpé mentalmente con mi hermana por dejarla allí sola y fui haciendo una lista en la cabeza con las cosas que quería llevarle al día siguiente: chocolate negro, un sándwich con ensaladilla de patata y huevo, *Tiempo y ser* de Heidegger (no decimos el tiempo es o el ser es, decimos hay tiempo y se es), un cortaúñas, bragas limpias, cero tijeras y cero cuchillos de destripar, anécdotas divertidas.

Cogí el Chevy reventado de mi madre y le pisé fuerte por Pembina

Highway, una sórdida franja de asfalto y comercios abandonados, en lo que fue en realidad un acelerar hacia la nada, aparte de hacia *le foutoir,* como dice Elf, o la jodienda de mi vida. Siempre le ha encantado utilizar rimbombantes palabras francesas para describir la inmundicia, quizá en un intento por equilibrar un poco las cosas, por sacarle brillo a la agonía hasta que reluzca como la estrella polar, la luz que guía a mi hermana y posiblemente su auténtico hogar.

Vi una tienda de colchones con un cartel de rebajas y muchas luces en el escaparate y me metí en el aparcamiento. Me tiré diez minutos mirando almohadas: almohadas de plumón, almohadas de fibra sintética y otras almohadas. Cogí unas cuantas de los estantes, las apreté, las puse contra la pared e intenté apoyar la cabeza encima, para probarlas. La dependienta vino y me dijo que si quería podía tumbarme con ellas en el colchón de prueba. Colocó una tela protectora sobre la almohada y me tumbé y apoyé la cabeza un minuto. La dependienta me dijo que mejor me dejaba sola para que las probara todas tranquilamente. Le di las gracias y cerré los ojos. Me eché una breve siesta reconstituyente. Cuando me desperté, vi que la dependienta estaba a mi lado, sonriendo, y por un segundo recordé lo que era la infancia y la paz que iba de la mano.

Acabé comprándole a Elf una almohada de color morado chillón y del tamaño de un saco de dormir enrollado que tenía libélulas plateadas bordadas en el satén. Volví al coche de mi madre y me llegué a la cervecería que hay en Grant Park Inn donde no tienes ni que bajarte para comprar y pillé una litrona de Extra Old Stock y luego me pasé por un 7-Eleven para comprar un paquete de Player's Extra Light. Pensaba comprar todo lo extra que pillase. Compré también una chocolatina Oh Henry! extragrande y me fui por fin a casa de mi madre, que vivía en una torre de pisos con vistas al río Assiniboine donde me resguardé con mis provisiones dispuesta a esperar pacientemente. Era la época del deshielo primaveral, cuando el hielo del río empieza a derretirse y crujir y grandes placas heladas se rozan y entrechocan y provocan un chillido horrible mientras la corriente va arrastrándolas río abajo. En esta ciudad la primavera no llega así porque sí.

Me quedé en el balcón de mi madre apretando la almohada morada con las libélulas plateadas, temblando y fumando, tramando, pensando, intentando craquear el código secreto de Elf, el sentido de la vida, su vida, el universo, el tiempo, el ser y el beber cerveza. Di vueltas por el piso mirando cosas de mi madre. Me pasé un buen rato examinando una fotografía de dos meses antes de morir mi padre. Salía él mirando a Will jugar al béisbol en un parque. La Pequeliga. Llevaba puestas sus gafas grandes. Parecía relajado, tenía los brazos cruzados sobre el pecho y sonreía. Había también una foto de mi madre con Nora de recién nacida. Salían las dos mirándose intensamente a los ojos como si estuvieran transmitiéndose secretos importantes por telepatía, de una a otra. Me quedé mirando otra que había en la nevera, una de Elf tocando

en Milán. Llevaba un vestido largo negro con el dobladillo cogido con grapas. Le sobresalían las clavículas por la tela. Tenía el pelo brillante brillante. Le caía a ambos lados de la cara cuando se inclinaba sobre el teclado. A veces levanta un poco el culo de la banqueta cuando toca, apenas unos centímetros. Una vez me llamó llorando desde un hotel después de un bolo para decirme que tenía mucho frío y se sentía muy sola. Pero si estás en Italia, le dije yo, es tu sitio favorito del mundo. Me explicó entonces que su soledad era algo visceral, un saco de piedras que llevaba de una habitación a otra, de una ciudad a la siguiente.

Marqué el móvil de mi madre para comprobar si tenía cobertura en el barco. Nada.

Había una nota sobre la mesa del comedor. Era de mi madre, para decirme que le devolviera los DVD al videoclub cuando pudiera. Yo sabía que estaba muy quemada de intentar mantener con vida a mi hermana. El día antes de volar a Fort Lauderdale para embarcar en el crucero la mordió el rottweiler de la vecina loca de su rellano y no se dio ni cuenta hasta que la sangre empezó a traspasarle el abrigo gordo de invierno y tuvieron que darle puntos y ponerle la vacuna del tétanos. Por la noche a lo más que llegaba era a desplomarse delante de la tele y verse todos los episodios de todas las temporadas de *The Wire,* metódicamente, como una zombi, uno tras otro tras otro, con el volumen a todo trapo porque estaba medio sorda, y a quedarse sopa mientras algún chaval con problemas de Baltimore le hablaba desde el televisor, la reconfortaba a su manera y le decía lo que ya sabía, que en este puto mundo de mierda los chavales tienen que abrirse camino como bue- namente pueden.

La misma mañana que iba para el aeropuerto tiró sin querer la barra y la cortina de la ducha, todo el tinglado. Se duchó igualmente y cuando salió estaba sonriendo, con su cara de póker puesta, reluciente y como nueva y preparada para la aventura. Le pregunté cómo se las había arreglado sin cortina, ¿no había sido…?, y me dijo que no, qué va, todo bien, sin problema. Cuando entré en el baño había dos centímetros de agua en el suelo y estaba todo encharcado, el papel higiénico, las cosas de aseo y el maquillaje alrededor del lavabo, todas las toallas limpias, los dibujos de mis niños, todo. Comprendí que el concepto «todo bien» era relativo y que en el contexto de nuestra vida actual mi madre tenía razón, no pasaba nada de nada, todo perfecto. En realidad mi hermana en esos momentos se encontraba a salvo, más o menos, o más a salvo estando en el hospital que en su casa, donde casi todos los días se quedaba sola cuando Nic se iba al trabajo, así que era un buen momento para que mi madre se perdiera un par de semanas y descansara un poco.

Me quedé en la terraza de mi madre escuchando los crujidos del hielo al partirse. Parecían disparos, un tiroteo entre mafiosos que estuviera interpretándose sobre un fondo sonoro de animales salvajes. La luna estaba llena y fondona como una gata preñada. Se veían luces en las casas de la otra orilla del río. Había unas personas bailando. Podía hacerlas desaparecer con la yema del dedo y un ojo cerrado. Llamé al hospital y pedí hablar con Elf. Fui

de un lado a otro de la terraza mientras esperaba a que me pasaran de la centralita del hospital a la planta de Psiquiatría. Hice aparecer a la pareja que bailaba. Desaparecer. Aparecer.

¿Hola?

Hola.

¿Puedo hablar con Elfrieda?

¿Es su hermana?

Sí.

Le agradece la llamada.

Ah, qué bien. Pero ¿puedo hablar con ella?

Ella preferiría que no.

¿Que preferiría que no?

Sí.

¿Le puede pasar el teléfono?

Preferimos que no.

Bueno, pero…

¿Por qué no prueba dentro de un rato?

¿Puedo hablar por favor con Janice?

Janice no puede ponerse en estos momentos.

Vaya. ¿Y tiene alguna idea de cuándo podrá?

No dispongo de esa información.

¿A qué se refiere?

A que no tengo acceso a esa información.

Mire, lo único que estoy preguntándole es cuándo sería buen momento para poder hablar con Janice.

Y yo le estoy diciendo que no dispongo de esa información.

No es una información, es una respuesta.

Lo siento pero no estoy autorizada para responder a esa pregunta.

¿Sobre qué hora estará disponible Janice? ¿Qué quiere decir con que no está autorizada?

Tendrá que llamar en otro momento, lo siento.

Pero ¿no tiene un ordenador donde poder mirar cuándo llega Janice o algo?

Me temo que no puedo hacer más.

¿No puede avisarla?

Que tenga una buena noche.

Un momento, un momento.

Me temo que no puedo hacer más.

Podría hacer una excepción.

¿Qué? (No me había escuchado bien con el hielo).

Solo quiero oír la voz de mi hermana.

Creía que quería hablar con Janice.

Ya, pero ha dicho que…

De verdad, le aconsejo que vuelva a intentarlo más adelante.

¿Por qué no quiere hablar conmigo mi hermana?

No he dicho que no quiera hablar con usted. He dicho que prefiere no tener que venir a la sala comunal para responder a la llamada. Si tuviera que llevarles el teléfono a los pacientes cada vez que alguien llama, no tendría tiempo para nada. Y preferimos que los pacientes hagan un esfuerzo por contactar con sus familiares en lugar de al revés.

Ah.

De verdad, le aconsejo que vuelva a intentarlo más tarde.

De acuerdo, vale, claro, por qué no.

Colgué y tiré el móvil al río. No tiré el móvil al río. Me corté en el último segundo y ahogué algo que era ya de por sí un grito ahogado. Decidí que era mejor prenderle fuego al hospital. Que lo que yo prefería era que no me aplastaran el espíritu. Bartleby el escribiente también lo prefería así hasta que prefirió no trabajar, no comer, no hacer nada y murió debajo de un árbol. Robert Walser también murió debajo de un árbol. James Joyce y Carl Jung murieron en Zúrich. Nuestro padre murió al lado de unos árboles sobre unas vías de hierro. Después la policía le entregó a mi madre una bolsa con sus pertenencias, las cosas que llevaba encima cuando murió. Por extraño que parezca, no se le rompieron las gafas, puede que simplemente salieran volando y acabaran sobre un colchón de tréboles, o quizá él mismo tuvo a bien quitárselas y dejarlas en el suelo, aunque cuando mi madre las sacó de la bolsa de plástico se le desmenuzaron en las manos. Y lo mismo con el reloj. Tiempo. Estrellado. La alianza y el anillo de compromiso estaban aplastados y casi todos sus doscientos seis huesos rotos.

Llevaba encima setenta y siete dólares y utilizamos el dinero para pedir comida a un tailandés porque, como dice mi amiga Julie en situaciones así, comer hay que comer.

CUATRO

Nic iría a ver a Elf a última hora de la tarde cuando saliera del trabajo y luego quedaríamos los dos para tomarnos una cerveza, mirarnos las caras, entre asediados y perplejos, y hablar sobre el siguiente paso. Estábamos intentando montar un equipo de cuidadoras para que se quedaran con mi hermana por turnos una vez que le dieran el alta en el hospital.

Nic le había sugerido con mucho tacto a Elf que cierta cooperación era un factor fundamental en su tránsito hacia la sanación. Ella no se mostró muy colaborativa. Normal. Le respondió que la imagen que le venía cuando oía la palabra *equipo* era la de cuatro caballos desbocados.[2] *Equipo* no se escribe con *yo,* ¿verdad, Yoli? Estaba citando a nuestra entrenadora de baloncesto del instituto y añadió que esa palabra siempre le había dado pavor. ¿Qué iba a hacer el supuesto equipo con ella?, preguntó. ¿Y qué iba a hacer ella con el equipo? ¿Hacer listas? ¿Fijarse objetivos? ¿Abrazar la vida? ¿Empezar un diario? ¿Poner buena cara al mal tiempo? Siguió desenterrando los grandes problemas de base del concepto. Madre mía, Nicolas, ¿tránsito? ¿Sanación? ¿Tú te escuchas? Yo sí que lo había escuchado y me había sonado todo bastante bien, pero mi hermana estaba poniendo el grito en el cielo, enseñando los dientes contra aquella pastelosa regañina de autoayuda que solo servía para vender libros y anestesiar a los vulnerables y permitir que esa supuesta profesión de *ayudadores* se regodease en la autocomplacencia por haber hecho *lo que podían.* ¡Harían listas! ¡Fijarían objetivos! ¡Animarían a sus pacientes a hacer una cosa *divertida* al día! (Ay, tendríais que haber oído el desdén en la voz de mi hermana cuando dijo la palabra *divertida,* como si estuviera diciendo *Eichmann* o *Mengele).*

A todos los especialistas con los que nos hemos cruzado siempre les cuesta mucho entender la extrema hostilidad de mi familia hacia el sistema sanitario en bloque. A nosotras mismas nos cuesta entender la extrema hostilidad de nuestra familia hacia el sistema sanitario en bloque. Cuando mi madre tuvo el accidente con el cortacésped y se quedó tirada en la hierba al lado de dos de sus dedos del pie cercenados y dos auxiliares saltaron de una ambulancia y corrieron a atenderla ella se quedó mirándolos y les dijo: Pero ¿se puede saber qué hacen ustedes aquí? Cuando el médico le aconsejó a mi madre que me sometieran a una amigdalotomía, ella le respondió: Bueno, seguramente se la podamos hacer nosotros en casa, pero gracias.

En realidad lo único que queríamos era que mi hermana no se quedara sola. En algún momento Nic tendría que volver al trabajo para erradicar las cagaleras y yo tendría que volver a Toronto para liberar a Will de sus tareas de niñero y que pudiera así volver a sus clases sobre cómo derrocar al uno por ciento. Toronto se escribe *Tkaronto* en mohawk y significa «Árboles que Crecen en el Agua». (Doy gracias por que aquí en Canadá le pusieran el

nombre a nuestras ciudades por cosas como los árboles o el agua turbia, sobre todo ahora que más de un iluminado inventa apelativos como Centro Financiero o Núcleo Tecnológico o Capital del Libro o Ciudad más Cosmopolita del Mundo). Entretanto, sin embargo, esa noche iba a tomarme una botella de vino con Julie en el porche de su destartalada casa de Wolseley, un antiguo barrio no lejos del centro donde unos olmos enormes crean cúpulas de sombras moteadas, mientras sus niños veían una película dentro.

Julie y yo nos criamos juntas en East Village. Somos primas segundas y mi madre y la suya también son uña y carne. (Ya puestas, Elf y yo también somos primas, aparte de hermanas, pero para entenderlo tendríais que conocer la historia de los apenas dieciocho menonitas con iniciativa que llegaron a Canadá desde Rusia para escapar del ejército anarquista, así que…, en fin). Julie y yo nos bañábamos juntas de pequeñas, nos inventamos un juego que se llamaba el Escondite del Jabón y juntábamos las lenguas a modo de experimento cuando poco a poco nos percatamos con horror de que era algo que habríamos de hacer mucho en el futuro si queríamos tener vidas corrientes con chicos y hombres.

Julie reparte cartas, es una cartera todoterreno que se anda todos los días sus treinta kilómetros con una saca de diez kilos en cada hombro. Cuando llueve, abre un buzón de esos verdes que se ven por las esquinas con una llave de un llavero gigante y se mete dentro y se pone a fumar y a escuchar pódcasts de la BBC News con los auriculares. Su supervisor ya le ha reprendido varias veces por hacerlo y por numerosos actos de insubordinación más, como enrollarse hacia arriba la cinturilla de la falda del uniforme del Servicio Postal Canadiense para que le quede más sexy. A veces se gana una suspensión de uno, dos o tres días, según la seriedad del delito cometido, y ella encantada porque entonces puede pasar un rato con sus críos antes del colegio en vez de tener que despertarlos todavía a oscuras y arrastrarlos a la casa de la vecina en pijama. No hace mucho que se ha separado de su marido, un escultor y pintor al óleo muy alto, así que aprovecha el seguro médico de Canada Post, que le cubre las sesiones con el psicoanalista. En su vida no pasa nada horrible, es bastante feliz, simplemente le gusta disfrutar del lujo de poder hablar sobre sí misma, sus sentimientos, sus objetivos, sus esperanzas, sus decepciones. ¿A quién no le gustaría? Su psicólogo, que es junguiano, le ha dicho que es la persona más optimista que ha conocido en todos los años que lleva ejerciendo y que es todo un reto para él que Julie nunca tenga sueños por la noche.

Nos acomodamos en el porche y bebimos vino tinto peleón y comimos queso con galletitas saladas y hablamos de todo menos de Elf, que era un tema como el tiempo, en el sentido de que me veía incapaz de entenderlo pero ejercía una prodigiosa influencia en mí. Julie tiene un niño y una niña de ocho y nueve respectivamente, una edad en que todavía les encanta abrazarte

y sentársete encima. Estaban dentro viendo *Shrek* y cada cinco o diez minutos asomaban por el porche (cada vez que esto ocurría mi amiga lanzaba el cigarro encendido al césped para que no la vieran fumar y luego volvía a recogerlo) y decían qué fuerte, vale, chicas, tenéis que verlo. Es en plan, en plan… Y luego se ponían a discutir entre ellos uno o dos minutos sobre de qué plan iba en realidad, y Julie y yo nos dedicábamos a asentir totalmente alucinadas, mientras mi amiga lanzaba miradas de vez en cuando hacia su cigarro menguante en el césped. Luego, de pronto, sin previo aviso, se esfumaban como praderos cuando volvían a entrar disparados en la casa para asumir de nuevo sus posiciones en el sofá.

Es que se creen que fumar provoca sida, me explicó Julie mientras recuperaba el cigarro humeante. Hablamos sobre que daba igual la edad que tuvieran que nosotras andábamos siempre obsesionadas con su bienestar y sufriendo a lo bestia, por todo lo alto, y a cada nanosegundo nos culpábamos por cualquier desdicha que ocurriera en sus vidas. Antes nos inmolaríamos que ver una vez más llenarse lentamente de lágrimas los ojos de nuestros hijos. Hablamos de nuestros exmaridos y nuestros antiguos novios y del miedo a que nadie vuelva a desearnos sexualmente, nunca más en la vida, y a morir solas y sin nadie que nos quiera en nuestra propia mierda, con escaras tan profundas que se nos verían los huesos medio desmenuzados y ¿alguna vez habíamos hecho algo bien en la vida?

Seguramente, concluimos. Habíamos mantenido la amistad, siempre nos tendríamos la una a la otra, y un día, cuando todos nuestros hijos fueran mayores y nos dejaran solas para regodearnos en el rencor, la melancolía y la decrepitud, y nuestros padres hubiesen muerto de tanto duelo acumulado y del cansancio de vivir y nuestros maridos y amantes hubieran ahuecado todos el ala o nosotras les hubiésemos enseñado la puerta nos compraríamos una casa entre las dos en algún sitio bonito en medio del campo y nos dedicaríamos a cortar leña, bombear agua del pozo, pescar, tocar el piano, cantar juntas canciones de las bandas sonoras de *Jesucristo Superstar* y *Los miserables,* a reimaginar nuestro pasado y esperar el fin del mundo.

¿Hecho?

Hecho.

Chocamos los cinco y nos hicimos un porro. Empezaba a hacer frío en el porche. Nos quedamos allí escuchando el sonido del río al partirse y resquebrajarse a una manzana de donde estábamos, y yo me pregunté si esas placas de hielo volarían, si podrían liberarse alguna vez y elevarse por encima de toda esa presión turbulenta y cómo sería ver una placa gigante de hielo aleteando por encima de Portage Avenue de vuelta a su casa en el norte. Miramos hacia la noche sobre nuestras cabezas, tersa de abril y despejada, sin estrellas. Vimos cómo fueron apagándose las luces por toda la calle y espiamos a los niños de Julie por la ventana, dormidos ya en el sofá con los pijamas de franela y los mandos de miles de aparatos modernos cogidos con fuerza en la mano.

Oye, y ¿cómo es que no está Dan cuidando de Nora?, me preguntó mi

amiga. (Dan es el padre de mi hija, un hombre peleón y sentimental. Estábamos en pleno divorcio). No creo que pueda decirse que esto no es una emergencia. ¿No te había dicho que siempre podías contar con él para una emergencia? ¿Le has contado lo de Elf?

Está en Borneo o por ahí, dije. Con una equilibrista.

Qué bonito. Pero creía que vivía en Toronto.

Sí, vive allí… para estar cerca de Nora, dije, lo que pasa es que ahora justamente está en Borneo.

¿Y es indefinido?

No, no es para siempre. No sé. Nora sí que le ha contado lo de Elf.

¿Y Barry le está pagando la universidad a Will en Nueva York? (Barry es el padre de mi hijo. Está forrado porque se pasa la vida creando modelos estocásticos de volatilidad local para un banco y se comporta de forma misteriosa. Apenas hablamos).

Sí…, por ahora.

¿Cómo le va el ballet a Nora? (La danza fue la principal razón por la que nos mudamos a Toronto, para que mi hija pueda ir a una escuela de ballet gracias a la beca que le han dado porque si fuera por mí yo nunca podría pagársela).

Le encanta pero cree que está demasiado gorda.

Joder, dijo Julie. ¿Todavía sigue con esas mierdas?

La pillé fumando.

¿Fuma para no comer?

Creo que sí. Lo hacen todas las bailarinas. Lo he hablado con ella pero…

¿Y Will lo está flipando en Nueva York?

Pues sí, la verdad. Y ahora es marxista, creo. Y dice *Kapital,* así sin el *Das* ni nada.

Mola.

Ya.

Al final ayudé a Julie a acostar a los niños, medio andando ellos, medio llevándolos a cuestas, y me despedí. Por desgracia mi amiga no había recibido ninguna suspensión por insubordinación, así que tenía que levantarse temprano para trabajar a la mañana siguiente. Sacó las botas con crampones incorporados del uniforme de Canada Post y preparó la comida de los niños del día siguiente. Las botas con crampones eran muy prácticas para andar sobre el hielo. Un invierno, en plena tormenta de hielo, me vi varada en la pecera resbaladiza que es la orilla del Assiniboine. Había atravesado andando el río helado y tenía pensado remontar la ribera y llegar a la altura del puente de Osborne Street. La idea era atajar así en mi camino hasta el centro, pero en lugar de eso me quedé aislada en la orilla helada con zapatos de suela lisa y sin un mínimo de agarre para remontar por aquel terraplén empinado. Intenté cogerme de las ramas finas de los árboles que colgaban sobre la ribera pero, cómo no, se partían y volvía a deslizarme cuesta abajo hasta el punto de partida. Me quedé tumbada bocarriba en el hielo preguntándome qué hacer mientras me comía una barrita de cereales que me había encontrado en el

bolso y luego me acordé de los zapatos especiales de Julie, los de los crampones. La llamé con el móvil y me dijo que en realidad estaba bastante cerca en su ruta del correo y vendría a rescatarme. Apareció a los pocos minutos, se quitó las botas y me las tiró para que me las pusiera y remontara por fin desde la orilla. Ella se montó encima de la saca del correo para que no se le mojaran los pies y se fumó un cigarro mientras yo escalaba el terraplén cual sir Edmund Hillary con las botas de tacos de mi amiga. Luego fuimos a tomarnos un café y un bollito de chocolate y crema. A veces las misiones de rescate pueden salir muy bien.

Me despedí de Julie y estuve un rato dando vueltas con el coche queriendo y no queriendo pasar por mi antigua casa de Warsaw Avenue, intentando y no intentado recordar esos años de felicidad marital.

Dan, mi segundo ex, el padre de Nora, había criado a Will como si fuera hijo suyo, mientras el padre biológico, mi primer ex, estaba en Estados Unidos abrazando la volatilidad de los mercados, y realmente ambos creíamos que esa vez lo habíamos hecho bien después de sendos primeros matrimonios chungos, que por fin habíamos resuelto la agonía de nuestros anhelos románticos no satisfechos y habíamos cortado de raíz con eso de tomar malas decisiones. En estos momentos nos hallamos en plena guerra de desgaste, aunque la libramos sobre todo a través de mensajes y correos, como hacen los amantes modernos. Tenemos momentos muy breves de tregua o algo parecido cuando estamos o demasiado cansados para pelear o da la casualidad de que ambos estamos nostálgicos y llenos de buena voluntad. A veces él me manda enlaces a canciones que cree que me gustarán, o artículos sobre olas o sobre el universo, o disculpas por un millón de cosas y a veces se emborracha y me escribe largas diatribas cáusticas, letanías enumerando mis fracasos…, que se cuentan por miles.

Las palabras «todavía no ha pasado nada malo», de la letra de una canción de Loudon Wainwright, me rondaban la cabeza mientras pasaba por delante de la casa de Warsaw Avenue. Fue la casa en la que empecé a escribir mis novelas para adolescentes en torno al mundo del rodeo, con las que me fue muy bien durante un tiempo, lo suficiente para ayudarme a pagar las letras de la hipoteca y comprar comida. Llevo nueve por ahora. La saga de Rhonda Rodeo. Pero mi editora dice que ya es hora de que el mundo de Rhonda cambie un poco. Ahora hay más adolescentes viviendo en las ciudades y no se identifican con las carreras de obstáculos ni con las domadoras de caballos salvajes. Últimamente ha tenido mucha paciencia conmigo ahora que estoy trabajando en mi «libro literario». Me dijo que no tiene ningún problema en esperar el número 10 de Rhonda Rodeo mientras «expando mi corpus». El nuevo propietario de la casa estaba pintando una gruesa capa de blanco austero sobre el rojo y amarillo originales que Dan y yo pintamos hace años en un avenate torpe que nos dio cuando estábamos sin blanca pero éramos felices y temerarios y ay, tan confiados en nuestro amor, nuestro futuro, el

reino de nuestra familia recién fundado y nuestro firme equilibrio en el mundo. La cerca todavía no la habían pintado, lucía de un alegre amarillo en la luz del atardecer, y aún se distinguían las calcomanías que había puesto Nora por toda ella, imágenes entrañables de ranas y coches y cuartos de luna y soles con rayos y caritas sonrientes. Todavía seguía atornillado a la puerta un letrerito metálico que compramos en algún viaje familiar y en el que ponía *Cuidado: el perro es muy suyo.* A veces cuando se llega a este punto la gente dice: No sé lo que pasó. No sé en qué momento se fue todo al garete.

Fui a casa de Nic y Elf y aparqué en la entrada. Por fin se había hecho de noche. Me quedé un minuto observando a Nic por la ventana, allí sentado también a oscuras y con la vista puesta en la pantalla apenas iluminada del ordenador. Nos tocaba hablar de mi hermana, nuestra conferencia nocturna que no nos dejaría más cerca de una solución pero al menos reforzaría nuestra solidaridad en la causa de mantenerla con vida. Hablábamos en el salón rodeados de montañas de libros de música y novelas en mandarín, la última fascinación de Nic, tomando té de hierbas de las dos únicas tazas limpias que quedaban e intercambiando pensamientos del tipo: hoy parecía un poco más animada, como más dispuesta a entablar conversación, ¿no te ha parecido? Sí, bueno, podría ser… ¿Y qué me dices del corte ese nuevo? ¿Esa caída? ¿Tú sabes si se está tomando las pastillas? Ella dice que sí, pero… Hoy me ha dicho la enfermera que en teoría no podemos llevarle comida de fuera, que si tiene hambre la idea es que salga de la cama y vaya al comedor comunal a las horas de las comidas. Ya…, pero ella eso no lo va a hacer. Si fuera por ella, se quedaría ahí muriéndose de hambre. Ya, bueno, no se lo van a permitir. No, ¿seguro? Hummm…

Todavía no habíamos sabido nada del equipo de cuidadoras con formación psiquiátrica y empezábamos a preguntarnos si realmente existía como tal. Queríamos saber con qué frecuencia podría acudir o cuánto costaría. Estábamos de acuerdo en que daba igual lo que costase y Nic dijo que volvería a llamar a la persona de contacto al día siguiente desde el trabajo y yo me ofrecí a intentar hablar con el psiquiatra de Elf, que era como intentar quedar con el don de los Gambino. Ni siquiera tenía claro que existiera realmente. O al menos, dije, hablaría con alguna de las enfermeras más veteranas que estuviese familiarizada con el historial de Elf, y básicamente le suplicaría a todo el que pillase que no le diesen el alta hasta que no tuviéramos un plan montado o hasta que, de verdad, en serio, hubiese visos de mejora en mi hermana, como suele decirse.

¿Y qué pasa con la gira?

A la mierda la gira.

Ya, dije, opino lo mismo, pero aun así hay que gestionarlo. A ella le preocupa dejar tirada a la gente.

Ya lo sé. Nic se levantó y cogió un papel de encima del piano. Mensajes para Elfrieda, me explicó. De Jean-Louis, Felix, Theodor, Hans, Andrea, no conozco a la mitad.

¿Se lo has dicho a Claudio?

No. No… Pero él ha dejado unos cuantos mensajes. Los de Free Press quieren hacerle un perfil para una antología de música y la *BBC Music Magazine* quiere hacer algo también. ¡Ja!

Volvió a la mesa y apoyó la barbilla sobre las manos entrelazadas. Tenía los ojos inyectados en sangre. Toda la cara parecía inyectada en sangre. Sonreía pero porque era un valiente.

¿Cansado?

Hecho polvo.

Se levantó a poner un disco, últimamente le había dado por los vinilos. Le gustaba el rollo del paso a paso, el proceso. Cogía el disco como coge la gente los discos, entre las palmas en vez de con los dedos. Le sopló. La música era un susurro suave, solo una guitarra acústica, sin voces. Cuando volvió a la mesa, me pidió que le mirara los ojos.

Me lloran, dijo. Como si los tuviera infectados o algo.

¿Conjuntivitis?, pregunté.

No sé, parece como si me lagrimearan todo el rato, aunque el líquido es transparente, no hay pus ni nada. Me tiendo en la cama y me chorrea un montón de líquido por el rabillo. No sé si tendría que ir al médico, a un oculista o algo.

Estás llorando, Nic.

No…

Sí, a eso se lo llama llorar.

Pero ¿todo el rato?, preguntó. Pues entonces ni siquiera soy consciente.

Es una modalidad de llanto nueva, respondí. Para los nuevos tiempos. Me incliné para ponerle las manos en los hombros y luego a los lados de la cara igual que había cogido él el disco.

Nos quedamos un rato callados y después me contó que en teoría Elf tendría que estar haciendo un ensayo general dentro de tres semanas, dos días antes del concierto de apertura. Le dije que ni de coña estaría preparada y él me dio la razón porque de lo único que habla ella es de no poder hacer la gira, y cuanto antes lo supieran las partes implicadas mejor para todos. Le dije entonces que llamara a Claudio y ya está, que él se encargaría de todo, como siempre ha hecho.

Si quieres lo llamo yo, me ofrecí.

No sé, quizá sea mejor que esperemos un poco.

Yo creo que debería saberlo ya.

Es que, mira, yo sé lo que va a decir Claudio. Va a decir que esperemos a ver. Pensará que puede recuperarse de nuevo, como la última vez. Dirá que tocar le salvó la vida y que volverá a pasar lo mismo.

Puede ser.

Y puede que tenga razón y que le venga bien que la presionemos un poco y al final acabe recuperándose.

Ya…

Pero… está claro que si no quiere hacer la gira no tiene por qué hacerla. En el fondo eso da igual. Yo lo único que digo es que a lo mejor de pronto decide que en realidad quiere hacerla y entonces…

Ajá, entonces no cancelamos todavía, dije.

A Nic se le cayó la cabeza sobre la mesa, lentamente, como un copo de nieve. Tenía el brazo estirado por debajo, la palma vacía en forma de tacita.

Nic. Oye, Nic, vete a la cama, anda.

Hicimos lo que hacíamos siempre al final de nuestras charlas. Suspiramos, nos frotamos la cara, hicimos muecas, sonreímos, nos encogimos de hombros y entonces hablamos de otras cosas, como el kayak que estaba construyéndose en el sótano, desde cero, y de su plan de terminarlo pronto y transportarlo sobre su cabeza hasta el río, que estaba a solo una manzana, y remar río arriba hasta alguna parte, seguramente la parte más dura, y luego dejarse ir corriente abajo para volver a casa.

Lo dejé sentado al ordenador, con la cara iluminada como Boris Karloff en el cono espectral de la luz del monitor. Me pregunté qué estaría mirando. ¿Qué se pone uno a buscar por internet cuando tu persona favorita de este mundo está empeñada en abandonarlo? Me monté en el coche de mi madre y miré el móvil. Un mensaje de Nora desde Toronto: *Cómo está Elf? Necesito que me des permiso para hacerme el piercing del ombligo. PORFAAA. Amor!!* Otro de Radek invitándome a su casa. Es un violinista checo de ojos tristes que conocí un día que acompañé a Julie por su ruta de reparto la última vez que estuve en Winnipeg. (En realidad fue por él por lo que la acompañé. Mi amiga me había contado que le llevaba el correo a un europeo muy muy guapo que también parecía solo y desesperado. Como tú, Yoli, me dijo). Se había venido a vivir a Winnipeg porque tenía que escribir un libreto. Pero ¿quién no? Es un rincón oscuro y fecundo del mundo, esta confluencia de aguas turbias, que hace que uno se plantee: Oye, ¿y cómo se le podría poner palabras a la trágica banda sonora de la vida? En realidad Radek y yo no hablamos el mismo idioma pero él me escucha pacientemente, consciente de que, en fin, no sabría decir qué…, como que si se queda ahí quieto una o dos horas escuchándome divagar sobre mis fracasos en un idioma que realmente no entiende al final, Alá mediante, ¿se acostará conmigo?

Me viene ahora la preocupación de si «acostarse con alguien» será ya un término desfasado, pero me da vergüenza pedirle a mi hija que me ponga al día. Tengo una edad que me pilla entre dos generaciones, una que utiliza el término «acostarse» y otra «liarse», así que ¿cómo se supone que hay que llamarlo? Estaba en la cocinita del ático que tiene alquilado Radek en Academy Road hablándole de mi hermana, de su desesperación, de su entumecimiento, de su «Hora de Plomo»,[3] como dice Emily Dickinson, y de ese castillo de naipes que era mi plan para hacer que quisiera vivir, y sobre la futilidad y la rabia y los mares de la Luna que se llaman Serenidad e Inteligencia y a orillas de cuál de ellos preferiría él vivir (Serenidad) y ¿sabía él que había un glaciar en algún punto de Canadá que se llama Disappointment (Decepción) y que nutre las aguas del río Disappointment y

que ese río desemboca en la cuenca Disappointment pero que era una cuenca sin ojo, vaya decepción? Y Radek asintió y me echó vino y se puso a hacerme de comer y cuando pasaba a mi lado camino de la cocina para remover la pasta o el arroz me daba un beso en la nuca. Es muy blanco pero con un pelo hirsuto y muy negro que le cubre todo el cuerpo. Bromea en su inglés rudimentario diciendo que en realidad no está del todo evolucionado y yo le digo que lo admiro por no quemárselo o arrancárselo como hacen los norteamericanos, que le tienen pavor al vello y al pelo en general. El vello corporal es la frontera final en la lucha por la liberación de las mujeres, Radek. Qué cansadísima estoy. Asintió. Ajá, ¿sí?

Cuando puso el plato de pasta en la mesa con mucha delicadeza, me dijo: Yo he visto tocar a tu hermana.

¿Cómo? ¿De verdad? No me lo habías dicho.

En Praga. Y no me extraña.

¿Que no te extraña qué?, le pregunté.

Lo mucho que sufre. Cuando la escuché tocar me dio la sensación de que no debía estar en la misma habitación que ella. Había cientos de personas, pero nadie se fue. Era un dolor íntimo. Y con íntimo me refiero a que era inabordable. Solo la música sabía lo que pasaba y guardaba secretos para que esa forma de tocar suya fuera un enigma, un susurro, y después la gente se quedó allí en el bar, bebiendo y sin decir nada porque eran cómplices. No había palabras.

Me quedé un rato pensando en aquellas frases, en el encanto del Viejo Continente que tenía y en su manera de hablar. Podríamos enamorarnos y mudarnos todos a Praga, con Will y Nora, y mi vida se parecería menos a mi vida y más a la de Franz Kafka. Will y Nora estudiarían tenis y gimnasia y Radek y yo iríamos a óperas y a ballets todos los días y nos volveríamos intensos, poéticos y revolucionarios.

Yo la pondría en la misma categoría que a Ivo Pogorelich, y puede que a Yevgeny Kisin, dijo. Ella entiende que el piano es la perfección de la voz humana.

Tiene un piano de cristal por dentro y tiene miedo de que se le rompa, le conté.

Sí, es posible que ya se le haya roto. Y está manteniendo las piezas unidas de milagro, antes de que se le parta del todo. Creo que me enamoré de ella así de golpe aquella noche. Me dieron ganas de protegerla.

Ah, muy bonito, ¿conque te pone mi hermana? Se rio y dijo que no, que por supuesto que no, pero supuse que me mentía. Hasta ahí llegó mi fantasía praguense. Bueno, pensé, total, la verdad es que tampoco es que Kafka se lo pasara bomba en Praga, así que ¡nada nada, no he dicho nada!

¿Quieres más vino?, me preguntó. ¿Cómo era ella de pequeña?

Se pasaba el día tocando el piano. Y recogiendo firmas para cosas.

Bueno, si vas a hacer solo una cosa en la vida, mejor que sea tocar el piano.

Pero tendrás más recuerdos, ¿no?

Aprendió francés de muy pequeña, le conté, y a veces solo hablaba en ese idioma y otras dejaba de hablar por completo durante temporadas largas, como mi padre. Me puso varios apodos: Cabeza Veleta, Pan Demonia. Fingía que nuestro pueblo menonita era un pueblecito de la Toscana o algo parecido rebautizándolo todo y a todos. Cada calle, lo que fuera. Se obsesionó con Italia. Cuando venían de visita nuestros parientes menonitas más ancianos, les hablaba de *signor* y *signora* y les ofrecía expresos y *grappa*. La gente se reía de ella. A mí también me daba un poco de vergüenza ajena.

Ay, pero si solo intentaba crear emoción…, dijo Radek, ¿sí? ¡Haciendo gracias y haciéndose la sofisticada!

Sí, ahora lo entiendo perfectamente, le dije, pero en su momento…, en fin. Un pueblo como el nuestro no es el mejor sitio para practicar un número cómico. Una vez dispararon a nuestra casa.

¿Cómo? ¿Por Elfrieda?

No lo sé. Nunca lo supimos. Había mucha gente que se reía también de mi padre por ir siempre en bicicleta y llevar traje todo el santo día y leer libros. A Elf le ponía triste y lloraba. Se enfadaba mucho. Se peleaba con la gente, sobre todo discutiendo, intentando defenderlo. Cuando se fue a Oslo a estudiar música, me mandaba cintas de ella hablando sobre la vida en la ciudad y luego se fue a Ámsterdam a estudiar con otro tipo y después a Helsinki con una mujer. Yo me ponía las cintas una y otra vez a oscuras y fingía que estaba allí conmigo. Me las sabía de memoria, cada inflexión, cada aliento, y hablaba a la vez que ella, por encima, a veces hasta sus risitas. Me lo sabía todo de memoria.

Radek nos sirvió otra copa de vino a cada uno y me dijo que estaba pensando en algo que dijo una vez Northrop Frye sobre la energía que requiere salir de un sitio y en que hay que aprovechar entonces el impulso para avanzar y seguir creando, seguir reinventando. ¿Estaba yo de acuerdo?

Sí, estoy de acuerdo. ¿Acaso es legal estar en desacuerdo con Northrop Frye?

Claro que sí, dijo Radek, puede que tú…

Ya, ya, era una broma. Pero sí, estoy de acuerdo.

Echabas de menos a tu hermana, dijo sucintamente Radek.

Sí, pero iba más allá. En realidad yo no quería que ella volviera. No sé si en su momento era consciente, pero de algún modo yo sabía que debía mantenerse apartada de nuestro pueblo. Aunque al mismo tiempo yo sentía que la necesitaba para poder sobrevivir en aquel lugar, así que estaba muy entretenida y muy agobiada intentando averiguar por mi cuenta cómo ser valiente cuando ella no estaba. Jugábamos mucho al tenis cuando volvía de visita. Jugábamos incluso a oscuras. Tenis Ciego. Era divertido, aunque perdimos un montón de pelotas. Me decía que tenía que aguzar mucho el oído cuando jugábamos al Tenis Ciego, que ahí estaba la gracia. Nos partíamos de la risa allí a oscuras y chillábamos cuando nos pegaba la pelota. Yo sabía de qué humor estaba según cómo tocaba el piano ese día. Le dieron las becas

para estudiar más importantes, fue incluso a un concurso de la tele, pero había muchas cosas que la indignaban. La indignaba la gente que no se esforzaba lo suficiente. La enfurecían los malos modales. Cuando el pastor y sus amiguitos, los viejos de la iglesia, vinieron a casa para decirles a mis padres que no debían consentir que Elf estudiara en el extranjero no fuera a ser que se le subiera a la cabeza, esa noche mi hermana cogió y le metió fuego a la carpa de avivamiento del pastor y la poli se presentó en mi casa…

Uau, dijo Radek.

Pero primero, cuando los de la iglesia vinieron a casa les tocó a Rajmáninov desde el cuarto de al lado. Yo estaba con mi madre, las dos escondidas en la cocina. Y parecía que cuanta más presión ejercían sobre mi padre, más fuerte gritara ella. Bueno, gritaba con el piano. Los echó con su brillantez y su rabia, como Jesús con los mercaderes o…, esto…, como Dustin Hoffman en *Perros de paja*…

Como el sol con los vampiros, dijo Radek.

Eran unos hombres tan necios, tan bárbaros, fue como tocar para un público de mastodontes… Ella no…

¿Qué obra fue?

El «Preludio en sol menor», *Opus 23*.

¿Qué pasó cuando fue la policía a tu casa?

Mis padres no permitieron ni que se la llevaran a un reformatorio ni que la mandaran a un campamento cristiano de reprogramación en medio del bosque, aunque de todas formas creo que iban de farol, pero por si acaso nos fuimos los cuatro a hacer un viaje largo hasta Fresno, en California, para escapar de la policía y, cuando volvimos, ya se les había olvidado. Elf convenció a un chico de Fresno para que fuera su novio durante el tiempo que estuvimos allí y se intentó esconder en el maletero del coche el día que nos íbamos, pero mi padre notó el peso de más al arrancar y se paró para librarse de él. Elf y el chico se pusieron a enrollarse como locos cuando mi padre lo sacó a rastras del maletero, pero no supo qué hacer, así que mi madre tuvo que bajarse del coche y decirle a mi hermana que nos íbamos. Recuerdo que le tiró del brazo mientras seguía todavía besando al chaval. Y luego Elf por fin se montó en el coche llorando como una magdalena y el chaval se puso a correr detrás del coche todo lo que pudo como los perros de las granjas a las afueras de East Village.

Radek se rio. ¿Tienes alguna foto suya?, me preguntó. Saqué la que llevaba en la cartera y se la enseñé. Era toda ojazos verdes y melena morena reluciente. Parece extraterrestre, ¿verdad?

Es guapa, dijo.

La primera vez que comí a la mesa de Radek le conté que le había sido fiel a mi marido y había criado niños con él, y él sonrió con dulzura, asintiendo, como si le gustara esa mujer, como si incluso me prefiriera así, pero, en fin, ahí estábamos. Estos días estoy tan cansada que apoyo la cabeza en su mesa y

me quedo dormida mientras él lava los platos y luego me levanta y me lleva a su cama y me quita la ropa con cuidado e incluso me dobla los vaqueros y me los pone en el respaldo de una silla para que no se me caiga el cacao del bolsillo y se me cuele por debajo de su cama, con las pelusas, y me pone la camisa sobre la lamparita para que arroje un aura interesante, y me hace el amor con mucha delicadeza, como un caballero caballeroso. Son las palabras que utilizó mi abuela para describir a mi abuelo cuando le pregunté qué tal había sido como marido. Un caballero. Con Radek tampoco se me ocurre otra manera de describirlo. Cuando se corre dice algo muy bajito en checo, una palabra. A mí me gusta jugar con las yemas de sus dedos, sentir los bordes y las hendiduras curtidas que se le han formado de apretar las cuerdas del violín de cinco a seis horas diarias.

Me contó que una vez ladré como un perro mientras soñaba. Yo tenía un recuerdo muy vago de haberlo hecho, de un sueño que tuve en el que todo lo que sentía y todo lo que quería decir sobre todo lo que sentía salía, al final, como un ladrido muy cutre y a medio formar. A veces creo que me estoy acercando un poco más, al menos en sueños, a entender los silencios de Elf. Cuando yo vivía sola en Montreal y estaba con el corazón roto por un desamor, me envió una cita de Paul Valéry. Pero fue una palabra por carta, así que me costó varios meses descifrarla. «Soplo, sueños, silencio, recalmón invencible…, triunfas tú».[4]

CINCO

Ya es por la mañana y estoy resacosa. Tengo los ojos rodeados por bolsas ojerosas y rímel corrido y una fina línea de costra de tinto en los labios. Me tiemblan las manos. Estoy bebiéndome un café que he pillado en el Tim Hortons. Largo largo larguísimo. Mi madre está en un barco. Nic está con el agua al cuello de ecuaciones y solitarias. Le traje a Elf las cosas que me pidió, el chocolate negro, el sándwich de ensaladilla, las bragas limpias y el cortaúñas. Estaba durmiendo cuando llegué. Supe que estaba viva porque tenía las gafas sobre el pecho y cabeceaban arriba y abajo como un pequeño salvavidas varado. Le puse la almohada morada de las libélulas al lado de la cabeza y me senté en la silla de escay naranja que estaba más cerca de la ventana a esperar a que se despertara. Desde allí se veía el Chevy reventado de mi madre abajo en el aparcamiento y le di al botón verde del arranque automático para ver a qué distancia podía estar de algo para hacerle cobrar vida. No pasó nada, no se encendió ninguna luz.

Miré la BlackBerry. Tenía dos mensajes de Dan. El primero contenía un resumen de mis defectos como esposa y madre, y el segundo una disculpa por el primero. Alcohol, tristeza, conducta impulsiva y desafortunada. Esas eran las razones que me daba. La receta básica para la discordia. Lo entendía. A veces me manda correos que son tan formales que parece que los haya redactado un batallón de abogados y a veces me manda correos que podrían ser perfectamente una continuación de las conversaciones que hemos tenido a lo largo de los años, una especie de broma privada a cuento de nada, como si toda esta historia del divorcio no fuera más que un juego. Todas las recriminaciones y las disculpas y los intentos por comprender y los ataques… Yo también me sentía culpable por todo eso. Dan quería que me quedara. Yo quería que Elf se quedara. En este mundo todos peleamos con alguien para que se quede. Cuando Richard Bach escribió lo de «Si amas a alguien, libéralo», no podía estar pensando en los seres humanos.

Entré en el baño que Elf comparte con la compañera de habitación cuando hay (Melanie ha salido para pasar unos días con su familia) y busqué indicios de autodestrucción. Nada. Bien. Hasta la pasta de dientes tenía el tapón puesto y ¿quién iba a molestarse en algo así, y menos aún una persona que quiere morir? Me restregué los labios para librarme de la costra de vino y me cepillé los dientes con el dedo. Intenté limpiarme el rímel corrido, pero me lo dejé peor todavía, con un aire macabro.

Deseé con todas mis fuerzas que me dejaran de temblar las manos y me revolví el pelo un poco y le recé a un Dios en el que solo creía a medias. ¿Por qué siempre nos dicen que responderá a nuestras plegarias si creemos en Él? ¿Por qué no puede ser Él quien dé alguna vez el primer paso? Recé para que me diera sabiduría. Concédeme sabiduría, Dios, dije, igual que mi padre decía

«conceder» cuando rezaba, en vez de «dame», porque suena menos a exigencia. Manso. Me pregunto si mi padre habrá heredado la tierra porque, según las Escrituras, a estas alturas ya debería estar manejando el cotarro aquí abajo.

Elf abrió los ojos y sonrió hastiada, resignada a haberse despertado viva una vez más aunque claramente decepcionada. La oí pensar a ver qué infierno toca hoy… Nuestra cita favorita de Dorothy Parker, que siempre nos hace reír cuando la decimos salvo esta vez. Ahora que lo pienso solo nos hizo reír en una ocasión, la primera vez que la escuchamos.

Volvió a cerrar los ojos y dije ¡no! No, no, no, por favor, déjalos abiertos. Le pregunté si se acordaba de Estocolmo. ¿De lo de la embajada, Elf? ¿Te acuerdas? Mi hermana me invitó a pasar una semana con ella en Suecia estando yo embarazada de Will y vivimos una experiencia tragicómica en la embajada canadiense, donde la invitaron a almorzar el día que inauguraba su gira en el auditorio principal de la capital. Yo la acompañé, enfundada en un reluciente vestido de premamá gigante que me había comprado en el Kmart o un sitio parecido, y me pasé gran parte de la comida intentando no dejar mal a la familia Von Riesen. Comimos a una mesa larga y blanca en una sala igual de blanca con el embajador y otra gente importante (todo el mundo también blanco), con apellidos como Dahlberg, Gyllenborg o Lagerqvist. Elf estaba guapísima, deslumbrante en un traje negro sencillo y muy europeo, toda una profesional de aquellos bolos de postín. La rodeaba un halo de agudeza, todo nítido y vibrante. En comparación yo parecía uno de esos calamares gigantes que hacía poco que se habían descubierto, arrastrándome a cámara lenta y tirándome la comida encima. Mi hermana se puso a charlar en alemán con una pareja muy bien vestida de una belleza extraordinaria, seguramente sobre tocar el piano, mientras la asistente del embajador me preguntaba a qué me dedicaba yo en Canadá. Pues intento escribir libros sobre rodeos, dije, y en fin (me señalé la barriga), tener una criatura. Estuve muy sensible casi todo el viaje y había estado vomitando arenques en las perfectas calles de Estocolmo y sudando en el vestido de poliéster y estaba nerviosa y haciendo tonterías como tirarle el vino al embajador con mi barrigón cuando fui a coger un hojaldre, o envolverme en la bandera de Manitoba para que Elfie me hiciera una foto y tirar luego el asta. No sabía cómo responder a las preguntas que me hacían, cosas como: ¿Usted también ha sido bendecida con el gen de la música? ¿Qué se siente teniendo una hermana prodigio?

¿Te acuerdas del huevo?, le pregunté a Elf. No había abierto los ojos. Nos pusieron un huevo raro que no era de gallina, no sé de qué sería. Una cosa blanca y pegajosa que parecía un ojo, un embrión que cabeceaba en salmuera verde, y en cuanto lo vi tuve que disculparme para ir al baño. Cuando volví a la mesa, Elf se dio cuenta de que yo había estado llorando otra vez y enseguida se enfrascó en la tarea de hacerme sentir mejor como llevaba haciendo desde que me citaba a sus poetas amantes, parecía que fuera su oficio. Me convirtió en una heroína. Se puso a contarle a todo el mundo historias de cuando yo era pequeña, que si yo era la valiente, la aventurera y

que me tendrían que ver montando a caballo –¿habían oído hablar del *barrel racing?–,* que si yo era la chica más fuerte del pueblo, y que si nadie la hacía reír tanto como yo y que en realidad todas sus actuaciones al piano estaban inspiradas en mi vida, por el ritmo indómito y libre de mi vida, así como por su delicadeza, su forma de plantar cara (lo que yo sabía que en clave significaba que era un desastre, pero incapaz de reconocerlo), o algo parecido. Que ella intentaba tocar el piano como yo vivía mi vida: con libertad, alegría, sinceridad (palabras en clave para una alegre tontita sin habilidades sociales). Le contó a toda aquella gente que el crío que alojaba en mi interior iba a ser la criatura más afortunada del universo por tenerme a mí como madre y que yo escribía unos libros increíbles sobre competiciones de rodeo y que era su mejor amiga. Todo mentira, salvo quizá por lo ultimísimo de todo.

¡Elfrieda! Que si te acuerdas de ese día… Abrió los ojos, por fin, y asintió. Le dije que ella siempre había cuidado de mí en situaciones como aquella. Me sonrió, una sonrisa amplia y franca. Le señalé la almohada de las libélulas que tenía al lado de la cabeza y le dije que se la había traído de regalo. Pareció alegrarse más de lo normal. ¿Para mí? ¡Gracias! ¡Qué bonita! La apretó contra el pecho y volvió a darme las gracias, más de lo que habría debido. Es solo una almohada, le dije. Me preguntó qué llevaba en la bolsa de plástico del Safeway que iba arrastrando conmigo por toda la ciudad y le conté que era mi novela, un puñado de folios llenos de tachones y sujetos por una gomilla elástica.

¿Otro libro de los de rodeo?

No, el libro libro. El libro de verdad.

¿Por fin lo has escrito? ¡Qué bueno! Me preguntó si podía leerlo y le dije que no. ¿Ni un párrafo? No. ¿Una frase? No. ¡Media frase! ¿Una palabra? No. ¿Una letra? Le dije que de acuerdo, que le leería la primera letra de la novela. Me sonrió, cerró los ojos y se medio arrebujó en la cama como acomodándose para aquel deleite. Le pregunté si estaba preparada y asintió, todavía sonriendo y con los ojos cerrados. Me levanté, me aclaré la garganta, hice una pausa y empecé a leer.

L.

Mi hermana suspiró, levantó la barbilla hacia el techo, abrió los ojos y me dijo que era muy bonito, PRECIOSO, y, sin duda, lo mejor que había escrito hasta la fecha. Le di las gracias y volví a meter el folio en la bolsa del Safeway.

Bueno, pero ¿podrías decirme por lo menos de qué va… en una palabra?, me preguntó. Le dije que sí, hermanas. Y la miré de reojo y entonces me eché a llorar, un llanto inconsolable, veinte minutos largos hecha una bola en esa silla con el escay rajado junto a la ventana, y ella alargó la mano y me tocó el pie, la pantorrilla, me acarició la pierna, la parte a la que llegaba desde la cama, y me dijo que lo sentía mucho. Le pregunté qué era lo que sentía tanto, pero no me respondió. Volví a preguntárselo, con una voz que me salió áspera y vengativa, ¿qué era lo que sentía tanto si podía saberse? Estampé la mano contra la ventana blindada, un cristal cuádruple para evitar que se rompiera si

alguien intentaba lanzarse al vacío, y aquello la sobresaltó. Pero una vez más me respondió con silencio y con esos ojos suyos verdes y enormes rematados por unas pestañas ridículamente largas, encapotados, embrujados como los de mi padre, con unas pupilas que eran pecios hundidos en todo ese verde.

No le di la satisfacción de que me escuchara decirle que la entendía, que no pasaba nada, que la perdonaba, que no había nada que perdonar, que siempre la querría, que guardaría su corazón en mi estuche de los lápices. Aparté la vista y saqué tranquilamente la BlackBerry para ver si tenía más mensajes importantes. Me había escrito Will: *Nora está imposible. ¿Cuándo vuelves? ¿Cómo está Elf? ¿Sabes dónde está la aguja de inflar el balón?* Le respondí: *Sí. No lo sé seguro. Viva. Mira en el cajón de los chismes. Mucho amor.* Escribí *gen suicida* en el navegador pero cancelé la búsqueda en el último segundo. No quería saberlo. Además, ya lo sabía.

La gente se pregunta pero ¿cómo puede ser? Pensar que a pesar de todas las medidas de seguridad que tenemos hoy en día para mantener a raya las cosas –vallas y detectores de movimiento y cámaras y cremas solares y vitaminas y cierres de seguridad y cadenas y cascos de bici y clases de spinning y vigilantes y verjas– ¡podemos tener asesinos acechando en nuestra propia cabeza! Que somos capaces de volvernos en contra de nuestro ser feliz igual que los tumores invaden órganos sanos, íntegros, igual que las madres «normales» un buen día tiran a sus hijos por el balcón…, es… ¿Quién quiere pensar en mierdas así?

Cuando nació mi hermana, mi padre plantó un arbusto de cinamomo en el jardín trasero. Cuando yo nací, plantó un serbal. De pequeñas Elf me explicó que el cinamomo era un arbusto fuerte con espinas de diez centímetros que consigue florecer en sitios donde todo lo demás muere. Me contó que en Europa al serbal también se lo llamaba azarollo y que se utilizaba para espantar a las brujas. Así que estamos protegidas de todo, dijo. Bueno, será de las brujas, ¿no?, le dije yo. Solo estamos protegidas de las brujas.

Salí de la habitación y me puse a dar vueltas por los pasillos, saludé a las enfermeras que había de turno y me metí sin querer en un armario de ropa blanca pensando que era el baño y al salir tiré varias fregonas y productos de limpieza y mascullé mil disculpas y volví al cuarto de Elf, con una sonrisa renovada, las lágrimas restregadas, la cara ya un escabroso cacao de colores y mugre, y yo intentando consolarme a mí misma. Me pongo a cantar, bueno, no cantar cantar, al Boss (necesito una figura de autoridad). «Thunder Road»… Ese himno que enardecía nuestro ingenuo corazón de niñas allá por los ochenta, cuando le cantábamos serenatas a nuestro propio reflejo en el espejo con micrófonos de pelo o la entonábamos a grito pelado con el viento pegándonos en la cara en la parte trasera de una camioneta o en lo alto de una pila de balas de heno, y que ahora estoy invocando para que vuelva a llenarme de esperanza.

Volví a dejarme caer en la silla naranja y le pedí a Elf que me contara algo. Quiso saber sobre qué y yo le dije que sobre lo que fuera, que simplemente me contara algo. Háblame de tus amantes secretos. Me dijo que los amantes eran secretos porque no se hablaba de ellos y yo asentí, de acuerdo con ella, es verdad, es un asunto espinoso, me aplicaré el cuento, pero de todas formas quiero saber más, anda. Háblame del tío ese, ¿cómo se llamaba?, Gran Pene. Mi hermana hizo una mueca y gimió y dijo que Grant Penn no era ningún amante, que era un amigo suyo y yo le dije que bueno, que me hablara de él, ¿cómo era en la cama? Que no nos acostamos, dijo Elf, y yo, vale, no pasa nada, ¿dónde lo hicisteis entonces? ¿En el suelo? ¿En la salida de incendios? Negó con la cabeza. Vale, ¿y qué me dices de aquel otro, Ali Tosis? Ajá, por fin sonrió. Alain Toss, dijo, era un encanto, pero es agua pasada. Ahora soy una mujer casada. ¿Ah, sí?, le pregunté. ¿Cuándo os casasteis? Bueno, ya sabes a lo que me refiero. Le dije que yo en realidad sí que soy una mujer casada, pero sin marido. Tú, en cambio, no estás casada, pero tienes marido. Lo que tú quieras, Yoli, me dijo. Bostezó. Ha sido un detalle que hayas vuelto, pero soy yo la que tiene que disculparse. No, no, venga ya, le dije. Seguro que conoces a un montón de hombres sofisticados con acentos excitantes y saber enciclopédico sobre la civilización europea. ¿Estás siendo sarcástica?, me preguntó.

Después me preguntó por el abogado buenorro de Toronto y negué con la cabeza.

¿Cómo se llamaba?

Finbar.

¿Cómo? Ostras, es verdad, qué fuerte. ¡Finbar, qué nombre más raro! No me puedo creer que te acuestes con un abogado, eso para empezar, pero que encima se llame Finbar…

¿Qué tiene de malo acostarse con un abogado?, quise saber.

Bueno, en teoría, nada. Pero tiene gracia que tú lo hagas, o lo hicieras. Me preguntó si seguía viéndolo y le dije que no sabía y luego le conté todos los detalles de mi desastrosa existencia, como que Finbar no es el único y me dijo: ¡Yolandi! ¿Cuántos? Y le dije que solo dos, pero que estoy tan cansada y abrumada y avergonzada que en realidad no recuerdo si es verdad o no. Y uno está enamorado de ti, que lo sepas, y solo se acuesta conmigo de rebote. Me preguntó si Finbar sabe lo del otro y que quién es y otra vez negué solo con la cabeza, no me suena que se lo haya comentado. Y además le daría igual, y le dije que vale, lo sé, no estoy en el momento que más me enorgullece de mi vida y eso, es una especie de reacción animal rara a dieciséis años de monogamia con Dan, así que vale, sí, me he convertido en una zorra barata, sí, qué pasa, quémame en la hoguera, y entonces mi hermana se señaló y abrió los brazos como señalando aquella planta psiquiátrica que se extendía a su alrededor para hacerme ver dónde estaba, empatía y bromas, mi hermana mayor, cómo la quiero, y nos reímos un poco. Un poquito. En realidad no llegó ni a risa real. Y dijo que esperaba que estuviera utilizando protección y aquello me pareció para partirse de risa, viniendo de ella.

Me acordé entonces de la charla sobre sexo que me dio cuando yo tenía doce o trece años. Me preguntó si sabía lo que era empalmarse y le dije que sí y ella me dijo ¡estupendo! Y ahí quedó la cosa, eso fue todo, mi escueta guía para surcar el mayor campo de minas al que se enfrenta la humanidad. Me acordé de los cuatro, de nuestra familia cuando éramos jóvenes y estábamos todos sanos y vivos, cuando no teníamos puntos en la cabeza ni nos temblaban las manos, dando vueltas por Winnipeg en el coche porque habríamos ido a pasar una noche en la ciudad, o puede que a ver las luces de Navidad o algo por el estilo, y yo acababa de aprender a leer y me dedicaba a leer todos los letreros que veía en voz alta, practicando, y cuando vi la Cockburn Avenue, leí el apellido separado, Cock Burn, «Escozor de Polla», y luego pregunté ¿qué es eso? Y Elf, que tendría unos once o doce años, me dijo que eso te pasaba cuando tenías demasiado sexo y mi madre que iba de copiloto le dijo que chiisss y no nos atrevimos a mirar a nuestro padre, que agarró con fuerza el volante y miró por el parabrisas como si fuera un francotirador localizando a su víctima. Había dos cosas de las que nunca quería hablar: el sexo y Rusia.

Era la primera vez que yo escuchaba la palabra *sexo* en voz alta, y solo tenía una noción muy vaga de lo que significaba, que tenía algo que ver con los hospitales. Pero lo más importante del recuerdo era la cara que puso mi hermana en el coche. Estaba orgullosa de sí misma, sonreía y tarareaba, mirando por la ventana al mundo que esperaba conquistar un día. Había sacudido las cosas en el búnker que era nuestro pequeño microcosmo menonita y había tanteado ligeramente los límites, a ver qué pasaba. Mi madre la había mandado callar, cosa que nunca había hecho. Ese día comprendí perfectamente los nuevos poderes que tenía mi hermana y quise ser ella. A partir de entonces recorría la First Street de una punta a otra paseando su bici, muy solemne yo. Llegaba al manillar por los pelos. Ni siquiera sabía montar en bici. También llevaba sus libros de texto por la misma calle, cambiándomelos cansada de un brazo a otro, así de pesada era mi carga académica. Me desteñí a salpicones los vaqueros catetos que me había hecho mi madre para que se parecieran a los de mi hermana, que eran comprados, y practicaba la cara de tener mucho mundo interior tapándome los ojos con el flequillo y dejando el labio caído. Me ponía delante del espejo del baño y hacía como si me pegara un tiro en la sien con un revolver imaginario, como hacía mi hermana cada vez que sentía, desde el sarcasmo, que no soportaba más esta vida. A mí aquello me parecía una genialidad: la sincronización, el compás rápido entre que apretaba el gatillo y que impactaba y luego dejar caer la cabeza a un lado. Después de mucho tiempo practicando por fin un día quise demostrarle que había logrado dominar su movimiento estrella y ella se rio y aplaudió y me dijo bien hecho, aunque ese ya no lo hago. El nuevo es este. Y entonces me enseñó una elaborada mímica que incluía una horca imaginaria, un cuello partiéndose y una cabeza colgando. Para entonces la idea ya no me parecía tan interesante y dejé que se la quedara.

Sí, le contesté, utilizo protección. Todavía podía quedarme embarazada, me dijo, si no andaba con cuidado, que no era tan vieja, a lo que yo le respondí que ya, así ella podría ser tía por tercera vez.

Cuando Will y Nora eran pequeños ella se quedaba muchas veces con ellos. Les leía, les hacía dibujos, los llevaba de paseo en el autobús, los convertía en superhéroes y los ayudaba a crear mundos divertidos y originales donde todo era posible mientras yo me arrastraba de mi trabajo a media jornada a las clases de la universidad al tiempo que intentaba «ponerme el listón más alto» y a la vez «bajar mis expectativas». Todavía les escribe cartas y postales, o lo hacía hasta no hace mucho, con bolígrafos de distintos colores, rosa, verde y naranja, con esa caligrafía suya tan característica que a mí me recordaba a unos caballos corriendo para llegar a la meta, y anima a sus sobrinos a ser valientes, a disfrutar de la vida, les hace saber lo orgullosa que está de ellos y lo mucho que los quiere.

Le pregunté si le gustaría que me quedara embarazada, una pregunta de lo más absurda, e insinué que lo haría, que ni me lo pensaría, ipso facto, dejaría que me hicieran un bombo y tendría un crío con tal de que ella quisiera vivir. Me contestó con una sonrisa triste, y esa mirada, de lo inconcebible que le parecía todo.

Le pregunté si lo había pasado bien la noche anterior cuando había ido a verla Nic, si había comido, si se había duchado, si había estado con los demás en la sala comunal, si había ido a desayunar cuando la llamaron o si había hablado ese día con algún otro individuo de la planta. Me pidió que por favor dejara de interrogarla, a lo que me disculpé, y ella me recordó que habíamos dicho que íbamos a pasar de las disculpas durante un tiempo. Ya, pero si no fuera por las disculpas seríamos unos bárbaros, dije, y ella me dijo que no, que de eso nada, que las disculpas lo que hacen es condonar todo tipo de brutalidades. Solo hay que pensar en el concepto católico de confesión y en cómo permite que se haga borrón y cuenta nueva con todo tipo de indiscreciones y…

Vale, dije.

¿Sabes lo que decía Nellie McClung?, me preguntó.

No, lo siento, pero cuéntame.

Nunca expliques, nunca te retractes, nunca te disculpes. Haz lo que tengas que hacer y deja que los demás pataleen.

Me gusta, dije, pero ¿no lo decía por lo de conseguir el voto para las mujeres? Es que no pillo a qué viene la cita en este contexto. Yo me estaba disculpando por darte el coñazo.

Yoli, dijo, lo único que digo es que las disculpas no son la base de una sociedad civilizada. ¡Vale!, estoy de acuerdo, respondí. Pero entonces, ¿cuál es según tú la base de una sociedad civilizada? Las bibliotecas, me contestó.

Pensé en esa fiera corriente de orgullo que le surcaba las venas a mi hermana y que había heredado de nuestro padre, combativa o destructiva, no sabía cuál de las dos, y luego en la última entrada del diario de Pavese donde se reprocha no tener valor para matarse. Y sin embargo hay mujercitas (anda

y vete a freír monas, Pavese, como diría mi madre) que lo han hecho,[5] escribe, o algo así, y luego concluye que para hacerlo hace falta humildad, no orgullo.

Las bibliotecas, repetí. ¿Estás con algún libro?

No. Me cuesta demasiado pensar.

Y eso que pensar es lo único que haces.

Había empezado un libro que se titula *¿Soy un ser humano prescindible?*

Venga ya, tía…

¿Crees que solo somos lo que recordamos?, me preguntó.

No, no lo creo.

Pero, Yoli, en serio… Has respondido demasiado rápido, como si simplemente no quisieras que te hiciera una pregunta así, pero ¿no podemos planteárnoslo al menos durante uno o dos minutos?

¿Qué quieres decir? No sé lo que me estás preguntando. Yo no recuerdo lo que soy. Yo soy lo que sueño. Yo soy lo que espero. Yo solo soy lo que no recuerdo. Yo soy lo que los demás quieren que sea. Yo soy lo que mis hijos quieren que sea. ¿Qué quieres tú que sea? ¿No hay que quedarse aquí para averiguar qué somos? ¿Qué quieres tú que sea?

Bah, no sé… Háblame de tu vida en Toronto.

Pues escribo. Voy a la compra, pago multas de aparcamiento. Veo bailar a Nora. Me cuestiono cosas muchas veces al día. Doy muchas vueltas por la calle. A menudo intento ponerme a charlar con la gente, pero casi nunca funciona. Se creen que estoy chalada. El otro día me encontré con un hombre que estaba tocando la guitarra en el parque y había un montón de personas, peña que estaba pasando por allí sin más y que se había puesto a cantar en voz baja con él, lo hacían muy bien. Me paré un rato a escuchar.

¿Qué canción era?, me preguntó mi hermana.

No sé. Me acuerdo de un verso que decía que todos tenemos agujeros en el corazón. O a lo mejor era en la vida. Todos tenemos agujeros en la vida. Y ese coro improvisado de gente del parque cantando con él, repitiendo ese verso de que todos tenemos agujeros en la vida…, todos tenemos agujeros en la vida…

Le cogí la mano a mi hermana y se la besé como un caballero.

Y luego pensé que a la gente le gusta hablar de su dolor y de su soledad, pero disimuladamente. O de una forma medio organizada o algo. Me di cuenta de que cuando yo intento entablar conversación con la gente, con desconocidos en la calle o en la tienda, se creen que estoy exponiendo mi dolor o mi soledad de manera equivocada y se ponen nerviosos. Pero entonces vi aquel coro improvisado que repetía el verso sobre que todos tenemos agujeros en la vida, y lo hacían tan bien, con tanta delicadeza y aceptación e incluso alegría, reconociéndolo sin más, y comprendí que hay formas de hacerlo, lo que pasa es que las mías no funcionan.

Entonces, ¿vas a dejar de hablar con desconocidos inventados?, me preguntó Elf.

Creo que sí. Por eso tú tienes tanta suerte de tener el piano.

Elf rio. No dejes de hablar con desconocidos. Te encanta hablarles. Eres

igual que papá, es eso. ¿Te acuerdas de cuando íbamos a restaurantes o sitios así y él se quedaba mirando a la gente y preguntándose hum, a saber qué historia esconden y se les acercaba y se ponía a hablarles?

Ya, sí, pero, ahora que lo comentas, a mí siempre me daba un poco de vergüenza ajena. Me acuerdo de ir a separar a papá de algún desconocido y decirle no, papá, no pasa nada, no tienes que hablar con ellos. Seguramente ahora Nora y Will se mueran de la vergüenza por mi culpa.

Eso es seguro, dijo Elf. Son adolescentes. ¿Qué más? Cuéntame más cosas de Toronto.

Pues a ver, el otro día estaba pasando por una calle cerca de casa y vi a una pareja de ancianos que estaban intentando coger algo que había encima de la puerta de su cochera. Me acerqué y vi que en realidad estaban borrando unas pintadas aunque no se leía bien lo que ponía. Y luego vi que el hombre estaba subido en un taburete muy muy bajo, apenas levantaba un palmo del suelo, y la mujer estaba detrás de él, como si estuviera colocándolo, cogiéndolo por las caderas para que no se cayera. A mí me entraron ganas de llorar. Qué viejos eran. Y lo que se preocupaban el uno por el otro, y lo único que querían era tener una cochera bonita y limpia. Estaban ayudándose de esa manera y con aquel taburete que apenas levantaba un palmo del suelo, pero habría sido un desastre si se hubiera caído.

Es bonito, dijo Elf con los ojos cerrados. Ojalá no se les vuelva a ensuciar la cochera.

Lo dudo. Dentro de poco estará otra vez llena de pintadas.

Hum, refunfuñó Elf.

Pero lo más entrañable de esta pareja es que siguen intentando quitarlas. Supongo que llevarán haciéndolo toda la vida, deseando que, contra todo pronóstico, por una vez se quede limpia.

Yoli, dijo Elf, ¿has querido colar algún tipo de parábola en esta historia? ¿Algo que tú esperas que yo deduzca?

¿Te refieres a algo sobre no rendirse?

Sí, a eso me refiero.

Pues no. En realidad, ahora que lo pienso, la lección número uno que podría deducirse de esa anécdota en concreto es que más vale dejar de arriesgar la vida por tener una cochera inmaculada.

Elf suspiró hondo y extendió las manos como un padre que recibe al hijo pródigo, en plan *no tenemos por qué hablar del tema y el pasado, pasado está.* Me llamaron entonces al móvil y resultó ser Claudio, el representante de Elf. Lo lleva siendo desde que ella tenía diecisiete años y estaba estudiando en Oslo. Se presentó en un concierto suyo en Roma y luego, cuando mi hermana estaba a las espaldas del auditorio fumándose un cigarro, llorando y temblando como solía hacer después de las actuaciones, él se le acercó, le tendió la mano y le dijo que era un placer conocerla por fin. Había oído hablar tanto de ella. Le dijo que le gustaría «representarla», a lo que mi hermana le dijo: ¿Cuál es la idea, fingir que usted es yo? Claudio le explicó pacientemente cómo funcionaba el asunto y le preguntó si no prefería mejor

que se pusiera en contacto con sus padres. Después le preguntó si se encontraba bien, si le pedía un taxi, si quería comer algo. Mi hermana iba con su chaqueta militar echada por encima del vestido negro de los conciertos y se había quitado los zapatos y estaba sentada en el suelo, aplastando el cigarro en el asfalto, recuperándose, mientras escuchaba cómo aquel gallardo italiano de aire sereno le decía que tenía un futuro increíble por delante. Me encantaba cuando mi hermana contaba esa historia. ¿Y decidiste allí mismo en el acto que sería tu representante? No, él insistió en volar primero a Manitoba para conocer a papá y a mamá y pedirles permiso. Eso es tener clase. Creo que fue el primer italiano auténtico que pisó nuestro pueblo. Tiempo después Claudio me contó que una mujer de nuestra misma calle, seguramente la señora Goosen, había ido a casa solo para observarlo atentamente. Por lo visto la mujer le contó que nunca había salido del pueblo, mientras lo miraba de hito en hito y le decía que no podía creerse que estuviese al lado de un *¡italiaaano* auténtico…! Un pequeño paso para el hombre, un gran paso para la humanidad. Elf no sabía nada sobre la vida personal de Claudio, más allá de que iba a visitar a su padre enfermo a Amalfi una vez al mes y que le gustaba nadar largas distancias. Atraviesa a nado estrechos, canales y cañones. Suele tener la cara hinchada por las picaduras de las medusas. Ha sacado a mi hermana de un montón de apuros distintos.

Salí al pasillo. Se disculpó por llamarme, pero ni Elf ni Nic le cogían el teléfono ni le respondían a los correos y tenía todavía que repasar los detalles de la gira con mi hermana y les quedaba un contrato por firmar.

¿Sabes dónde puede estar tu hermana?

No exactamente, le contesté. ¿Y tú, no estás en Europa?

Sí, en París. Oye, Yolandi, ¿es porque está haciendo su retiro de meditación de cuatro días o se ha ido con Nic y con el kayak?

Creo que sí, puede ser…

¿Lo de la meditación?

Sí.

Yolandi, por favor, dime que va todo bien. Sé que Elf se vuelve inestable a medida que se acercan las fechas de las actuaciones. ¿Se encuentra bien? ¿Ha tenido alguna crisis? Sabes que conmigo puedes hablar.

Ajá, sí, puede ser. No lo tengo muy claro.

¿Qué es lo que no tienes claro? Bueno, ¿Nic sabe cómo está ella? Yolandi, llevamos meses montando esta gira. Tiene que estar preparada para dentro de menos de tres semanas.

Seguramente Nic lo sepa, sí, dije. Se me acercó una enfermera para decirme que no se podía utilizar el móvil en aquella planta. Le hice señas de que ya iba a cortar, perdón, perdón.

¿Estás en Toronto? Me contó Elf que te habías mudado.

Bueno, sí, me mudé. Ha sido por Nora, para que pueda seguir con el ballet.

Anda, qué bien. ¿Y te gusta?

No está mal.

¿Y Will? ¿Adónde me dijiste que se ha ido a estudiar?

A Nueva York.

¡Ah, fantástico! Dales recuerdos míos, ¿quieres?

Eso está hecho. Gracias. Pero tengo que dejarte ahora, me temo, lo siento mucho.

No pasa nada. Creo que Elf toca en Toronto el día ocho. Seguramente tenga tiempo para cenar contigo.

Ah, mira, ¡qué bien, estaría genial! Sí, la veré entonces. La enfermera me miró con mala cara desde el puesto y le di la espalda. Oye, Claudio, mira, voy a averiguar dónde está Elf y te llamo. Mi madre tiene que saberlo. Seguramente.

Sí, hazme el favor, Yolandi. De verdad que necesito hablar con ella. Disculpa por llamarte a ti para quedarme tranquilo.

No, no…, no te disculpes.

Ya sabes lo que ha pasado otras veces. Tengo muy presente la condición *nervosa* de Elfrieda…

Ya, sí, te lo agradecemos, de verdad.

No me des las gracias. Ah, y no te olvides de que hay un ensayo dos días antes del concierto inaugural.

La enfermera estaba ya viniendo hacia mí. Entendido, dije. ¿Dónde has dicho que estabas?

En París.

París… Por un segundo me quedé soñando despierta con el amor.

Colgué y volví a la habitación de Elf.

¿Otro que quiere tema?, me preguntó.

Ja, sí, sí… Oye, ¿qué pasa, echas ya de menos el piano?

Elf se quedó mirando por la ventana. Nic se está ocupando de eso. Yo ya te he dicho que no puedo…

Tienes casi tres semanas. A lo mejor…

Yolandi, ¿por qué me estás…?

Yo no te estoy nada, Elfrieda.

La enfermera de la liga antimóvil entró en la habitación y dijo: Vale, dos cosas: una, en esta planta no se admiten móviles, ya se lo dije. Y dos: nada de comida de fuera. He visto que le ha traído un bocadillo. Queremos que Elfrieda coma con el resto de los pacientes en el comedor.

Mi hermana y yo nos quedamos mirándola.

Elfrieda, siguió la enfermera, ¿me podrías prometer que vendrás esta noche al comedor para la cena?

Hum, bueno, a ver, podría…, lo intentaré. Lo que no tengo tan claro es que vaya usted a conseguir que se lo prometa, contestó mi hermana riéndose.

Comprendo. ¿Me estás echando un pulso?

¿Cómo? No, dijo Elf, para nada. Yo solo estaba…

Era solo una broma, intenté explicar.

Vale, me alegro. Nos gustan las bromas. Las bromas son una buena señal, significan que te sientes mejor, ¿verdad?

Ni Elf ni yo hablamos. No podíamos mirarnos.

Si estás tan bien como para hacer bromas, entonces yo creo que estás bien para venir a cenar con los demás luego, ¿verdad? ¿No funciona así?

Pues, esto… ¿A lo mejor?, contestó Elf.

Supongo, respondí yo.

Yo no lo tengo claro, dijo Elf. No llego a ver la correlación entre…

Vale, vale, intervine. Cena. Miré a mi hermana de reojo.

Así me gusta, dijo la enfermera. Bueno, pues nada de móviles, ¿eh? Lo decía mirándome a mí. Y nada de comida de fuera, ¿estamos?

Correcto, respondí. Le enseñé los dos pulgares hacia arriba y sonreí de oreja a oreja.

La enfermera se fue y Elf y yo la seguimos con un tiroteo imaginario, descargando nuestras M-16 como cuando éramos pequeñas y venía a casa el burgomaestre para decirles a nuestros padres que estábamos hechas unas pelanduscas. Paramos de disparar y nos miramos.

¿Te acuerdas de cuando me rescataste en mi cuarto?, le pregunté. ¿La vez que caí y me quedé encajada y desnuda entre la cama y la cómoda?

Elf asintió. Estabas practicando la vuelta de campana.

¿Te acuerdas de cuando fuimos a patinar en el túnel del hospital y los capullos esos me encerraron en el depósito de cadáveres y estuve perdida como seis horas y tú fuiste la que me encontró hecha una bola encima de la cosa esa de acero inoxidable donde hacen las autopsias?

Elf sonrió y me dijo: No, no, no me hables de esa época.

¿Por qué? A mí me gusta recordarla, Elf. Me gusta pensar en cuando tú me rescatabas a mí.

Yoli, gimió. Habla del ahora. Sigue hablándome de Toronto. Se le saltaban las lágrimas.

Le conté que estaba borrándome el tatuaje. Dan y yo tenemos el mismo. Nos lo hizo un motero del barrio que está más al norte de Winnipeg cuando empezamos juntos. Y que quitármelo ahora dolía más de lo que creía, pero, dadas las circunstancias, disfrutaba del dolor y lo recibía con gusto. Se me antojaba una especie de expiación. El motero que nos los hizo pertenecía a la banda de los Guerreros de Manitoba y vivía en una casa con una puerta blindada que solo se abría desde dentro. Pero un momento, me dijo Elf, entonces ¿cómo entraba él? No lo sé, le dije.

Le conté que en su momento le había pagado con veinte dólares y una bolsa de maría y que ahora me iba a costar mil dólares quitármelo, y que me llevaría al menos un año y medio porque te lo van quitando a trozos pequeños en cada sesión para que no se te quede un cráter gigante en la carne. Le expliqué que el láser dolía como si te soltaran con fuerza una gomilla elástica en la espalda cien veces seguidas. Me tenía que poner hasta unas gafas protectoras. Después te echan Polysporin para desinfectar y te ponen un vendaje y a mí me dieron un caramelo de menta y me dijeron que ni me duchara ni hiciera ejercicio en dos días y que siguiera echándome el Polysporin y me cambiara las vendas dos veces al día durante una semana. Yo pasé de todo.

Me giré en la silla y me levanté la camisa para que Elf viera la impronta medio borrada del tatuaje. Era un bufón, un arlequín con aire antiguo. Si no recuerdo mal, en su momento significaba, creo, que Dan y yo acabaríamos juntos con la hipocresía y la duplicidad del mundo a base de bromas y magia. Elf volvió a sonreír y cerró los ojos. Me dijo que le daba pena. Le dije que a mí también, pero a la vez me alegraba. Seguí hablándole de Toronto, de los niños, cada anécdota tomaba la forma de una carpa de circo en mi cabeza. Le hablé de mi desventurada vida amorosa, le conté lo del correo que me había mandado Finbar, el abogado buenorro, diciéndome que cortaba conmigo, mi vida era demasiado intensa, demasiados problemas, mi familia estaba colgada, yo también era demasiado emocional. Se echaba atrás, o cortaba el grifo, o me dejaba nadar libre, o alguna expresión con agua parecida. Devolviéndome al agua como a uno de esos peces pescados solo por entretenimiento y no para quedártelos.

Luego, de buenas a primeras, como el volcán aquel de Pompeya, Elf me preguntó si yo la llevaría a Suiza.

SEIS

«Me imagino que había algo de cascada embravecida en el carácter precipitado, imprudente y accidentado de la vida de Mary. Me detuve y contemplé cómo rugía la catarata por las calles de París, visible solo para mí».[6]

Que es lo que Richard Holmes dice de Mary Wollstonecraft cuando va a París a «cubrir» la Revolución Francesa. Está en su libro *Huellas,* en el que explora la vida de personalidades artísticas complejas –aunque mucho después de morir– e intenta desentrañarlas, a ellas y, por tanto, también a él. Estoy leyéndolo ahora a la desesperada, como si de algún modo entre sus páginas estuvieran las señas para la única salida del infierno. Eran mi padre y mi hermana quienes continuamente nos exhortaban a mi madre y a mí a que leyéramos más, a que buscáramos en los libros solaz a la vida, a que calmáramos nuestros males y padecimientos con palabras y más palabras. Anótalo todo, me decía mi padre cuando yo le iba llorando por a saber qué pequeña injusticia, y ten, lee esto, me decía mi hermana lanzándome algún mamotreto cuando le hacía preguntas del tipo: ¿Es la vida una broma?

Mira, Elf, no. No pienso llevarte a Suiza.

Por favor, Yoli, es lo último que te pido que hagas por mí. No te lo pido, te lo ruego.

No. Y no me vengas con «lo último». Es muy macabro.

¿Tú a mí me quieres?

¡Sí! ¡Por eso!

No, pero, Yoli, si me quisieras de verdad…

¿Y eso funciona así? ¿No deberías tener una enfermedad mental o algo?

La tengo.

No es verdad.

Que sí.

Perdona pero no es así.

Yolandi.

¡Elfrieda! Me estás pidiendo que te lleve a Suiza para que te maten. ¿A ti se te ha ido la cabeza o qué coño te pasa?

Yoli, me dijo en un susurro. Mi hermana boqueó un *por favor* y yo tuve que apartar la vista.

¿Tenía Elf una enfermedad terminal? ¿Había contraído al nacer una maldición genética que la hacía querer morir? ¿Eran todos los momentos aparentemente felices de su pasado –toda sonrisa, toda canción, todo abrazo sentido, risa y puño victorioso– tan solo un desvío temporal de su anhelo innato por la liberación y la nada?

Me acordé entonces de algo que leí después de suicidarse mi padre, en el libro de Al Alvarez *El dios salvaje,* y de lo que dice sobre algunos escritores y artistas que vivieron, y se suicidaron, bajo el régimen totalitario ruso: «Y al inclinarnos en homenaje a su talento y su recuerdo brillante deberíamos inclinarnos compasivamente ante su sufrimiento».[7]

Le pregunté a mi hermana si se había molestado siquiera en buscar razones para seguir con vida o si simplemente estaba intentando encontrar un atajo. No me respondió. Le planteé si esas fuerzas estaban en continua disputa en su cabeza y me dijo que, en tal caso, era una pelea desigual, algo así como Rodney King contra el cuerpo de policía de Los Ángeles en bloque. Le pregunté si tenía la más mínima idea de lo mucho que la echaría de menos. Se me quedó mirando y se le empañaron los ojos. Sacudí la cabeza. No dijo nada. Salí de la habitación. Luego me llamó por mi nombre y entonces me paré y dije ¿qué?

No eres ninguna zorra. Eso no existe. ¿Es que no te he enseñado nada?

Fui al puesto de enfermeras y pedí hablar con Janice. Salió de una pequeña oficina con las manos llenas de tubos de pintura y rollos de papel. Terapia artística, me explicó. Les encanta. ¿Ah, sí?, le dije. A muchos de nuestros pacientes les resulta más fácil expresarse con esto –blandió los tubos en el aire– que con el lenguaje.

Me hizo pasar a un cuartito con apenas una camilla, un calendario y una silla sin la tela rajada. Me la señaló y me senté y entonces se acercó y me puso la mano en el hombro. Respiré hondo varias veces. Me preguntó cómo lo llevaba. Me pasé un rato sacudiendo la cabeza. Me quedé allí con el índice contra los labios, bloqueando las palabras, como hacía mi padre, con la vista clavada en el calendario, que seguía en marzo cuando ya tendría que estar en abril, y sacudiendo la cabeza. Me pregunté si me ofrecería a mí también un tubo de pintura y un papel. No me quitó la mano del hombro en todo el rato. Finalmente le pregunté por la medicación. Quise saber qué estaba tomando. Cuál era el principio activo. ¿Le dan la impresión de que la vida tiene sentido o la dejan tan atontada que le da igual si lo tiene o no? ¿O potencian lo que ya tiene ella en la cabeza y arreglan las cosas de algún modo y entonces cabe pensar que una mañana mi hermana se levante de la cama y diga eureka, es verdad, la vida no tiene sentido, pero no pasa nada y ahora que ya lo tengo claro y me lo han confirmado por fin puedo parar de buscarlo y seguir con mi vida?

Janice reconoció que en realidad no lo sabía. Y que tampoco importaba mucho porque de todas formas Elf estaba negándose a tomarla. Ya, dije, o le da por tomarse una barbaridad de pastillas juntas o ninguna. La enfermera quiso hacerme sentir mejor, así que me dio unas palmaditas en el hombro y luego me dijo que me fuera a casa a dormir un poco.

Le contesté que primero iría a despedirme de mi hermana, pero me dijo que me fuera y ya está, que ya le diría ella que volvería pronto. Yo me había

quedado mirando el calendario y Janice me siguió la mirada y luego se acercó y pasó la página para ponerlo en el mes correcto.

Bueno, me dijo, mira, eso hemos podido resolverlo, y yo le dije: Sí, gracias.

Bajé por las escaleras –dos, cuatro, seis, ocho–, pero me equivoqué y acabé en el sótano. Me pasé un rato andando y fui empujando una puerta tras otra, pero ninguna quería abrirse. Me pregunté cuánto tiempo tardarían en encontrarme. Miré la BlackBerry, no tenía cobertura. Vi unas pisadas pintadas en el suelo de hormigón. Las seguí. Me llevaron a otra puerta cerrada. Me senté en el túnel con la bolsa del Safeway en el regazo. Me quedé mirando los enormes conductos que colgaban del techo del túnel. Luego saqué el manuscrito y lo tuve un rato entre las manos. Hice chasquear varias veces la gomilla que sujetaba los folios y volví a meterlo todo en la bolsa. Me pregunté si acabaría muriendo de hambre en aquel túnel. Ironías de la vida. Elf se sentiría mal, ¿no? ¿Celosa incluso? ¿Probaría de su propia medicina?

Volví a levantarme y caminé en sentido contrario a las pisadas y di con otra puerta. También cerrada. Regresé adonde me había sentado antes, siguiendo una vez más las pisadas, y después de eso llegué a una bifurcación en los túneles. Doblé a la derecha y anduve otro trecho hasta encontrarme con otra puerta y la empujé y estaba abierta. Aparecí en una cocina industrial o quizá fuera una morgue. Era todo de acero inoxidable y la estancia entera vibraba y relucía. La atravesé y llegué a otra puerta que me llevó directa a la sala de espera de urgencias. Había un poli vigilando algo, no sé qué era, pero me dijo que me lavara las manos. Yo le dije que no las tenía sucias, a lo que me respondió que él tenía que pedirle a todo el mundo que se las lavara. Me señaló un lavabo provisional. Le pedí que me sujetara la bolsa un momento mientras me lavaba las manos y asintió y la cogió. Me lavé las manos lenta, concienzudamente, y mientras lo hacía me quedé mirando al policía con el manuscrito en las manos. Parecía a salvo con él. Me entraron ganas de dejárselo, pero me sequé las manos y cogí la bolsa y le di las gracias por sujetármela y salí y me encontré en el aparcamiento equivocado y me puse a buscar el coche de mi madre.

A veces me da por quedarme en el coche de mi madre y agarrar el volante con todas mis fuerzas, hasta que se me ponen blancos los nudillos y exhalo la palabra *Elfffffffff*. Reventaría el parabrisas de un puñetazo si no creyera que puedo acabar con una mano rota. Y si no supiera que tendría que soportar una gran pesadilla con el seguro médico y una corriente infernal en invierno. De pequeña salía a la calle con la bici y me quedaba sentada encima con la pata de cabra puesta y sin ir a ninguna parte, mientras probaba a decir palabrotas nuevas. Las murmuraba por lo bajo, una y otra vez, hasta que perdían pegada y se volvían ridículas, como el antiguo mantra del amor de mi hermana. Esto del coche es parecido. Da la sensación de ser un experimento controlado. Mi propio laboratorio ambulante de rabia. Si soy capaz de repetir las cosas una y otra vez, acabarán perdiendo el significado y la rabia desaparecerá. ¿A qué

mierda juegas, Elf? Me siento segura en el coche, sola y protegida. Veo a la gente pulular por el aparcamiento pero ellos no me ven a mí. Bueno, sí que pueden verme, pero como se creen que estoy loca se limitan a apartar la vista, lo que es lo mismo que ser invisible.

Quedé con Nic para tomarnos una cerveza a su vuelta del trabajo. Me contó que no había tenido suerte, no había conseguido contactar con ninguno de los miembros del equipo de cuidadoras, salvo con una trabajadora social que le había comentado que no tenía claro que todavía hubiese presupuesto para esas cosas. Nic le contestó que él mismo pagaría aquel equipo de guardaespaldas. La trabajadora social tampoco tenía claro que pudiera hacerse así y Nic le preguntó que entonces, ¿cómo se hace? Luego me habló del kayak, de sus avances. Necesitaba que le llegaran unos tornillos especiales que había pedido a Mineápolis. Estaba convencido de que para mayo podría botarlo en el río. Pero a lo mejor no sirve de nada, le dije, tenerla vigilada a cada segundo de cada día. Él estuvo de acuerdo, pero ¿qué más se suponía que debíamos hacer?

Nos bebimos la cerveza. Me contó que había llegado un libro por correo para mi hermana. Era *El último recurso,* la biblia de referencia sobre cómo matarte con bolsas de plástico o lo que pilles. Qué fuerte, ¡tíralo!, le dije. Pero me respondió que no podía hacer eso porque sería invadir la intimidad de mi hermana y atentar contra sus derechos y sus libertades personales. No se puede tirar el correo de los demás así sin más. Se lo discutí durante un rato y al final accedió a quizá guardarlo en un armario hasta que se le pasaran las ideas suicidas. ¿Y luego qué?, le dije. ¿Lo sacas y se lo regalas por su cumpleaños, ¡sorpresa!? Haz el favor de tirarlo a la basura y punto. No puedo tirar un libro a la basura, da igual el que sea. Le dije que vale, que entonces lo devolviera a Amazon o a quienquiera que se le hubiera vendido. Pero es que no es mío, insistió. Vale, pues dámelo a mí y ya lo tiro yo. Me respondió que tampoco puede dejarme hacer eso, que eso tampoco está bien.

Madre mía, Nic y yo peleándonos. No nos conviene pelearnos. O a lo mejor sí si así tenemos la sensación de estar haciendo algo, consiguiendo alguna cosa, resolviendo problemas. Cada uno abordamos la misión de cuidar a Elf desde dos puntos de vista muy distintos: él desde un laboratorio estéril y yo desde la cara oculta de la Luna. Él es pragmático, científico, y cree en las recetas, en las instrucciones y en la omnipotencia de los médicos.

Una de mis últimas ideas para salvarle la vida a mi hermana es tirarla en paracaídas sobre algún sitio remoto y violento tipo Mogadiscio o Corea del Norte donde se vea obligada a sobrevivir por su cuenta como nunca ha tenido que hacer en su vida. Es un plan arriesgado. Podría abandonarse a merced de un niño soldado y acabar muerta de un tiro y adiós muy buenas o podría verse catapultada a un concepto totalmente nuevo de lo que significa estar vivo y lo que hace falta para seguir con vida. La glándula suprarrenal

empezaría a trabajarle a destajo y ella se vendría arriba y se llenaría de energía al verse perseguida y luchando por superar en inteligencia a sus atacantes con el fin de sobrevivir. Estaría totalmente aislada en ese entorno hostil…, aunque de algún modo yo le habría enganchado a un lado de la cabeza una cámara que retransmitiría en directo o algo parecido, para poder tenerla localizada siempre e ir monitorizando sus avances. Cuando me convenciera de que mi hermana se había fijado unos nuevos parámetros vitales, de que había encontrado otra estrategia para vivir –como dijo mi padre un par de días antes de acabar de una vez por todas con su vida–, de que el desafío, el juego de vivir, le había sentado de maravilla, una vez que hubiese llegado al punto de comprender que, como cualquier persona normal, mira tú por dónde, en realidad ella no quería morir, mandaría que me la trajeran de vuelta en helicóptero y podríamos seguir como antes, riendo, paseando, respirando, haciéndonos la pedicura, planeando cosas para la semana siguiente y Navidades y la primavera y la vejez. Pero Nic prefiere la medicación y el ejercicio regular y él es su cuidador principal, su marido, su familiar más cercano, así que no tiene pinta de que mi hermana vaya a estar saltando de un avión sobre el centro de Mogadiscio de aquí a poco, con tan solo una camisa puesta y una cámara fijada a la cabeza con una correa.

Nos quedamos mirando los reservados rojos del bar y bebemos cerveza y nos comemos la cabeza y pensamos. Ya hemos dejado de discutir. Le cuento a Nic que Claudio me ha llamado antes cuando estaba en el hospital, que sospecha que algo no va bien. Le digo que uno de los dos debería llamarlo, que no nos queda otra. Nic suspira y dice ya, lo sabe, pero ¿y si Elf cambia de opinión? Y le recuerdo los millones de veces que mi hermana ha dicho que no se ve capaz de hacer la gira y Nic dice ya, siempre dice eso y luego lo hace y se pone loca de contento. Pero solo porque ha sobrevivido, digo, hasta que al poco se da cuenta de que en realidad ella nunca quiso que la rescataran. Yo creo que el día que tenga la sensación de que no podrá volver a tocar su vida se habrá acabado.

Ya, dice Nic. En fin, a mí también me ha estado llamando. No se lo cojo. Aunque me siento fatal.

En este bar hay un silencio excesivo. Le pregunto a Nic si él también está notando cómo rota la Tierra sobre su eje. Me recuerda que estamos en un bar giratorio en lo alto de la torre del Fort Garry Place de Winnipeg, en la región canadiense de Manitoba, y que es no sé qué día. Le doy las gracias. Le pido perdón por meterle caña con lo de la llamada y el libro y él blande la mano, quitándole importancia, y dice qué va, qué va. Me entran ganas de darle un abrazo. Quiero darle las gracias por querer a mi hermana con todos sus derechos y sus libertades. Le pregunto si el camarero parará esto, el edificio, para dejarnos salir y dice que sí, que seguro que hay un interruptor por alguna parte. O también podríamos lanzar los brazos al aire y gritar «Más rápido», le digo. Nos echamos un pequeño pulso con la cuenta. Yo pago. No, pago yo. Salimos en lo que parece un tornado –el viento está soplando desde las praderas– y Nic me cuenta que desde que me fui a Toronto, en los días y

semanas que siguieron a mi mudanza, mi hermana adoptó un nuevo mantra.

¿Cuál?

Yolandi, dice.

¿Cómo? ¿Mi nombre?

Decía de broma que a lo mejor así conseguía que volvieras a existir.

Solo estaba en Toronto, digo, no me había muerto ni nada. Además, me dijo que sus mantras se le desvanecen siempre, no puede evitarlo, pierden el sentido y entonces empiezan a aterrarla. Y otra vez estoy intentando no llorar. Y pidiéndole perdón a Nic por algo. Me cuenta que es lo mismo que le pasa a Elf con los días, los días que no paran de llegar, una y otra vez, el sol que se levanta, los pájaros que se ponen a cantar, hay un momento en el que todo es posible, un momento de esperanza atroz, y entonces se pasa de golpe, las cosas se oscurecen, el día es otra estafa más. Ya no hay quien se libre del tormento de los días. ¿Es la repetición de las cosas lo que la mortifica?, pregunto. Nic suspira. No lo sabe. Me tropiezo con un bache en la acera y maldigo. Él me sujeta por el codo. En ese momento pasan a nuestro lado dos chicos con una canoa en la cabeza. Creemos que son chicos, aunque lo único que vemos son pantorrillas peludas y zapatillas gastadas, calzones de baloncesto de los largos y espaldas desnudas. Ni cabeza ni brazos. Por la cantidad de vello y músculo de las pantorrillas y lo estrecho de las cinturas calculo que tendrán unos catorce o quince años.

Yo que vosotros no me metería ahora en el río con eso, les dice Nic cuando ya nos han pasado de largo. Es muy peligroso.

Los chicos se paran y se vuelven como buenamente pueden, canoa incluida, para escuchar.

No, si no vamos…, dice uno. Cuatro patas morenas y una canoa en la cabeza a modo de tablero…, forman una bonita y peculiar mesa de diseño.

En serio, dice Nic, el río está muy loco hoy. Se mueve a 380 metros cúbicos por segundo y todavía va con algo de hielo.

Los chicos no dicen nada pero la canoa se remueve ligeramente y entonces se los oye murmurar entre sí bajo el casco.

No lo hagáis, insiste Nic. Puede que dentro de una semana o así.

Luego de pronto, en un solo y bonito movimiento fluido los chicos se levantan la canoa de la cabeza, le dan la vuelta como si fuera una tortita y la dejan sobre la franja de césped que bordea la acera.

Eh, buenas, dice Nic. Yo los saludo con la mano y sonrío. Los chicos tienen cara seria, son jóvenes y están cansados.

¿Y más abajo?, pregunta uno, a lo que Nic sacude la cabeza enérgicamente.

No, no, ni hacia abajo ni hacia arriba. Lo mejor es que no os acerquéis al río de momento. ¿Qué prisa tenéis?

Los chicos nos cuentan que están intentado llegar a Roseau River Reserve.

Pero eso está a muchos kilómetros de aquí, dice Nic. Cerca de la frontera, ¿no?

Ya, nos dice uno. Somos de allí.

Los chicos nos cuentan entonces que quieren llegar a casa, volver con su

verdadera madre. Están viviendo en un hogar de acogida aquí en la ciudad y no lo soportan y sus padres adoptivos les pegan y los tienen muertos de hambre y los Warriors están intentando reclutarlos para que les hagan trabajitos y se van a casa, ya está.

Vaya, esto sí es una situación peliaguda, como dirían los polis de las series. Ni Nic ni yo sabemos qué decir. Los chicos se encogen de hombros y mascullan entre sí algo más y se agachan para recoger la canoa, la inclinan hacia arriba y se la cargan a los hombros.

No tenéis salvavidas, les digo. Me ignoran.

Esa es otra, dice Nic. Oye, esperad. Los chicos ya han echado a andar. Vuelven a pararse, pero no dejan la canoa en el suelo. Nic y yo nos acercamos hasta donde están ellos y nos quedamos al lado con la canoa como si fuera la celosía de un confesionario.

No podéis hacerlo, chicos, le dice Nic a la parte delantera, la proa, de la embarcación. Habla en voz baja y severa, a las claras. No hay reacción. Los chicos respiran sin decir nada y la canoa cabecea ligeramente arriba y abajo. Nic les pregunta si tienen a alguien esperándolos en Roseau River.

Sí, todos… Me parece que es la voz del más joven. Vivimos allí.

Vale, entonces os propongo una cosa, sigue Nic. Yo os doy dinero para que os pilléis dos billetes de autobús a Roseau River y me dejáis a mí la canoa y os la guardo. La cargaré en el coche y os la guardaré en mi casa hasta que queráis venir a recogerla cuando mejor os venga, si algún día volvéis por aquí o lo que sea. Os apunto mi dirección. ¿Cuánto cuesta un billete a Roseau River?

No llega ninguna respuesta de debajo de la canoa.

Mirad lo que os digo, dice Nic, voy a ir a por mi coche, que está aquí al lado, y vuelvo con él, solo tenéis que esperar un momentito. Yoli, ¿les puedes apuntar mientras mi dirección a estos chicos?

Serán unos veinte pavos, dice uno. Veinte cada uno. Nic se va a por el coche y los chicos dejan la canoa de vuelta en la hierba y se sientan encima, a la espera.

Bueno, ¿y cómo es Roseau River?, les pregunto. Los chicos se encogen de hombros y se quedan mirando a lo lejos, hacia el río. Estoy escribiéndoles la dirección de Nic en un papel cuando este llega y aparca. Les da dinero a los chicos, suficiente para los billetes a Roseau River.

¿Os viene bien que os acerquemos a la estación de autobuses?, pregunta. El pequeño responde que vale, pero el otro dice qué va, ya nos apañamos nosotros. Se inclina para coger el dinero y luego echan a andar los dos hacia el cruce de Portage con Main, en dirección contraria al río.

Eh, esperad, los llamo, que necesitáis la dirección. Corro tras ellos y le doy el papel a uno. Lo mira unos segundos, se lo guarda en el bolsillo y le dice vamos al otro y se van, rumbo a algo que en su recuerdo es mejor que lo que tienen ahora.

¿Crees que comprarán los billetes?, le pregunto a Nic. Vamos ya camino de su casa con la canoa en el techo del coche.

A saber, me contesta, pero no pensaba dejarles que se metieran en el río con eso.

¿Crees que vendrán a por la canoa?

Seguramente no, dice Nic, pero ojalá sí. Es posible que la canoa sea prestada, no sé si sabes por dónde voy…

Les has salvado la vida, le digo, y él blande la mano para quitarle importancia como ha hecho antes con la cuenta en el bar, como hace con todas las proclamaciones exageradas cuya veracidad no es posible demostrar en un laboratorio. Me suena el móvil y leo un mensaje de Nora: *Me han vetado en plan de por vida en el Winners por jugar con Mercedes a dispararnos con los probadores de las colonias. Will se ha cargado la puerta mosquitera para poder entrar en casa. Sin llaves. Muuuaccc.*

Estoy hablando con un agente de policía. Me ha parado en Sherbrook Street por ir escribiendo con el móvil mientras conduzco. Voy camino de casa de Julie para echar un café rápido con ella antes de ir a recoger a mi madre al aeropuerto. Espero que ese alguien merezca que usted arriesgue la vida y la cartera por él, ¿no?, me dice el poli. ¿La cartera?, repito. Pero sí, es mi hija. Tenía que mandarle un mensaje rápido. Aunque vale, sí, perdón, la ley y esas cosas. ¿Cuánto es?

Verá, dice el agente, una de las cosas más importantes que esperamos que el conductor aprenda de esta infracción en concreto es la severidad del delito cometido. El coste es administrativo, mínimo, pero la falta es clamorosa, por lo que puede acarrear.

Es verdad, claro, claro… ¿Cuánto es?

Me pide ver la ficha técnica del coche y cuando se la enseño –es el de mi madre– le da una palmada al techo y dice: ¡Venga ya! Pero si yo juego al *Scrabble* con Lottie en el Waverley Club. ¿Es usted su hija? Yo también sonrío y le digo que sí, una de ellas. Consecuencia: el poli se pasa diez minutos contándome que lo flipa con Lottie –me da unas palizas que no veas, ¡qué palizas me da siempre! Pero ¿usted es consciente del vocabulario que tiene su madre?– y luego saca la libreta para ponerme la multa. Gajes del oficio, me dice. Pues sabes lo que te digo, amigo, que eres un gilipollas, replico. Por cierto, que eso son nueve letras del *Scrabble,* g-i-l-i-p-o-ll-a-s, y con bastantes puntos.

El poli se inclina sobre el coche. No debería llamar gilipollas a un agente del orden. Lo dice en un tono que parece estar disculpándose él. Por fin quedamos en que me pondrá solo una amonestación si le prometo parar la próxima vez que quiera mandar un mensaje y no le digo a mi madre que ha sido un poco tonto conmigo.

Tengo la sensación de que ella ya me tiene un poco de ojeriza por ser poli, dice. Es que, macho, su madre le tiene una tirria a la autoridad exagerada, ¿se ha fijado?

Dentro de un rato esta misma noche recogeré a mi madre del aeropuerto. Habrá cogido un barco, un tren, un avión, un taxi, otro avión y un coche para llegar a su casa. Me lo imagino todo, todas las etapas de su viaje, y me reconforta ese esfuerzo suyo por volver con nosotras.

Julie y yo salimos a los escalones de su jardín trasero y disfrutamos en silencio de las entrañables trastadas de Sombra, el perro de la familia del que tiene la custodia compartida, como con los niños. Nos ha preparado batidos con hierbabuena del jardín y comemos unos *perogis* y una ensalada que ha conseguido sacarse mágicamente de la manga dentro del caos de su cocina, que alberga tanto bicis como guitarras. Antes tocaba el bajo en un grupo llamado Sons and Lovers. Acaba de comprar esta casa y está todavía arreglándola. Me enseña un dildo que ha encontrado encajado detrás de un armario del baño.

Me voy a fumar un puro, me dice. No se lo digas a Judson. Judson es un tipo con el que se ve de vez en cuando desde que se separó. Dice que es condición *sine qua non* para nuestra relación, que no fume, me explica.

Nos reímos. Estamos cansadas. Demasiado como para andar poniendo problemas a condiciones.

Sombra es demasiado viejo y está demasiado artrítico para correr, pero sigue emocionándole la idea de las carreras, de modo que Julie se ha inventado un juego al que llama Corre para Sombra, y que consiste básicamente en que ella va diciendo cosas como *cobertizo* o *valla* y entonces sale corriendo para tocarlas mientras el perro se queda quieto en el sitio y ladra emocionado. Cuando Julie está ya agotada de jugar a Corre para Sombra, se deja caer a mi lado en los escalones y se acaba el puro.

¿Tú crees que sigues sufriendo porque a tus abuelos los mataron en Rusia?, le pregunto.

¿Que sigo sufriendo? Solo mataron a mi abuela. No pudo correr porque estaba embarazada de nueve meses. Mi abuelo sí consiguió huir con los demás niños.

¿Y tú crees que todo eso puede todavía afectarnos a nosotras?

Se encoge de hombros y le da una buena calada a su puro ilícito.

SIETE

Abrazos sentidos en el aeropuerto. Nos hemos echado de menos. Una de nosotras está ligeramente bronceada y huele a coco y lleva una camiseta con una ficha del *Scrabble* con la letra P. No sabemos qué pasará mañana. Huele a miedo y me doy cuenta de que soy yo. Me da la impresión de que no tengo piel suficiente, de que hay partes que debería tener cubiertas pero se me ven. Y nos quedamos abrazadas más tiempo de lo normal. De camino a casa paramos en la de mi hermana, es demasiado tarde para ir a verla al hospital y mi madre nos cuenta su más reciente aventura en el mar y nos reímos mucho, demasiado, y Nic está en la banqueta del piano de Elf mientras hablamos y de vez en cuando se vuelve para tocar algunas teclas al tuntún, y luego mi madre y yo nos vamos a su casa y nos acostamos. Pero por la noche pasan cosas raras. Yo sueño con Elf. Le han dado el alta pero nadie la encuentra. No está en la casa. No logramos ponernos en contacto con ella. Luego sueño que hay hierba creciendo por toda la casa, son briznas altas y sedosas. Surge de entre las escaleras. No sé cómo librarme de ella y me preocupa. Luego, en el sueño, me viene la solución: no hagas nada. Y en un instante me desaparece la ansiedad y me quedo en paz. Sueño también que tengo un ángel de piedra como el del libro de Margaret Laurence, el mismo, y tengo que cuidarlo, mantenerlo a salvo, que no pase frío. En el sueño el ángel de piedra está tendido a mi lado en la cama, con la manta subida hasta la barbilla, con los ojos clavados perpetuamente en el techo.

Me despierto y llamo al puesto de enfermeras del hospital y pregunto si mi hermana sigue allí. Me aseguran que sí. Me echo en la cama un rato más con el hielo crujiendo como banda sonora y escucho también los movimientos de mi madre por el salón. Me levanto para ver si está bien. Cuando me ve, me dice que tiene un poco de jet lag del viaje y no consigue dormirse. Está sentada a la mesa del comedor, jugando al *Scrabble* por internet con un tipo de Escocia. Le cuento que he conocido a su amigo el poli y tuerce el gesto. Es ambicioso, me dice. En su opinión, ser ambiciosa es lo más bajo que puede caer una persona. Escucho un sonido de trompeta, otra partida que empieza. Tiene la Biblia, en la versión inglesa del rey Jacobo, en la mesa al lado del ordenador. Le pregunto si ha estado leyéndola y me dice que sí, bueno, ya sabes, con todo esto… Hace un gesto como quitándole importancia. La vida…, creo que quiere decir. Me cuenta que decidió leer Salmos 1, pero no le gustó. No le gusta cómo habla de los impíos como si fueran el tamo que arrebata el viento, que se vuela, que se pierde, así que está leyendo en cambio Proverbios 1, pero tampoco le convence. No le gusta que nos ordene buscar sabiduría y conocimiento porque… ¡es de cajón!

Me cuenta que la única razón por la que lee la Biblia en estos momentos es porque ha estado en contacto con su hermana muerta, Mary, que no se sabe

bien cómo, le ha indicado, desde la tumba, que debería leer más a menudo la Biblia. Asiento y le digo a mi madre que salude de mi parte a la tía Mary la próxima vez que hablen. No tengo claro si realmente es por eso por lo que está leyendo la Biblia o si es porque esta noche necesita esperanza y solaz y está buscando a su amiga más antigua, la fe.

Le pregunto si quiere echar unas partiditas al *Dutch Blitz,* el único juego de cartas autorizado por los menonitas, porque en lugar de utilizar símbolos que connotan pecado como las picas, los corazones, los diamantes y los tréboles, en los naipes aparecen arados, cubos, carretas y bombas de agua, y porque es un juego basado en la velocidad y la concentración, no en la picardía, y la pequeña estancia se ilumina cuando me sonríe.

Mi madre está en la silla naranja con el escay rajado y yo estoy encaramada en el filo de la cama. Mi hermana está echada, sonriendo, se le han caído ya los puntos y tiene la cara aseada y el pelo cepillado. Según Janice ha habido un cambio. Nos cuenta que esta mañana ha tenido una larga conversación con Elf y que está mostrando signos de mejoría. Mi madre pregunta que a qué se refiere con mejoría y Janice nos explica que significa que Elf se ha tomado el desayuno y las pastillas. En el pasado mi madre se habría regocijado ante estas pequeñas victorias, pero hoy asiente y dice ajá, o sea, que está haciendo lo que le dicen que tiene que hacer. Sé que a mi madre eso no le gusta nada. Cree en la lucha, en los chispazos y el pugilismo, no en la sumisión ciega y mansa. Por otra parte, sin embargo, quiere que Elf coma y se tome la medicación. Pero quiere que sea mi hermana quien lo quiera.

No sé qué ha pasado exactamente, nos cuenta Elf, pero hoy me he despertado como si fuera otra persona. Creo que estoy preparada para hacer la gira. Voy a llamar a Claudio. Quiero volver a jugar al tenis. Y puede que Nic y yo nos mudemos a París.

Si ha existido alguna vez una reacción dilatada es la nuestra ahora, este espacio vasto y desamparado como las Badlands, esta tierra de nadie, los universos que median entre las palabras de mi hermana y la respuesta mía y de mi madre. Ellas dos se sonríen como si fuera un concurso y yo me quedo paralizada. Acción dilatoria, pienso. Me quedo mirando por la ventana y reflexiono sobre la similitud entre escribir y salvar una vida y el inevitable fracaso de la imaginación y de los objetivos y ambiciones para crear un personaje o una vida que merezcan ser salvados. En la vida igual que en la escritura, como en cualquier clase de creación que aspire a ser un éxito, reconocible e inspiradora.

¿En serio?, digo. ¿París? Qué bueno, Elfie. No me lo creo.

Su compañera de habitación, Melanie, dice yo tampoco desde detrás de la cortina.

Elf aparta la cortina y le pregunta: ¿Te importa meterte en tus asuntos? A lo que Melanie le dice que ella no tiene ningún asunto.

Las dejo y salgo al pasillo y arrastro los pies como una fila de presos hasta el recoveco que está rápidamente convirtiéndose en mi rincón favorito, donde puedo estar a solas y mirar el aparcamiento y los campos de más allá. Podemos elegir, me digo para mis adentros, entre creerla a pies juntillas, como quien dice, y esperar lo mejor…, o podemos montar ese equipo de cuidadoras que nos elude y hacerlo además inmediatamente porque van a darle el alta. Lo sé. Es muy posible que le den el alta. Sé que si sigue las normas y les dice a las enfermeras y a los médicos que se siente bien, optimista, para nada suicida, en absoluto –venga ya, ¿y verme obligada a despedirme de la majestuosidad de este mundo?–, hoy puede estar en su casa para la hora de cenar.

Llamo a Nic pero no me lo coge. Voy al puesto de las enfermeras y me dicen que Janice está en su descanso. Le pregunto si piensan darle el alta a Elf hoy y la enfermera me dice que quién es Elf y yo le digo Elfrieda von Riesen y la enfermera me contesta que no lo sabe, que no le han dicho nada.

Vuelvo a la habitación de mi hermana y descubro a mi madre cantándole una canción en *plautdietsch*. Se titula «Du», que significa *tú*. Elf le tiene una mano cogida. Es una canción sobre amar eternamente, incluso a pesar del dolor que causa amar tan fuerte, una que nos cantaba cuando éramos pequeñas.

Luego las cosas suceden rápidamente. Janice regresa a la habitación. Está sonriendo y nos dice hola a todas y nos cuenta que seguramente Elf regrese hoy a casa en cuanto la vea el médico y le dé la luz verde. Me imagino al médico como si fuera Obi-Wan Kenobi dándole un sable de luz a mi hermana. Mi madre y yo decimos uau, qué bien, maravilloso. Elf le sonríe a Janice y parece agradecida.

La enfermera se sienta a su lado en la cama y le pregunta si realmente se ve preparada para regresar a casa. Todas sabemos a qué se refiere. Mi hermana le dice que sí, sin problema; quiere volver con Nic, a su vida real. Está cepillándose el pelo con los dedos. Se muestra dispuesta a tomar la medicación y va a pedir cita de seguimiento con el psiquiatra. Está preparada. Y agradece mucho todo lo que han hecho por ella durante el tiempo que ha estado aquí. Parece como si estuviera dando un discurso ensayado en la gala de los óscars. Le doy un beso en la mejilla y digo uou, qué bueno, qué bueno. Mi madre está callada, con la mano en el corazón y los ojos muy abiertos.

Yo me debato entre el pánico y la confusión. Janice nos dice que va a dejarnos un rato a solas mientras Elf recoge sus cosas y yo la sigo hasta el pasillo. Le pregunto si cree realmente que es buena idea que mi hermana se vaya a casa y me dice que cree que sí y que tampoco tiene muchas más opciones: mi hermana ingresó de manera voluntaria, no en contra de su voluntad, así que también puede irse cuando mejor le parezca. Le pregunto si no es muy pronto y me dice que es muy importante que el paciente se sienta empoderado al ver que se le permiten tomar grandes decisiones.

Bueno, es que una gran decisión sería la de decidir matarse y a nadie le gustaría que la tomara, ¿no? Janice está de acuerdo y sabe por dónde voy,

pero dice que no está en sus manos. Y que realmente necesitan vaciar una cama. Y démosle al menos el beneficio de la duda. Vamos a ver qué pasa y ya está, dice. Y añade que le da buenas sensaciones. Comenta que Elf quiere jugar al tenis conmigo en cuanto haga algo más de calor y yo no sé qué responder a eso.

Pruebo a llamar a Nic de nuevo y esta vez me lo coge. Le cuento que Elf se va hoy para casa y le sorprende. A él no le han dicho nada. Entonces, ¿qué hacemos?, le digo y él me dice que va a llamar inmediatamente a la persona de contacto del equipo. Dice que va a salir temprano del trabajo, hará la compra y se encontrará con nosotras en la casa por la tarde.

Regreso a la habitación y me encuentro a Elf levantada y buscando su ropa. La ayudo a meter algunas cosas en una bolsa de plástico y luego me doy cuenta de que no sé dónde he metido la mía, la del manuscrito, pero siento una extraña calma y me digo, bueno, está bien, no pasa nada.

Pero entonces mi madre dice: Oye, Yoli, ¿esto es tuyo? Se había sentado encima. Mira dentro y dice: Anda, ¿esto es nuevo? Le digo que sí y me pregunta que cuántas palabras llevo. No sé por qué, pero me da la risa con la pregunta. Meneo la cabeza. Elf le dice que la primera letra es increíble. Mi madre espera, sonriendo, que yo responda. No tengo respuesta. Mi madre me conduce entonces hasta el pasillo llevándome con la mano en la lumbar. Es tan bajita y huele tan bien, como a leche de coco. Me abraza y me dice que todo va a salir bien. La quiero por decírmelo hasta el infinito, pero a veces me pregunto si cree que soy tonta o algo. De todas formas, es mi madre y eso es lo que hacen las madres. Bob Marley también lo dice, aunque dice que todo, hasta lo más mínimo, saldrá bien, y a mí me parece una precisión apropiada a pesar de que seguramente lo pusiera para que le cuadraran las sílabas en el verso. Recuerdo haber tarareado ese estribillo mil veces, cantármelo hasta quedarme dormida en los días antes de que mi padre se arrodillara en plena trayectoria de un tren acelerado.

Esa noche celebramos la vuelta a casa de Elf con comida india bien especiada, vino del bueno y el alijo especial de armañac que le regaló mi madre a Nic hace dos Navidades. Mi hermana está sonriente, algo retraída, bella y serena, como si solo ella tuviera la respuesta al enigma de la Esfinge. Las manos apenas le tiemblan y lleva un pañuelo rosa claro en la garganta. Se ha maquillado un poco la cicatriz de encima del ojo. Los pantalones le quedan demasiado grandes pero Nic le ha hecho un original cinturón de cuerda para que pueda ponérselos. Está encantado de tenerla en casa. La llama todo el rato amor mío y querida mía. Mi madre la llama *corazón*. Me gustaría pasarle ahora mismo una nota a Elf en la que ponga me lo has prometido, pero no tengo un rotulador con la punta lo suficientemente gorda para dejarlo todo lo claro que me gustaría. Nic está hablando de literatura china y de que está aprendiendo mandarín mientras mi hermana ojea una novela que él le ha sacado de la estantería para que la lea. No se mencionan ni el tenis ni París.

¡Escúchame bien!, me entran ganas de gritarle. Aquí la única que tendría que suicidarse debería ser yo. Soy una madre horrible que ha dejado al padre de mis hijos y a otro padre. Soy una esposa horrible porque me acosté con otro. Hombres. Estoy haciendo aguas en una carrera que ni es carrera ni es nada. ¡Mira esta bonita casa que tienes y al hombre tan cariñoso que vive en ella y te ama! No hay capital en el mundo que no esté dispuesta a ofrecerte miles de dólares para que toques el piano y todos los hombres que conoces se enamoran perdidamente de ti y se obsesionan contigo de por vida. A lo mejor te sientes preparada para dejar atrás la vida porque ya la has perfeccionado. ¿Qué más queda por hacer? Pero me cuesta hacer contacto visual con mi hermana. Evita mirarme. Apenas levanta la cabeza de la novela que le ha dado Nic.

Mi madre está cansada del viaje, y prácticamente desde que el mundo es mundo, pero también se siente con energías renovadas y feliz solo de ver a Elf de vuelta en casa. Por lo visto volvió a quedarse varada en medio del mar. Le pasa cada vez que pisa un océano. Se queda haciendo el muerto y disfrutando del sol y de las olas que la mecen y se aleja hasta que no puede volver sola y tienen que ir a rescatarla. No se asusta en ningún momento, es como que se va alejando de la orilla, a la deriva, muy lentamente, y luego espera a que alguien se dé cuenta o la eche en falta. Su número estrella es meterse en el agua después de anochecer, cuando está más tranquilo todo, y cabecear bajo la luz de la luna. Le procura un placer enorme. Nuestra familia está intentando escapar de todo en bloque, incluso de la gravedad, incluso de la orilla. Ni siquiera sabemos de qué huimos. Puede que simplemente seamos personas inquietas. A lo mejor somos aventureras. A lo mejor estamos muertas de miedo. A lo mejor estamos locas. A lo mejor el planeta Tierra no es nuestro verdadero hogar. En Jamaica tuvieron que remolcar a mi madre, mientras se partía de risa, hasta la orilla tres pescadores con el torso desnudo después de que saliera disparada de un plátano hinchable y no consiguiera volver a subirse.

Nic va a la cocina a por más bebida y yo lo sigo y le susurro: ¿Qué pasa con el equipo, lo vamos a hacer? Bajamos juntos al sótano con la excusa de sacar más cerveza del frigorífico que tienen allí y me cuenta entonces que el equipo es más una leyenda que otra cosa. Al parecer, con los recortes de presupuesto y los cambios en la política y… Sigue hablando, pero yo desconecto y me quedo mirando el lomo de *Auge y caída del Imperio romano,* un libro que está tirado en medio del suelo de cemento del sótano como si a alguien se le hubiera caído con las prisas… No es una opción real, pero va a seguir indagando otras posibilidades. Me acerco al libro, lo recojo y se lo doy a Nic. Pero ¿qué tipo de posibilidades?, le pregunto. ¿De qué estamos hablando? Coge el libro y me dice ya lo sé, de verdad, y exhala pesadamente. Entretanto ha dispuesto para que Margaret, una amiga de ambos, se quede unas horas al día con Elf y, por supuesto, mi madre también irá a diario. Ya, digo, pero en teoría se va a una gira por cinco ciudades dentro de dos semanas. Mírala: ¿tú de verdad crees que puede ir de gira? ¿Has hablado con

Claudio?

Ostras, dice. No ha hablado con él. No lo sabe, lo único que sabe es que ir de gira la aterra cuando todavía no ha ido pero luego le entra la euforia cuando está haciéndola. Le digo que yo me tengo que volver a Toronto cuanto antes. Will debe regresar a Nueva York para los exámenes y Dan sigue en Borneo y no puedo dejar sola a Nora, sin supervisión, más de un día o dos. En cuanto termine las clases, me vendré con la niña y podemos pasar aquí el verano. Puedo ver a mi hermana todos los días si no está de gira. Nic lo entiende perfectamente y dice que lo tiene todo controlado y que hay aviones y esas cosas, ¿no? Y teléfonos.

Cuando volvemos arriba, nos encontramos a mi madre hablándole a Elf de sus puntuaciones en el *Scrabble*. Consigue una media de mil trescientos y pico puntos y Elf está asintiendo, impresionada, fingiendo que es la primera vez que se lo cuenta. Mi madre le dice que el otro día puso en el club la palabra *coño*. ¡Es totalmente válida!, dice. ¿No te la querían aceptar?, le pregunta Elf. Qué va, dice mi madre, al joven con el que estaba jugando le dio tanta vergüenza que no podía ni mirarme, mira la abuela esta soltando una palabrota… Elf sonríe. Pero hablar no habla mucho. Aunque ¿qué va a decir? ¿Cómo se siente? ¿Es esta reunión improvisada un teatrillo grotesco y artificial en su opinión? ¿Se pregunta qué estamos celebrando exactamente? ¿Su inutilidad para ejecutar correctamente el plan que tenía para morir? ¿O realmente está feliz y aliviada de seguir entre nosotros?

¡Venga, Elf!, pienso. Para el tembleque de manos y di algo. Da un discurso de la nación y haznos saber si hay razones para tener fe en el futuro. Sí, hay aviones y teléfonos.

Quiero preguntarle a mi hermana si tiene miedo. Me vuelve a faltar el aire. Estoy sonriendo e intentando ocultar mi terror y metiéndome oxígeno en los pulmones disimuladamente. Me gustaría llevármela conmigo cuando vuelva a Toronto. Me gustaría que viviéramos todos –mi madre, mi hermana, mis hijos, Nic, Julie, sus niños; incluso Dan, Finbar y Radek– en una pequeña comuna aislada en algún rincón remoto del mundo donde no tengamos otra cosa que hacer que mirarnos las caras y donde nunca nos separen más de unos metros. Sería como una antigua comunidad menonita de Siberia pero en feliz.

Al final nos vamos y los dejamos solos. Elf está al piano, moviendo las manos por las teclas sin emitir sonido alguno. Cuando se levanta de la banqueta para despedirse de nosotras, le ruedan lágrimas por la cara. Mi madre vive a solo unas manzanas y decide ir andando. Dice que necesita moverse. Elf y yo nos aseguramos de que atraviesa con cuidado la calle, como una niña, y nos despedimos de ella con la mano.

Le digo a mi hermana que la quiero, que voy a echarla de menos, pero que no tardaré en volver a Winnipeg. ¿Podré verla en Toronto cuando vaya a tocar? A lo mejor, dice. Aunque solo estará allí dieciséis horas. Ensayará, dormirá, comerá, tocará, volverá al hotel, dormirá, cogerá un vuelo a primera

hora de la mañana. Esta vez será Rosamund, la ayudante de Claudio, quien la acompañe en la gira. Me dice que ella también me quiere. Que quiere saber más sobre Toronto y mi vida allí, y me pide que le escriba cartas, no correos electrónicos, cartas a la vieja usanza que le lleguen al buzón, con su sobre y su sello. Le digo que le escribiré, claro que sí, y ¿me responderá ella? Me dice que sí, por supuesto. Eso está hecho.

La tengo cogida por las muñecas, rodeándole esos huesos diminutos con los dedos, y le aprieto con fuerza y dice auch y le pido perdón y la suelto. No hablamos ni del sentido de la vida, ni de las cicatrices, ni de los puntos, ni del número de palabras que tenemos, ni de las promesas que nos hicimos en un pasado lejano.

Luego doy vueltas por el perímetro de la ciudad como un perro que marca su territorio, por puentes y bajo puentes, como solía hacer cuando merodeaba por las lindes de mi pequeño pueblo natal. Esto es mío. Aquí no pasará nada malo mientras yo patrulle las calles como un justiciero enloquecido. Bienvenidos a Winnipeg, el número de habitantes no va a cambiar. Me paso por casa de Julie y le digo que me voy temprano por la mañana y quedo en llamarla en cuanto esté en Toronto y luego me paso por lo de Radek y me despido de él y le doy las gracias por la comida y el refugio en plena tormenta y cuando se rasca la cabeza y dice sí, pero…, yo me encojo de hombros un par de veces y sonrío y me alejo y sigo dándole las gracias por ser tan dulce, tan gentil, por su tiempo.

Conduzco el coche de mi madre como si fuera un Panzer y las calles fueran mi enemigo, y me siento mal y tonta y mala persona. Me planteo concertar una cita con un terapeuta en cuanto vuelva a Toronto, pero me digo que no me lo puedo permitir. Me concentraré más en el trabajo, ya está. Además, ¿de qué iba yo a hablar con un terapeuta? Cuando mi padre se suicidó, fui a ver a uno que me sugirió que le escribiera una carta a mi padre. Lo que no me quedó claro era qué se suponía que debía contarle yo en la carta. Le di las gracias al terapeuta y me fui pensando, pero es que mi padre está muerto. La carta no le va a llegar. ¿Qué sentido tiene? ¿Por qué no mejor me devuelve los ciento cincuenta y cinco dólares para que pueda pillarme un Chardonnay y una bolsa de maría?

Cuando vuelvo a casa de mi madre, me la encuentro ya dormida, con unos ronquidos muy fuertes y no sé qué temporada de *The Wire* atronando en el televisor y una pequeña estufa que también hace ruido, igual que el hielo, que sigue resquebrajándose en el río que pasa por debajo. Me quedo al lado de su cama y la observo un rato preguntándome si será un sueño plácido, si es el único alivio que conoce. Voy al cuarto de invitados y me tiendo encima de la colcha con la ropa puesta. En estos momentos me parece inútil desvestirme y acostarme en condiciones porque tengo que levantarme muy temprano para ir al aeropuerto. Me quedo dormida y me despierta una conmoción en el salón. Mi madre está despierta y hablando con un hombre.

La historia es la siguiente: mi madre se despertó y salió al balcón para mirar el cielo nocturno y cuando estaba ahí vio por casualidad a su vecino Shelby, que estaba aparcando la camioneta en el aparcamiento de abajo. De pronto le vino un plan. Llamó al hombre para ver si le interesaba ayudarla a llevar su viejo órgano eléctrico a casa de Julie para que los niños practiquen con él. No podía hacerlo sin alguien con camioneta. Le pagaría. Shelby le dijo que claro. Conversaron así en plena noche con ella allí de pie en el balcón y en camisón como si fuera la ama de Julieta. Ahora Shelby estaba en el piso midiendo el órgano y preguntándose cómo iba a bajarlo hasta la camioneta.

Ah, qué bien que estés despierta, Yoyo, dijo mi madre al verme.

Así que Shelby y yo llevamos el instrumento hasta la camioneta y mi madre nos sujetó las puertas del piso con el camisón revoloteando al viento. Se puso a llover. Al poco era un aguacero. Mi madre volvió corriendo al piso para coger una bolsa de basura y tapar el órgano para el viaje en camioneta hasta casa de Julie, con nocturnidad y alevosía. Le pregunté a mi madre si Julie estaba esperando esta entrega a esa hora y ella me dijo que no, pero que ya veríamos cuando llegásemos allí.

Shelby, mi madre y yo nos apretujamos en la cabina de la camioneta y llevamos el órgano hasta la casa de mi amiga. Los niños y ella dormían profundamente y no contestaron a la puerta, así que se lo metimos en el cobertizo del jardín y le dejamos una nota en la puerta para decirle que le habíamos traído el órgano a la casa y que lo habíamos metido en el cobertizo. Volvimos al bloque de mi madre y le dimos a Shelby cincuenta dólares por el porte. Nos despedimos y nos quedamos en el piso chorreando agua sobre el suelo de la cocina. También había agua por todo el suelo del baño y según el pronóstico el río se desbordaría y la tormenta eléctrica seguiría haciendo temblar los cielos.

Bueno, dijo mi madre, por lo menos ya está eso hecho.

Comprendí entonces la necesidad que tenía de lograr algo, por extraño que fuese, algo con una tensión dramática creciente y definida y un fin exitoso. Me dijo que iba a intentar dormir un poco antes de que yo tuviera que irme pero que la despertara. Yo estaba más que desvelada, así que bajé al gimnasio de la urbanización y corrí en la cinta. Le di al inicio y empecé a correr. Llevaba unas botas gordas y vaqueros pegados y no paraba de salpicar agua sobre la cinta y el suelo. Al otro lado de la cristalera del patio se veía la piscina vacía y la lista de NORMAS DE LA PISCINA escritas en cursiva, así como una línea roja delgada contra el horizonte. Corrí hasta que estuve toda empapada en sudor, jadeando, hasta que pulsé el botón de desaceleración y me quedé caminando lentamente por la máquina, cogida de las barras.

OCHO

Querida Elf:

Una carta manuscrita, como me ordenaste, como te prometí. Tenemos plaga de hormigas en casa. Todo ocurrió mientras estaba yo en Winnipeg. Nuestro casero cree que está relacionado con lo guarro que está el piso, pero yo sospecho que más bien tiene que ver con el nivel de decadencia natural del universo. Además, no somos tan guarras, solo desordenadas. He tenido que poner bandejitas blancas de plástico llenas de veneno por todo el piso. Will ya se ha vuelto a Nueva York. Está deseando que llegue el verano para poder veros a ti y a Nic. Ha conseguido mantener con vida a Nora, pero la casa está hecha una pena. Se ve que el desorden no es algo que los perturbe. Nora se ha echado novio o algo parecido, un chaval que va con ella a clase y que también tiene beca, por lo visto es sueco. Cuando llegué a casa, me encontré con un chico haciendo una tortilla en la cocina. Había bolsas del Whole Foods por todas partes. El Whole Foods es un supermercado muy caro de productos ecológicos donde yo nunca compro. Yo voy al No Frills, el «sin lujos». Como el desconocido de mi cocina no hablaba inglés, me quedé sin saber qué hacía allí y tuve que esperar hasta última hora de la tarde para averiguarlo cuando por fin apareció Nora. Entretanto di varios paseos largos y, en el tiempo que no estuve en la calle, me dediqué a sonreírle y a señalarle cosas, él asentía y así.

Hay un cuartito pegado a mi dormitorio que tenía pensado utilizar para trabajar, pero al final nunca entro en él, hace demasiado frío. Así que acabo escribiendo en el comedor o en la cama. Me gusta escuchar las tórtolas cuando me levanto temprano. Me ponen triste y contenta y me dan nostalgia creo que de la infancia, de esa que compartimos, y de las praderas y de esa sensación que tenías al despertar de que tu única tarea era jugar. ¿Sabes que estuve una época cantando al despertarme cuando tenía nueve o diez años? Cuando estabas en ese dormitorio de las paredes de madera y el póster de Mijaíl Baríshnikov en la obra *Push Comes to Shove*. Por cierto, ¿qué habrá sido de él? ¿Y por qué lo admirabas tanto, por cómo bailaba, por su cuerpo o porque había dejado todo su mundo en Rusia, sin esperanza de volver, solo por su arte? Bueno, el caso es que por lo visto ahora hay quien caza tórtolas y se las come. ¿Tú te lo puedes creer? Cuando me enteré, me sentí igual que cuando me dijeron que había muerto Joe Strummer. Cuando tienes quince años y te levantas por la mañana con tórtolas cantando y The Clash, sabes que estás en el Cielo. Pero, bueno, ahora Joe Strummer está muerto y la gente come tórtolas. ¿Qué dice esto sobre la infancia de una? ¿Quién queda para conducirnos fuera del desierto?

Aquí no conozco a mucha gente. La única llamada que recibo es de una voz grabada que dice: ¡Hola! ¿Se le han descontrolado las deudas? La última vez que ocurrió susurré un sí, sí, así es, y luego colgué rápido como una rehén que manda un mensaje críptico a sus posibles rescatadores. Canjeé la cosa esa del plan de pensiones que nos dio papá hará mil años y ya me he gastado la mitad de la venta

de la casa en el alquiler de un piso en esta ciudad y ayer mi casero me dijo que me lo iba a subir a una cifra que yo no había oído en mi vida.

Finbar, el abogado, está otra vez escribiéndome. Dice que ha estado trabajándose algunas cosas y que cree que no pasa nada porque volvamos a estar juntos a pesar de mi estilo de vida peripatético. Le vuelven loco los ligamentos de mi corva. Ahora tengo seis dedos en un pie. Vale, sí, eso se llama juanete. A veces, si ando demasiado, me palpita como si tuviera un micropene a un lado del pie. También tengo una cosa rara del tamaño de una pelota de golf por detrás del talón que creo que se llama espolón de Haglund. A nuestra perra le salió una vez, ¿te acuerdas? Y el tío Ray le dio un tranquilizante de esos de caballo y luego se lo quitó de un tajo con el cuchillo destripador. Yo me acuerdo solo de que tú estuviste dos semanas llevándola en brazos por ahí porque después de eso no podía ni andar. O la metías en la carretilla y tirabas de ella allá donde ibas. ¿Harás lo mismo por mí si el espolón se va de madre? Ah, también tuve el otro día un pequeño accidente, ¿te lo conté? Fue solo un topetazo de nada, pero con la cosa de que aquí en Ontario los seguros valen un pico y blablá y que todavía no me he cambiado el seguro y lo tengo de Manitoba (uy, se me pasó), no tengo claro que me lo vayan a cubrir y lo mismo le tengo que pagar a la mujer un millón de dólares por su BMW totalmente ileso. La colega hasta se bajó del SUV y le echó una foto con el móvil al parachoques que no podía estar más impecable mientras yo la miraba (con mis pantalones cortados y el cortavientos verde y un pack de seis Heineken en la mano), diciendo venga ya, ¿estás de coña o qué?

Nora y yo estamos llevando a cabo una especie de experimento. La idea es intentar hacer contacto ocular con los oriundos de Toronto. Es frustrante. Se sobresaltan cuando los miramos y apartan corriendo la vista o incluso no sé cómo, pero consiguen no mirarte siquiera. Hemos comprobado que hay quienes claramente nos quitan la cara y hasta nos dan la espalda para no sentir la tentación de mirar. Nora y yo hemos salido hoy a dar un paseo rápido por el barrio (la Pequeña Malta) y de las sesenta y ocho personas con las que nos hemos cruzado por la calle solo siete nos han devuelto la mirada, y de esas siete solo una ha sonreído y quizá no haya sido siquiera una sonrisa real, sino una mueca porque tenía gases. Nora y yo fingimos que no nos importa ¡pero duele! Nos hemos planteado si será por la ropa que llevamos o si damos mal rollo y la gente no quiere tener contacto alguno con nosotras o parecemos desesperadas, peligrosas o raritas. Bueno, te tengo que dejar que voy a recoger a Nora al ensayo para llevarla al dentista, que tenemos cita. Entretanto pensaré en ti y te echaré de menos y… flotaré en las alas del vacío.

Tu humilde y sumisa servidora, Y. (¿Ves como sí que he leído las cartas de tus amantes poetas?).

Elf no me coge el teléfono. Llamo a mi madre y me dice que sí, que es verdad, que no lo coge. Bueno, a veces le da por ahí, bueno, en realidad, no, supongo que no es normal. Bueno, a veces sí, alguna vez, pero casi nunca. En realidad, nunca. De higos a brevas, pero en general no, no lo coge.

No soporto escuchar a mi madre farfullando de esa manera, como entre la

esperanza y la desesperación. Mi madre me cuenta que si está allí, en casa de Elf, cuando le suena el teléfono ella la anima a contestar, pero aun así es una pelea constante y casi siempre la gana Elf y el teléfono se queda sin responder.

Oigo las trompetas que resuenan desde su portátil y que indican que está a punto de empezar otra partida de *Scrabble*.

Querida Elf:

Hoy he dado un paseo largo y he acabado observando los patos que estaban tirándose de cabeza en el estanque Grenadier del High Park. Tenía curiosidad por ver cuánto aguantaban la respiración y he contado setenta y ocho segundos hasta que el primero ha salido a por aire. ¿Los humanos cuánto aguantan? ¿Un minuto? Hoy he escuchado una conversación en el tranvía que ha sido muy buena. Se ha montado un tipo que estaba echando pestes por la boca, en un plan muy chungo, un rollo esa zorra de mierda me va a comer la polla si cree que su puta madre… y el conductor le ha dicho oiga, por favor, no se ponga a hablar así en el tranvía y el colega se ha quedado quieto y mirándolo y entonces le ha dicho que lo sentía mucho, muchísimo, que lo entendía, y se ha bajado en la parada siguiente y se ha puesto otra vez a soltar tacos en cuanto se ha bajado.

Te echo de menos. Nora y yo subimos ayer a lo alto de la torre CN. Estamos intentando entender nuestra nueva ciudad a vista de pájaro. Echamos un dólar en unos binoculares muy potentes que hay, pero aun así no conseguimos verte. Luego fuimos al bar de la terraza del hotel Park Hyatt y yo me tomé una copa de vino de veinte dólares y nos comimos unas aceitunas y unas almendras entre las dos. Miramos con cierto abatimiento hacia el oeste. Te echamos de menos, ¡las dos! Nora me preguntó si me arrepentía de haber tenido hijos, lo que me dejó a cuadros y me hizo sentirme muy mala madre, como si le hubiera dado la impresión de que ella estaba chupándome lentamente la vida. Pero entonces se puso a decirme que está pensando en no quedarse embarazada nunca porque no soporta la idea de que su cuerpo tenga que alojar un extraterrestre y se le ponga como un globo y se convierta en una grotesca caricatura de lo que es ser mujer. Espero que no tenga un trastorno alimenticio. He leído que los trastornos alimenticios suelen ser culpa de madres autoritarias, pero yo soy tan poco autoritaria que no tiene ni gracia. A lo mejor se ha imaginado a una madre autoritaria para compensar mi falta de autoridad y es esa madre imaginaria exigente la que le provoca el trastorno alimenticio. No tiene un trastorno alimenticio, es broma. No debería intentar culpar de algo que ni siquiera es real a una madre imaginaria imaginada. Hago un esfuerzo por recordar lo canija que eras tú cuando tenías su edad. ¡Y sigues siéndolo!

Y cuando estábamos ahí en el bar de la terraza se nos acercó un hombre mayor y bronceado con un anillo de la World Series y zapatos de cuero blanco sin calcetines y va y le dice a Nora que es muy guapa. Luego me preguntó si yo era su hermana. Ja, ja, ay, los típicos chistecitos de viejo verde en ciernes. Dijo que Nora debería ser modelo. Yo le dije que ah, vaya, qué detalle, pero no, es bailarina…, mientras las palabras *aparta de mi vista, pederasta, que te veo venir* salían tácitamente de mis ojos asesinos. Nos pasamos todo el camino de vuelta a casa cantando un popurrí de

canciones antiguas que nos sabemos los dos. Es tan entrañable cuando me dice cosas como: ¡Quééé! ¿Que conoces la canción «Torn Between Two Lovers»? Hasta me dejó cogerle de la mano un minuto o dos. Me dijo que yo era sorprendentemente atractiva teniendo los rasgos que tenía, lo que me dio ganas de desgañitarme dándole las gracias. Como cualquier chica de catorce años, no es que se deshaga exactamente en piropos todos los días. Tiene los pies hechos polvos del ballet. Me recuerdan a los del abuelo Werner. ¿Te acuerdas cuando nos hacía su teatrillo de marionetas con los pies y nos poníamos a gritar? Cuando se los masajeo a Nora luego se me llenan a mí también las manos de callos y se me levanta la piel de rozarla contra esos pies espinosos. Le pregunté por su noviete sueco (y se ofendió por el diminutivo, por lo visto se llama Anders y está cuadrado) y sobre si conseguían comunicarse a pesar del idioma. Me respondió que no, pero como en las nubes, como si así fuera perfecto. Yo quería preguntarle si estaba teniendo relaciones con él pero me faltó valor. No tiene ni quince. De todas formas no habría podido asimilar la respuesta. Dios santo, soy lo peor como madre.

Resulta que anoche llamé a Will y me contó que tenía ratas en su piso de Nueva York. Me preguntó que cómo estabas. ¡También te echa de menos! Hablando de ratas, creo que, aparte de hormigas, tenemos ratones, lo que supongo que, en comparación, es un alivio. Dicen que en Toronto si tienes ratones no tienes ratas y viceversa, porque las ratas se comen a los ratones. Me pregunto si las ratas comerán tórtolas. Últimamente se me repite un sueño en el que se me queda una rata atrapada debajo de la camisa y no me la puedo sacar y tengo que pegarme en el pecho hasta que el bicho cae muerto y ensangrentado en el suelo y me quedo agotada. No paran de saltar los fusibles. Es una locura lo mucho que te echo de menos.

No me cabe duda de que, si no eres todo lo feliz que se puede ser, al menos eres la persona a la que más quieren de todos los tiempos, Y.

(Eso es lo que le escribió Madame de Staël al final de una carta a no sé qué *chevalier,* pero ahora es lo que te he escrito a ti, Elfrieda mía).

¡Respóndeme, PDSI!

P. D. O cógeme el teléfono de una puñetera vez.

P. P. D. Hablé con mamá el otro día. Dice que estás escuchando en bucle la *Sinfonía nº 3* de Górecki. ¿De qué va esa?

Responder o no al teléfono se ha convertido en todo un símbolo de la capacidad de mi hermana para lidiar con la vida. Elf le ha dicho a mi madre que un teléfono que suena tiene para ella reminiscencias hitchcockianas y las dos nos quedamos ah, ya, claro, ajá…, por teléfono. Esta tarde he hablado con mi madre. Tenía novedades. Me ha contado que su hermana Tina va de camino a Winnipeg, de visita y para pasar tiempo con Elf. Está atravesando el país con su furgoneta desde Vancouver para ayudar a mi madre, que está agotada, lo noto, por mucho que no quiera reconocerlo. Le pregunté pero ¿por qué, tan mal está? Me dijo que no estaba mal pero tampoco bien. Le he preguntado qué hace exactamente Elf y me ha dicho que, en fin, ya sabes, lo

de siempre.

En algún punto entre ni bien ni mal, le he dicho.

Poco más o menos, me ha dicho. No va a hacer la gira.

¿Qué? ¿De verdad?

Eso es lo que dice hoy.

Le he preguntado si estaban llegándole mis cartas y me ha dicho que no lo sabía, que le preguntaría. He llamado a Nic al trabajo y le he dejado un mensaje para que me devuelva la llamada. He llamado a Will a Brooklyn y le he preguntado cómo le iba y me ha susurrado que bien, bien, sí. Estaba en la biblioteca. Siempre que lo llamo está o bien en una biblioteca o bien okupando Wall Street. Me ha preguntado cómo iba todo. Le he dicho que genial, bien. ¿Y qué tal Elf?, me ha susurrado. Y yo le he susurrado a mi vez que bastante bien, bien, sí.

Alguien se ha dedicado a cortar todas las ramas del árbol que tengo al otro lado de la ventana del comedor. Me gusta sentarme en camiseta y bragas a la mesa del comedor en cuanto me levanto por la mañana y escuchar las tórtolas no comidas y escribir. Las ramas tapan prácticamente la ventana entera e impiden que los vecinos me vean allí sentada en bragas. Pero ahora las ramas están desapareciendo una a una y revelándome lentamente ante los vecinos como un puzle que toma forma.

Querida Elf:

¿Cuándo piensas responderme? Me he fijado en una cosa de los hombres y es que se sienten muy incómodos y algo enfadados cuando, después de acostarte con ellos, te pones a llorar como una magdalena durante horas y te niegas a contarles qué te pasa.

Finbar y yo no podemos pegar menos. Si me acuesto con él es solo porque él quiere y porque está muy bueno… Soy lo peor, lo sé. Una fresca. Y soy el peor ejemplo posible: una madre de una hija que pronto será o ya es sexualmente activa. De verdad, ¿quién quiere una madre que compra condones de sabores en la máquina del Rivoli? (Me pillaron con la guardia baja y no había otra cosa). Aunque Nora en realidad no sabe lo de Finbar porque yo me aseguro de que nuestros penosos encuentros sean breves y furtivos y espaciados entre sí como eclipses. Justo ahora, en este momento, mientras te cuento esto, me han entrado ganas de ponerme a llorar como una magdalena. Creo que lo mismo lo hago y todo. Me gustaría volver a enamorarme. Ojalá Dan y yo no nos peleáramos tanto… Es un buen padre para Nora cuando no está en Borneo. ¡Qué suerte tienes tú de tener a Nic! Y él tiene suerte de tenerte a ti. Salúdalo de mi parte, por cierto. ¿Cómo va el kayak?

Anders (el noviete sueco de N.) acaba de decirme que ha atascado el váter y que se ha cargado la lavadora por intentar lavar toda su ropa junta –¿¿por qué está haciendo la colada en mi casa??–, así que ahora la ropa está atrapada en la lavadora y está saliendo agua y cayendo en las toallas que ha puesto él para cubrir el suelo. Ha tenido que indicarme todo esto mediante acertijos y dibujos debido a la barrera lingüística que nos separa.

Ya es de noche. Nora y Anders han ido a un cumpleaños. Antes de irse los he

obligado a enseñarme unos pasos de danza, de algo que estuvieran trabajando en la escuela, y al principio se han hecho los remolones pero al final me han hecho una demostración rápida y qué fuerte, ha sido alucinante. Son solo unos críos y de pronto se convierten en unos amantes hastiados de la vida, aunque increíblemente ágiles, que se desvanecen, mueren y luego se reencuentran. Qué gravedad en sus movimientos, tan medidos y a la vez tan libres. ¡Tienes que venir a verlos bailar! Cuando terminaron, doblados y enroscados en una figura tan extraña como expresiva, que mantuvieron un tiempo imposible antes de levantarse y hacer una bonita reverencia, yo me puse a aplaudir como una loca –estaba intentando no llorar– y al instante volvieron a ser de golpe unos adolescentes corrientes e incómodos y salieron por la puerta arrastrando los pies y chocándose, que si perdón, que si risas nerviosas, se cogieron de la mano tímidamente cuando un segundo antes parecían como los inventores primigenios de la pasión y la elegancia. Otra vez se ha ido la luz.

Estaba intentando corregir sin luz mi tontería de novela pero la única tecla a la que consigo darle a oscuras sin equivocarme es a la de borrar. Puede que sea una señal. Por cierto, he mirado en la Wikipedia a ver qué decían de la *Sinfonía n.º 3* de Górecki. Se llama también *La sinfonía de las canciones dolientes* y va sobre los vínculos entre madres e hijos. ¿Has visto a la nuestra últimamente? ¿Te ha contado que al final encontró en la secadora el audífono que había perdido?

Tengo que irme ahora a hacer la ronda, como solían decir los hermanos Hiebert (¿te acuerdas de la ranchera que tenían y de las bolsas de basura con las plantas de maría?) cuando iban a vender droga. He desatascado el váter pero todavía tengo que ver cómo arreglo la lavadora para que no me inunde el sótano y no acabemos todos en el lago Ontario.

Termino ya de hablar del baile y, por lo demás, iré ahora a vestirme para la cena (por citar a Jane Austen en una carta a su hermana Cassandra). Yoli.

P. D. En Toronto hay un monte que es una paranoia. Tienes que subirlo si vas hacia el norte y bajarlo si vas hacia el sur. Antes la orilla del lago Ontario llegaba más arriba. Hace unos trece mil años habría lamido la ventana de este tercer piso. En aquella época se conocía como lago Iroquois y cuando la presa de hielo se fundió, el agua se fue perdiendo y se quedó de su tamaño actual, mucho más pequeño en comparación, una sombra de su antiguo ser. En el norte de Toronto hay una carretera llamada Davenport[8] que sigue el sendero nativo que recorría la antigua orilla. Seguro que por entonces no se llamaba así, o puede que *davenport* fuera una palabra con la que soñaron los pueblos de las Primeras Naciones cuando se cansaron de sentarse encima de piedras y en canoas y se imaginaron algo más blandito y con muelles. ¿Sabías que las distintas partes de la Tierra, los continentes, se están acercando entre sí a la velocidad a la que crecen las uñas? ¿O era que se están alejando? Ahora no me acuerdo, pero de todas formas lo interesante es el ritmo. Y su relación con el duelo que, en este contexto, podría decirse que pasa rápido o dura una eternidad.

P. P. D. A veces cuando trabajo en mi libro cierro los ojos y me imagino que he quedado contigo en una cafetería de Winnipeg, en la Black Sheep de Ellice Avenue, por ejemplo. Te estoy viendo sonreír conforme avanzo por la calle. Has cogido una

mesa junto a la ventana, tienes al lado un montoncito de libros de la biblioteca, franceses, y me has pedido un capuchino largo y llevas puesta una minifalda que es entre sexy e irónica y un blusón grande de pintora y estás dándote con tu rotulador verde de siempre contra los dientes mientras me sonríes como si tuvieras algo que contarme, algo que me va a hacer gracia. Hoy estoy trabajando con la puerta de la calle abierta de par en par porque hace un calor horrible. Están construyendo un bloque de pisos al otro lado de la calle y hay mucho ruido. Cada cinco minutos un tipo grita adelante y luego, unos segundos después, suena un porrazo increíble y vuela otra nube de polvo. Te echo de menos, Elf.

Hace casi dos semanas que me despedí de mi hermana en la puerta de su casa de Winnipeg y que prometimos escribirnos. Ya es mayo, el mes en que Elfrieda tiene que dar el concierto de apertura de la gira con la orquesta sinfónica de Winnipeg. Sigue en pie. Ha vuelto a cambiar de idea. Me llamó ayer Nic para contarme que el ensayo había ido muy bien y que Elf se mostraba emocionada por el concierto de apertura a pesar de que parecía algo exhausta.

Mi madre me ha llamado hoy mientras iba andando por un parque lleno de barro que hay al lado del lago. Cuando me sonó el móvil, me quedé mirándolo un segundo antes de responder.

Lo ha vuelto a hacer, ha dicho mi madre.

Me agacho de cuclillas en el barro. Cuenta.

Mi madre me dijo que había ido a casa de Elf con su hermana Tina para saludarla, a pesar de que mi hermana les había pedido amablemente que no fueran porque tenía que prepararse para el concierto. Elf no contestó a la puerta cuando llamaron. Estaba cerrada con llave, pero mi madre tiene un juego y entró. Se la encontró tirada en el suelo del baño. Se había cortado las venas y había bebido Javex. El baño apestaba a lejía. El aliento y la piel le apestaban a lejía. Tenía sangre por todas partes. Estaba consciente, viva. Le tendió los brazos a mi madre. Le rogó que la llevara a la vía del tren. Mi madre la abrazó y Tina llamó a la ambulancia y llegaron y se la llevaron al hospital. Está en cuidados intensivos con respiración asistida porque tiene la garganta cerrada de haber bebido lejía. Lo de las muñecas se le curará.

Estoy en el aeropuerto. Estoy esperando el avión que va a llevarme a casa con mi hermana y mi madre. He comprado una crema en el Lush para hidratar a Elf. Tiene un cuerpo increíblemente bonito para ser una mujer de casi cincuenta años. Y unas piernas muy esbeltas y firmes, musculosas. Su sonrisa es un espectáculo. Ríe muy fuerte. Me hace reírme muy fuerte. Se sorprende. Se le abren mucho los ojos, es cómico, no se lo cree. Tiene una piel impecable, lisa y clara. Tiene el pelo negro negro y los ojos verdes verdes y parecen decir ¡venga, venga, venga! No tiene pecas ni lunares feos ni vello facial como yo ni

huesos grandes que le sobresalgan del trasero como varillas de corrugado. Es menuda y femenina. Es glamurosa, morena y estilosa como una actriz francesa. Me quiere. Siempre se burla del sentimentalismo. Me ayuda a mantener la calma. No tiene las manos ajadas por la edad ni le cuelgan los pechos. Los tiene pequeños y respingones, como los de una niña. Sus ojos son dos esmeraldas bañadas en agua. Tiene unas pestañas larguísimas. En invierno la nieve se las echa para abajo y me hace cortárselas con las tijeras de coser de mi madre para que no le tapen la visión. He volcado al suelo una bandeja de bombas de baño del tamaño de pelotas de tenis, amarillo chillón, y no he conseguido saber cómo recogerlas. La mujer me ha dicho que no pasaba nada. Ahora no recuerdo si he pagado la crema. Voy camino de casa.

NUEVE

Cuando Elf se fue a Europa mi madre decidió independizarse ella también e irse a la ciudad a estudiar para ser trabajadora social y psicóloga. A esas alturas los ministros de nuestra iglesia ya se habían desentendido de las mujeres Von Riesen. En cuanto terminó los estudios, convirtió el cuarto de invitados en un despacho y a partir de entonces llegaba a nuestra casa un flujo constante de menonitas tristes y enfadados, normalmente en secreto porque hacer terapia se considera más vil aún que el bestialismo porque al menos este es hasta cierto punto comprensible en comunidades campesinas aisladas. Los clientes no siempre le pagaban con dinero. Solían ser campesinos, mecánicos pobres y amas de casa sin ingresos propios. Así que era de lo más normal que Elf y yo llegásemos a casa y nos encontráramos trozos congelados de ternera en medio del pasillo o pollos en la cochera y montañas de huevos en el banco de la entrada. Otras veces había fuera un hombre tendido debajo del coche arreglando la trasmisión o una desconocida cortando el césped o regando las flores con una piara de niños pegada a sus faldas.

A mi madre le parecía inconcebible pedirles a sus clientes que le pagaran si no podían permitírselo, pero estos insistían en corresponderle de alguna manera. Un día Elf y yo llegamos a casa desde no sé dónde y nos encontramos dos balas alargadas en lo alto de la mesa de la cocina. Le preguntamos a nuestra madre para qué eran y nos explicó que una clienta le había pedido que se las guardara para no tener la tentación de pegarse un tiro en la cabeza. Pero ¿cómo iba a dispararse dos balas en la cabeza?, preguntó Elf. La otra era para la hija, nos contó mi madre. Para que no se quedara sola.

Mi hermana y yo nos salimos al jardín y nos sentamos en nuestros columpios oxidados. Elf me explicó la situación. ¿Y por qué no huye esa mujer con su hija y ya está?, le pregunté. No me respondió. Volví a preguntar. ¿Por qué la mujer no se escapa y…? Elf me cortó. No funciona así. En la cárcel hay más gente que se suicida que gente que intenta escapar. ¿Tú me matarías a mí antes de suicidarte si corriéramos muchísimo peligro?, le pregunté. Pues no sé, dependería de qué tipo de peligro fuese. ¿Tú querrías que lo hiciera?

Cuando mi madre y su hermana Tina eran pequeñas, decidieron hacer una carrera con las bicis y en lugar de postergarla o perder el tiempo rodeando un camión articulado gigante que estaba bloqueándoles el camino, lo pasaron por debajo deslizándose y salieron por el otro lado, indemnes y riendo.

Una noche de invierno, tendría Elf dieciséis años y yo diez, mi hermana organizó en casa un debate político con candidatos de distintos partidos. Fabricó atriles con cajas de cartón y los adornó con propaganda de cada

partido y cogió el reloj de arena del *Scrabble* de mi madre para que no nos pasáramos de tiempo con los discursos. Mi padre era el candidato de los conservadores, mi madre la candidata de los liberales, Elf era la candidata del New Democratic Party y yo era comunista. Aunque no podía decir que era comunista por las horribles asociaciones que les provocaba a mis padres cualquier cosa rusa. Una vez mi hermana anunció en medio de la cena que estaba colada por Joe Zuken, el líder de los comunistas de Winnipeg, y mi madre le tuvo que hacer la maniobra Heimlich a mi padre, que empezó a ahogarse al oír aquello. Cuando mi madre consiguió rescatarlo, mi padre dijo que ojalá no lo hubiera hecho porque si Elf pensaba casarse (lo de estar colada llevaba directamente al matrimonio) con Joe Zuken entonces él, mi padre, no quería saber nada más de esta vida ingrata. Total, que tuve que decir que era del grupo independiente. Debatimos los pros y los contras de los derechos de las mujeres y de la eutanasia. Ganó Elf, de calle. Se lo había preparado y debatió con fervor. Tenía estadísticas para respaldar sus argumentos y un tono tan implacable como convincente a la par que moderado y respetuoso. Fue elocuente y divertida y ganó.

Eso sí, el jurado estaba compuesto por amigos suyos del conservatorio de música de Winnipeg a los que pagó furtivamente con cerveza por sus esfuerzos. Se notaba que estaba enamorada de uno que llevaba un cinturón de cuerda y una camiseta desteñida. Se había sentado a lo indio, descalzo, en el sillón de leer de mi padre. Elf se había asegurado de que le asomara un atisbo del sujetador azul de encaje que llevaba debajo de un suéter ancho de cuello de pico. El chico no le quitaba ojo y se removía en su asiento, pero sin apartar en ningún momento la vista de mi hermana, hasta que mi padre carraspeó con fuerza y dijo: Y me pregunto yo, su señoría del sillón reclinable, ¿está usted escuchando una sola palabra de lo que dicen los demás?

El avión aterriza. Han venido a recogerme mi madre y mi tía Tina. Me esperan a los pies de la escalera mecánica, cogidas del brazo, viéndome flotar hacia ellas. Parecen unas gemelas diminutas, fieras, con cara adusta, preparándose para soportar otra cruz. Me sonríen, murmuran palabras cariñosas en *plautdietsch* y luego estoy en sus brazos, esos brazos tan fuertes. Nos quedamos abrazadas sin decir nada. No he facturado maleta, no tenemos que esperar, y caminamos a paso ligero hasta el coche.

Mi madre va conduciendo rápido, como siempre, aunque por una vez no le pido que aminore la marcha. Mi tía Tina va detrás mirando por la ventanilla. Yo tengo una mano en el hombro de mi madre y la otra alargada hacia el asiento de atrás para coger la de mi tía, así que somos una cadena humana. ¿Son los menonitas un pueblo abatido o solo lo somos nosotras? Mi tía Tina perdió a Leni, su hija, mi prima, cuando esta se suicidó hace ya siete años, tres años después de que se matara mi padre. No es la primera vez que pasamos por esto. Es todo una reposición, otra toma.

Nic está en el hospital. Hablando por el móvil. Nos saludamos con la mano y la cabeza. Julie también ha aparecido. Le doy un abrazo y le susurro un gracias al oído y ella me aprieta con fuerza. Entramos de dos en dos, no se permiten grupos grandes. Mi madre entra con mi tía. Yo estoy hablando por teléfono con Will. Me pide que le diga algo a Elf pero no consigo enterarme porque está susurrando. ¿Will?, le pregunto. Espera, me dice. Espero y no se oye nada en su extremo de la línea. ¿Will? Lo oigo llorar. Nada, solo que la quiero, consigue por fin decir y cuelga. Mi madre está serena cuando sale de verla, ahora no va a llorar, se encoge de hombros y sacude la cabeza y Nic le pasa el brazo por los hombros y ella le apoya la cabeza en el pecho. Él la conduce hasta una silla, donde se sienta y, con la mirada perdida, musita algunas palabras para sí, o quizá esté rezando. Le veo las marcas del brazo donde el perro le hincó los dientes. Dos agujeros, una mordedura de vampiro. La tía Tina va a por café para todos.

Julie y yo somos el siguiente equipo y acercamos unas sillas a la cama para flanquear a mi hermana y cada una le coge una mano y no decimos nada porque no hay nada que decir. Elf tiene un tubo en la garganta y una máquina que respira por ella. La miramos y nos miramos y nos encogemos de hombros igual que mi madre. ¿Cuántas palabras nos quedarán? Ella cierra los ojos y luego los abre otra vez y se suelta de mi mano para darse unos toquecitos en la frente. No sé qué quiere decirme. ¿Que está loca? ¿Que se le ha olvidado algo? ¿Que le duele la cabeza? Le doy un beso en la mejilla. Suena una canción de Neil Young por el hilo musical que han instalado hace poco en la planta de cuidados intensivos. No piensa dejar de buscar un corazón de oro.

Elf se toca la nariz y se dibuja unos círculos imaginarios alrededor de los ojos. Julie dice que lo que quiere son las gafas, a eso se refiere, ¿no? Elf inclina ligeramente la barbilla, asiente. Me levanto para buscarlas. Salgo de la habitación y le pregunto a la enfermera si tiene las gafas de mi hermana. No las tiene. Julie se presta voluntaria para ir a buscarlas, le preguntará a Nic o a mi madre si las tienen. Le da un beso a Elf en la mejilla, le susurra algo que hace que se le salten las lágrimas, es posible que le diga Elf, eres la mejor, y se va.

Aquí estamos. Me alivia que mi hermana quiera las gafas. Que haya algo que quiera ver. Tiene unas flamantes vendas blancas en las muñecas que parecen muñequeras. Solo les falta el simbolito de Nike. Tiene tubos pegados con cinta a la cara. Utilizo el borde de la camisa para enjugarle la lágrima que le ha bajado por la mejilla. Le digo que la quiero. Tiene una comisura del labio estirada hacia un lado para acomodar el tubo. Me acuerdo de cuando fue a clases de respiración, de algo llamado la técnica Alexander, y de que yo me cachondeaba de ella. ¿Que tienes que aprender a respirar? Me dijo que sí, que había una forma de hacerlo bien y otra de hacerlo mal. Se ofreció a enseñarme a respirar como es debido utilizando el diafragma desde muy dentro, pero perdí pronto el interés. También había intentado enseñarme a tocar el piano, pero fue un desastre. Y español. Me enseñó a decir tengo hombrecito cuando tendría que haber dicho tengo hambrecita.

Salgo de las urgencias para buscar a mi madre y a mi tía, que están tomándose un café solo en la cafetería. Mi tía es unos años mayor que mi madre, pero por lo demás son casi la misma persona. Tienen el mismo pelo corto color nieve, los mismos ojos gatunos chisposos, un millón de arrugas cada una y muchísima fuerza en las manos. Apenas superan el metro y medio. Cuando me ven, las dos me llaman por mi nombre y hacen sitio entre ellas y me sientan en una silla y me echan el brazo por encima y mi tía me dice que me quiere y mi madre me dice que me quiere y yo les digo que también las quiero. Me cuesta mucho respirar. Envidio a mi madre por tener a su hermana al lado en un momento así. Cuando murió mi padre, Tina también vino para estar con nosotras tres, y nos compró una docena de braguitas de algodón blanco a cada una para que no tuviéramos que preocuparnos por cosas mundanas como hacer la colada teniendo como teníamos un funeral que organizar. Cuando le hicieron el baipás coronario a mi madre, Tina también acudió y me llevó al Costco y fuimos por todo aquel enorme almacén empujando un carro gigante para comprarle a mi madre provisiones para un año de kétchup, papel higiénico y vaselina de cuidado intensivo, la misma que hace poco la marca ha rebautizado como vaselina de rescate intensivo para reflejar el ambiente de urgencia en el que vive actualmente la tierra. Mientras mi madre se recuperaba, Tina la bañaba con mucho cuidado, riendo, sin cortarse, igual que yo ayudé a mi hermana a ducharse cuando estaba demasiado débil para hacerlo sola después de haber estado matándose de hambre. Mi madre, un amasijo rubenesco de carne y cicatrices, una devota de la vida; y mi hermana, un espectro. ¿Cómo pudo la una alumbrar a la otra?

Nic está hablando con un médico. Lo veo por la pared de cristal que hay al lado de la puerta del cuarto de Elf. Lleva una camisa azul de cuello rígido, pantalones que no son vaqueros y zapatillas de deporte negras. Tiene una mano en la frente mientras habla y la otra contra la pared de cristal, los dedos extendidos como un abanico. Quiero enterarme de lo que está diciendo el médico y le digo a Elf que ahora vuelvo pero, cuando llego adonde estaban, el médico se ha ido y Nic se ha quedado allí solo apoyado contra el cristal. Cuando me ve, se quita la mano de la frente y me pregunta cómo estoy. Me dice que el médico le ha dicho que seguramente Elf se recupere del todo y que lo sabrán dentro de unas horas o mañana por la mañana. Se ha dañado la garganta, me dice, y puede que no pueda hablar nada o no muy bien y quizá se haya dañado algún órgano, eso se verá más adelante, pero vivirá.

Cuando yo tenía catorce años, Elf volvió a casa por Navidad. Venía directamente de la Juilliard School, donde había estado con una beca especial. Estaban pasándole unas cosas increíbles. Tenía a un representante de primera fila y bolos cerrados por todo el mundo. Estábamos las dos en el suelo del baño y ella lloraba desconsoladamente mientras yo intentaba hacer que parara y viniese a cenar. La mesa estaba puesta y todos los familiares por

parte de mi padre habían tomado ya asiento. Teníamos velas, pavo, villancicos, la celebración del nacimiento de un mesías en el que yo todavía creía. Elf me dijo que no podía, que simplemente era incapaz. ¿Cómo?, le dije. No lo soportaba, aparentar felicidad, forzar el entusiasmo y todo ese teatro. A ver, si Jesús realmente murió en la cruz con clavos en las manos y en los pies para salvarnos, ¿no tendríamos que hacer algo más para expresar nuestra gratitud que devorar un pavo una noche en pleno invierno? Me quiso hacer reír para que la ayudara a llevar a cabo un plan de forajida, abrir a palanca la ventana del baño y auparla para que saliera por ella y fuera libre. Vámonos solas tú y yo a celebrar las Navidades en el salón de billar, me dijo. Yo estaba rogándole que se enjugara las lágrimas, se lavara la cara y viniera a sentarse con nosotros a la mesa. Le dije que estaban todos esperándola. Me contestó que le daba igual, que no podía, que fuera yo y les dijera que no iba a reunirse con nosotros. Le dije que era su obligación, ¡es Navidad! Y se rio y luego sollozó y me dijo que yo era muy graciosa, pero que no, que no iba a comer con nosotros.

Yo seguí rogándole, por favor, por favor, levántate por favor y lávate la cara y ponte el pintalabios Alerta Roja que te has comprado y ven a la mesa. Nuestra madre vino entonces a la puerta, llamó con suavidad y nos dijo: ¿Queridas? ¿Niñas? ¿Estáis ahí? Ya estamos listos para comer. Elf se dio un cabezazo contra la pared del baño y me asusté. No hagas eso, le susurré, y volvió a hacerlo. ¿Niñas?, repitió nuestra madre. ¿Qué estáis haciendo ahí metidas? ¿Estáis bien? Sí, sí, respondí, estamos bien, ya salimos. Tenía a mi hermana neutralizada con una llave y, aunque intentaba zafarse, yo no pensaba soltarla. Quería que parara de pegarse cabezazos contra los azulejos y viniera a la mesa a cenar. Quería ver aquellos ojos especiales echando chispas de felicidad mientras contaba anécdotas hilarantes con sus típicas palabras en francés e italiano sobre la ciudad y sobre los auditorios de música y todas esas cosas sofisticadas. Quería que mis primos pequeños la mirasen transidos por la admiración y la envidia, y que luego mi hermana me echara el brazo por los hombros. Quería que fuera su yo más embriagador y agudo y quería sentarme a su lado y sentir el calor que irradiaba, la energía de una líder intrépida, una chica que sabía moverse por el mundo, mi hermana mayor.

Esperé a que se fuera mi madre. Todavía la tenía atrapada en mi llave. Pataleaba y soltaba ruidos animales. Le dije que pensaba suicidarme como no viniera a la mesa. Elf dejó entonces de quejarse, me miró y frunció el ceño como si fuéramos actrices y yo me hubiera desviado del guion y me hubiera cargado la escena.

Mi padre concibió una vez un plan para vender manteles individuales por los restaurantes de carretera. Él mismo había diseñado unos y los había mandado imprimir por miles. La idea era aprovechar los manteles para enseñar historia de Canadá a los comensales mientras masticaban sus sándwiches Denver. Los hechos históricos se presentaban en viñetas que él mismo había dibujado, con

sus bocadillos, sus chistes y sus acertijos. Aspiraban a atraer a niños y adultos por igual. Pero más que nada aspiraban a educar a lo que mi padre creía que era un público ignorante e indiferente. ¿Qué puede haber más interesante que nuestra propia historia?, exclamaba. Sentía verdadero dolor cuando sus compatriotas canadienses pasaban de largo ante placas históricas, desdeñaban la política nacional de regulación del contenido televisivo, suspendían los exámenes de ciudadanía o se cargaban la letra del himno nacional en los partidos de hockey. Aquí han pasado cosas, decía.

Un año, en los días entre Navidad y Año Nuevo, mi padre cogió un tren a Ottawa para investigar en los archivos del Gobierno y para asistir al funeral de Lester Pearson, el que fuera primer ministro. Mi padre tenía treinta y siete años y era maestro de primaria en un pequeño pueblo de las praderas. Presentó sus respetos a las puertas del Parlamento, en el exterior, con el frío que hacía, junto a otros miles de personas. Estando allí se puso a hablar con el hombre que tenía al lado y que acabó invitando a mi padre a su casa para la fiesta de Nochevieja y esa fue la primera vez en su vida que mi padre asistió a una fiesta de Nochevieja. Era una casa muy elegante, nos contó mi padre. En un barrio muy elegante llamado The Glebe. A mi padre le conmovió la amabilidad del desconocido. Después, cuando volvió a casa y nos contó la historia, cayó sobre nosotros una especie de silencio. Recuerdo que me daba miedo que mi padre se echara a llorar. Lo que deduje de la historia era que había perdido a su líder y necesitaba un amigo. Él siempre había creído que algún día conocería en carne y hueso a su héroe, Lester B. Pearson, y que charlarían sobre Canadá. Mi madre le preguntó si había tomado champán en la fiesta y él respondió que no, ah, no, Lottie, qué cosas tienes. Yo tendría apenas siete u ocho años cuando nos contó aquella historia. Las tres nos quedamos esa velada escuchando a mi padre alucinadas mientras él nos lo describía todo, un funeral de Estado y una fiesta de Nochevieja en una misma noche. Pero a mí todo aquello me dejó intranquila, aunque en el momento no habría sabido explicar la razón. Nunca lo había visto llorar, y en realidad no llegó a hacerlo, pero me di cuenta de que quería, y eso es lo primero que me viene a la cabeza cuando recuerdo ese día.

En el verano creo que de mis nueve años mi padre me preguntó si quería hacer un viaje con él de área de servicio en área de servicio por toda Manitoba y todo Ontario para intentar vender sus manteles. Yo me apunté de cabeza y allá que nos fuimos. Me acuerdo de tener solo un conjunto de ropa para todo el viaje, una camiseta naranja de rizo, unos vaqueros cortados y mis zapatillas North Star. Me llevé una pila de libros de los Cinco. No me lavé los dientes ni un solo día y comía tortitas y chocolatinas Oh Henry! en todas las comidas. Por la noche parábamos en moteles baratos y yo rellenaba el cubo del hielo y me dedicaba a chupar cubitos mientras veía la tele y mi padre dormía y roncaba. Cuando me cansaba, echaba la cadena a la puerta y la abría y la cerraba varias veces para asegurarme de que aguantaba.

Mi padre no estaba consiguiendo vender nada. Cuando me aburría en el coche, me daba manteles para dibujar encima. Empezaba a desanimarse y yo

cantaba canciones tontas para alegrarlo como «Pop Goes the Weasel» o «Ninety-Nine Bottles of Beer on the Wall». Ya no quería entrar en más bares con él porque me daba mucha cosa. Era tan simpático, tan sincero. Lo único que quería era enseñarle a la gente cosas sobre Canadá. Estaba dispuesto a aceptar muy poco dinero por una caja de manteles, y luego ya directamente se ofrecía a regalarlos. Ni por esas, los encargados de los bares y los dueños de las gasolineras se quedaban mirándolo un minuto o así y luego sacudían la cabeza, no, no creían que fueran a quedárselos.

Yo tenía los dientes pastosos y la camiseta naranja llena de mugre. Mi padre se dio por vencido y volvimos a casa. Estuvimos como una semana fuera. Cuando llegamos a casa, mi madre estaba en la cocina riéndose con unas amigas y Elf estaba practicando al piano. El panorama más o menos de siempre. Mi padre les contó a mi madre y a sus amigas lo que había pasado, aunque sin muchas palabras, más que nada con los ojos y los hombros. Se fue a su cuarto.

Yo me quedé con mi madre y sus amigas y les hice un colorido relato de nuestros días en la carretera. Se rieron mucho conmigo. Elf paró de tocar el piano y vino a la cocina a ver qué estaba pasando. Le conté lo ocurrido. No le hizo ninguna gracia. Ay, no, ay, no, qué horror, dijo, ¿está bien?

¿Quién?, le pregunté.

¡Papá!

Ella también fue a encerrarse en su cuarto y no quiso vernos durante un buen rato. Creo que no salió hasta que anocheció porque la alarma del parque de bomberos había sonado ya dos veces, la de las seis para que los niños volvieran a casa a cenar y la de las nueve para que volvieran a casa a acostarse. No tengo claro cuánto tiempo estuvo mi padre en su cuarto.

Mi padre sí que consiguió ganarle un pulso al ayuntamiento para que le dieran dinero para montar una biblioteca. De entrada se negaron. Pensaban que era un gasto innecesario, además de peligroso y muy poco viril por parte de mi padre hablar del tema. Él intentó convencerlos. Hacía cuarenta grados bajo cero en la calle. Era la hora de cenar. Le pregunté a mi madre: Oye, ¿y papá dónde está? Me contó que estaba yendo puerta por puerta, reuniendo firmas entre los vecinos, para que pusieran una biblioteca en el pueblo. Mi padre pudo pasarse semanas recorriendo las calles de East Village con su carpetita y sus bolígrafos, llamando a las puertas y suplicando que lo apoyaran. Salía a la hora de la cena para pillar a todo el mundo en su casa. A esas horas en invierno ya era de noche. Fue a todas las casas del pueblo. Mi madre lo ayudaba a veces. Cuando volvía, se le empañaban las gafas en cuanto pisaba la casa. Ella intentó convencerlo para que se pusiera calzoncillos largos, era el invierno más frío de la historia, pero mi padre se negaba y ella tenía que darle tajos de karateka en las piernas para reactivarle la circulación. ¿Por qué les tienes tanta manía a los calzoncillos largos?, le preguntaba.

Al final consiguió las firmas que necesitaba y las llevó al ayuntamiento y le dijeron que de acuerdo, venga, anda y monta tu biblioteca. Le asignaron una habitación diminuta y mohosa en una escuela en desuso y el dinero justo para unas estanterías de segunda mano y libros para rellenarlas. Era el hombre más feliz del mundo. Contrató a mi hermana como bibliotecaria y ella se tomó muy a pecho su trabajo. Hizo una ficha para cada libro. Incluyó muchos detalles. Era una adolescente con una melena morena muy larga y lisa y unas gafas enormes y lo tenía todo muy organizado. Salían los dos de casa para ir a trabajar juntos. Tenían millones de planes.

Miro a mi hermana a través del cristal de la UCI y la saludo con la mano. Está mirándonos a Nic y a mí mientras hablamos de sus órganos internos. Lleva una camiseta de Alarm que le regalé yo hace años, un verano que estábamos las dos viviendo en Londres, yo en una casa sucia llena de punkis y ella en un piso impecable de Notting Hill con un diplomático o algo parecido que no era italiano pero al que le gustaba hablar de *Venezia* y *Napoli*, así en italiano.

O sea, que va a vivir, le digo a Nic. Asiente y respira hondo y, en el espacio de esa respiración, está enmarcada la pregunta que debemos hacernos.

Estoy sentada en los escalones de hormigón a la puerta del hospital y hablando con mis hijos por teléfono para darles el último parte sobre su tía. Will ha terminado ya las clases y me dice que no tiene problema en ir a Toronto para, una vez más, quedarse con Nora, que tiene ya mismo la gran función de su escuela de ballet y yo aquí en Winnipeg. Pero dentro de dos semanas empieza un trabajo en Queens, haciendo no sé qué de paisajismo para un tipo, un conocido de su padre, y no puede quedarse indefinidamente. Y me dice que no hay problema, pero me pide: ¿Podrías por favor darle una charlita a Ene sobre no vivir como los animales?

Julie ha vuelto al trabajo. Me ha dejado dos cigarros envueltos en papel de aluminio. Justo entonces me llega un mensaje de Dan desde Borneo. *Te quiero.* Le respondo: *¿Cómo? ¿Estás bien, Dan?* Me responde: *Perdona, le he dado a enviar antes de la cuenta. Te quiero pedir que firmes los papeles del divorcio.*

Lo borro y me enciendo un cigarro de los que me ha dejado Julie y suelto el humo poco a poco, concentrándome en el aliento, en formas suaves. Me digo que tengo que pensar, concentrarme. Me planteo fugazmente mandarle un mensaje a Radek, pero no sé qué decirle ni cómo. Me levanto y voy hasta el río para echar un vistazo. Ya no queda hielo. El río está más tranquilo y callado. Seguramente no pase ya nada por meter una canoa si es la única forma que tienes de volver a casa.

Ahora estoy sentada en la «sala de familias» con mi madre y mi tía. Nic ha ido a por algo de comer. Mi madre está recomendándole un libro a su hermana. Sé de qué libro habla. Está diciendo que es una delicia. Me pregunta si me

suena y le digo que sí, pero que no quiero leerlo. Mi madre me dice que es un libro que te hace sentir bien, que a veces necesitamos ese tipo de libros, y yo no digo nada. ¿Tú qué estás leyendo ahora, Yoli?, quiere saber mi tía. El *Viaje al fin de la noche* de Céline, le digo. Un escritor francés muerto, nada que ver con Céline Dion. ¿Dónde está el tuyo?, me pregunta mi madre. ¿Mi libro de buen rollo? Y me dice no, tu manuscrito. ¿Sigue en la bolsa del Safeway? Asiento y pongo cara de hastío. Mi tía me pregunta cuántas palabras llevo y le digo que no lo sé, que no me acuerdo de cómo se contaba en el ordenador. No quiero hablar del tema. Mi madre le dice a Tina que no le gustan los libros en los que en la primera página la protagonista queda etiquetada como Triste. Vale, ¡que sí, que está triste! Ya lo capto, ya sabemos lo que es estar triste, y luego el libro entero es prácticamente una descripción de las mil y una maneras en que la protagonista está triste. ¡Qué pesada! ¡Supéralo ya! Tina asiente enérgicamente y dice sí y luego añade otra cosa en *plautdietsch,* algo en la línea de ya ves tú, a mí me vas a contar lo que es estar triste. La tristeza es lo que nos da fuerza para vivir. Me vibra el móvil y miro el mensaje. Es Nic diciéndome que está en la cafetería y que acaba de hablar con Claudio. El representante de mi hermana se ha encargado de todo, de las salas de los conciertos, del seguro y en resumen de todo lo que supone cancelar una gira. Tina irrumpe con su propia versión del tema de la tristeza. Le respondo a Nic y le digo: *Bien, ¿está enfadado?* Nic me responde: *No, preocupado, agobiado como mucho, atento como siempre, va a venir a verla desde Budapest.*

Mi madre dice que cuando lee mis libros de rodeo, le da pena pensar en toda la tristeza que debo de llevar por dentro para hacer que todas esas heroínas adolescentes estén tan tristes. ¿Por qué nunca consiguen la escarapela del primer puesto?, me pregunta. Le digo que no es eso, todo el mundo tiene toda esa tristeza dentro, no soy solo yo, y la escritura ayuda a organizarla, así que tampoco es para tanto. Le respondo a Nic: *¿Cuándo?* Me responde: *Ya. Mañana.* Claudio va a publicar un comunicado de prensa para explicar que la gira se cancela por agotamiento y para pedir que respeten nuestra intimidad. Mi madre dice ah, vale, pero aun así…, me preocupa que vayas por la vida con toda esa pena dentro, me pregunto de dónde te ha venido… Y por fin entiendo que necesita oírlo y que no está hablando solo de mí, sino también de Elf y le digo que mi pena no tiene nada que ver con ella, que mi infancia fue muy feliz, una isla al sol, que ella ha sido siempre una madre ejemplar, que no tiene la culpa de nada.

Estoy sola con Elfrieda. El sol está escondiéndose. El día antes del día antes de que mi padre se matara, me cogió de la mano y me dijo Yoli, tengo la impresión de que se van a apagar las luces. Estábamos sentadas al lado de una fuente de un parque un mediodía.

Nic ha pasado varias horas con Elf y ahora se ha ido a casa. Está muy cabreado porque un vecino vio que la metían en una ambulancia cubierta de sangre y se lo ha contado a otros cuantos vecinos y ahora un periodista lo ha

llamado a él para preguntarle cómo se encuentra mi hermana. Mi madre y mi tía están también en casa, descansando. Le cuento a Elf que nos vamos a ver todos en el Colosseo para cenar y que ojalá pudiera estar con nosotros. Sigue con el tubo en la garganta y no puede responder pero ¿qué diría si pudiera? Le pregunto si es capaz de imaginar que la vida mejora. Le pregunto si tiene el corazón roto. Si la vida está torturándola. Le digo que la ayudaría si pudiera, pero no puedo. No quiero ir a la cárcel. No quiero matarla. Me llevo las manos a la cara en la semipenumbra de la habitación. Tengo miedo y cuando pienso en mi miedo me empiezan a temblar las rodillas otra vez, aunque el respirador me reconforta con su sonido rítmico. Me ofrezco a cantar y se le mueve una comisura del labio, un gesto mínimo. No sé qué cantar. ¿Qué será? Me pongo a cantar «I Don't Know How to Love Him» de *Jesucristo Superstar*. Estoy que me muero de miedo. Elf y yo solíamos cantarla juntas a grito pelado, una apasionada balada que María Magdalena entona pensando en su nuevo amor, Jesús. Es prostituta, ya de vuelta de todo, y le parece increíble que ese barbudo descalzo la desarme de esa manera. Lo desea e intenta normalizar la idea de querer liarse con Jesús porque al fin y al cabo es un hombre como otro cualquiera. La canto en voz baja mientras la luz se desvanece y Elf desaparece en la oscuridad de su habitación de cristal. Por fin ha anochecido del todo y he parado de cantar y el único sonido es el aliento artificial del respirador. Elf coge la libreta que tiene en la barriga y escribe algo y me lo pasa. *¿Cómo haces para seguir adelante?,* ha escrito. Miro las palabras con los ojos entornados un par de minutos. Las acerco a la lucecita roja del respirador para verlas mejor. Le tiendo la libreta de vuelta. Sacude la cabeza y se la dejo encima de la barriga. Ambas cerramos los ojos y el tiempo pasa. ¿Cinco minutos? ¿Media hora?

Elf, digo, ¿estás despierta? No abre los ojos. Elf, digo. No responde. Miro el móvil. No tengo mensajes. Observo a las enfermeras por el cristal. Están en su puesto, que tiene una luz muy fuerte, hablando y riendo y tomando notas pero no las escucho. Elf, digo, abre los ojos. Todavía no reacciona. Le pongo la cabeza con cuidado en la barriga, donde tiene el piano de cristal. Elf, susurro, no sé qué hacer.

Callamos.

Elf, vuelvo a susurrar. ¿Cómo crees que se siente Nic? ¿Sabes lo que estás haciendo? No solo te matas a ti.

Ahora se remueve ligeramente y me pone la mano en la cabeza. Me incorporo y la miro. Tiene los ojos abiertos. Por una vez parece alarmada. Menea la cabeza, no, no, no.

¿Te hace feliz pensar en Nic o en mamá encontrando tu cadáver? Ahora vuelvo a susurrar. Me he convertido en su torturadora y me mortifica. Estoy tan enfadada y asustada. No quiero que me escuchen las enfermeras. Elf me retuerce la mano con fuerza y me duele. Sigue teniendo fuerza en las manos, de tanto tocar el piano. Se las retuerzo a mi vez y hace un ruidillo que consigue escapar del tubo que tiene hundido en la garganta.

Entra una enfermera y dice ah, no te había visto con todo a oscuras. Es

nueva, así que nos presentamos. Enciende la luz y ve que estamos las dos llorando y se disculpa y vuelve a apagarla. Me abruma ese pequeño acto de compasión. Se ofrece a volver en un rato.

No, no, digo, ya está.

No miro a Elf. Siento que me ruega que no me vaya y recojo mis cosas y digo vale, bueno, luego nos vemos, ya veré si puedo acercarme más tarde. No la miro, no puede hablar, no puede protestar por culpa del tubo, y salgo de la habitación.

A lo más que llego es al aparcamiento y entonces vuelvo corriendo a la habitación de mi hermana. Entro a toda prisa y le pido perdón y ella levanta los brazos para abrazarme. Recupero el aliento mientras me tiene así cogida. Me incorporo después de un par de minutos y se da toquecitos en el corazón. ¿Me quieres?, digo. Asiente. Pero quiere decirme algo más. Cojo la libreta de papel que se ha caído al suelo y escribe que ella también lo siente. No quiere matar a nadie, solo a sí misma. Ya lo sé, digo y asiento con la cabeza. Tengo miedo de morir sola, escribe, y vuelvo a asentir. Luego escribe la palabra *Suiza* en el papel, la rodea con un círculo y me la pasa. Sonrío y doblo el papel hasta que es del tamaño de una pastilla y me lo guardo en el bolso. Déjame que lo piense, le digo. Dame tiempo para pensar.

DIEZ

Iba por Corydon Avenue con el coche camino del restaurante para cenar con Nic, Tina y mi madre. Se me había olvidado dónde habíamos quedado. Tenía la esperanza de que me viniera el recuerdo si veía el letrero del restaurante así que iba despacio, como una carroza en un desfile, escrutando todas las posibilidades. Pero iba pensando en la muerte. Si pudiera agenciarme unos barbitúricos… ¿Y el Seconal? Había una combinación que si lo tomabas con leche… ¿O no era leche? No recordaba la receta de la muerte. Años atrás, cuando intentaba ganarme la vida por libre como periodista, fui a Portland para escribir un artículo sobre el suicidio asistido. Fue justo estando allí cuando encontraron el cuerpo de mi prima Leni en el río Fraser, donde se había lanzado de una vez por todas al vacío. Hubo cierta combinación de drogas de por medio. ¿Cómo era? ¿Había reservado a las seis o a las siete en el Colosseo? ¿Me había acordado de preguntarles si se podía comer fuera en la terraza? ¿Era Seconal el principio activo? Tenía que buscarlo en mis notas de Portland, si es que aún las tenía.

Nic era investigador médico, tal vez él pudiese confeccionar las sustancias que necesitábamos cogiendo un poco de esto y un poco de lo otro con las cosas que tuviera en el laboratorio. Oye, Nic, ¿tú podrías improvisar algo que la tumbe para siempre? ¿O y si pudiéramos encontrar a un médico dispuesto a pegar el palo en un hospital y robar un alijo? Tal vez ni siquiera fuese robar si lo hacía un médico. La llamada del deber. ¿O un farmacéutico colaborativo? O quizá alguien de una banda. En Winnipeg debía de haber por lo menos mil pandilleros con acceso a sustancias ilegales. O a armas.

Vamos a ver, partamos de la base de que el cerebro es un órgano que está hecho para resolver problemas de modo que si el problema es la vida y la imposibilidad de vivirla, entonces un cerebro racional y operativo escogería acabar con ella. ¿No? No sabía qué hacer. Tenía la impresión de que estuvieran lanzándome dardos a un lado de la cabeza cada cinco segundos. Ahora se me antojaba ingenuo, egoísta y cobarde decir que uno debía vivir, uno debía querer vivir, tenía que vivir. Que es lo único que se te pide, la única norma del universo. En otros tiempos éramos una familia con crisis normales como engendrar un hijo (bueno, o dos) fuera del matrimonio. Nuestra familia fue en otros tiempos de esas que solo piensan en el suicidio como una posibilidad abstracta. Ahora yo no podía pensar ni escribir. Mis dedos me odiaban. Me daba miedo acostarme y despertarme apretándome la garganta con las manos.

Dejé el coche de mi madre en una bocacalle cerca del restaurante y llamé a Finbar al móvil y le dejé un mensaje en el contestador: Si quisiera ayudar a mi hermana a morir, ¿podrían acusarme de asesinato? Colgué. Volví a llamar y dejé otro mensaje: No tengo pensado matar a mi hermana, no me

malinterpretes, solo me estoy planteando las implicaciones legales y todo eso. ¿Tú me puedes ayudar? Luego comprendí que ni siquiera sabía qué tipo de derecho ejercía él. Creo que podía ser perfectamente derecho de los medios y las telecomunicaciones.

Cerré los ojos e intenté pensar. ¿Qué es el amor? ¿Cómo amo a mi hermana? Estaba agarrando el volante como lo hacía mi padre, como si estuviera remolcando tras de sí un planeta nuevo que acabase de descubrir, uno que contuviera los secretos del universo.

¡Era Seconal, claro que sí! Esa era la sustancia. Y hacen falta cien pastillas para la dosis letal. Diluyes el polvo de las cápsulas en algo líquido como un yogur y te lo comes todo entero. La alternativa es el Nembutal, que es mucho más caro, pero más fácil de tomar porque es líquido. Lo único que tienes que hacer es beberte del tirón un vaso de Nembutal y si te he visto no me acuerdo, como diría mi tía Tina. Me pregunté si no me entraría el miedo a última hora y me rajaría. ¿Por qué a los médicos los incomoda tanto reconocer que no pueden hacer nada? ¿Y si me pillan y me acusan de asesinato? ¿Qué haría en la cárcel? ¿Dónde viviría Nora? ¿En Borneo? ¿Y si Elf en realidad no quisiera morir? ¿Qué diría mi madre? Empezó a sonarme el móvil y ahogué un grito, del susto que me dio. Era un mensaje de Nora: *Si va a venir Will, dile que no pasa nada por que Anders duerma en casa.* Le respondí: *¡Claro que pasa!* Otra vez Nora: *Me dijiste que no pasaba nada si teníamos que ensayar hasta tarde y cerraban el metro.* Yo: *Vale, pero que duerma en el sofá.* Nora: *Escríbele a Will y dile que no le diga a Anders que tiene que dormir en el lavadero.* Yo: *¡Buena idea! Hay un futón viejo allí y montañas de ropa sucia con las que hacerse un fuerte.* Nora: *Mamá!!* Yo: *N, solo tienes catorce años.* Nora: *Tengo casi quince. Yo lo flipo. ¿No te acuerdas de mi cumple? ¿Ahora estás senil?*

La cena pasó como una película de Buñuel. Yo no perdía de vista a mi madre, la cara, las manos, esperando que alguien le rajara un globo ocular, que corriera la sangre. Estábamos en la soleada terraza de un bullicioso restaurante italiano, mi madre era una *pietà,* era la Virgen María de Miguel Ángel y yo tenía pensamientos homicidas. Nic estaba sirviendo sangría con desgana en miles de copas, la hermana de mi madre cogía manos y las apretaba, hablaba rápido y soltaba cosas como Twitter ¿qué es?

Le preguntó a Nic qué tal la expedición de acampada ese pasado invierno y eso nos llevó a discutir sobre «Encender una hoguera» de Jack London. Cada uno tenía su teoría acerca de por qué el autor había decidido que el perro abandonara al moribundo al final del relato. Y a algunos la palabra *abandonar* no nos parecía la más apropiada. Mi madre y mi tía no habían leído la historia, pero lo pensaron y ambas concluyeron que el perro se va a buscar ayuda. Nic era de la opinión de que el perro comprende que el hombre está muriéndose de congelación y necesita estar a solas, que es lo que hacen los gatos y los perros cuando están muriéndose. Así que el perro se va por respeto, para darle su espacio al hombre. A mí no me convencía ninguna de

esas teorías. Es un perro, dije, siente que el hombre se está muriendo o ya está muerto así que ¿qué puede hacer ya? Nada. Se acabó. El perro se larga. Tiene que buscar comida y un techo, lo primero es lo primero. Su instinto es sobrevivir. O al menos no… ¿Jack London se suicidó o no? Miré a los demás con cara de contrición.

Nic tenía una sonrisa extraña. Estaba llorando. Se había tapado los ojos con la mano. Llevaba un reloj que le quedaba grande, la correa se le escurría por el brazo y tenía a veces que dejarlo quieto, de un modo concreto, para que no se le cayera.

Esa noche hice muchas cosas, pero no avancé en mi decisión de si matar a mi hermana o no. Metí a mi madre y a mi tía en la cama con su Raymond Chandler y su Kathy Reichs respectivamente. Habían enterrado a catorce hermanos. En otros tiempos formaron parte de una familia tan grande que se podían haber alineado con ella dos equipos enteros de béisbol. Ahora ya solo quedaban ellas dos, de dieciséis que eran. Habían enterrado a hijas, maridos y padres. Su cosmovisión estaba moldeada por la muerte, sembrada de cadáveres desde la selva de Bolivia hasta las estribaciones más remotas de la Mongolia Exterior. Mi tía me susurró algo en *plautdietsch* y yo le di las gracias. *Schlope Schein,* las palabras que nos decía a Leni y a mí antes de dormir cuando éramos pequeñas y nuevas en este planeta y mucho antes de que mi prima pintara su piso entero de verde pistacho y luego se tirara al gélido río Fraser.

Salí a la terraza y llamé a Radek y le dejé un mensaje en el contestador. Siento haberme portado como una capulla, le dije. No te cortes si quieres convertirme en la villana de tu ópera. Estoy intentando que me salga la palabra esa checa que dices tú a veces pero ahora no me viene. Así que, en fin…, en definitiva…, que lo siento mucho, muchísimo. Respiré un par de veces queriendo añadir algo más y luego colgué.

Fui hasta casa de Nic pero no llegué a bajarme del coche. Tenía unas cuerdas finas atadas al tejado y ancladas al suelo con sacos de arena. Los cabos estaban tirantes, como cuerdas de un contrabajo. Me imaginé que estaba utilizándolas para criar algo, una planta de judías que llegara al cielo, o puede que lúpulo para la cerveza casera que hacía, en el caso de que el lúpulo sea algo que crezca hacia arriba y se enrosque en un cordel.

Voy a casa de Julie y me la encuentro en el porche. No sé qué hacer, le digo. Pero ¿se va a recuperar? Pues… sí, creo que sí. ¿Tienes vino?

Nos bebimos el vino y hablamos hasta las tantas de la noche. Los niños dormían. Fuimos andando hasta la ribera, que está a media manzana de su casa, y vimos cosas, posiblemente peces, que saltaban fuera del agua y volvían dentro como si el río estuviera ardiendo y hubieran pegado un respingo del susto. Mira, dije, y señalé hacia el hospital Saint Odile, muy a lo lejos, con sus torres y sus pabellones y una cruz gigante de neón. Cuál será su ventana, me

pregunté. Volvimos a casa de Julie y fuimos a ver cómo estaban los niños. Seguían en sus camas, seguían durmiendo.

En realidad no puedes hacerlo, hacerlo de verdad, me dijo Julie cuando volvimos a nuestras sillas en el porche. Ya, contesté, pero ¿seguro que no? Sí, de verdad que no. Ya, pero ¿porque me vayan a pillar? Sí, pero no solo por eso. ¿Porque me sentiría culpable el resto de mi vida? No sé, no lo tengo claro, dijo. ¿Tu idea sería hacerlo con Nic y con tu madre, todos juntos?

Eso creo, sí, aunque…

O sea, que os reuniríais todos y luego ella se tomaría la movida y moriría…

Sí…

¿Y esa es la movida que te contaron en Portland?

Sí…

¿Y luego cómo se lo explicarías a…, esto…, a la poli?

No sé, dije. Sería ella quien lo hiciera, quien cogiera la movida y se la tomase.

Ya, pero vosotros no se lo habríais *impedido*…

Ya…

Y no solo eso, se lo habríais proporcionado vosotros, la movida para matarse.

Ya, ya lo sé…

Así que seríais cómplices o cómo se llame eso.

Humm, ya, ya lo sé…

Julie sirvió más vino en las copas y estuvimos un rato calladas.

Ya lo sé. Nic y mi madre pueden despedirse de ella y luego irse y entonces yo le doy la movida para que sea yo la única responsable… A ellos no les pasaría nada. No sé…

Pero a mí mi instinto me dice que no deberías.

Ya, pero si no lo hago yo, ella de todas formas lo va a hacer. Eso es lo que me dice a mí mi instinto.

Pero a lo mejor no, o sea, quizá se…, puede que haya un cambio.

Puede, sí…

Julie entró en la casa para contestar al teléfono. Yo me quedé en el porche y esperé. Borré las imágenes mentales del cuerpo roto de mi padre en las vías deteniéndome en cada uno de los detalles del porche de Julie. La puerta, la pintura amarilla desconchada, la mosquitera rajada, las bicis, los patines de línea, el saco de abono, el elefantito de cerámica. Me pregunté qué señal sería, una señal que me guiara en alguna dirección. Decidí que, si no pasaba nadie por la acera en los siguientes diez segundos, seguramente no era buena idea llevarme a Elf a Suiza. Aunque era muy tarde y hacía frío…, ¿quién iba a pasar? Conté hasta diez en silencio. Pasó un gato. Confuso. Miré el teléfono y vi que Dan me había mandado un correo y el asunto era remordimientos. Sobrevolé con el pulgar varios botones del teléfono y luego pulsé Borrar y volví a contar hasta diez, pero antes de terminar Julie volvió a salir y nos sirvió más vino a las dos.

Era tarde. Los vecinos estaban apagando las luces. Se rompían botellas por los callejones. Decidimos meternos en la casa y tocar una canción con el órgano que mi madre, sin venir a cuento, había hecho llevar a casa de mi amiga en plena noche, aquella noche lluviosa de hacía unas semanas. «Memory of a Free Festival» de David Bowie.

La cantamos, por decir algo, las dos juntas, tarareando la letra de cualquier manera, equivocándonos mil veces. El sonido del órgano le iba muy bien al tono elegíaco de la canción. Nos sabíamos la canción de memoria, solo que desordenada. Nos retrasábamos, la cantábamos haciendo el tonto y sin mucho convencimiento. Creo que las dos queríamos entregarnos a la canción, cantarla de corazón y con valentía, como la recordábamos, pero era muy tarde, los niños estaban durmiendo, nosotras cansadas, y era tardísimo.

Estaba en el aparcamiento subterráneo del hospital Saint Odile gritándole a un hombre que estaba al lado de su mujer, que a su vez llevaba a un niño cogido de la mano. Había dejado a mi madre y a mi tía en la entrada de cuidados intensivos y estaba intentando aparcar el coche en una plaza muy estrecha. Había escuchado que un tipo decía: Pero oiga, ¿se puede saber qué hace? Me había bajado del coche y le había preguntado que a qué se refería. Me había dicho que estaba muy pegada a su coche, que como se lo rozara o se lo tocara con la puerta o lo que fuera, con el retrovisor, lo iba a pagar caro.

¿Que lo voy a pagar caro?, le estaba diciendo ahora. ¿De verdad acaba de decirme que lo voy a pagar caro si le rozo el puto coche?

Tenía al tipo allí delante con su mujer y su hijo y estaban los tres mirándome de hito en hito. Empecé a hablar muy alto. No gritaba, pero se me estaba yendo de las manos. Le dije que estaba a punto de subir para ver si mi hermana estaba viva o muerta y que las plazas eran enanas, por si no se había dado cuenta, pero que si en realidad le había rozado su cochecito o no, no, ¿verdad?, mi coche estaba justo entre las rayas, mírelo, mírelo, y ¿alguna vez había querido a alguna persona más que a un coche o a alguien que no fuera él mismo?

Después le pregunté a la mujer que cómo podía estar casada con una persona así, cómo podía compartir la cama con ese monstruo y engendrar con él un crío, ese mismo que iba de su mano, y le dije que, hablando de madres, la mía estaba ahí arriba intentando entender por qué su hija quería morirse y que mi tía también estaba arriba intentando entender por qué su hija se había suicidado y que a veces en la vida había cosas que plantearse, cosas que no eran coches.

Estaba muy cerca de ellos. Insistí en mi línea de interrogatorio chiflada. ¿Cómo puede estar casada con este hombre? ¿Están ciegos o es que no ven que mi coche no está rozando el suyo?

Se quedaron mirándome sin más. La mujer dio un paso atrás con el niño y le dijo algo al marido, que al final sacudió con fuerza la cabeza hacia un lado, como si estuviera intentando sacarse agua de la oreja, y luego se alejó y se

reunió con su mujer y su hijo.

Me quedé mirándolos hasta que desaparecieron. Me agaché, por el lado de mi coche que no pegaba al de ellos, y me quedé allí acuclillada, intentando recuperar el aliento. Luego entré al edificio y subí al ascensor y le di a un botón, el que habría de llevarme con Elf y los demás. La mujer estaba allí dentro, aunque sin el hombre ni el niño.

Lo siento, siento mucho todo eso, le dije señalando hacia otra parte con la mano. Seguro que ustedes han venido aquí porque también tienen lo suyo… Lo siento mucho, ¿de acuerdo?

La mujer se quedó mirando el parpadeo de los números de las plantas. Me entraron ganas de decirle que tenía que decirme que vale, que me perdonaba. Que así funcionaban esas cosas. Volví a decirle que lo sentía mucho. Estoy muy agobiada, susurré. No apartó la vista de los números. Seguíamos subiendo. Por fin se bajó, sin decir una palabra. La vi alejarse por el pasillo, se cambió el pesado bolso de un hombro al otro y entonces las puertas del ascensor se cerraron.

Mi tía estaba en el pequeño vestíbulo que hay justo antes de entrar en la UCI, con su chándal morado y sus Reeboks blancas relucientes. Las zapatillas eran pequeñísimas, como de niña. Tenía un lápiz en la mano. Estaba haciendo un sudoku. En cuanto me vio, dejó el periódico en la silla y me dio un abrazo. Me dijo que mi madre estaba con Elfrieda, que Nicolas acababa de salir por la puerta, que había tenido que irse al trabajo para resolver un problema de una válvula y que mi hermana estaba despierta y ya no necesitaba el respirador. Me dijo que iba a ir a por café, ¿quería yo uno? Me preguntó si me encontraba bien. Le conté lo que había hecho, que le había dicho a una mujer inocente que había engendrado un hijo con un monstruo y otras lindezas, y mi tía me dijo que no pasaba nada, que era comprensible.

Pero yo lo único que quería era que ella me dijera eso mismo, insistí.

Mi tía asintió y me dijo que probablemente la mujer me lo diría pero quizá dentro de un tiempo, quizá dentro de unos años, y que entonces sería solo tácitamente, de pensamiento, así que tampoco me enteraría, aunque un buen día yo iría andando por la calle y sentiría de pronto que me sobrevenía una especie de ligereza, como si pudiera recorrer kilómetros y kilómetros, y ese sería el momento en que de repente la mujer del aparcamiento habría entendido aquel arrebato mío tan feo, que no había tenido nada que ver con ella, su marido o su niño, y que no había pasado nada.

Perdón o algo así. ¿Entiendes?, me dijo mi tía.

Vale, o sea que si siento que me sobreviene una ligereza en medio de la calle…, que voy andando y…

Sí, dijo mi tía. Con leche y sin azúcar, ¿no?

Y allá que se fue en busca de café con su atuendo deportivo y yo me quedé mirando a mi madre y a mi hermana al otro lado del cristal. Elf tenía los ojos cerrados mientras mi madre le leía en voz alta. No veía bien qué libro era.

Tenía puesto un jersey nuevo, uno con un ganso volando y pinta de ser de mi tía. Mi hermana estaba tan delgada que me imaginé que se le marcaba hasta el perfil del corazón. Regresé a la sala de espera y me senté y cogí el sudoku de mi tía e intenté terminarlo. ¿Cómo coño se hará esta mierda?, me dije, pero me salió en voz alta y un hombre me miró con las aletas de la nariz muy abiertas. Me quedé dormida en el sillón y cuando me desperté ya no estaban ni mi madre ni mi tía.

Fui a ver a Elf, que estaba sola en la habitación, mirando el techo. Me senté a su lado y le cogí de la mano. La tenía reseca y me apunté mentalmente que tenía que llevarle crema la próxima vez que fuera a verla. Allí dentro olía a pelo quemado. Bajé la cabeza, mucho, entre las piernas, como si estuviera intentando no marearme en un coche, y no dije nada. Elf me dijo que éramos un cuadro.

¡Hablas!

Me contó que se le estaba curando la garganta. Me preguntó si había visto el cuadro de Edvard Munch, *La niña enferma.* No, le dije, ¿somos nosotras? Me dijo que sí, que estaba inspirado en la hermana moribunda de Munch. Le dije que ella no estaba muriéndose. Mírate, estás hablando y todo. Me preguntó por qué teníamos que ser humanos. Volví a bajar la cabeza, muy abajo, hacia el suelo.

Venga, anda, me dijo, no hagas eso. Pareces derrotada.

A ver, tú me dirás, Elfie, ¿cómo quieres que parezca si puede saberse?

Es que necesito que tú estés bien. Necesito que tú…

¿Estás de coña o qué mierda te pasa? ¿Que tú necesitas que yo esté bien? Qué fuerte, de verdad, qué fuerte. ¡Pero mírate!

Vale, chiss. Por favor. Vamos a dejarlo, no hablemos. Lo siento.

¿Has pensado alguna vez en lo que *yo* podría necesitar? ¿Se te ha pasado alguna vez por la cabeza que la que está en la mierda total soy yo y que no me vendría mal un poquito de apoyo de mi hermana de vez en cuando? ¿Alguna vez te has montado en un avión cada dos semanas para ir corriendo a mi lado porque me siento como la mierda y me quiero morir? ¿Se te ha ocurrido pensar que yo no estoy bien, que mi vida es de risa, que me dejaron preñada dos veces dos tíos distintos, que me he divorciado dos veces y he tenido dos aventuras que eran, son, no solo una pesadilla sino un topicazo? Y que estoy pelada de dinero y estoy escribiendo un libro que no puede ser más cutre sobre barcos que nadie quiere publicar y acostándome por ahí con tíos que… supuran por todo el cuerpo tanta puta nicotina en las sábanas que dejan siluetas que parecen muertos…

¿Cómo?, dijo Elf.

¿Se te ha ocurrido pensar que a mí también se me ha suicidado mi padre, que a mí también me está costando superarlo y que yo también intento encontrarle algún puto sentido a esta vida mía que no puede dar más pena y que yo también a veces pienso que todo esto no es más que una farsa ridícula y que la única reacción inteligente es el suicidio pero que me retraigo de esa conclusión porque conlleva una responsabilidad que cuesta digerir? ¿Qué te

crees, la puta Virginia Woolf o uno de esos, demasiado guay para vivir o demasiado inteligente o demasiado en sintonía con la trágica realidad o cualquier mierda…, y quieres crear un legado inventado para ti como la brillante y maldita…?

Yolandi, me interrumpió Elf, te he dicho que…

Tienes a un tío que es la hostia y que te quiere a muerte, una carrera de la hostia, te respetan en el mundo entero y ganas una pasta que te cagas, por no hablar de que podrías dejarlo todo en cualquier momento y que te colgaran la etiqueta de misteriosa o excéntrica e irte a vivir a París, en el puto Marais o la mierda esta…, el puto… *arrondissement* que… No, no intentes hablar, no me vayas a corregir con tus conocimientos superiores de francés, tienes una belleza que es la hostia, con un guapo natural e increíble que parece que no piensa desvanecerse en la vida, una casa que es la hostia y que se limpia sola por arte de magia…

Me viene a casa una limpiadora, Yoli. Por cierto, que me parece que no entiendes muy bien lo que es la desesperación.

Una limpiadora de la hostia, seguí yo, ¿vale? Tienes una madre que piensa que eres la hostia en verso.

Yoli.

Vale, sí, papá murió. ¡Y qué! ¡Él te quería! Tienes… ¿Es que se puede saber qué mierda es lo que te jode tanto?

Por no hablar de que tengo una hermana que es la hostia, dijo Elf. Pero ¿puedes por favor…? Chisss.

¡Es que no lo soy! ¡Soy un puto desastre! ¿Es que no lo ves? ¿Es que no entiendes que soy yo la que te necesita a ti? ¿Que a lo mejor estás en este mundo por una razón, que es ser mi puta hermana?

Yoli, repitió. Se incorporó entonces en la cama y empezó a susurrar con saña, furiosa: La que no entiende una mierda eres tú, ¿vale? Yo llevo toda la vida ayudándote. Yo tenía que ser perfecta para que tú pudieras ir por ahí liándola y tú, por supuesto, encantada de la vida. Una de las dos tenía que tener puta empatía. No sé si te suena de algo la palabra, em-pa-tí-a, está muy bien, una de las dos tenía que tener empatía con papá y sus quintales de tristeza existencial. ¿Y quién fue esa persona? ¿Fuiste tú? ¿Fue mamá? ¡No! Fui yo. Para que tú pudieras dedicarte a mariposear por ahí mientras tanto…

Mira, no sé ni de qué mierda me estás hablando. ¿Que te estás comparando ahora, con Jesucristo? Tú no estabas obligada a nada. Tú elegiste ser de su equipo.

Porque nadie más quería serlo, replicó mi hermana.

Eso no quiere decir que no tuviéramos empatía. Quiere decir que escogimos vivir, o algo parecido. Resulta que casualmente tú te parecías más a él que nosotras… y es una suerte para ti en muchísimos sentidos…, pero eso no quiere decir que a nosotras nos importara una mierda.

Ah, entonces lo que dices es que yo estoy maldita.

¡Yo no estoy diciendo que estés maldita! ¡Eres tú la que lo dice! Yo lo que digo es que no tenías obligación de ser nada. ¿Y desde cuándo dices tú

palabrotas?

No, perdona, pero sí que tenía que ser algo. ¿Te suena de algo el término *dinámicas familiares?* ¿Y qué te crees, que yo no estoy cagada de miedo?

Ah, vale, entonces ¿a qué viene todo esto? ¿Qué coño haces aquí? ¿Qué es, una especie de ataque preventivo? ¿Hacer lo que más temes en esta vida para superar tu miedo a hacerlo? Tengo miedo de matarme así que voy a ver si me suicido y luego ya puedo seguir con mi vida sin ese miedo… Ay, no, espera. Es que para esto es un poco distinto. La logística es más…

Yoli, estoy intentando explicarte la presión tan increíble que he sentido…

¡Pues déjalo ya! ¡Deja de ser perfecta! Pero para eso no hace falta que te mueras, so capulla. ¿No puedes ser más como los demás, normal y triste y con tus mierdas, viva y con cargo de conciencia? Ponte gorda y fuma como si no hubiera un mañana y toca el piano como el culo. ¡A la mierda! Así por lo menos sabrás que al final conseguirás lo que más quieres en esta vida…

¿Qué es lo que más quiero en esta vida?

¡Morirte!

Yoli.

A ver, ¿por qué no esperas a que pase y ya está? Esfuérzate en ser paciente y todos tus sueños se harán realidad. ¡Garantizado! Lo que yo más quiero en la vida es totalmente imposible de conseguir y todo el mundo lo sabe.

¿Y qué es? ¿Que legalicen la marihuana?

Amor verdadero. Pero aun así yo no me quito de en medio por mucho que sepa que no tiene sentido y que es imposible porque ¿quién sabe? Yo quiero constatarlo por mi cuenta. Vivo con la *ilusión.*

A ver, Yoli, no es muy lógico eso que estás diciendo. Tú misma te contradices. Estás bastante convencida de que tu sueño de un amor verdadero, signifique lo que signifique, nunca se hará realidad, pero por si las moscas se hace realidad te vas a quedar para verlo. Yo, en cambio, como sé que mi supuesto sueño de muerte sí se hará realidad, entonces, según tu argumentación, podría irme tranquilamente. No tengo que constatar nada. Que no hay sorpresas a la vuelta de la esquina ni nada que esperar.

¡Yo no he dicho eso!

Yo creo que sí.

Mira, ¿no crees que mamá ha sufrido ya bastante con papá y con toda esta mierda y ahora, qué, te encantaría la idea perversa de hacer otro puto bis?

Yoli, no seas cruel. Te has pasado de…

Lo que te pasa es solo que te mueres por una ovación final, ¿verdad?

No soy perfecta, yo no quería…

¡Ya, qué me vas a contar! Si fueras perfecta, te quedarías. A ver cómo sigue la vida, cómo les va a los niños, ¿tú piensas alguna vez en Will y en Nora y en lo que supone para ellos todo…?

Yolandi, que te calles. Claro que lo pienso. Pienso en ellos continuamente.

¡Y una mierda! Si pensaras en ellos, siquiera una vez, solo…

Yolandi, déjalo.

¿Que deje qué? ¿Que deje de ser razonable? ¿Que pare de decir la verdad?

¿Lo razonable te vuelve loca?

Tú me dirás.

Dejamos de hablar un buen rato, un ratazo. Un ratazo largo. Las enfermeras entraban y salían de la habitación para poner y quitar cosas. Cientos de miles de bebés han nacido durante el tiempo que no nos hablamos. Los continentes siguieron separándose a la velocidad a la que crecen las uñas.

Yoli, mira, dijo ella por fin. ¿Puedes hablar y ya está?

¿Sobre qué?, le pregunté.

Sobre lo que sea.

Vale, pero me pides que te hable como si tuvieras un guion oculto que quisieras que yo siga y luego cuando me aparto de él (porque para empezar ni siquiera lo he leído), te pones en plan no, no, no hables. No quieres que te hable del pasado porque es muy doloroso, porque ha habido buenas épocas, ha habido vida, y eso podría hacerte cambiar de opinión y tampoco quieres que te hable del futuro porque no ves ninguno así que ¿qué…? Vale, voy a hablar sobre este segundo. Acabo de coger aire. El sol se ha movido detrás de una nube. He soltado el aire. Tú estás en la cama. Ha pasado un segundo. Otro. Ah…, ¡y oootrooo! Vuelvo a coger aire.

Levantó la mano y se la cogí. Se la sostuve así, y parecíamos haber ganado alguna tontería pero que nos había costado nuestro esfuerzo, como un campeonato de silbidos, aunque a una escala de mundial de silbidos. Justo entonces apareció por la puerta Claudio con un ramo de flores muy exagerado. *Ciao!* Llevaba un pañuelo azul estampado, remetido por dentro del abrigo de lana. Los zapatos de cuero negro relucían de lejos. Yolandi, ¡qué guapísima estás! (Claudio es el mejor). Me dio dos besos. Elfrieda, querida mía, y la besó en la frente justo por encima de la cicatriz nueva. Claudio, lo siento muchísimo, dijo mi hermana. Él le hablaba en italiano, *ma cosa ti è successo, tesoro,* pero ella sacudió la cabeza, no, por favor, como si aquel no fuera sitio para el idioma de su corazón o le recordara lo bello y el amor y la risa y ahora esas cosas fueran como balas, dientes afilados y esquirlas de cristal y juguetes de plástico barato que pisas en medio de la noche.

Elfrieda, estamos juntos, nada más importa. Dejó las flores en la mesita y le cogió de la mano. Me has librado de Budapest, le dijo. Nos contó que le gustaba lo bonita, elegante, decadente, osada y triste que era la ciudad, pero que cuando pasaba mucho tiempo seguido todo empezaba a deprimirlo. Y que tenía reuniones, almuerzos, cenas y empezaba a venirse abajo, a declinar, a entristecer. Nos contó que estuvo en unas fuentes termales que surgían de la tierra, como hacía de joven, rodeado de arquitectura *art nouveau,* fue como bañarse en una catedral. El cielo estaba rosa. El aroma a lilas embargaba el aire. Unos mafiosos rusos gordos con bañadores enanos jugaban al ajedrez con sus rubias de bote colgadas del cuello o del brazo, malcaradas y engalanadas de oro y plata. ¡Unos bárbaros!

Claudio hablaba bien inglés, con tan solo un vago rastro de acento italiano.

Esos rusos son los descendientes de los que mataron a los menonitas, pensé. Y ahora van por ahí marcando paquete con sus bañadores. Luego nos contó que un día estaba en un puente sobre el Danubio y al mirar abajo vio a un tipo sentado en la ribera. ¿Es azul?, le pregunté. No, me temo que está muy sucio y es de todo menos azul. ¿Es bonito?, le pregunté. Sí, bueno, podría calificarse de bonito.

Es cierto, apuntó mi hermana.

El caso es que había un vagabundo… ¿o aquí los llamáis *hobos?*

¿Sabes que *hobo* es un acrónimo de *homeward bound,* camino a casa?, le pregunté a mi hermana.

Sí, me dijo, por Woody Guthrie. Me sorprende que tú lo sepas.

Pues también sé que en Britt, en Ohio, está el Museo de los Hobos. Me encanta leer el boletín de noticias que mandan, sobre todo los *posts* de Nowhere Man y de Mad Mary. Cuando alguien muere, dicen que se ha ido hacia el oeste.

Elf sonrió. Qué curioso.

Um, el caso es que, siguió con su historia Claudio, miré al hombre, que estaba allí sin más en la orilla con la vista clavada en el agua, el cielo, lo que lo rodeaba. Tenía una lata de cerveza en la mano. Y de pronto se levanta, coge un botellín vacío que tiene al lado y va hasta una escalera de cemento que da directamente al río, el agua que le llega por los bajos del pantalón, y mira a su alrededor como si estuviera asegurándose de que nadie lo ve. Yo pensé que iba a saltar y a ahogarse, pero no pasó de la escalera. Se inclinó y rellenó la botella con agua del río. Luego volvió al sitio donde estaba. Qué alivio me dio. Me estaba latiendo el corazón con fuerza mientras veía todo esto desde el puente. Pero entonces pensé, ay, *madonna,* que se va a beber el agua del río…, pero no. Se quedó allí sin más un rato, con su lata de cerveza y su botella con agua del río y contemplando el panorama. Luego, despacio, cogió la botella y echó un poco en la lata. Y entonces va y bebe de la lata. Yo estaba viéndolo y pensando, qué horror, no te bebas eso. Pero se lo bebió, claro, y no sé por qué pero a mí aquello me removió por dentro y me dieron ganas de irme pitando de Budapest.

¿Se bebió el agua del río?, preguntó Elf.

Sí, echó el agua sucia del río en la cerveza para que le durase más, explicó Claudio.

¿Y eso te dio mucha lástima?

Sí, me pareció de una tristeza infinita.

Pero podría haberse ahogado, intervine yo. ¿Crees que eso habría sido mejor?

Claro que no, pero desde luego tampoco quería que bebiese agua del río.

Bueno, dijo mi hermana, supongo que él tomó…

Sí, una decisión, dije yo. Lo pillo. La cosa es que no debería haberse visto en la tesitura de tener que tomar esa decisión.

Yo no quiero beber agua del río.

Pues yo prefiero beber agua del río antes que ahogarme en él.

Lo puedo entender.

Entonces ¿qué estás diciendo, que tú sí tienes dignidad y yo no y que alguien con un carácter reflexivo, íntegro y todas esas cosas claramente preferiría tirarse al río en vez de beber de esa agua? ¿Y qué me dices del valor que hace falta para comprender y aceptar que necesitas la cerveza y que tienes que conseguir que te dure más? ¿Qué pasa con el talante que hay que tener para aceptar el don de la vida?

Claudio se disculpó y dijo que no había sido su intención molestarnos, que solo nos había contado algo que había visto.

Elf dijo que nos había decepcionado a todos.

De eso nada, replicó Claudio. Todos los músicos tienen ya otros…, cómo decís vosotros…, bolos…, y todos te mandan mucho amor. Antanas, Otto, Ekko, Bridget, Friedrich…

¿Cómo está Friedrich?

Bueno, como siempre, con sus problemas de mujeres, de dinero… Claudio ríe pero parece afligido.

¿Están todos muy enfadados conmigo?

¡Claro que no! Yo me estoy encargando de todo, Elfrieda. No lo pienses ni medio segundo más. Para eso tenemos el seguro, ya lo sabes, no es más que un pequeño inconveniente, y además sin importancia alguna en el orden superior de las cosas. Hizo un gesto. Bah, *non è niente.* Tranquilizó a mi hermana un poco más y luego dijo que debía irse. Tenía que volver al aeropuerto. Cuando se inclinó para darle dos besos a mi hermana, ella le echó los brazos para rodearle el cuello.

Te acompaño fuera, me ofrecí.

Ciao, Claudio, dijo Elf, y sonó a sollozo. Chao, chao…

Claudio y yo nos quedamos en el pasillo al lado de un gran saco de lona medio lleno de sábanas ensangrentadas.

¿Andamos un poco?, le propuse. Me echó el brazo por el hombro un momento y me preguntó que cómo estaba, de verdad.

Ay, mejor no preguntes que me pongo a llorar. Pero gracias. ¿Cómo estás tú? Vamos abajo hacia el vestíbulo.

Bueno, teniendo en cuenta… Lo siento muchísimo, Yolandi, esto me tiene hecho polvo.

Ya… Seguramente salga adelante, dije. No para la gira, claro, pero…

No, ya me imagino que no. Qué lástima. Por ella, digo, y por todos.

Ya.

De todas formas, Yolandi, tú no te preocupes por nada. Como sabes, Elfrieda y yo ya hemos pasado por muchos baches y es normal. No es nada.

Sì. Va bene.

Ah, ¿prefieres que hablemos en italiano?

No. O sea, sí, me gustaría pero…

No, no, entiendo.

Lentamente íbamos dejando atrás puertas con números. En un umbral había una señora mayor en camisón que tenía un reloj redondo muy grande en la mano. Llevaba un bolso verde remetido bajo un brazo. ¿Qué hora es?, nos preguntó.

¿Disculpe?, le dijo Claudio.

¿Qué hora es? Nos enseñó el reloj.

Son casi las cuatro y treinta, respondió Claudio.

¿Cómo? ¿Qué?

Son las cuatro y media, intervine.

¿Las cuatro y media? ¡Ya son las cuatro y media!

Sí.

¿Están ustedes casados?, me preguntó señalando a Claudio.

No.

¿Es su padre?

No.

¿Su hermano?

No, es un amigo. Claudio se presentó y le tendió la mano a la señora pero esta tenía el reloj cogido con ambas manos y no pudo estrechársela.

Será mejor que no esté pensando en robarme el monedero, dijo. Se alejó de nosotros y se adentró en la penumbra de su cuarto.

No, no, claro que no, dijo Claudio. Lo cogí del brazo y lo aparté suavemente de la mujer.

¡Tengo la llave de casa en el bolso!, la oímos gritar. Había vuelto al pasillo. Seguía con el reloj en la mano. Claudio y yo nos volvimos, la saludamos con la cabeza y le sonreímos y luego seguimos camino. Una enfermera la mandó callar. Milly, chiss.

No va a volver a su casa, le conté a Claudio.

¿No? ¿Por qué no?

Porque la han vendido. Me lo dijo su sobrino. De aquí irá a una residencia.

Pero sigue teniendo la llave de su casa, dijo Claudio.

Es lo único que lleva en el bolso. Nunca lo suelta, ni eso ni el reloj, ni siquiera durmiendo.

Yoli, buscaremos a algún sustituto para esos últimos conciertos, estamos todavía a tiempo. Por favor, repíteselo a tu hermana, que no se preocupe por nada. Nada de nada. Detuvo el paso y me puso las manos en los hombros y me dijo que lo sentía. Yolandi, tu hermana es un ser insólito. No conozco a nadie como ella. Tienes que mantenerla con vida. Tienes que intentar lo que sea. Cualquier cosa.

Yo… Ya, lo intentaré…, en esas estamos… Le rodaban lágrimas de los ojos. Le di una palmadita en el hombro. No pasa nada…, se pondrá bien, dije. De verdad lo creo. Forcé una sonrisa.

Claudio me abrazó. Me dijo que tenía que irse corriendo, que le estaba esperando un coche fuera, pero que volveríamos a vernos. Le sonó el móvil. *Arrivederci,* Claudio, le dije, y gracias, gracias, *grazie* por las flores tan bonitas.

Cuando regresé a la habitación, Elf me dijo: Ya lo sé, no te enfades. Y no

me des ningún sermón, ¿vale? El don de la vida… Parecías un viejo menonita, igual que como se llame.

No me enfado, le dije. Es que soy una menonita vieja. Igual que tú. Cuánto resentimiento llevas por dentro.

Eso es verdad, dijo Elf. Totalmente cierto.

Ya, pero ¿por qué exactamente?

No me respondió.

¿Sabes qué? He soñado que me despedía de toda la gente a la que conocía, que todas las personas a las que conocía y quería se habían reunido en una tarde soleada para decirme adiós. Entonces me entraban ganas de quedarme al verlos a todos allí reunidos y recordándome su amor, pero tenía que irme.

Elf me preguntó: ¿Salía yo en ese sueño?

Le dije que sí, claro que sí, tú también estabas, sonriendo y despidiéndote. Me preguntó entonces si había leído *El amante de Lady Chatterley*. No, le dije. Empieza así, dijo y lo recitó: «La nuestra es una época esencialmente trágica, por eso nos negamos a tomarla trágicamente».[9]

Ajá, sí, interesante. ¿Y cómo sigue luego?

Léetelo. No me puedo creer que no lo hayas leído. A lo mejor, en vez de estudiarte al dedillo el boletín de noticias del museo de los vagabundos, podrías volver a un clásico de toda la vida.

Le dije que parecía que estuviésemos teniendo una conversación a lo *Karate Kid,* ¿estaba intentando impartirme sabiduría o algo así? Todavía me sermoneas sobre lo que tengo que leer, dije, eso está bien. Elf me dijo que le dolía la garganta, que no podía hablar más. Ya, claro, sí, dije.

No me crees, susurró.

Sí, no, claro que sí.

Estábamos calladas. Mi hermana iba y venía del sueño o algo parecido al sueño. Yo seguía en la silla a su lado. Me imaginé lanzándome de cabeza por las paredes de cristal y haciéndolas saltar en pedazos. El día antes de su muerte mi padre soñó con que había estado saltando muros de cemento dando volteretas como un crío. ¡Uno, otro, uno, otro, hasta desaparecer!

Tenía conmigo el manuscrito, todavía en la bolsa del Safeway. Lo saqué de la bolsa y escribí en la cubierta *Una vida de resentimiento*. Luego lo taché y escribí *Tributo a la tristeza* (lo que, según Chateaubriand en su *El genio del cristianismo* es «el logro más noble de la civilización», así que toma ahí, entrometidos menonitas que me dijisteis con vuestros cánticos mojigatos y vuestras insulsas caras de pan blancuzcas que el suicidio de mi padre era diabólico), luego *En pedazos,* luego *Sin título*. Luego *Sin tigo*. Luego los taché todos y dibujé a Elf en la cama.

Me quedé mirando cómo dormía y cómo las enfermeras iban de un lado para otro y se reían entre ellas tras el mostrador de su puesto. Sabía que no soportaban tener allí a Elf, una suicida fracasada. Una colgada. Eran cortantes con ella y todavía no había venido ni un médico a hablar con nosotras. Fui al

mostrador y pedí hablar con el psiquiatra de mi hermana. Me dijeron que estaba atendiendo una urgencia. Salí de la sala y bajé para buscar a mi madre y a mi tía y para mandarle un mensaje a Nora, que seguía en Toronto. No las encontré en la cafetería y Nora no me respondía. Volví a Cuidados Intensivos y allí estaba el médico, en el puesto de las enfermeras. Tenía puesta una visera, parecía un joyero judío. Llevaba calcetines tobilleros. Era el psiquiatra. Me acerqué, me presenté y le pregunté si había hablado últimamente con Elfrieda.

Lo intenté, pero se negó a hablar.

Sí, es verdad que a veces no habla. Pero estaría dispuesta a escribir cosas en papel.

Yo no tengo tiempo para estar leyendo cuando estoy de turno. Sonrió y dos enfermeras soltaron una risita como si estuviesen flanqueando a Elvis en *Girls! Girls! Girls!*

Ya, ja. Pero me refiero a que…

Mire, no me interesa andar pasándome un cuaderno con una paciente y esperando a que ella garabatee cuatro cosas. Es absurdo.

Lo sé, me hago cargo. Puede resultar laborioso, pero es que, esto…, usted es psiquiatra, ¿verdad? Así que entenderá de estas cosas, ¿no?

Pues claro que entiendo, pero es que no tengo tiempo.

¿Ah, no?

Mire, si ella quiere recuperarse tendrá que hacer un esfuerzo por comunicarse con normalidad. Eso es lo único que digo.

Ya, eso es… Pero se trata de una paciente de Psiquiatría, ¿no? ¿No se supone que es normal que tenga alguna excentricidad que otra? A ver, ¿no le parece…, no lo ve como un reto? O sea, en plan, desde el punto de vista de la psicoterapia. ¿No agradecería usted esta oportunidad para realmente aplicar todos sus estudios a…?

Perdone, pero ¿quién ha dicho que era usted?

Ya se lo he dicho, soy su hermana. Me llamo Yolandi. De verdad que creo que su silencio es una forma de invalidarse en el mundo real, ¿sabe a lo que me refiero? No se lo debe tomar como algo personal. Es su manera de…

Por supuesto que sé a lo que se refiere. No tengo claro que esté de acuerdo con usted, pero por supuesto que lo entiendo. Lo que le digo es que no tengo tiempo para jueguecitos…

¿Jueguecitos? Perdone, pero ¿acaba usted de decir que mi hermana se anda con jueguecitos?

Estaba alejándose ya de mí. ¡Espere!, grité. Espere. Espere, un momento. ¿Jueguecitos? El psiquiatra se detuvo y se volvió para mirarme.

¿Solo ha ido a verla una vez y ya se está negando a ayudarla? Se supone que es usted un psiquiatra de prestigio. ¿La está considerando un caso perdido así sin más por la puta cara? Mi hermana es una persona vulnerable. Es una mujer torturada. ¡Es su paciente! Está suplicando que la ayudemos pero quiere reivindicar un mínimo vestigio de poder individual sobre su vida. Seguro que hasta un estudiante de primero de Psiquiatría entendería la importancia de

esa postura. ¿No es usted…, no tiene al menos curiosidad profesional? ¿Está usted vivo o qué mierda le pasa?

Voy a tener que pedirle que no levante la voz, dijo una enfermera desde su búnker. Me apuntó a la cabeza con una semiautomática. El psiquiatra separó las piernas, se cruzó de brazos y se me quedó mirando mientras yo seguía despotricando. Le sonrió a la enfermera, se encogió de hombros y puso cara de estar divirtiéndose, como si yo fuera una ola gigante que él estuviese deseando surfear más tarde, una vez que se echara al gaznate una jarra de margaritas con sus compadres.

¿Es usted tan hostil, impaciente y displicente que no va a dejar que se comunique con usted mediante palabras escritas en un trozo de papel? ¿Por qué no puede hacer su trabajo y punto? No quiero discutir, pero, vamos a ver, ¿de verdad está diciéndome que no piensa escucharla?

Mire, no es el primer familiar que paga su frustración conmigo, ¿vale? ¿Ha terminado? Lo siento. Se fue por el pasillo y entró en una habitación.

Porque, le grité a las espaldas, si usted no la ayuda, ¿quién va a hacerlo?

Me disculpé con las enfermeras por montar un numerito. Tengo tanta rabia, les dije. Estoy desesperada perdida. Estoy muerta de miedo. Tengo tanta rabia. No sé qué hacer ya. Repetía esas frases. Las enfermeras asintieron y una me dijo sí, es comprensible. Su hermana no está cooperando y…

La corté de cuajo. No, por favor. No le eche la culpa a mi hermana. Es que no puedo soportar oír eso en estos momentos. Ella no es una mala persona. Estaba susurrando, conteniéndome para no alzar la voz. Lo siento, pero por ahí no paso, dije. No digo que sea mala, replicó la enfermera, lo que digo es que ella no… Me llevé las manos a las orejas como si estuviera probándome unos auriculares nuevos. Se me había ido la cabeza. Le di las gracias por no sé muy bien qué y salí de cuidados intensivos.

Bajé seis tramos de escaleras pero cuando iba por el segundo me sonó el teléfono y respondí hola. Buenas, Yolandi, dijo la voz al otro lado de la línea. Soy Joanna. (Una de la orquesta). Nada, mujer, que quería decirte lo mucho que lo sentimos todos por Elfrieda y quería saber si podía hacer algo por ti. Me gustaría mandar algo, pero no sé qué. ¿Flores?

Imaginaos a un psiquiatra sentado con un ser humano que tiene el espíritu quebrado y diciéndole me tienes aquí para lo que necesites, estoy comprometido con tu cuidado, quiero hacerte sentir mejor, quiero que recuperes la alegría, no sé cómo lo haré pero lo conseguiré y luego emplearé la totalidad de mis habilidades, mi formación, mi compasión y mi curiosidad en mejorar tu salud…, tu bienestar, tu alegría. Estoy aquí para lo que quieras y voy a trabajar muy duro para ayudarte, te lo prometo. Si fallo, será culpa mía, no tuya. Yo soy el profesional, yo soy el experto. Tú estás ahora mismo pasando por mucho dolor y mi trabajo y mi misión consiste en aliviarte ese dolor. Estoy comprometido al cien por cien con tu cuidado. (En este punto oigo a Joanna que dice: ¿Yolandi? ¿Yolandi?). Sé que está usted sufriendo. Sé

que tiene miedo. La quiero. Quiero curarla y no cejaré en mi empeño por ayudarla. Usted es mi paciente, yo soy su médico. Usted es mi paciente. Imaginaos un médico que te llama a cualquier hora del día o de la noche para decirte que ha estado leyendo un artículo nuevo sobre no sé qué tema y está muy emocionado porque podría ayudarte. Imaginaos un médico que te llama cuando estás en una reunión importante y te dice mira, perdona que te moleste pero he estado dándole muchas vueltas a tus problemas y me gustaría probar algo totalmente nuevo. ¡Necesito verte inmediatamente! ¡Estoy comprometido al cien por cien con tu cuidado! Creo que esto podría ayudarte. No pienso rendirme.

¿Yolandi?, dijo Joanna. ¿Estás bien?

Perdón, hola. Perdón, perdona.

¿Estás…?

Sí, flores. Bien, gracias.

ONCE

Llamé a mi madre pero no me lo cogió. Vi a un celador que había sido el cantante de un grupo punki de la ciudad. Estaba apilando bandejas y silbando al lado de un cartel con la lista de síntomas de la fascitis necrosante.

Salí del hospital, al sol, y volví andando, en paralelo al río, hasta la casa de mi madre. Bueno, en realidad intenté ir todo el tiempo por el río pero me detuvo un grupo de jóvenes que estaban amontonando sacos de arena alrededor de un bloque de pisos. El río se está desbordando otra vez, me dijeron. Lo veían casi como una fiesta. Un día sin instituto.

Mi madre y mi tía no estaban en el piso, pero me habían dejado una nota para decirme que habían ido a East Village a ver a la Signora Bertolucci, cuyo nombre real era Agata Warkentine, pero a la que todo el mundo llamaba –todos menos Elf– la de Ernst Warkentine. En East Village incluso en los obituarios se omitía el nombre de pila de la mujer para asegurarse de que se la conociera por siempre jamás (y más allá) como la esposa de su marido. Se habían ido con la furgoneta de mi tía. Luego me acordé de que me había dejado el coche en el aparcamiento subterráneo así que regresé una vez más, esta vez no por el río, sino atravesando las polvorientas calles de la ciudad, hasta el hospital.

Subí a la sexta planta para volver a ver a Elf, pero había llegado Nic y ambos estaban mirándose intensamente a los ojos, y la cortina estaba medio echada y todas las enfermeras fingieron no verme o estaban ocupadas llamando ya al 911 para que me echaran de allí a patadas así que me fui y esa vez sí que bajé al aparcamiento subterráneo a por el coche y luego conduje hasta el piso de mi madre. Una parte de mí esperaba que la mujer a la que le había gritado me hubiese dejado escrito en el polvo del parabrisas trasero que me perdonaba pero no fue el caso.

Mi madre y mi tía seguían sin volver de la visita a la Signora Bertolucci. Me puse a buscar cosas en el portátil de mi madre. Estaba intentando saber más sobre esos fármacos, el Seconal y el Nembutal. Fui bajando por los distintos resultados que arrojaba Google para ayudar a la gente a morir. Me inquietaba que la policía pudiera llevarme a comisaría para interrogarme y viera el historial del ordenador. Seguí mirando. Me paré un segundo cuando leí: «¿Es posible ayudar a alguien a morir con magia?». Y me sentí bien conmigo misma, orgullosa, cuando no pinché en el vínculo. Elf también me habría felicitado. ¡Hay que ser racional, Yolandi! Sonó el teléfono. Era mi madre. Estaba en el hospital. Le pregunté cómo estaba Elf. Me dijo que iban a hacerle unos análisis de sangre. ¿Para qué? No lo sabía bien. Pero había otra cosa. Mi tía se había desmayado.

¿En el hospital?, pregunté.

Bueno, no, se desmayó primero en East Village, en la casa de la de Ernst Warkentine, pero recobró rápidamente el sentido y la obligué a echarse un rato y luego comió algo y ya después parecía bien. Pero ahora…

¿Estáis en el hospital?, volví a preguntar.

Sí, vinimos aquí directamente para ver a Elf, pero en el camino, cuando íbamos por Deacon,s Corner, volvió a desmayarse en la furgoneta.

¿Cómo? Eso es muy raro.

Ya lo sé. Y por eso me he venido directamente a Urgencias y están ingresándola en estos momentos. Y le han puesto una escayola en el brazo. Se lo ha roto al desmayarse.

¿La tía Tina?

Sí, se ve que tiene un dolor en el pecho. Está en agudos de Cardiología, en la quinta planta.

¿De verdad?

Sí, así que…

Vale.

Colgué. Volví a llamarla y me disculpé. Quería haber dicho vale, ahora voy. Mi madre se rio. Yo también un poco. Sabía que estaba aguantándose las lágrimas. Le dije que iba ya y ella me contestó algo en un susurro que no llegué a entender. ¿Había dicho *lo mismo da?* Mi madre había ido a urgencias como mil veces ya por su propio corazón y por complicaciones respiratorias, pero era la primera vez que Tina acababa allí, al menos que yo supiera.

En el camino de vuelta pensé en el arrebato loco que me había entrado en el aparcamiento. Es por mi pasado, dije en voz alta a nadie en el coche. Lo había resuelto. Soy Sigmund Freud. Los hombres menonitas de la iglesia, con sus alzacuellos y sus gaznates saltones que me acusaban de actos absurdos y me condenaban a no sé qué fuego subterráneo cuando yo no había hecho nada. Era una cría inocente. Elf era una cría inocente. Mi padre era un crío inocente. Mi prima era una cría inocente. No podéis ir de un lado a otro del presbiterio haciendo aspavientos con las manos y asustando a la gente con amenazas y acusaciones solo porque a vuestra familia la masacraron en Rusia y os obligaron a huir y a esconderos en una montaña de estiércol cuando erais pequeños. Lo que hacéis en el púlpito se consideraría una conducta lunática en la calle. No se puede ir por ahí aterrorizando a los demás y haciéndolos sentirse inferiores y una mierda y luego llamarlos *diabólicos* cuando se destruyen a sí mismos. Nunca vas a estar andando por la calle y vas a sentir que te sobreviene una ligereza. Nunca vas a volar.

Los infartos los provoca el dolor que da recordar. Lo leí en alguna parte, quizá en el boletín del museo de los vagabundos, que acababa todos los obituarios con un «¡Ya nos encontraremos por el camino!». Entonces ¿mi hermana le había hecho recordar a mi tía el suicidio de su propia hija? ¿La agonía que lo precedió y la indefensión y el terror que sintió todo el tiempo que estuvo intentando prevenirlo? ¿O un infarto lo provocan las arterias obturadas y la grasa de los michelines y la manía de beberte doce latas de

cerveza al día y las grasas transgénicas, y no rememorar el dolor, el horror y la pena insoportable? Porque puede que lo uno cause lo otro. Los cardiólogos deberían unir fuerzas con los psiquiatras y montar nuevos hospitales. Voy a recoger firmas, como hizo mi padre con su biblioteca y Elf para que declararan a Stevie Ray Vaughan el mejor guitarrista del mundo. Algo me dice que los continentes volverán a fusionarse antes de que la cardiología y la psiquiatría se alíen.

El chándal y las zapatillitas blancas de mi tía estaban embutidos en una bolsa de plástico con un «Propiedad del hospital Saint Odile». Mi madre y ella estaban bromeando en *plautdietsch,* como siempre guardándose el miedo para sus adentros. Cuando aparecí, dijeron ah, qué bien que hayas venido. Nos estábamos peleando por una palabra. Por el significado. Les pregunté qué palabra era y volvieron a echarse a reír las dos.

Tina ya tenía cosas escritas en la escayola. Números de teléfono. Y un versículo de la Biblia. La enfermera llegó y le hizo varias cosas con agujas y tubos. Le pregunté si había sufrido un infarto y me dijo que no, que había sido un evento coronario no identificado. Nos hizo un dibujo de las arterias de mi tía. Tenía dos seriamente obturadas. Mi tía dijo que necesitaba desesperadamente un café del Starbucks de abajo. La enfermera le dijo que bueno, quizá dentro de un rato. Ahora mismo no.

Les dije a mi tía y a mi madre que iba a ver a Elf y luego volví al cuarto con cafés del Starbucks para todas. Ambas se deshicieron en elogios por mi plan, un tanto exageradamente, como si acabara de averiguar cómo tomar la Bastilla. Subí a la planta sexta para contarle a Elf la noticia, que la tía Tina había tenido un evento coronario en una planta por debajo de la suya. A mi hermana se le desencajaron los ojos y se dio una palmadita en la garganta.

¿No puedes hablar?, le pregunté.

Yo estaba molesta, enloquecida por una rabia que no sabía contra quién dirigir, y me costaba disimularlo. Sacudió la cabeza. Le pregunté dónde estaba Nic y volvió a negar con la cabeza.

Salí para preguntarle a la enfermera por qué no podía hablar. Me explicó que había habido ciertas complicaciones, pero que, con suerte, recuperaría la voz en uno o dos días. ¿Tendrá que ver con la lejía? La enfermera apartó la vista, la fijó en la carpeta. No quería que yo nombrara la lejía. No está claro, contestó. Pero ¿qué podría ser, si no? ¿Cosa suya? Tendrá que hablar con el médico, me dijo. Me encantaría, pero creo que ha pedido una orden de alejamiento contra mí. La enfermera se negaba a mirarme. Éramos una familia marcada, trastornada.

Regresé a la habitación de mi hermana y me quedé a los pies de la cama. Por un segundo me sentí como si fuera su verdugo y hubiera ido a ofrecerle una última comida y un cigarro. El mundo se ha vuelto un poco oscuro, ¿no? Parpadeó. ¿Coincides conmigo? Volvió a parpadear.

Me quedé un rato mirando el manuscrito. Me leí una página para mis adentros, no me entusiasmó y la coloqué con cuidado bocabajo sobre la barriga plana de Elf. Luego otra página y otra. Seguí leyendo y colocando

folios con cuidado sobre el cuerpo de mi hermana y ella se quedó muy quieta, sin respirar apenas, para que no se cayeran. Por fin le dije que iba a volver a la quinta planta a ver cómo estaba Tina y llevarles más café del Starbucks. Asintió y puso cierta cara de hastío porque había dicho Starbucks. Ya, pero es que aquí no hay otra cosa, le dije. Recogí las páginas de su barriga. Elf sonrió y me tocó la mano. La dejó allí unos segundos. Me di cuenta de que se me había olvidado la crema hidratante. Supe que quería que le dijera a mi tía que la quería y que esperaba que se pusiera bien. Le dije que le diría esas cosas a mi tía y asintió. Quise decirle: imagínate que mamá se queda sin su hermana. Qué horror, ¿verdad? Pero no había sido tan grave, solo un incidente, y no me quedaban ya energías para seguir arengando después de tomarla con la psiquiatría, la cardiología y, por supuesto, el evangelismo menonita.

Me llamó Finbar cuando iba camino del Starbucks del vestíbulo. Me preguntó qué leches había querido decirle con aquel mensaje. ¿Quieres matar a tu hermana? Que soy abogado, por el amor de Dios, no me cuentes a mí esas cosas. No, no quiero, respondí, pero me estoy planteando si debería. Yolandi, estás agotada y agobiada. No puedes matar a tu hermana. No puedes hacer nada por ella salvo lo que estás haciendo ahora. Le dije que ahora mismo no estaba haciendo nada por ella y él me contestó que estaba allí, que era lo importante. ¿Había algo que él pudiera hacer por mí? Le pedí que se pasara por mi piso de Toronto y viera si había señales de vida de mis hijos y que, si no le importaba, podía llamar a la puerta y preguntarles si estaban bien y averiguar por qué Nora no me cogía el teléfono. Aunque yo ya sabía por qué: había envenenado a Will y había metido su cadáver a rastras en un armario y ahora estaba manteniendo relaciones sin protección por toda la casa con su novio sueco bailarín de quince años y no tenía ni el tiempo ni las ganas de hablar con su triste y vieja madre censuradora en medio de tanto trajín. Dalo por hecho, me respondió Finbar. Me prometió volver a llamarme ese mismo día.

En una de las salas de espera de la planta de Cardiología me encontré por sorpresa a una familia de conocidos de East Village. Estaban viendo la tele. Me preguntaron qué hacía yo allí. Les conté que era por mi tía, que estaba ingresada. ¿Hablas de Tina Loewen?, me preguntaron. Pero ¿no vive en Vancouver? Sí, es que había venido de visita. Ha venido por un evento, un evento coronario. No les hizo gracia.

Nos pusimos a charlar un rato. Me contaron que estaban operando al hermano de la mujer, un reemplazo de válvula. Una operación fácil. A la semana de darle el alta estaría haciendo su carrerita de cinco kilómetros diaria.

Depositaban mucha fe en los médicos. También creían en bailar para que lloviera y en aplacar a los dioses con sacrificios humanos. Seguramente. El cirujano del hermano era el mejor que había, lo tenían en un altar. Me contaron que su mayor, un tipo de mi edad, se había doctorado en Economía

por Oxford. Vaya, uau, dije. Me acordaba de que ese hijo, Gerhard, se había reído de mí despiadadamente una vez que me hice pipí encima en primero de primaria. También nos llamaba tortis a Julie y a mí por ir cogidas de la mano en el recreo. Pintaba esvásticas en los vaqueros y en los cuadernos. Y ahora está en Londres, me contó su madre, y es analista de política económica. Básicamente le pagan por pensar. ¡Imagínate! Por lo visto cada vez que da una charla al día siguiente le están ofreciendo una beca en una universidad u otra. Es tentador, se ríe, pero por supuesto tiene que pensar en su mujer y sus hijos. Ella también tiene un trabajo muy exigente, es conservadora de la Tate Modern y embajadora en Ruanda y los niños están en escuelas muy buenas… ¡codeándose con la realeza, ni más ni menos! No iban a querer cambiarse.

Aaaah…, conseguí decir.

Por cierto, ¿sabes que vio a tu hermana con la filarmónica de Londres y dijo que había sido lo más alucinante que había escuchado en su vida? Menos mal que por fin en la iglesia han entrado en razón y ya se permiten los instrumentos musicales en la comunidad. Nosotros siempre hicimos lo que pudimos por que tu hermana tocara, la verdad. Tu madre y yo nos cruzábamos a veces en correos y nos echábamos unas risitas con lo del piano que teníais escondido y yo siempre le decía que no lo dejara, que siguiera pagándole las clases porque Elfrieda tenía un verdadero don. Que Dios daría su aprobación por mucho que los ministros no lo hicieran. ¡Y pensar que en cierto modo contribuí a su fama! Yo creo que Gerhard estaba colado por ella. ¿No, cariño? Le hablaba al marido.

¿Eemmm? ¿Qué?

La mujer puso cara de hastío. ¿Y tú qué has estado haciendo?, me preguntó.

Ah, yo, pues no lo sé muy bien, dije. No mucho. Aprendiendo a cómo caer bien bajo en la vida.

Mi madre apareció justo entonces por la puerta con el aspecto más agotado que puede tener un ser humano sin llegar a estar muerto. Saludó a la familia con cordialidad y cautela a partes iguales. Hablaron un rato en *plautdietsch*. Le dijeron que lo sentían por Tina. Gracias, respondió mi madre, se recuperará. (En ese punto utilizó una expresión en su idioma que nuestros paisanos aprobaron asintiendo en silencio). No creen que haya que operarla, seguramente le receten algo para el corazón y poco más.

Nic entró entonces en la sala. Acababa de enterarse de lo de Tina. Llevaba puesta una camiseta de vestir azul, mitad algodón, mitad poliéster, con lamparones de sudor en las axilas. En la barbilla una mancha de tomate frito o sangre. Tenía un pico de la camisa hacia arriba y parecía un crío que se hubiera empeñado en vestirse él solo para el colegio.

Qué calamidad, dijo, y nos dio un abrazo a cada una. ¿Cómo está? Mi madre volvió a explicarlo todo. Ostras, dijo, lo siento mucho. Elf sigue en la UCI. Ya, dijo Nic, acabo de pasarme a verla. Un momento, dijeron los de East Village, ¿Elfrieda está en la UCI? ¿Qué le ha pasado?

Que se cortó las venas y bebió veneno, soltó mi madre. Nic y yo nos

quedamos mirándola de hito en hito. Se le ha cerrado la garganta, pero no ha muerto, siguió mi madre, por ahora. Seguramente también ella se recupere. Al final todo el mundo sobrevive. ¿Y a vosotros qué os trae por aquí?

Dejamos que mi madre siguiera un par de minutos con aquel circo y luego cortamos por lo sano. Venga, mamá, vamos a llevarte a casa, que tú también tienes que descansar. En cuanto las palabras salieron por mi boca, supe que se resistiría. Estaba desatada, combativa como ella sola y dispuesta a aplastar toda ascua de esperanza o bondad. Yo no estoy cansada, contestó, pero a lo mejor tú sí que necesitas descansar. O estaba de mal humor o lanzando un increíble y poderoso envite.

Nic dijo que iba a llegarse a saludar a Tina y luego pasaría un rato más con Elf, tal vez le leyera o le tocara la guitarra bajito. ¿Se sabe algo del médico? A mí que me registren, contestó mi madre. Lo llamaría pero no creo que tenga cobertura en el club de golf de Quarry Oaks.

Le pasa algo en la garganta, apunté. Nic dijo que ya, que lo sabía y me preguntó que qué creía yo que podía ser. No lo sé con seguridad, pero puede que sea una infección lo que le esté provocando ese dolor al hablar. Gesticulábamos para rellenar los huecos. Tenemos que llamar a los hijos de Tina, comentó mi madre. Vale, compramos algo de cenar por el camino y luego cuando estemos en casa los llamamos, le dije a mi madre. Está estable, ¿verdad? ¿Te lo han dicho las enfermeras? Sí, sí, dijo mi madre. La van a dejar ingresada esta noche más que nada por precaución. Nic dijo que luego me llamaba si sabía algo nuevo sobre Elf. Le tiré de la manga a mi madre como si tuviera cuatro años. Venga, vámonos ya, insistí. Secundo la emoción, me contestó.

Me despedí con la mano de aquel matrimonio de triunfadores y les pedí que le dieran recuerdos a su hijo de mi parte. Cuando ya nos íbamos, le dijeron a mi madre que le deseaban lo mejor para Tina y Elf.

Mi madre, que no los había escuchado bien, respondió con un Chao, pescao.

Nora me había mandado un mensaje desde Toronto: *Ha venido un tío trajeado a la casa y me ha preguntado si estaba bien. Me ha dicho que era amigo tuyo. Ahora eres testigo de Jehová o qué? Cómo está Elf?*

Íbamos en dirección sur por Corydon Avenue, camino del piso. ¿Cómo estás tú?, me preguntó mi madre entonces. Bien, bien, dije. Me entraron ganas de decirle que estaba que me subía por las paredes de la rabia y que me sentía culpable por todo y que cuando era pequeña me levantaba por las mañanas cantando, que estaba deseando saltar de la cama y salir corriendo de la casa para entrar en el reino mágico que era mi mundo, que cuando los rayos de sol volvían visible el polvo sentía una alegría inmensa, que mi bici dorada y centelleante con el asiento en forma de plátano y el respaldo superalto me cortaba la respiración de lo majestuosa que me parecía, porque era mía y no había un alma más libre en el mundo que yo con nueve años, y ahora todas

las mañanas me despertaba recordándome que eso de tener el control es una ilusión, respirando hondo y contando hasta diez para intentar espantar los ataques de pánico y con la esperanza de que mis propias manos no hayan conseguido estrangularme en pleno sueño. Nora me escribió: *Ahora tenemos hormigas carpinteras.* Le respondí: *Bien, que se remanguen y nos arreglen la puerta rota.*

Mi madre me dio una palmadita en la pierna y me dijo deja el móvil mientras conduces, cariño. Yo me quedé callada y ella añadió algo sobre que esto también pasaría y me entraron ganas de dar un volantazo y estrellarme contra los coches del carril contrario. ¿Qué será lo siguiente?, le pregunté. ¿Lo que no te mata te hace más fuerte?

Bueno, dijo entre risas, sé que tu ideología te impide utilizar clichés, pero sí, ese valdría, ¿no te parece?

No, no me parece. Al final todo saldrá bien y, si no sale bien, es porque no es el final.

¿Ese también es uno?

Sí, es de esos, pero creo que me he liado. Y ¿a qué te refieres con que mi ideología me lo impide? Ser original no es ninguna ideología.

Vale, pero creer en la originalidad es duro, ¿no?

Supongo. ¿Sabías que la gente es más feliz cuando deja de intentar serlo? Lo dice un estudio que hicieron.

Bueno, eso te lo podía haber dicho yo también.

El móvil me estaba vibrando como loco, con mensajes de hombres que querían divorcios y crías que querían que condonara el sexo entre menores y matara insectos a tres mil kilómetros de distancia.

Bueno, ¿qué le pasa esta vez a Rhonda, la chica del rodeo?, me preguntó mi madre. ¿Sigue teniendo…, cuánto era, catorce años?

No, este es mi libro libro, mi libro de verdad.

¡Anda, es verdad! Claro que sí. ¿Y de qué habías dicho que iba?

Pues no lo sé, dije. No hace falta que te esfuerces en fingir interés…, estás agotada.

No, Yoli, quiero saberlo y, además, si acaso, me ayudará a mantener la cabeza apartada de otras cosas aunque sea por un minuto o dos.

Va sobre un práctico de puerto.

¿Cómo? ¿Un qué? Yo creía que iba sobre unas hermanas.

Sí, eso también, pero al principio es sobre un práctico de puerto. Es el que…, bueno, supongo que también puede ser mujer pero en mi historia es hombre, dirige el timón de los barcos grandes cuando tienen que salir del puerto y después, cuando ya el barco está a salvo en mar abierto, se baja por una escalerilla de cuerda para llegar a una barquita que ha ido todo ese tiempo al lado del barco, y luego vuelve a su casa. Pero en mi historia hace muy mal tiempo y no puede bajar a la barquita, no se lo permite el capitán, la escalerilla es demasiado endeble y es muy arriesgado, han subestimado un temporal que no estaba previsto hasta dos días después, así que el práctico se ve obligado a ir hasta Róterdam con el buque porque no hay otra escala antes.

Ah… Vaya, suena fascinante.

Bueno, verás, fascinante tampoco. Yo solo quería escribir un libro que no terminara con una competición de rodeo y esas cosas…

Pero si son muy emocionantes…

Pues esta vez no puede ser, mamá. Esta vez empiezo con la acción.

¿Y qué pasa entonces cuando se va en el barco?

Que no puede acudir a una cita crucial que tenía planeada para esa noche y todo se va al garete.

Pero ¿no puede decirle a la persona con la que había quedado que cambien el día?

Bueno, no lo sé seguro, pero sí, claro, ese es un pequeño problema de verosimilitud que estoy teniendo porque en teoría podría, pero entonces no habría crisis ni habría libro.

Ya… ¿Y si se olvida el móvil?

No, eso no colaría porque aparte estaría toda la tripulación del barco y tendría todo tipo de comunicaciones y tecnologías a su alcance.

Vale, pero ¿a lo mejor puede llamar a la persona con la que iba a quedar pero esa persona no recibe el mensaje a tiempo? Ya sabes, que no coincidan por una serie de casualidades.

Ya, eso tendría más sentido, creo. A mí simplemente me gustaba la idea de que no pudiera bajarse del barco y que no esperara para nada tener que viajar hasta Róterdam.

Ya, humm. ¿Y la parte de las hermanas? ¿Conoce a unas hermanas en el barco?

No, la parte de las hermanas está en su imaginación mientras contempla el mar desde cubierta.

¡Ah! Ajá… Recuerdos de hermanas.

Más o menos, sí, le vienen solo como pensamientos… Un momento, ¿oyes eso?

¿Qué?

Un traqueteo. Espera.

Detuve el coche en el aparcamiento de un local de la fúnebre cadena de heladerías Lápidas de Mármol (¡ahí llevas!) y apagué el motor. Me bajé y rodeé el coche, escrutándolo y sin tenerlas todas conmigo, como si estuviera viendo la última instalación de Damien Hirst. Volví al coche e intenté arrancarlo. Nada. El motor parecía gripado. Qué raro, contestó mi madre. No te preocupes, le dije. Pensé en cuando Anatole France le dijo airadamente a su *amour* que se mordería los puños hasta que le sangraran. Volví a intentarlo. Y otra vez. Nada.

El coche ha muerto, anuncié.

Mi madre sacudió la cabeza y dibujó una gran sonrisa. Se echó a reír. Me quedé mirándola. Le cogí la mano y le planté la llave inservible en la palma. Sonreí y ella siguió riendo un buen rato.

Caramba, caramba. Le temblaba el cuerpo. Esto es de risa ya.

Me sugirió que dejáramos el coche allí mismo y fuéramos andando a

Kristina's, el griego que había enfrente de la Shell. Venga, dije, buena idea, sobre todo lo de andar.

Mientras comíamos tuvimos una conversación sorprendentemente animada sobre hombres, sexo, culpa e hijos. ¿Acaso hay algo más? Nos bebimos una botella entera de tinto. También hablamos de Nic. ¿Crees que está bien?, le pregunté yo a mi madre. Bueno, eso depende de qué signifique para ti *bien,* me respondió. Está aguantando el tirón.

Sí, supongo que sí. Lo que no entiendo es cómo.

¿Cómo? ¿Y cómo estás aguantando tú?

Ya, sí. ¿Cómo estás aguantando tú?

Nos reímos de nosotras mismas y luego paramos. Aliento, energía, emoción, autocontrol, demasiado valioso todo para andar derrochando. Me sonó el móvil y lo cogió mi madre e hizo preguntas sin respuestas, ¿en qué podemos ayudarlo? (Puede que estuviera ligeramente borracha). Era Jason, su mecánico de River City Auto, que nos dijo que iba a pasar a recoger el coche con su grúa para averiguar qué le pasaba.

Volvimos a casa de mi madre cogidas de la mano. Me enseñó cómo sincronizar los pasos en plan militar. Es un brinco pequeño, ¿ves? Me hizo una demostración. Luego, si te desfasas, lo vuelves a hacer. Me obligó a intentarlo. Cuando estuvimos de vuelta en el piso, se puso a hablar por teléfono con gente sobre Elf y Tina (sí, están las dos en el hospital. El mismo hospital, sí) mientras yo investigaba sobre el Nembutal por internet. Si «borras el historial», ¿significa que la policía no puede verlo?

Jason volvió a llamarme al móvil y me dijo que la trasmisión estaba muy crítica y que no tenía sentido intentar salvar el coche, que no merecía la pena. Me sugirió que llamáramos a una organización de jóvenes «en peligro de exclusión» para que utilizaran el coche a modo de cobaya en sus clases en una escuela donde intentaban ayudarlos a escoger un oficio que no fuesen los delitos menores. Me darían cincuenta pavos por el coche y se lo llevarían y adiós muy buenas. Le dije que esperara un momento y le pregunté a mi madre si estaba preparada para despedirse definitivamente de su coche. Estaba hablando por el otro teléfono y asintió y se encogió de hombros, sí, lo que sea. Le dije a Jason que de acuerdo y que se quedara él con el dinero. Me dijo que fuera a recoger las cosas que teníamos en el coche antes de llamar a los chavales en apuros.

Me salí al balcón con el portátil y leí que el pentobarbital es el genérico del Nembutal y que dependiendo de la marca se llama también Sedal-Vet, Sedalphorte y Barbithal. Se utiliza para sacrificar animales y hay que ir a México para comprarlo aunque no a ciudades fronterizas como Tijuana, porque la policía recela ya de los llamados «turistas de la muerte». Hay que adentrarse más en el país, ir al interior, a pueblos remotos. Y una vez allí solo hay que buscar una tienda de mascotas, entrar y pedirlo. Me pareció raro que algunos de quienes escribían sobre lo que les costó comprar el medicamento

advirtieran a sus lectores de que se cuidasen de adentrarse en callejones peligrosos. ¿Qué era lo peor que podía pasarles? ¿Que los mataran?

Una dosis de Nembutal vale unos treinta pavos y se necesitan dos frascos de cien mililitros para garantizar una muerte rápida con el cien por cien de certeza. Y hay que tomar previamente algo para las náuseas, pastillas antimareos, con la idea de no vomitar una vez que te hayas tomado el Nembutal. Son antieméticos. Se toma uno cada hora durante doce horas antes de tomarse el Nembutal. Son legales y se comercializan con nombres como Compazine o Dramamine. Una vez que te tomas el Nembutal, en media hora estás muerto, a no ser que seas corpulento, en cuyo caso podrías tardar entre tres cuartos de hora y una hora. No provoca dolor alguno. Te quedas dormido en un santiamén y no te da tiempo ni para discursos ni para terminarte la copa.

El problema no era comprar el medicamento, según leí por internet, sino conseguir volver con él por la frontera. Así que, pensé, llevaría a mi hermana a México en vez de que el medicamento fuera a ella. Aparte, con solo abrirle el frasco me convertiría en culpable de homicidio involuntario. Algunos de los comentarios anónimos contaban que incluso sugerirle a la persona que quiere morir algo en la línea de oye, venga, por qué no compramos ese frasco, puede convertirte en cómplice de homicidio.

Apagué el ordenador y cerré los ojos. Escuché sirenas por el puente Osborne, pero me imaginé una playa, una choza con el techo de paja, hojas de palmera ondulándose suavemente en una brisa caribeña, mi hermana cumpliendo por fin su deseo, Nic, mi madre (mi padre incluso, aunque estuviera muerto, porque era una fantasía y podían aparecer los muertos que a mí me diera la gana), yo, mis hijos, cogiéndola de la mano, tocándola, sonriendo, besándonos, despidiéndonos, diciendo Elfie, tú has…, has marcado nuestras vidas de una manera increíble, nos has llenado de alegría y has guardado nuestros secretos y nos has hecho reír a carcajadas y te echaremos de menos un montón, *adiós, CIAO!,*[10] pronunciándolo perfectamente, a la vez, y Elf yéndose a la deriva tan plácidamente en una nube esponjosa de amor eterno.

Llamé a Nic pero en cuanto me cogió el teléfono me desinflé. Tenía pensado preguntarle si le interesaba un viajecito a México para cargarnos a su mujer. Y en cambio le pregunté si nos podría prestar el coche unos días porque el de mi madre ya no tenía remedio. Me dijo que se lo podía quedar el tiempo que quisiera para ir al hospital y lo que hiciera falta, él prefería coger la bici. Le pregunté si seguía en el hospital. Me dijo que sí.

¿Y?

Nada nuevo, dijo. Ha cenado un poco. Tiene mejor la garganta. Y Tina está dormida en su habitación. Sin novedad en el frente. Me preguntó si yo estaba bien y de pronto empecé a ahogarme. ¿Yoli? Estoy bien, dije, perdona.

Luego me contó que al final tenía pensado irse a España. Yo ni sabía que

era algo que estuviese planeando. Me dijo que no había tenido claro si cancelar el viaje o no pero que ahora se había decidido y sí que se iba… mañana.

¿Mañana? Qué pronto.

Ya lo sé… Elf me ha dicho que debería ir. Que tengo que ir. Aunque solo sea por…, ya sabes.

Ya, sí, sí, deberías…

Y es que ya no me devuelven el dinero del billete. Voy con mi padre, que el pobre lleva ya no sé cuántos años con la idea de que vayamos…

¿Cuánto tiempo es?

Diez días.

Ajá, guay, guay…

Ya sé que ahora mismo no tiene mucho sentido. Pero es el sueño de mi padre. Y tu hermana no va a volver a casa en ese tiempo, el médico ha sido muy claro al respecto.

Ajá…

Pero tú sí tienes pensado quedarte al menos esos días, ¿no, Yoli? En fin, como para que estés aquí y…

Sí, sí. No, de verdad, tienes que ir. Todo el mundo sabe que necesitas un descanso.

Y tú también, todos, pero…

No, ¡vete! ¡Ni te lo pienses! Ni te lo pienses.

Aunque ahora mismo la verdad es que me parece absurdo dar vueltas por Barcelona sacando fotos a movidas de Gaudí mientras Elf está ingresada.

Ya lo sé pero de todas formas todo es absurdo y si no te tomas un tiempo ahora, al final vas a petar tú también, amigo mío.

Bueno, sí, supongo.

A ver, no eres solo tú, somos todos. Es como lo que te dicen en los aviones de que primero debe uno inhalar el oxígeno antes de dárselo a los niños.

Ya…

Tienes que irte por la misma razón por la que obligamos a mi madre a irse al crucero aquel. Hay que quitarse de en medio de vez en cuando o si no acabaremos todos compartiendo cuarto con Elf en Psiquiatría.

No estaría ni mal. ¿Has leído hoy el periódico? Hablaban de ella en la sección de cultura, decían que había cancelado la gira por agotamiento. Ponía también que la familia ha pedido que respeten su intimidad.

¿Ah, sí? ¿Se está encargando alguien de hablar con ellos?

¿Con la prensa? No, que yo sepa no. El único que se está encargando de esas cosas es Claudio. Fue él quien les dijo que estaba agotada. Lo del comunicado de prensa.

Algo había que decirles. Nic, de verdad, deberías irte de viaje. En serio. Tienes que ir.

Pero el tipo ese, Danislov o cómo se llame, el oboísta eslovaco que vive en Winnipeg… Vino ayer a verla al hospital.

Ah, o sea que se va a enterar todo el mundo. ¿Llegó a hablar con ella?

En realidad da un poco igual, opinó Nic. A ver, la verdad es la verdad. Yo lo único que quería… Esperaba poder protegerla.

Y la has protegido. Llevas tiempo protegiéndola. Siempre lo has hecho. Nic se había puesto a llorar. Estaba llorando como un hombre, tragándoselo todo de vuelta para dentro.

No pasa nada. Yo estaba igual, intentando no llorar… Tenemos que turnarnos para venirnos abajo o estamos perdidos. No pasa nada, le dije. Me apreté los ojos con los puños.

Podría ser cualquier sitio… España me trae sin cuidado. Podría ir a Montana o algo así ahora mismo, a cualquier parte prácticamente. A veces me entran ganas de volver a tener cuatro años y estar en Bristol, caminando por la calle principal con mi madre.

Pronunció *madre* con ese acento suyo tan británico. Cuando lo escuché fue también mi perdición. Al final tuvimos que colgar sin más, sin despedirnos siquiera.

DOCE

Jason me había sugerido que me pasara por el taller esa misma noche antes de que cerraran a las nueve. Me despedí en silencio de mi madre, que seguía al teléfono y me lanzó a su vez un beso. Recorrí andando las tres manzanas que había hasta el taller y me encontré con que había un hombre escrutando el interior del coche de mi madre. Lo único que se le veía eran la espalda redondeada y algo de pelo castaño y ralo. Dije hola y se incorporó. Llevaba una camiseta con la portada de un viejo ejemplar de *Los subterráneos* de Jack Kerouac estampada por delante. Me di cuenta entonces de que era el Jason que había conocido en mi primer año en la Universidad de Manitoba, el de la clase de literatura canadiense que siempre me pedía prestados los apuntes y llevaba pantalones de pana amarillos y me lo compensaba con hierba. Lo llamábamos Jason I el Triste porque la novia lo había dejado y era incapaz de concentrarse en nada.

Cuando has dicho por teléfono que te llamabas Yolandi he pensado que podías ser tú. No es que haya una barbaridad de gente con ese nombre…

Y entonces mi antiguo yo eclipsó todos mis pensamientos, solo podía pensar en la persona que era antes de convertirme en todas las demás: una futura divorciada de cuarenta y tantos años que había sido tan tonta de dejar a su marido aunque en su momento creyera que tenía razones válidas, una amante con tan poco criterio que rozaba el esperpento, una hija adulta que incordiaba a su madre anciana por utilizar clichés, una hermana que no era capaz de decir lo que tenía que decir para salvar una vida y por eso estaba pensando en recurrir en cambio al homicidio, una escritora que era una impostora que decía saber sobre cargueros transatlánticos y sobre «turistas de la muerte». Me quedé allí llorando en medio del taller de Jason I el Triste hasta que se me acercó sin tenerlas todas consigo y me rodeó tímidamente con sus brazos grasientos y me dijo eh, no pasa nada, no llores, es solo un coche.

Jason resultó encontrarse también en pleno divorcio de una esposa que ya no lo veía con ojos románticos y en esos momentos estaba medio saliendo con una mujer que trabajaba de payasa en la Calgary Stampede alejando los toros de los jinetes que se caían. Le conté que yo también tenía cierta relación con los rodeos y que también estaba divorciada, o casi, que vivía en Toronto y había ido a Winnipeg a ver a la familia y en esos momentos las cosas no iban muy allá pero en fin, ya se sabe, mañana será otro día y eso… Me propuso que pillásemos unas cervezas y fuéramos en su coche al aliviadero para ponernos al día y ver la crecida del río y la aurora boreal que según el parte de la CBC iba a verse esa noche a las afueras de la ciudad. A ver, se vería también en otras partes, reconoció, pero de todas formas había que apartarse de las luces de la ciudad para poder verla.

En cuestión de segundos Jason y yo nos habíamos convertido en algo que

no habría previsto en aquella clase de literatura canadiense de hacía cien años. Qué viejos estábamos. La palabra *no* se apoderó de todos mis sentidos y mis instintos más sensatos y dije que sí, buena idea. Una vez en el coche, le pregunté si seguía fumando hierba y me dijo que no, ya no tanto. Bueno, últimamente un poco con el tema de la ruptura, pero aparte de eso no. Nos adentramos en la oscuridad del sureste de Manitoba.

Aparcamos al lado del aliviadero, bajo las estrellas, y bebimos cerveza y hablamos del pasado. ¿No te parece mortal todo esto?, me preguntó. Sí, coincidí. Intentamos sin éxito ver la aurora boreal. Me recliné en el asiento del copiloto y apoyé las piernas en el salpicadero y cerré los ojos. Dentro del coche olía como a vainilla. Tenía un millón de ambientadores colgados del retrovisor. Se disculpó por todos los pelos de perro que había. Estaba realmente oscuro. No habíamos puesto música. Él estaba mirando por el parabrisas con las manos sobre los muslos. Bajó la ventanilla y luego me preguntó si hacía demasiado frío. Le pregunté si alguna vez había estado en una ciudad con puerto del estilo de Róterdam. Me dijo que sí, la verdad era que sí, buenos tiempos aquellos, qué buenos tiempos.

Me disculpé por ser tan rara. Me dijo que no pasaba nada, que así me recordaba. Me dio un beso muy suave en la mejilla. Yo me quedé con los ojos cerrados y sonreí. Le cogí la mano y me la puse en la pierna y él me preguntó por mi novio, mi marido o en fin. Me acarició la pierna. Estoy igual que tú, le dije, esto no es nada. Dejó de tocarme y de besarme. Abrí los ojos y volví a disculparme por haber dicho una inconveniencia, una tontería. Le dije que era agradable hablar con él. No me dijo nada pero asintió y entonces le besé yo a él y no me lo impidió. Le pregunté si se acordaba de la vez que había ido a mi piso cutre de Osborne Village con un maletín lleno de cuchillos. ¿Y eso?, ¿pensaba trincharte o qué?, me preguntó. No, le dije, ¡viniste a cocinar! Ah, es verdad, dijo, se acordaba. Actuábamos con torpeza y sin rodeos. Me senté encima de él y luego tanteé por el lateral para buscar la palanca y bajarle el asiento y tiré hacia arriba y Jason se cayó hacia atrás de golpe, se quedó en horizontal con la luz de la luna iluminándole una esquina de la cara. Perdona, perdón, dije. Me imaginé que éramos jóvenes y estábamos cachondos y muy felices.

Después quiso saber por qué le había preguntado lo de Róterdam. Le expliqué que estaba intentando escribir un libro en el que, al final, una persona se quedaba varada en el mar sin poder evitarlo y la otra se quedaba en la orilla, dolida y cabreada. Le pareció que sonaba muy bien, interesante, y le di las gracias. Luego, de vuelta a la ciudad, me dijo que no me lo tomara a mal, pero ¿no habría podido explicarle a esa persona que se había quedado atrapado en el barco? ¿En esta época y con la tecnología que había y todo eso? ¿Mandándole un mensaje o algo? Ya, reconocí, pero por alguna razón no puede. Ajá, ya, pero ¿qué razón? Le expliqué que estaba teniendo problemas estructurales y él me contestó que a él le parecía que mi estructura estaba muy bien y funcionaba a la perfección, y yo le dije, ja, ja, gracias, la tuya también. (Madre mía…).

Yo creo que lo importante es que tenga un ritmo cañero, me dijo.

¿Qué?

La historia, que lo suyo es que avance superrápido, a toda leche, para que no se vuelva aburrida. Además, escribir cuesta mucho, ¿no? Lo suyo es entrar, hacer lo que tienes que hacer y salir. Como cuando trabajaba limpiando fosas sépticas.

Me quedé pensándolo y me di cuenta de que era el mejor consejo de escritura que me habían dado en años. En toda mi vida. Cuando me dejó en casa de mi madre y me preguntó si podíamos quizá volver a vernos mientras yo estuviera en la ciudad, para tomarnos un café o algo, ir al cine, le dije que no sabía muy bien cuánto iba a quedarme. No le había contado lo de Elf. Chachi, me dijo, vamos hablando. Nos besamos. Entré en el vestíbulo y me despedí desde el otro lado del cristal tintado, sonriendo y reprendiéndome a mí misma con una sola palabra apenas susurrada: Para.

Subí todos los tramos hasta casa de mi madre de dos en dos escalones y repitiendo el conjuro –para, para, para– a cada pisotón rabioso mientras intentaba recordar lo que me había dicho un amigo mío de Toronto no hacía mucho: que, dentro de diez años, la culpa será lo más de lo más, hablar de ella, diseccionarla y superarla. Ese día discutimos un poco porque yo le dije que me parecía absurdo pensar que uno pudiera librarse de la culpa a fuerza de hablar de ella, que la culpa era necesaria en esta vida, que nos impide repetir acciones reprobables y que nos motiva a pedir disculpas y a buscar perdón y a empatizar con otros seres humanos y a sentir el dolor de aborrecerse a uno mismo que a algunos de nosotros nos motiva a su vez a escribir en un fútil intento de expiación, y además la culpa ayudaba también, le dije a mi amigo, a enmerdar las relaciones y las relaciones enmerdadas son la fuerza vital de los libros, las películas y el teatro, así que vale, sí, claro, librémonos de la culpa pero entonces ya podemos olvidarnos también de la cultura. Ahora, sin embargo, mientras subía los escalones de cemento llevándome las manos y los dedos a la nariz para ver si apestaba a sexo o a aceite de motor, iba anhelando una vida libre de culpa.

Me encontré a mi madre jugando al *Scrabble* por internet con una mujer de Rumanía cuyo nombre en clave era Matahombres. Las partidas van con tiempo y le tocaba a mi madre hacer un movimiento rápido. Yoyo, me dijo cuando pasé por delante, que Nic se va mañana a España. Asentí y le dije que ya lo sabía.

Fui a mi cuarto y busqué en Google «comprar Nembutal en España», pero solo encontré referencias al Viagra inyectable. Luego busqué «eutanasia para personas con problemas psiquiátricos» y encontré que en Suiza es legal pero no es una práctica tan habitual. Allí es legal ayudar a una persona a suicidarse si no hay segundas intenciones egoístas. Y no hay que ser ciudadano suizo para que te ampare la ley. ¡Ajá! Ahora entendía por qué Elf me había rogado

que la llevara a aquel país.

Calibré mis opciones. Eran duras. Llevar a mi hermana a México y comprar Nembutal en una tienda de animales de un callejón polvoriento de un pueblo perdido no turístico y asegurarme luego de que ella abriese el frasco y yo no la animara en modo alguno. Aunque la definición de *animar* podía no estar muy clara bajo las circunstancias actuales. Y conseguir que Nic y mi madre accediesen al plan. O: llevarme a Elf a Zúrich y hacerlo todo por lo legal, salvo por que quizá los médicos no nos lo permitieran si consideraban que el dolor de mi hermana no era suficiente y no merecía la eutanasia. Y conseguir que Nic y mi madre accediesen a ese plan. De pronto me sentí esperanzada. Aunque no tenía claro si debía curarme en salud y decirle a mi hermana que estaba pensando en llevarla a Suiza o a México pero a la vez animarla a vivir. Si le contaba el plan del Nembutal, no habría manera de quitárselo de la cabeza, y entonces aunque albergara tan solo esperanzas diminutas, tamaño ameba, de querer vivir, desaparecerían de golpe ante esa nueva posibilidad. Además, no había nada que le impidiera, una vez que le dieran el alta en el hospital, irse por su cuenta a Suiza o a México, salvo porque no cumpliría su objetivo de no estar sola en sus últimos momentos de vida y si Nic no se apuntaba al plan, se daría cuenta de que mi hermana se había ido y de que faltaba dinero en la cuenta e intentaría impedírselo. ¿Qué haría ella?

Escuché las trompetas que marcaban el final de la partida de mi madre con Matahombres y la palmada de cerrar el portátil. Y al momento allí la tenía, en el umbral. ¿Cómo estás, querida?, me preguntó. ¿Qué has hecho? Nada, acostarme sin protección con tu mecánico e investigar sobre cómo matar a tu hija. Poca cosa, dije, he recogido las cosas del coche. Estoy trabajando un poco.

Mi madre me habló entonces de las minas que tiene Canadá en Honduras, de que es todo una farsa. Esa noche su rabia contra el mundo había encontrado ese rincón particular del mundo para ponerse cómoda. Mañana sería otra cosa, los jardineros musulmanes de Oshawa a los que habían retenido en Guantánamo sin juicio y que languidecían en aislamiento, o cualquier situación que fuera o bien arbitrariamente horrible o bien horrible pero del todo imposible de impedir para cualquier mortal. Las minas están destruyendo todas esas aldeas, dijo. Destruyendo las comunidades. Y arrebatándoles las materias primas de la tierra. El primer ministro Harper lo justifica mientras los propietarios ricos de las minas se dedican a sobrevolarlas de vez en cuando con sus helicópteros y reírse. Ya, dije, es increíble. Un horror.

¿Verdad? Están utilizando el dinero de los contribuyentes para financiar una destrucción sistemática y sancionada del pueblo hondureño y nadie…

Ya. Es realmente… Qué barbaridad. Notaba que me temblaba el párpado derecho. Me tumbé en la cama y cerré los ojos. Repasé los síntomas de la depresión que había leído en un cartel en la parte de atrás de un autobús como parte de una campaña de concienciación sobre las enfermedades mentales. Sensación de irrealidad, pensé. Bingo.

Perdona, cariño, estarás cansada, ya me imagino.

Tú también, ¿no?

Sí, supongo que sí.

Cogí el libro que tenía a mi lado en la cama y lo hojeé por encima. Eh, escucha esto, mamá. ¿Has oído hablar de un portugués que se llamaba Fernando Pessoa?

¿Juega con los Jays?

No, era poeta, este libro es suyo, pero ya murió. Se mató.

Virgen santa, ¿y quién no?

No, pero escucha lo que dice: «Desde mi cuarto piso hacia lo infinito, en lo plausible íntimo de la tarde que pasa, en la ventana cuando recién comienzan a verse las estrellas, mis sueños van parejos a las distancias expuestas para viajar a países ignotos, supuestos o solamente imposibles».[11]

Pues sí, un buen resumen, ¿no te parece?

Cambió de tema. Me dijo que la sonrisa de Elf se parecía a la de mi padre. Me llevo cada sorpresa… A veces se me olvida y entonces es como ¡oooh!

Ya, dije. Tiene una sonrisa increíble.

Yoli…

¿Sí?

La rodeé con los brazos. Estaba llorando de pronto, temblaba y todo. Un gemido cada vez más agudo que nunca le había escuchado. La abracé con todas mis fuerzas y le besé el pelo suave y blanco.

Es un ser humano, susurró mi madre.

Nos quedamos un buen rato así abrazadas en el umbral. Estaba de acuerdo con mi madre. Sí, le dije. Por fin consiguió recobrar el aliento y hablar. No soportaba ver a Elf en la planta de Psiquiatría. Esa cárcel. No hacen nada. Si no se toma las pastillas, no le hablan. Lo único que hacen es esperar e incordiar, esperar e incordiar, nada más que esperar e incordiar. Volvió a echarse a llorar, esta vez en silencio. Es un ser humano, repitió. Ay, Elfrieda, mi niña.

La llevé hasta el sofá y nos sentamos. Le cogí de la mano y busqué como pude palabras de consuelo. Me levanté y le dije que iba a preparar una infusión. Cuando terminó de hacerse, llevé dos tazas de manzanilla al salón. Mi madre estaba tendida en el sofá con una novela policíaca en el pecho. Mamá, le susurré, es mejor que te acuestes. Mañana tenemos hospital otra vez, bien tempranito por la mañana. ¿No liberan ya a la tía? Mi madre abrió los ojos.

Se llama dar el alta. Pero sí, mañana.

Yo preferiría que me liberasen a que me dieran el alta, dije.

Cierto, suena mejor.

Me metí yo también en la cama y me quedé allí tumbada, despierta y pensando. Le contesté a Nora el mensaje sobre el abogado: *Es un amigo mío. Se llama Finbar. Solo quería ver que estabas bien. Y no soy testigo de nada.* Le respondí a mi ex: *Sí, te los puedo firmar mañana en algún hueco cuando no esté en el hospital. Cómo sabes escoger el momento, macho.* Luego otra vez a Nora: *Y*

deja de llenar la encimera de migas. Le escribí a Will: *Si el sueco se quiere quedar a dormir, no pasa nada. El corazón no atiende a razones.* Me contestó: *Vas ciega?* Al final escuché que la ducha empezaba a salpicar agua por todo el baño, una cortina para la ducha, me dije, una cortina para la ducha, compra una, y me quedé dormida.

Esa noche soñé que estaba en un pueblecito llamado Tough y que me encargaban, no sé a santo de qué, componer la banda sonora del pueblo. Me mandaban a la casa de un matrimonio mayor que vivía en Tough y me hacían sentarme a su viejo piano Heintzman y me decían, hala, ya puedes empezar. No, esto no lo tendría que hacer yo, les dije, esto debería hacerlo mi hermana. Me dieron una palmadita en la espalda y me sonrieron. Luego me trajeron una jarra de agua helada y un vaso. El pueblo entero estaba rodeado de balas de heno y se suponía que formaban una especie de muro o barrera. Que mantenían a salvo a los ciudadanos de Tough. Cuando les dije pero si no son más que balas de heno, los ancianos, personas amables que se movían lenta pero decididamente por su casa, me dijeron que yo no me preocupara por eso, que me limitara a concentrarme en la partitura. Les pregunté que dónde estábamos, en qué país, y me señalaron el piano y me recordaron mi misión. No había tiempo para cháchara.

Nic me llamó muy temprano por la mañana para preguntarme si podía llevarlo al aeropuerto y luego así yo me llevaba de vuelta el coche a casa de mi madre para que pudiéramos utilizarlo esos días. Cualquier otro día iría en autobús, pero iba tarde y todavía ni siquiera sabía si debía irse y si yo no lo llevaba seguramente se volvería a la cama con una bolsa de maría y se pondría a llorar hasta quedarse dormido.

Lo recogí y me dijo que la puerta del conductor no funcionaba bien y era mejor no abrirla. Para ponerse al volante había que deslizarse por el asiento desde el lado del copiloto, por encima de la palanca de cambios y todo eso. Le dije que lo llevaría al taller porque no creía que mi madre pudiera hacer esa maniobra cada vez que cogiera el coche. De camino al aeropuerto iba restregándose la cara con las manos y preguntándose en voz alta qué estaba haciendo. Subió una pierna al salpicadero, apoyó el codo en la rodilla y la cabeza en la mano y cerró los ojos.

Seguro que te lo pasas bien, le dije. Te va a sentar de maravilla ver a tu padre. ¿Te encuentras con él en Montreal?

No me lo voy a pasar bien, pero será un descanso. No, nos vemos directamente en Madrid. Ojalá fuera con Elf.

Eso es, necesitas un descanso. Podrás consultar el correo, ¿verdad?

Sí, en todo momento, así que si hay cualquier cambio…

Sí, yo te escribo, no te preocupes. ¿Qué dijo anoche la enfermera?

Poca cosa, solo que a Elf le queda todavía tiempo en el hospital. Nos quedamos callados, yo conduciendo, él mirando al infinito.

Esto…, no sé si… ¿Ella alguna vez te ha hablado de Suiza?

¿A qué te refieres? No, no creo. ¿Por qué?

No, por nada… ¿No te ha dicho que le gustaría ir o algo así?

No, nunca. Quiere ir a París.

¿Te refieres a iros a vivir y eso?, le pregunté.

Yo podría conseguir trabajo allí. Y como los dos hablamos francés…

Le dije que sería fantástico. Así que ¿te habla de eso? ¿Te dice que quiere ir cuando esté mejor?

Bastante, respondió Nic. A ver, no sé cuándo sería, pero nos gusta pensar en esa posibilidad. Ella solo tiene que superar esta historia. Tienen que dar con la medicación correcta. Puede llevar meses dar con la dosis y la combinación correctas.

O años. Y eso siempre y cuando ella esté dispuesta a tomarla.

Que no es lo que suele pasar.

Que no es lo que suele pasar, coincidí.

Sacó un libro de la mochila y escribió algo en una página.

¿Qué lees?

A Thomas Bernhard. *El malogrado.*

Nic, no tiene ninguna gracia.

Ya, pero es lo que estoy leyendo, me lo has preguntado. Ay, ¿le puedes dar esto a tu hermana? Abrió la mochila y me dio un puñado de papeles. Son correos de gente. Para Elf, de sus fans, de amigos. Me los ha mandado Claudio. Nic se volvió para mirar por la ventanilla. Estábamos acercándonos al aeropuerto, siguiendo las señales del avioncito, atravesando polígonos industriales, clubes de caballeros sin ventanas y baches enormes.

¿Es que en esta ciudad nadie arregla nunca nada?, comenté. Nic no respondió. Llegamos al aeropuerto y otra vez nos dimos las gracias mutuamente por los esfuerzos que estábamos haciendo por ayudar a Elf. Nos abrazamos y nos dijimos hasta pronto, *au revoir* y *adiós.*[12] Nic llevaba una sola mochila y parecía medio vacía. Me pregunté si se habría molestado en echar algo más aparte del libro de Bernhard y de sus escritores chinos de cabecera. ¿Cuántos días dijiste que eran?, le pregunté cuando iba camino ya de las puertas giratorias, intentando pasar con la mochila. Levantó ambas manos como si fueran a arrestarlo. Diez.

Volví con el coche y paré en el aparcamiento de visitas y subí corriendo las escaleras hasta el piso. ¿Estás lista?, le pregunté a mi madre. ¿Ya se ha ido Nic?, me preguntó ella. Sip, vuelve dentro de diez días. La puerta del conductor está rota, pero voy a intentar arreglarla esta tarde. Luego me acordé de los papeles del divorcio que había accedido a firmar sobre la misma hora. ¿No podía la firma esperar un día más, me pregunté, después de dieciséis años de casados?

Cuando entramos en el hospital, no pudimos encontrar a mi hermana. La enfermera del mostrador de la UCI nos informó de que la habían trasladado al pabellón Palaveri, a Psiquiatría 2, que estaba a varios edificios de distancia

dentro del campus o como quiera que se llamen los terrenos de un hospital. Bajamos a la quinta planta para ver cómo estaba mi tía y nos la encontramos dormida, aunque enganchada a más máquinas que la víspera. Estaba pálida, la boca, un rictus boquiabierto de sorpresa. La enfermera nos dijo que la cosa no pintaba tan bien como el día anterior. Tenía letritas escritas por la escayola, notas para sí misma, parecía. Cancelar el club de lectura, cancelar el taichí, cancelar la peluquería. Al final ese día no volvería a su casa.

La enfermera nos preguntó si los hijos de Tina pensaban venir desde Vancouver y mi madre le dijo que sí, mi sobrina viene de camino, y el marido también, pero ¿qué está pasando?

Nos contó que Tina debía someterse a una operación lo antes posible, al día siguiente o el otro a más tardar, si queríamos evitar un infarto masivo de miocardio. Estaban haciéndole el preoperatorio para una operación a corazón abierto, le habían inyectado un líquido para algo y la tenían tranquila mientras buscaban un cirujano disponible para operarla. Pero la enfermera nos lo contó todo con mucha tranquilidad. A veces pasa, le dijo a mi madre. Su hermana es fuerte y aparte de lo del corazón está muy sana, así que la operación será pura rutina. Seguramente pueda volver a Vancouver con su furgoneta dentro de pocas semanas.

Dejamos a mi tía aprovechando que seguía durmiendo y nos fuimos en busca de Elf. Bajamos en ascensor hasta la planta sótano y atravesamos otro túnel de hospital más, entre perplejas y cabreadas. Mi madre estaba rendida aunque no por ello dejó de hablarme de las minas hondureñas. Cada paso era una tortura para ella pero ni siquiera había donde sentarse, no era más que un túnel liso y vacío como el intestino grueso de una persona hambrienta. Yo iba andando por delante de mi madre, con un paso un tanto frenético mientras buscaba la puerta que habría de llevarnos al edificio de Psiquiatría 2. La llamé y el túnel retumbó con mi voz. Mami mi mi mi mi. Se quedó parada en medio del túnel, se la veía menuda, de un centímetro de altura y se llevó las manos a la cintura. Había luces de emergencia a lo largo del techo del túnel y lo cubrían todo con una luz naranja. Volví corriendo hasta donde estaba mi madre y le pregunté que qué hacía. Asintió, sonrió y respiró hondo varias veces.

No te he contado la cantidad de agua que gastan, me dijo medio ahogada. Hablaba de las compañías mineras.

Si te soy sincera, no tengo ni idea de dónde está la puerta, reconocí. Volvió a asentir, sonriendo, como un comandante de campo herido de muerte que enviara mensajes tácitos y valientes a sus hombres para que siguieran sin él, había una guerra que librar. Como las palabras en la tumba de Yeats, a los pies del Benbulben en el condado de Sligo: *Con frialdad mira la Vida y la Muerte, pasa de largo, jinete.* Lo único que podíamos hacer era dar pasitos lentos hacia algo que podría estar delante o no, como una puerta.

Nos deteníamos y seguíamos, esperando en cada parada a que mi madre recuperara el aliento. No tardé en dejar de decir cosas porque me respondía con más entusiasmo de la cuenta, con arrojo, e incluso esos pequeños

estallidos de aire, como ráfagas de munición, estaban agotándola. Por fin vimos una puerta con un SALIDA encima y la empujé y escapamos por una escalera. Tuvimos que subir varios tramos desde aquel sótano para dar con un ascensor que nos llevara a la cuarta planta, a Psiquiatría 2 y, finalmente, a Elf.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en el cuarto piso, ¡me encontré frente a frente con Radek! Llevaba el violín a la espalda como si fuera una bombona para respirar bajo el agua. Le pregunté qué hacía allí y me dijo que había ido a ver a mi hermana. Tenía que decirle lo mucho que ha supuesto para mí su piano, dijo.

Ah, se lo podía haber dicho yo de tu parte. Pero gracias.

Miró a mi madre. Me llamo Radek, se presentó, y le tendió la mano. Mi madre le dijo encantada de conocerlo y nos dejó allí solos delante de los ascensores. Corría el rumor de que tu hermana estaba en Psiquiatría, me dijo, que es serio, suicidio.

¿Quién te ha dicho eso?

Yo solo quería conocerla, pero me han dicho que ya se han acabado las horas de visita. Me preguntó cómo estaba y me echó un brazo por el hombro.

Por un segundo he creído que habías venido a verme a mí. Supongo que se me había olvidado que has pasado página.

¿No has sido tú la que la ha pasado?

¿Tienes pensado tocarle una serenata con el violín?, le pregunté sonriendo con la esperanza de borrar la mala uva, los celos contenidos en la pregunta.

Yo solo quería desearle lo mejor, y darle las gracias.

Ya lo sé, dije. Lo entiendo. Yo se lo digo.

Pero ¿cómo estás tú?

Estoy bien.

¿De verdad? Entonces es que no es verdad.

Tengo que irme. Lo siento mucho por…, en fin, por todo. Por todo esto. Por lo que dije.

Llegará tu hora, me dijo.

¿Qué quieres decir? Ya había empezado a alejarme.

De tu felicidad, me refiero.

Ah, vale, me había sonado más a amenaza que a otra cosa. Pero gracias, Radek. Lo siento.

Yo también lo siento.

Me di la vuelta y regresé hasta donde estaba él y le di la mano. Seguro que tu libreto y todo eso va a quedar genial.

Y tu libro del barco también. ¿O era de… rodeo?

Barco.

Ah, sí, barco.

Nos sonreímos. Nos despedimos.

Mi madre estaba a las puertas de la habitación de Elf, en una silla junto al puesto de enfermeras, haciendo de tripas corazón para parecer alegre, una

embajadora de la esperanza, y recuperando el aliento. Yo entré y me senté al lado de mi hermana en la cama y le dije buenas, ya estoy aquí. En la habitación lo único que había eran dos camas individuales, una vacía, y dos mesas pequeñas con sendas sillitas. Había una ventana pequeña pero alargada con rejas y un pequeño Jesús muriéndose en un crucifijo encima de la puerta. Elf estaba inmóvil en la cama, igual de pequeña que todo, callada, mirando a la pared. Le puse la mano en la cadera huesuda como un amante en plena noche. Me saludó con un murmullo, pero no volvió la cabeza para mirarme. ¿Eres tú, Veleti? Le dije que Nic estaba volando rumbo a España, aunque eso ella ya lo sabía, que mi madre se había quedado fuera recobrando el aliento, que la situación de la tía había empeorado ligeramente y ahora tenían que operarla. Le pregunté cómo se encontraba. No me respondió. Te he traído correo de los fans, le dije. Le dejé el montón de papeles sobre la mesita vacía. No respondió.

Elf, ¿sabe Nic que quieres ir a Suiza? Ahora sí que se volvió lentamente para mirarme y negó con la cabeza.

Él no me dejaría, susurró, no me llevaría. No se lo digas.

Vale, pero yo es que… No sé qué hacer.

¿Tú no me llevarías? Yoli, por favor. Hablaba muy en serio. Sus ojos eran balas. Sacudí la cabeza, no, no lo tengo nada claro. ¿Y mamá qué? ¿A ella se lo has dicho? Mi hermana volvió a sacudir la cabeza y me cogió por el brazo.

Yolandi, escúchame, por favor. Esto es importante, ¿vale? Mamá y Nic no pueden saberlo. Ellos jamás lo permitirían. Nic todavía cree que existe algún tipo de medicina que puede curarme y mamá cree en…, no sé exactamente en qué, puede que en Dios, o en la estadística, pero nunca se rendirá. Te lo pido a ti, Yoli, tú eres la única que lo entiende. ¿No es cierto?

Entonces ¿qué quieres, que nos vayamos las dos a Zúrich en secreto? ¿Solas las dos? Eso no puede salir bien.

¿Por qué no?

Porque allí los médicos tienen que establecer que estás cuerda.

Es que estoy cuerda. Ah, entonces es que ya lo has mirado, ¿no?

Lo he estado leyendo por internet.

Y tiene sentido, ¿verdad?

No sé si diría yo tanto. Era incapaz de mirarla a la cara. Tenía los ojos como platos. Me estaba clavando las uñas.

Yoli, tengo miedo de morir sola.

Bueno, pues entonces no te mueras y ya está.

Yoli, cualquiera diría que estoy suplicándote para que me perdones la vida.

Vale, pero como comprenderás Nic se daría cuenta de que te has largado a los cinco minutos e iría a buscarte, se enteraría de algún modo, nos pillaría en algún renuncio, vería alguna pista y luego me odiaría y a mamá le daría un infarto y seguramente ni siquiera serviría de nada. Es que es muy inverosímil, Elf, es ridículo. No te puedes escapar a Zúrich por la cara. No es la piscina del vecino de al lado…

Yoli, si me quieres…

¡Pues CLARO que te quiero! ¡Joder!

Escuché entonces a mi madre, que estaba hablando con su voz serena pero letal al otro lado de la puerta. Estaba diciéndole a la enfermera que a mi hermana no la había visto un médico en días. La enfermera le contestó que el psiquiatra estaba muy ocupado. Mi madre le dijo lo que me había dicho a mí la noche anterior, que Elf era un ser humano. La enfermera no era Janice. Mi madre le preguntó que dónde estaba Janice. La enfermera que no era Janice estaba diciéndole a mi madre que estaba de acuerdo con ella, que Elf era un ser humano, pero que también era una paciente del hospital y se esperaba de ella que colaborase. ¿Por qué?, preguntó mi madre. ¿Qué tiene que ver la cooperación con que se ponga bien? ¿Acaso la cooperación es un síntoma de una buena salud mental o es solo algo que ustedes necesitan de sus pacientes para poder controlar hasta a la última persona que tienen aquí metida a fuerza de medicación e intimidación? Mi hija comerá cuando le apetezca comer. Igual que usted, igual que yo, no cuando alguien nos diga que comamos. ¿Y qué si no quiere hablar? Mi hija es más inteligente que todo el personal de Psiquiatría de aquí junto…

¡Mamá!, intervine, pasa, anda. Entró en la habitación y la enfermera se escabulló corriendo hacia su puesto.

Cielo, dijo mi madre, y le dio un beso en la frente a mi hermana, que sonrió, le dijo hola y le preguntó si se encontraba bien y le dijo que la había sorprendido mucho saber que la tía Tina tenía que operarse.

¿Yo? Yo estoy de maravilla, dijo mi madre. Y Tina se va a poner bien. Yo pasé por esa misma operación, ¿no os acordáis? ¿Después del safari? ¿Cómo estás tú? Mi hermana se encogió de hombros y repasó aquella penosa habitación con tal cara de asombro que cualquiera habría dicho que estaba ante una de las grandes catedrales de Europa.

¿Cómo era el poema ese?, le pregunté a mi madre.

¿Qué? ¿Qué poema?

El poema ese de Ezra Pound, tu favorito.

¡Ah! ¿«En una parada del metropolitano»?

Sí, ese. ¿Qué es lo que tanto te gusta? No sé, dijo mi madre. Que es corto. Se rio. ¿Por qué lo preguntas?

No sé, dije, porque sí. Era por curiosidad. Esta tarde tengo que firmar los papeles del divorcio.

Entonces ¿la boda en Las Vegas fue legítima?, preguntó Elf. Se volvió para mirar a mi madre. ¿Sabías que Pound tenía inclinaciones fascistas, verdad, mamá?

Cariño, mira, las enfermeras quieren que comas un poquito, dijo mi madre. ¡No sabía que era fascista!

¿Cómo están los niños?, me preguntó mi hermana.

Mi madre me miró.

Bien, creo. Will va a ir hoy a okupar el despacho de no sé qué político en Toronto como protesta contra un proyecto de ley para controlar la delincuencia o algo así y se va a poder ver en *streaming*. Está quedándose con

Nora.

¿Qué significa eso?, preguntó mi madre.

Que lo puedes ver mientras está pasando, le expliqué. Desde el ordenador.

Santo Dios, ¿en qué cadena?

Elf sonrió débilmente y me pidió que les diera recuerdos a los dos. Me preguntó qué estaba pasando la última vez que miré la cobertura en directo de la protesta. Cariño, ¿estás teniendo un mal día?, quiso saber mi madre. Las dos nos quedamos mirándola. Estaban lanzando globos por ahí y había algunos durmiendo en sacos de dormir, le conté. Ha ido la poli y luego se ha vuelto a ir así que a saber… Will me ha dicho que si los agentes les ordenan que se vayan, se irán. ¿Qué proyecto de ley es ese?, preguntó mi madre. Por lo visto afecta a la política carcelaria y esas cosas, dije. Ahora es anarquista.

¿Will? ¡No me digas eso!

No, no, es broma, dije, aunque no tenía claro si lo era o no. Se me había olvidado la conexión rusa de mi madre con anarquistas homicidas. Se disculpó para ir al baño y yo le susurré a mi hermana que me dejara pensar, ¿vale? Y tú te lo piensas también, te lo piensas en plan muy en serio.

Yoli, ya lo he pensado. No he hecho otra cosa. ¿No se nota?

Ya, pero ¿no te lo puedes pensar un poquito más? O dejar de pensar y empezar a simplemente observar las cosas que te rodean. Yo no puedo hacerlo sin que esté allí Nic, de verdad que no… Es que es muy loco todo. No es…

¿Por qué no? No soy su hija. Puedo largarme con su permiso o sin él. Está claro que me gustaría que Nic estuviese con nosotras, pero él jamás lo permitiría. Podríamos irnos ahora que él no está.

Olvídate.

¿A qué te refieres con eso de observar? Es imposible no tener pensamientos. Aunque sean superficiales no quiere decir que no haya ningún tipo de actividad cerebral…

Ya lo sé, pero ¿no quieres que él…?

Oye, chicas, ¿por qué no voy a por algo de comer a la cafetería y me lo subo?, nos cortó mi madre. No nos habíamos dado cuenta de que había vuelto del baño. Podríamos comer aquí, ¡las tres juntas! De paso me llegaré a ver cómo está Tina.

No te van a dejar. Se supone que tengo que ir al comedor a la hora de las comidas.

Lo esconderé, dijo mi madre. Lo pasaré de estraperlo.

Deja que vaya yo. Tú casi no puedes respirar. Al final te van a ingresar a ti también. Y yo llevo una mochila para meter la comida.

En ese momento entró una enfermera con un ramo de flores enorme. Acaba de llegarle esto, dijo la enfermera. ¿A que son bonitas?

¡Vaya que sí!, exclamó mi madre. ¡Uau! Asentí y sonreí y me incliné para olerlas.

De Joanna y Ekko. ¿Ekko es su marido o algo? Elf asintió. La enfermera dijo que iba a ver si encontraba un jarrón donde cupiesen. Me deshice en agradecimientos. Estaba intentando que le diera su aprobación a al menos un

miembro de nuestra familia de malhechores.

Hala, la habitación está mucho mejor así, ¿no te parece, Elf?, comentó mi madre. ¡Qué detalle por su parte!

Mira esas azules. ¿De dónde habrán sacado flores azules?, pregunté.

Cariño, las flores azules son algo que existe en la naturaleza, me explicó mi madre. Simbolizan algo, no sé qué, creo, en poesía.

¿Ah, sí?

Quizá la inspiración, o el infinito, dijo mi madre. *Die blaue Blume.*

¿Podéis llevároslas?, pidió Elf. ¿Podéis quitarlas de mi vista?

Entré como una exhalación en la habitación de mi tía al grito de: Buenas, ¡tachán! Dejé el ramo gigante en la mesilla de noche y se rio. ¡Cielo santo! ¡Qué cosa más preciosa!, exclamó mi tía. Te las manda Elf, le expliqué.

Le dije que sentía mucho las últimas noticias, que Elf y mi madre y yo íbamos a comer juntas, una cosa rápida, y luego volveríamos las dos aquí a su planta para hacerle una visita en condiciones. Hizo un gesto con la mano, como quitándole importancia, bah, tranquilas, si tu madre pudo hacerlo, yo también, y volvió a reírse. Hablaba de la operación. Alargó hacia arriba el brazo donde tenía la escayola y me contó que estaba fastidiándole bastante. ¿Quería escribirle algo? Le escribí: ¡Te quiero, tía Tina! Lo miró y me dijo que ella también me quería. Me pidió que le buscara un bolígrafo o un palillo chino o algo que pudiera meterse por la escayola para poder rascarse el brazo. Estaba volviéndole loca. ¿Qué son esos números?, le pregunté. Me explicó que se había apuntado los números de móvil de Sheila y de Esther. Eran sus hijas, mis primas. Eran mayores que yo y que Leni, la hermana que murió, y solían cuidar de nosotras dándonos bolsas enormes de regalices rojos para sobornarnos y que no contáramos que se iban con sus novios. Leni y yo siempre esperábamos a que se fueran y luego nos paseábamos por el pueblo hasta que nos comíamos todos los regalices y sonaba la alarma de irse a la cama en el cuartel de bomberos. Tina me pidió que le subiera un café del Starbucks… Pero no se lo digas a las enfermeras. Tú cuélalo y ya está. Uno solo pequeño. Le conté que ya estaba haciendo de mula, no te preocupes, cuenta con ello.

Me acerqué al puesto de las enfermeras y pregunté si sabían cuándo iban a operarla. Mañana a las seis de la mañana, me dijeron. El doctor Kevorkian. O por lo menos eso entendí yo. Volví a la cama de mi tía. Bueno, ¡pues mañana!, dije. Yo misma me oí y me parecí histérica.

Eso parece, contestó mi tía. Toca pasar por el bisturí. Me han estado pintando por el cuerpo, haciendo el mapa. ¡Recorta por la línea de puntos! Yo me moría de la risa.

Le pregunté por mis primas, por sus hijos, que si venían las dos.

Me ha llamado Sheila y dice que llega esta tarde con Frank.

Le mandé un correo a mi prima desde la BlackBerry para decirle que me dijera los datos de su vuelo y así iba a recogerlos al aeropuerto. Frank era mi

tío, el marido bromista e incondicional de Tina. Apenas podía andar por la diabetes pero no había dudado en viajar para estar con su mujer. Le di un beso a mi tía y ella me dio un abrazo de una fuerza increíble para una paciente de Cardiología en preoperatorio y me miró a los ojos. Yolandi, dijo, mándale mi amor a Elfrieda. Dile que la quiero y que sé que ella a mí también. Tiene que oírlo.

Le prometí que lo haría y me volví para irme.

¡Ah, otra cosa!, me llamó desde la cama. ¡Somos Loewen! (Era su apellido de soltera, de ella y de mi madre). ¡Significa que somos leonas!

Sonreí y asentí…, y le susurré a una enfermera que pasaba justo entonces a mi lado que mi tía era la reina de la selva, así que, por favor, cuídenmela bien. La enfermera se rio y me apretó el brazo. Las de Cardiología tienen mucho más sentido del humor y son más simpáticas que las de Psiquiatría.

Si no te queda más remedio que acabar en un hospital, intenta concentrar todo el dolor en el corazón y no en la cabeza.

TRECE

Aeropuerto, puerta del coche, cortina de la ducha, divorciarme. Me hablaba a mí misma en voz alta. Entré en el ascensor y apreté la letra P hasta que hizo el favor de iluminarse y estuvimos bajando hacia la planta principal. Aeropuerto, puerta del coche, divorciarme. Algo se me olvidaba. Le mandé un mensaje a Julie y le pregunté si podíamos quedar en el bar parrilla que había en Corydon dentro de una hora para tomarnos unos tequilas porque había leído en un número antiguo de *Chatelaine* que había en la sala de espera de Cardio que era importante celebrar los divorcios en vez de sentir vergüenza, culpa y remordimientos, y luego si quería podía acompañarme a hacer los recados. Me respondió que estaba en el Legion con sus compañeros de oficio, en una rifa de carne, borracha ya, pero que podía pasarme a recogerla cuando quisiera.

Compré un par de sándwiches de ensaladilla de huevo, otro de lomo asado, un par de manzanas, una bolsa de patatas fritas –a ninguna de las tres nos gustaban–, una botella gigante de agua y un café corto del Starbucks bien negro. Volví a cardio en el ascensor y pensé, allí de pie y con la cara pegada al frío acero reluciente, que tenía que intentar encontrar a Benito Zetina Morelos y preguntarle qué le parecía a él lo de matar a mi hermana. Necesitaba que alguien me dijera lo que hacer.

Benito Zetina Morelos había sido mi profesor de filosofía. Iba a su clase de bioética médica en la misma época en que le dejaba mis apuntes de literatura canadiense a Jason el mecánico. Benito Zetina Morelos era experto en el tema, aparecía en las tertulias de la CBC cada dos por tres para hablar sobre eutanasia y básicamente sobre todo lo que tenía que ver con el derecho a morir. Había estudiado en Oxford. Una vez en clase empezó a hablarnos de un menonita al que le habían dado una beca Rhodes para estudiar allí en Oxford y no supo qué hacer cuando se vio con tanta libertad –hablamos de los años sesenta o los setenta– y acabó cayendo de lleno en el mundo de la droga y muriendo. En realidad era primo mío, uno de mis cuatro mil primos, y mi madre me había contado sus desventuras cuando yo era pequeña, y ahí estaba Benito Zetina Morelos utilizándolo para ilustrar lo duro que es pasar de un extremo al otro. Estábamos convencidos de que había muerto de una sobredosis, pero nadie lo sabía a ciencia cierta porque los padres estaban tan hechos polvo por la noticia que no pidieron que le hicieran la autopsia, lo único que querían era que repatriaran el cuerpo a Canadá y lo enterraran en el modesto cementerio de nuestra diminuta iglesia menonita rural. Ahora yo necesitaba desesperadamente el consejo de Benito Zetina Morelos. Desde que lo había tenido de profesor me lo había encontrado varias veces por Winnipeg, paseando al perro y leyendo a la vez. Cuando no iba con el perro, se dedicaba a darle vueltas a la pista de atletismo del instituto Kelvin, una y

otra vez, siempre leyendo y a menudo con un bolígrafo en la boca. Bueno, aeropuerto, puerta del coche, papeles del divorcio, Benito Zetina Morelos. ¡Cortina de la ducha!

Llegué a la planta de mi tía, le tendí el café, le di otro beso, chocamos las manos, bromeamos sobre lo impredecible de la vida y lo divertido que podía ser todo visto desde cierto ángulo… o desde cualquier ángulo. Mencionó a Isósceles: qué hubiera pasado si él se hubiera reído de todos, de todos los ángulos. Y me largué a Psiquiatría 2.

Celebramos nuestro almuerzo secreto en la habitación de Elf. Mi madre estaba sentada tranquilamente. Yo comí de pie yendo de un lado para otro y mi hermana comería como mucho tres mordisquitos de su sándwich, fulminándome con la mirada mientras masticaba, con el ceño fruncido y el pelo hecho un nido del bosque. Un pastor de la vieja iglesia menonita de East Village había venido al hospital a ver a mi hermana cuando no estábamos ni mi madre ni yo. No sabíamos cómo pero había conseguido pasar más allá del puesto de las enfermeras, seguramente con su labia. Se había enterado, es probable que gracias a la familia de triunfadores de la sala de espera, de que mi hermana estaba ingresada. Le había dicho que si dedicase su vida a Dios, no sentiría ningún dolor. Que tendría ganas de vivir. Y que negar eso era un pecado atroz. ¿Podían rezar juntos por su alma?

¡Qué fuerte!, exclamé. ¡Sus muertos!

Elf está furiosa, me contó mi madre mirando directamente a mi hermana. ¿No es verdad? Mi madre estaba sentada justo en el camino de un haz de sol que entraba por la ventana enrejada, rodeada por una aureola dorada que irradiaba también calor. Quería que mi hermana diera rienda suelta a su rabia, que utilizara sus prodigiosos poderes verbales para hacer trizas a aquel mamarracho, aunque se hubiera ido ya.

¿Y qué has hecho?, le pregunté a Elf. Espero que lo hayas mandado a tomar por culo. Tendrías que haberte puesto a gritar que te estaban violando.

Yoli, me reprendió mi madre.

No, es que es verdad, repliqué.

Le recité un poema.

¿Cómo? ¿Un poema? ¡Tendrías que haberlo estrangulado con las medias!

Philip Larkin. No tengo medias. Me las han quitado.

¿Nos lo quieres recitar?, le preguntó mi madre. Mi hermana refunfuñó por lo bajo y negó con la cabeza.

Venga, anda, Elf, yo quiero oírlo, le insistí. ¿Ha sabido que era de Larkin?

¿Tú estás loca o qué?, me dijo mi madre.

«¿Para qué sirven los días?», preguntó Elf.

¿En qué sentido?, pregunté.

«Los días son donde vivimos».

¿Cómo?

Yoli, me dijo mi madre, calla, que es el poema. Déjale que lo recite de una

vez.

«Vienen y nos despiertan, una y otra vez.
Están para nuestra felicidad.
¿Dónde vivir, si no en los días?».

Está guapo, sí, dije. Me gusta.

Yoli, por lo que más quieras, que tiene otra estrofa. Calla y escucha. Sigue, Elf.

«Ah, para resolver esa cuestión
el médico y el cura
se ponen sus largos abrigos
y con prisas recorren los campos».[13]

Hum, dije. Bueno, ahí lo lleva. ¿Y qué te dijo a eso?

Nada.

Explícale por qué nada, intervino mi madre. Que estaba temblando como en los viejos tiempos. Se tapó la boca.

Porque para cuando terminé de recitarlo me había quitado toda la ropa, contó mi hermana.

Le faltó tiempo para irse, contó mi madre.

¡Ostras, qué loco!, dije. Qué fuerte, ¡qué puta pasada!

Estaba intentando ser como tú, dijo mi hermana. No tenía otra cosa.

¡Qué dices!, pero si eso es lo más tú. Eres lo máximo. ¡Qué puta pasada!

Yoli, me dijo mi madre. Ya está bien de palabrotas, por favor. Ahora entiendo de dónde les vienen a Will y a Nora.

Un estriptis con un poema de Larkin, seguí. ¡Qué puta maravilla!

Al cabo de un rato mi madre me dijo que mejor me fuera a hacer las cosas que tenía que hacer –ostras, es verdad, ¡divorciarme!– y que ella se quedaría un rato más y luego volvería en taxi a la casa. Cuando salí al pasillo hablé con la enfermera de Elf.

Por favor, no deje que pase nadie más que no sea de la familia a la habitación de mi hermana. Y el alta no se la van a dar de aquí a poco, ¿verdad?

No, no, ¡claro que no! Se quedará con nosotros un tiempecito teniendo en cuenta lo que ha pasado. Ah, y por cierto que lo del tipo ese ha sido un caso aislado. Es que dijo que era su pastor y siguió de largo hasta la habitación. Lo siento.

Qué fuerte, pensé, una enfermera pidiendo perdón. No se preocupe, mi hermana ha sabido ponerlo en su sitio. Pero, por favor, que no la dejen salir del hospital.

No, no, no se preocupe, ¿de acuerdo? Tenía ojos amables y cejas prominentes. Podría haberme tirado toda la tarde mirándolos, o el resto de mi vida.

Vale, gracias, respondí, porque no hay nadie en su casa. Su marido está en España y ahora mismo no hay nadie.

Aquello era ya una cantinela en la familia. Éramos un coro griego. ¿Cuántas veces tendría que suplicar en un hospital que no le dieran el alta a algún pariente? Elf y yo rogamos y rogamos y volvimos a rogar al hospital de East Village para que no dejaran salir a mi padre, pero aun así le dejaron ir y luego se fue para siempre. Solo somos la familia. Y los médicos están demasiado ocupados encajando todas las citas que pueden en un día para poder pagarse sus siguientes vacaciones de cicloturismo por los Pirineos. La enfermera me tranquilizó. Nicolas, me explicó, ya había hablado con ella, estaba al tanto de que se había ido a España y le había prometido que Elfrieda no iba a ir a ninguna parte en una temporada. Me contuve como pude para no lanzarme a sus brazos y decirle que la quería.

Mientras salía del hospital miré los mensajes del móvil. Dan estaba furioso con Nora. Por lo visto, no sabía cómo, mi hija se había colado en su correo y había mandado un mensaje colectivo a todos sus contactos como si fuera él en el que anunciaba que era gay y que sentaba de maravilla poder decir al fin la verdad y que esperaba que todos lo comprendieran y que no cambiara nada entre ellos. En su mensaje mi ex insinuaba que aquello de algún modo era culpa mía, que mi hija se hubiera emborrachado con sus amigos y hubiera tomado una «mala decisión».

Hablamos de TODOS mis contactos, me escribió. *También del trabajo. Todo el mundo. Y no hace más que reírse del tema y se niega a pedir perdón. De tal palo, tal astilla.*

Le respondí: *Pero entonces, ¿eres gay de verdad?*

Me respondió: *¿Qué tienes, trece años o qué?*

Le respondí: *Aparte, ¿de qué trabajo me hablas?*

Me respondió: *No tiene nada que ver con rodeos, así que supongo que estará fuera del alcance de tu comprensión.*

Le respondí: *A lo mejor está cabreada porque te pasas la vida en Borneo. ¿Hay buenas olas?* Y luego me apresuré a apagar el teléfono.

Busqué en internet: *¿Puede matarte escribir una novela?* Pero no encontré nada útil. Fui corriendo al despacho de mi abogado hippie –tenía perilla y un piercing en la oreja y vivía en Wolseley, el mismo barrio que Julie– y no conseguí salir por la puerta del conductor, maldije, salí por el otro lado y corrí a la casa y le dije que tenía cuatro minutos para firmar los papeles y que nada en el mundo me daría mayor alegría que garabatear mi apellido por triplicado en ese documento en concreto. Desenfundé la tarjeta y le dije: Vamos a dejarlo ya pagado y a cerrar el trato. ¡Quien libertad quiere algo le cuesta! La secretaria de mi abogado se rio pero me di cuenta de que era por compasión. Me estaba volviendo loca. Regresé corriendo al coche, una vez más no conseguí abrir la puerta del conductor, aporreé la ventana y maldije por lo bajo al viento, que estaba convirtiéndose en algo más que una suave brisa, puede que en un mistral, el viento que te puede volver loco, hasta el punto de que en Francia son capaces de exonerarte por matar a alguien si estaba soplando cuando lo hiciste. Rodeé el coche a toda prisa y me deslicé por el asiento del copiloto y salí disparada hacia el taller de Jason, mi ligue de la

noche anterior. Entré directamente en el taller, lo puse en punto muerto y una vez más se me olvidó lo de la puerta que no se abría y me hundí en el asiento, derrotada.

Jason salió de debajo del capó de un SUV y me abrió la puerta del copiloto y me dijo, ven, anda. Salí de cabeza como un recién nacido y me abrazó, y le dije lo de la puerta del conductor y que tenía que estar en el aeropuerto dentro de doce minutos para recoger a mi prima Sheila y a mi tío Frank que venían para estar con mi tía, su madre y esposa respectivamente, que de un día para otro tenía que someterse a una operación de corazón, y que acababa de divorciarme oficialmente. Jason me frotó la espalda. Me dijo que el divorcio era uno de los mayores estresantes de la vida –eso y la muerte de un familiar–, porque es como una muerte, y si quería llorar, por él no había problema. Me prestó un coche para ir a recoger a mis parientes y me dijo que me tendría arreglada la puerta para última hora de la tarde, tranquila, gratis.

Me había olvidado de Julie. Me pasé corriendo por el Legion de la avenida Notre Dame. Salía una música horrorosa de la radio del coche pero no conseguía averiguar cómo apagarla. Mi amiga estaba sentada en el bordillo esperándome, ebria y aferrada a un montón de filetes congelados. Se montó y le dije que me había divorciado. Ya lo sé, me dijo. No, es que ha sido ahora…, acabo de firmar los papeles, ya está hecho. Enhorabuena, dijo. Intentó apagar la radio.

¿Y cómo te sientes?

¿Por estar divorciada oficialmente?

Divorciada oficialmente, repitió. Qué mal suena. No debería ni sonar.

Anoche soñé que oía a un hombre que me decía que el petroglifo de un perro simboliza el amor eterno.

Me suena, sí. ¿Cómo está Elf?

Igual.

¿Sigues pensando en matarla?

No es matarla. Es ayudarla.

Ya, pero ¿sí o no?

No se lo digas a nadie. Elf no se lo ha comentado ni a Nic ni a mi madre. Quiere que la lleve yo sola a Suiza, que vayamos las dos juntas.

Madre mía, ¿y lo vas a hacer? Oye, ¿qué te pasa en los ojos?

Le he dicho a mi hermana que antes tengo que localizar a mi antiguo profesor de filosofía, Benito Zetina Morelos.

Parece un personaje de Bolaño. ¿Tienes su correo o su número de teléfono? Me cogió de la mano y no me la soltó. Yo negué con la cabeza y le dije que tenía que ir al instituto Kelvin a ver si lo encontraba en la pista de atletismo. Esta noche te podrías quedar en mi casa y me dejas que te haga un filete de estos. Tengo vino. Creo que te hacen falta proteínas sí o sí. No puedo, le dije, tengo que llevar a mi madre, mi prima y mi tío al hospital a las seis de la mañana, que es cuando operan a mi tía. Y se quedan todos con mi madre. Bueno, entonces mañana por la noche. No creo que debas hacer lo de Suiza. No sé, respondí. Que algo sea legal no quiere decir que esté bien, replicó. Ya,

ya, pero lo que prima en el debate es maximizar la autonomía individual y minimizar el sufrimiento humano. ¿Acaso no suena bien? ¿No tienes calor?, me preguntó mi amiga mientras me ponía un filete helado contra la frente.

Llegamos al aeropuerto y Julie se quedó en el coche medio frita con los brazos llenos de carne, mientras yo entraba a recoger a mi prima y mi tío.

Nos abrazamos los tres a la vez, como un equipo de fútbol americano pero tan solo ya con un *que sea lo que Dios quiera* en nuestro cuaderno de tácticas. Ya habíamos pasado por todo eso antes. Nos queríamos. Luchábamos los unos por los otros. Cuando los mundos se desmoronaban, nosotros nos quedábamos enterrados juntos entre los escombros y cuando nos sacaban de los escombros y nos rescataban, lo celebrábamos todos juntos. No había mucho que decir ni de Elf ni de Tina. Nos fuimos directos al hospital. Hablamos todos a la vez en el coche. Sheila sobre montañas e inoculaciones porque era alpinista y enfermera de la sanidad pública y mi tío sobre el agujero tamaño moneda de dos dólares que tenía en la pierna y de las cámaras hiperbáricas porque tenía diabetes y Julie sobre que había ganado la rifa de la carne y yo sobre ralis en Marruecos. Tenía pensado apuntarme a uno que era solo para mujeres: conduciríamos de Dakar a no sé dónde y dormiríamos en el desierto con camellos y guías beduinos. Podría llevarnos unos dos meses. Julie sería mi copiloto. Todavía no se lo había dicho. ¿Cómo?, dijo, ¿Que dormimos con guías beduinos? Ella me haría de copiloto, le expliqué, y yo conduciría. Mi tío dijo que, teniendo en cuenta cómo estaba conduciendo en esos momentos, seguramente tenía bastantes posibilidades de ganar la carrera y lo haría en menos de dos meses.

Los dejé en la puerta del hospital, les dije que mi madre estaba en la planta de Psiquiatría con Elf y Tina en la de cardio esperándolos. Yo llamaría a mi madre al móvil dentro de un par de horas y luego vendría otra vez a recogerlos a todos e iríamos a alguna parte a cenar.

A sus órdenes, jefa, me dijo mi tío Frank, que se fue cojeando a ver a su mujer, mientras Sheila, como su madre, me cogía con fuerza y me decía que íbamos a salir adelante y lo haríamos luchando. Tengo cincuenta y seis primos carnales solo por ese lado de la familia, la mayoría hombres, por no hablar de sus distintos cónyuges e hijos, pero Sheila es la más dura de todos. Sería perfectamente capaz de serrarte el brazo en plena naturaleza si se te quedara atrapado en una trampa y fuera la única forma de escapar. Una vez se cayó en una montaña y se quedó con la pierna izquierda machacada durante un día y una noche hasta que el helicóptero de rescate averiguó cómo meter la escalera por la grieta enana por la que se había caído. Luego le contó al piloto que había luchado contra la inconsciencia a base de ordenar alfabéticamente el nombre de pila de todos sus primos y de repasarlos luego en la cabeza y describírselos a un público imaginario. A mí me contó que me había puesto por la V, de Veleta. La familia de Sheila y la mía formamos parte del contingente de los Primos Pobres. Luego están los Primos Ricos, que son exageradamente ricos porque son los hijos varones de los hijos varones (nuestros tíos, todos difuntos) que heredaron el lucrativo negocio familiar de

nuestro abuelo, el padre de Tina y de mi madre. En la cosmología de Menno las cosas van así: los hijos varones heredan la riqueza y se la legan a sus hijos y a los hijos de sus hijos, mientras que las hijas reciben una puta mierda. A los Primos Pobres nos da bastante igual, salvo cuando tenemos que vivir de la beneficencia, estamos sin blanca, muertos de hambre, no podemos comprarles botas buenas de marca a nuestros hijos o pagarles la matrícula de la universidad o comprar cuartas viviendas colosales en islas privadas con helipuerto propio. Pero, a la mierda, puede que los descendientes de la Estirpe Femenina no tengamos riquezas ni ventanas decentes en nuestras casas llenas de corrientes de aire, pero nos queda la rabia y construiremos imperios con ella, caballeros.

Julie me acompañó a la pista del instituto Kelvin, pero no vimos a Benito Zetina Morales, solo a unos cuantos alumnos fumando maría en medio de la pista y dándoselas de guais. ¿A qué hora tienes que recoger a los niños?, le pregunté a Julie. Hoy no tengo que recogerlos. Están con Mike, por eso hoy me he permitido ese pequeño lujo del Legion después de comer.

Vamos a Garbage Hill, le propuse.

Nuestro Monte Basura era un vertedero hasta que plantaron césped y ahora es un sitio donde puedes ir a echar el rato en verano y a tirarte como si fuera un tobogán en invierno a pesar de que hay carteles gigantes de no tirarse. Le pusieron un nombre bonito pero nadie lo recuerda y el cartel está todo lleno de pintadas y no se lee. Todo el mundo lo llama Garbage Hill, incluso el alcalde, que más que un alcalde es un subastador que está vendiendo cachitos de ciudad al mejor postor. No tiene mucha altura, no llega a ser un monte, pero es el punto más alto de Winnipeg y se me había ocurrido que necesitaba estar lo más cerca posible de Dios aunque no sabía muy bien para qué, si para pedirle piedad o para patearle el cráneo. O para darle las gracias. Esto último fue un consejo que me dio mi tía Tina cuando murió mi padre. Me dijo que, aunque no creyera de corazón en la existencia de Dios, sentaba bien cerrar los ojos y hacer una lista en la cabeza de todas las cosas por las que das las gracias.

Julie y yo nos sentamos a lo indio en el césped marrón y áspero de lo alto de la colina y nos pusimos a recordar una sesión de fotos que había hecho ella allí hacía quinientos años, cuando estábamos en el instituto y éramos las reinas del mambo.

¿Estás cansada?, me preguntó.

Estoy haciendo una lista en la cabeza, le expliqué.

¿De qué?

De cosas por las que doy gracias.

¿Salgo yo?

¡Que si sale, dice!

Cerró los ojos y se puso a hacer su propia lista.

¿Puedo poner minucias en plan descubrir que al final el pan de molde no

está mohoso y entonces puedes ponerles tostadas para desayunar a los niños?, me preguntó.

Sí. Yo seguía con los ojos cerrados. Yo ahora mismo le estoy dando gracias por los botellines con abrefácil.

Eh, esa es buena. Y los pulgares prensiles.

¿Sigues borracha?

No.

Pues lo estuve mirando y me costaría…

¿Qué estuviste mirando?

Lo de la clínica suiza de Zúrich.

Ah, vale.

Lo estuve mirando y el tratamiento me costaría cinco mil doscientos sesenta y tres dólares con dieciséis centavos más otros nueve mil doscientos diez dólares con cincuenta y tres centavos por gastos relacionados.

¿Qué son gastos relacionados?

Facturas médicas, tasas e impuestos y un funeral.

Pero el funeral no lo harías allí, ¿no?

Ya, es verdad, me traería el cuerpo de vuelta.

Pero ¿ya incinerado?

Sí, claro. Y eso también vale un dinero, imagino.

¿Cuánto cuesta eso?

No tengo ni idea.

Sigo pensando que no deberías hacerlo. De todas formas, creo que es solo para gente que se está muriendo.

No, le dije, es también para personas con enfermedades mentales… Se llama «fatiga vital», y según la legislación suiza tienen los mismos derechos que cualquiera que quiera morir. Es posible argumentar que mi hermana se está muriendo. Está harta, fatigada de la vida, eso está claro.

Nos quedamos mirando la ciudad, el cielo, a nosotras mismas. Julie sonrió y dijo mi nombre. Yo dije el de ella. No sé, me dijo.

Yo no quiero que muera, pero me lo está suplicando. Me lo ha suplicado con todas las letras. ¿Qué hago?

Julie meneó la cabeza y dijo que no sabía. Luego me sugirió que esperase un poco, para ver si el tratamiento o las pastillas le funcionaban esta vez, tú espera un poco. Podría hacerlo, estaba de acuerdo, pero temía que le dieran el alta y ahí ya no habría nada que hacer, desaparecería.

Pero todo esto de Zúrich parece algo tan inabordable.

Ya, pero no es así, es factible, y podría hacerlo por ella. Debería hacerlo por ella.

Bueno, no necesariamente. Tú espera un poco a ver qué pasa.

Un veintiún por ciento de los pacientes de la clínica suiza no son pacientes terminales, sino gente con fatiga vital.

¿Crees que podrías vivir contigo misma si lo hicieras?

¿Y si no lo hiciera?

Las dos cosas.

Yo tenía que volver al hospital a recoger al personal y recolectar comida en alguna parte porque, una vez más, comer teníamos que comer –a esas alturas parecía ya un acto vergonzoso y ridículo– y Julie había quedado con su terapeuta junguiano. No le cuentes esta conversación, le dije. No te preocupes, es todo confidencial. No, te lo digo en serio porque pueden informar de cosas a la poli si creen que va a producirse un delito o algo así. Me dio un abrazo. Me prometió que no le contaría a nadie nuestra conversación, ni al psicólogo. Estás temblando, me dijo. Te noto el corazón aporreándote las costillas. Escuchamos unas voces a lo lejos. Una mujer que decía vale pues ¿sabes lo que te digo? Que te den por culo. Y un tío que decía ah, vale, mira, ¿pues sabes lo que te digo yo? Que te den por culo a ti. Luego la mujer, ¿tú sabes la pasta que me he gastado? Y el tipo, ¿y tú sabes la que me he gastado yo?

Uau, dijo Julie. Con un tío así cualquiera gana un campeonato de debates. Pedazo de réplicas, tronco.

Justo en ese momento un frisbi sobrevoló nuestras cabezas y no le dio a Julie de milagro.

Qué fuerte, ¿te das cuenta de que *tronco* podía haber sido la última palabra que pronunciara en mi vida? ¿Me prometes que si me pasa le contarás a la gente que fue otra? ¿Lo harías por mí?

Sí, claro. Cuenta conmigo. ¿Qué palabra te gustaría que fuese?

Pues no sé, dijo. *Abracadabra* o algo por el estilo.

¿Rollo ahora me ves, ahora no me ves?

Eso.

Vale, les diré a tus niños y a tus padres y a todo el mundo que tu última palabra fue *abracadabra.*

Gracias.

Cenamos en un bar enano de Provencher Boulevard, cerca del hospital, y luego fuimos todos a casa de mi madre y jugamos a nuestro juego de cartas autorizado por los menonitas, el *Dutch Blitz*, y gritamos la palabra *blitz* cuando ganamos. Mi madre y mi tío Frank despotricaron en *plautdietsch* y todos chillamos y aullamos y las cartas volaron, mi madre tuvo que parar para coger aire y utilizar su aerosol y mi tío tuvo que pincharse la insulina. Después busqué sábanas y mantas limpias para hacerles la cama a mi prima y a mi tío –yo dormiría en el colchón inflable– y les deseé a todos buenas noches, teníamos que estar en planta a las cinco. Antes de acostarnos, Sheila y yo charlamos en su cama sobre nuestras hermanas, Leni y Elf, y la tristeza inimaginable que sentían, y sobre nuestras madres, Lottie y Tina, y el optimismo perpetuo que despedían. Oye, ¿y cómo tienes sujeta la pierna ahora?, le pregunté. Pues con tornillos, tuercas, chatarra y alambre de empacar, me dijo. Me enseñó las cicatrices que le pasaban por toda la pierna machacada. Sacó una caja de bombones y cada una nos comimos dos. Seguro que tu madre se pone bien, le dije. Tiene un aguante increíble. Eso es verdad. Es la Iggy Pop de las abuelas menonitas. Nos comimos otros dos bombones

cada una. Y luego me fui pitando al hospital a ver a mi hermana.

Cogí la vieja moto de mi padre, que mi madre tenía guardada en un armario de rejas en el sótano y corrí por el sendero que va en paralelo al río crecido. Una vez en el hospital, ni me molesté en ponerle el candado, la dejé sin más sobre la hierba junto a la puerta principal del edificio Palaveri, como si volviera a ser una cría y llegara tarde a ver empezar a las seis *El maravilloso mundo de Disney*. La enfermera del puesto me dijo que era demasiado tarde, pero le expliqué que tenía una noticia importante que darle a mi hermana y que no podía esperar. No me creyó, se notaba, pero me dijo venga, anda, pasa, no había personal de refuerzo para impedírmelo y ella estaba enfrascada en los últimos capítulos de *El código Da Vinci*.

Me encontré a mi hermana durmiendo de cara a la pared así que levanté la manta y me metí a su lado. Me daba la espalda, pero, como tenía la mano apoyada en el hombro, como si se abrazara a sí misma mientras dormía, se la toqué. Se la apreté suavemente y se la cogí. Pensé en lo extraño que era que aquel trozo huesudo e inerte de carne pudiera generar una música tan poderosa. Sincronicé la respiración con la de ella, lenta y estable. Cerré los ojos y dormimos un rato así juntas, pudo ser una hora o dos o quizá solo veinte minutos.

De pequeña mi hermana andaba y hablaba en sueños casi todos los días. Mis padres tenían que tender trampas junto a las puertas para que no saliera de la casa. Tarareé una canción sobre unos patos que nadaban en el mar, una que me enseñó ella de pequeña. Una canción sobre la valentía, sobre ser el raro. No se despertó. O eso creo. No quería irme, pero sabía que tenía que hacerlo. Cuando me fui, la enfermera me pidió que por favor respetara en el futuro el horario de visitas y yo le dije que sí, que lo haría. En el futuro, lo respetaré todo. La moto de mi padre seguía allí, mojada por el rocío de la hierba, y cuando la cogí me pareció más ligera que antes y la miré para asegurarme de que era la misma, una CCM de tres marchas rojo desvaído, y era la misma –¿cómo iba a haber dos?, aquello no era una quedada motera– y me monté y desaparecí en lo que quedaba de noche.

En el piso de mi madre todos dormían, esperando el día siguiente entre sueño y sueño. Me tumbé en el colchón inflable que habíamos colocado en el suelo del salón. Tenía a mi altura una pequeña estantería azul. En uno de los estantes estaba la obligada colección de mis libros de Rhonda (todos dedicados con amor y gratitud), los rígidos y estrafalarios volúmenes de clásicos canadienses con sus reconocibles lomos y un popurrí de novelas policíacas embutidas al lado, leídas y releídas, queridas y disfrutadas. Algunas, las más gruesas, estaban cortadas por la mitad o incluso en tres partes y sujetas por gomas elásticas porque a mi madre no le gustaba ir arrastrando libros gigantes por medio mundo y ella no iba a ninguna parte sin un libro, o un trozo de libro, en su bolso marrón grande. Al lado de las novelas policíacas había unos cuantos libros escritos por conocidos suyos,

hijos e hijas de amigos, personas de su iglesia, clásicos de toda la vida y un poemario de Coleridge, uno de los exnovios de Elf. Lo cogí del estante y leí unos cuantos poemas, incluido este que sigue:

> En fantasías (yo de eso sé),
> alejándote de negocios y deberes mundanos,
> te acercabas al lecho de una Hermana muy querida,
> tus pasos quedos, y contemplabas su cara apagada,
> y aliviabas sus punzadas solícito y cariñoso
> con los más tiernos tonos medicinales del amor.
> Yo también tuve una hermana, mi única hermana.
> ¡Ella me quería de corazón y yo la adoraba con pasión!
> Sobre ella vertía yo pequeñas desgracias sin importancia
> (yo el enfermo en brazos de su enfermera)
> y del corazón los padecimientos ocultos
> que por bochorno se retraen incluso ante el ojo del Amigo.
> ¡Ay, qué de noches me he despertado y llorado
> porque ELLA YA NO ESTABA!

¡Había encontrado el poema de Coleridge de mi hermana! El mismo de donde había sacado su firma de PDSI. Mil desgracias sin importancia. Me tumbé en el colchón inflable. Me dormí pero no del todo. No fue un sueño profundo y en algún punto en los huecos entre estar grogui, tener sueños lúcidos y la conciencia plena tuve una idea. Me vino una idea. Invitaría a Elf a Toronto para que se quedara conmigo un tiempo una vez que le dieran el alta en el hospital. Vendría a recogerla y la llevaría a mi casa para que pasara una temporada con nosotras. Nos dedicaríamos a dar paseos, a charlar y a descansar y no habría presión alguna y yo estaría en casa, trabajando, o medio, así que mi hermana no estaría sola. Y Nora también estaría con nosotras. Y entonces podríamos estudiar todo el tema de Zúrich con tranquilidad y, si insistía en ir, entonces sería más fácil irnos desde Toronto que desde Winnipeg. Nadie más tendría que saberlo hasta que todo hubiera terminado y ya luego yo me las arreglaría con los demás.

A la mañana siguiente todos nos levantamos como zombis de la cama y nos reunimos cual pajarillos en torno a la mesa del comedor, removiendo la comida en el plato, levantándonos y sentándonos para ir a por mermelada, sal o leche, animándonos mutuamente con entusiasmo fingido. Nos apretujamos en el coche –Jason me lo había dejado en el aparcamiento de visitas con las llaves bajo la alfombrilla y la puerta del conductor ya sí abierta– y pusimos rumbo a nuestro nuevo garito de moda, el hospital Saint Odile. Era demasiado temprano para ir a ver a Elf, de modo que nos reunimos todos en torno a la cama de mi tía y le dimos besos y abrazos y le dijimos que esto de la operación iba a ser coser y cantar, un suspiro, un paseo por el parque. Ya, ya,

ya lo sabía ella, cielo santo, ya está bien de charlitas morbosas, que empiece ya que el público se va. Sheila le masajeó suavemente los brazos y las piernas. Mi madre le tenía cogida una mano. Mi tío le prometió que le tendría preparado el café del Starbucks y estaría esperándola después de la operación y ella nos dijo que nos fuéramos por ahí ya e hiciéramos el favor de relajarnos, por el amor de Dios. La anestesia había empezado a hacer efecto. Mi tía tenía los ojos vidriosos. Las palabras le salían más lentas. Tenía una expresión misteriosa en la cara. La llevaron en la cama hasta el quirófano y nos quedamos allí todos juntos bajo una luz fluorescente, puede que rezando, puede que no, y totalmente inmóviles.

En un momento dado –cuando Tina seguía en el quirófano y los médicos estaban sacándole venas de la pierna para ponérselas en el pecho, y nos avisaron de que todo iba muy bien–, nos fuimos los cuatro, mi madre, mi prima Sheila, mi tío Frank y yo, a darnos la caminata hasta Psiquiatría para decirle buenos días a Elf. Conseguimos hacernos con una silla de ruedas para mi tío, que decía que no la necesitaba, pero le insistimos y acabó haciendo un par de caballitos por el pasillo. Pasamos en fila por delante del puesto de enfermeras de Psiquiatría como una lastimosa última línea de defensa de soldados y una dijo: Uau, esto…, ¿cuántos son ustedes? Y mi madre le dijo que había uno de cada. Pero no pueden entrar todos al mismo tiempo, dijo la enfermera. Ya lo sabemos, respondió mi madre sin romper el paso. Los demás seguimos a nuestra comandante de campo y marchamos (y avanzamos sobre ruedas) hacia delante, siempre adelante.

Elf estaba incorporada en la cama, escribiendo. Miré el cuaderno y vi que aparecía la palabra «dolor» como cincuenta veces. Lo cogí. ¿La lista de la compra?, le pregunté. Le di la vuelta para que los demás no lo vieran y nos lanzamos mensajes tácitos la una a la otra con la mirada. Luego tuvimos una conversación entre todos sobre a saber qué. Sheila nos habló de una madre muy joven a la que estaba tratando de tuberculosis. Era tan joven cuando tuvo a los niños, nos contó mi prima, que cuando ellos cogieron el sarampión, también se lo pegaron a ella. Era tan joven que el mismo día que por fin se casó con el padre de sus hijos fue el día que se le cayó un molar de doce años.

Elf cogió el cuaderno y arrancó una página en blanco para escribir una carta breve y luego la dobló y se la entregó a mi tío para que se la diera a Tina después de la operación. Él le pasó el brazo por los hombros y le dijo Dios te bendiga, mi niña, y ella le pidió que la perdonara por haberle hecho ir a visitarla a aquel sitio. Mi tío dijo que de eso nada, que no hay que pedir perdón por estar malo, por ser un ser humano, por estar harto (está claro que mi tío nunca había sido mujer). Elf dijo que aun así…, que lo sentía. Mi hermana era por lo general atea pero últimamente no le importaba que los demás fomentaran el consuelo en nombre de Él. Mi madre, Sheila y yo hablamos en voz más alta sobre más bien nada para que Elf y mi tío creyeran que estaban teniendo una conversación íntima sobre estar triste y rendirse y

ser fuerte.

Hablamos un rato de la pretemporada de primavera de los Blue Jays. De abridores y cerradores. Luego nos cogimos todos de las manos. Mi tío inició entonces una sesión de rezo. Y mi madre empezó otra vez a cantar en voz baja *Du,* tú, tú, tú estás siempre en mis pensamientos, tú, tú, tú me haces mucho daño, tú, tú, tú no sabes lo mucho que te quiero. Mi madre y mi tío la cantaron en *plautdietsch,* se sabían la letra de memoria, mientras Sheila, Elf y yo cantamos con determinación la parte del *du, du, du,* que era la que nos sabíamos bien. Luego cantamos un himno, «From Whom All Blessings Flow». A los menonitas nos gusta cantar en momentos de tensión. Es una opción como otra cualquiera cuando no te dejan gritar o volverte loco vaciando un cargador contra la multitud de un centro comercial. Me eché a llorar y no pude parar por mucho que lo intenté. Cuando los demás salieron de la habitación, para volver a ver cómo iba Tina, yo me quedé atrás y le susurré a mi hermana que era la hora de luchar. Yolandi, me dijo, llevo treinta años luchando. Entonces ¿qué vas a hacer, dejarme para que luche yo sola?, le pregunté. No me respondió.

Le cogí la mano y le dije: Elf, tengo un plan.

CATORCE

La operación de mi tía ha acabado. Y su vida también. Al principio iba bien, muy bien, y luego incluso tras la operación todo prometía. El médico salió para vernos, se quitó la mascarilla, sonrió, nos estrechó la mano y dijo que estaba contento con cómo habían salido las cosas allí dentro. Pero entonces empezaron a fallarle los órganos uno por uno. A pesar de los esfuerzos de médicos y enfermeras por salvarla, estos también le fallaron, y al final perdimos a Tina.

Nos quedamos clavados en las sillas de la sala de espera, con las manos en la cabeza, en fila, mirando el suelo. Habíamos creído que era coser y cantar. Lloramos en silencio. Susurramos. Nuestro batallón había sufrido un ataque sorpresa y el tío Frank ni siquiera podía hablar. Se nos había olvidado su inyección de insulina. Sheila nos contó que esos últimos días Tina había estado llamándolo desde Winnipeg para recordárselo. Mi madre había perdido a su última hermana, con la que más trato tenía. Se levantó y salió de la sala y yo la seguí hasta el pasillo y vi cómo apoyaba la frente contra la pared de cemento.

Las enfermeras de Cardiología le dieron a Sheila una bolsa de plástico en la que ponía «Propiedad del hospital Saint Odile». Las pantuflas de pelo de la tía Tina, el libro de sudokus, la novela de Kathy Reichs, las gafas, el cepillo de dientes, la crema hidratante, el chándal morado de tela polar, el camisón negro ajustado y las Reeboks blancas de caña alta: todo en una bolsa.

Hicimos un cónclave familiar allí mismo. Sheila se llevaría a su padre al piso de mi madre en un taxi y haría unas llamadas e intentaría averiguar de paso cómo hacer para llevar el cuerpo de su madre de vuelta a Vancouver. Yo iría a contarle a Elf lo que había pasado y luego me llegaría a comprar algunas cosas más y sobre todo más café, alguno que sea potente como el del Black Pearl, especificó mi madre, ya está bien de tanto Starbucks. Ella cogería el coche de Nic e iría a la funeraria que había en Main Street para hablar con su amigo Hermann, que era también menonita, y ver qué se podía hacer en lo referente a la urna y la incineración.

Yo me senté en un banco a la vera del Assiniboine y le mandé un correo a Nic desde la BlackBerry. Le dije que dentro de cinco o seis días mi madre y yo tendríamos que estar en Vancouver para el funeral de Tina y ¿podría arreglarlo él para volver de España antes y que Elf no se quedara sola? Llamé a mis hijos y les conté lo que había pasado y enmudecieron de incredulidad. Oía de fondo la música que tenían perennemente puesta. Esperé a que recuperaran el habla. Y luego nos despedimos. De pronto los cielos se volvieron de color morado oscuro por los relámpagos y el viento cobró fuerza y formó ondas en el río. Era la clásica tormenta de las praderas, furiosa después de haber tenido que soportar tanta sequedad, y a mi alrededor todo el

mundo corrió para guarecerse del granizo. Yo me metí debajo del banco y me quedé allí, muy quieta, mientras escuchaba las bolas gigantes de hielo que aporreaban la madera sobre mi cabeza. Vi chicles y pintadas, incluso allí, por debajo del banco. Iniciales y corazones y maldiciones. Pensé en mi tía y en mi madre cuando se deslizaron por debajo del colosal camión articulado con sus bicis y aparecieron al otro lado riendo y jadeando. Tuvo que ser una sensación increíble.

Ahora sí que estoy aprendiendo algo. Atacar a muerte lo que más te cuesta, con avidez incluso, y luego retirada. Vale igual para pensar, escribir y vivir. Lo que dijo Jason sobre limpiar fosas sépticas es verdad. Mi tía vino a Winnipeg para acompañar a mi madre, para ayudarla, y luego va y se muere. Mi madre estaba en la terraza escribiendo un panegírico para su hermana a la luz de la luna. La ciudad se extendía a sus pies en un manto suave de oscuridad, serena tras la gran tormenta de truenos y granizo, todavía húmeda y cálida como una mujer muy satisfecha en el amor. Solían pedirle que escribiera panegíricos porque tenía un estilo dinámico y pícaro, rico en detalles y tan devastador que era como si te clavasen un puñal en el corazón. Yo me encargué de hacer la comida, una buena olla de pasta, y luego, después de cenar, fui a dar un paseo con Sheila y nos sentamos en el bordillo de la calle de mi madre mientras ella hablaba por teléfono con su hermana, que estaba en Vancouver esperando la triste entrega de las cenizas de su madre. ¿Qué quieres que te diga?, decía mi prima por teléfono. ¿Qué quieres que te diga? Al final volvimos al piso y mi madre estuvo un buen rato escuchando a mi prima hablar sobre mi tía hasta que a medianoche Sheila se fue a su cuarto. Llamé a la puerta y le ofrecí más bombones. Los cogió, la abracé y le deseé buenas noches, *Schlope Schein,* como hacía su madre y me abrazó entonces y las dos lloramos y le traje más Kleenex del otro cuarto. Después me encontré a mi madre todavía en la terraza y le sugerí que fuera a acostarse. Me dijo que no, que necesitaba poner por escrito unas cosas. No le importaría quedarse sola un rato.

Es un poco ya demasiado, ¿no?, le pregunté. Sí, un poco, respondió sonriendo. La dejé sola para que escribiera su panegírico.

Cuando regresé al interior me encontré a mi tío Frank solo en el sofá del salón, en penumbra. Era la primera vez que lo veía llorar. Me contó que mi tía era mayor en edad que él pero mucho más joven en espíritu.

¿Es verdad eso? ¿Te casaste con una mujer mayor?

Bueno, no tuve más remedio, dijo. Antes de pedirle que me explicara a qué se refería con eso, me dijo que Tina había muerto rápido, igual que lo hacía todo, y ambos estuvimos de acuerdo en que esa era la manera en que también nosotros preferíamos dejar este mundo. Marchitarse lentamente es lo peor, dijo mi tío. Tu abuelo, el padre de Tina y Lottie, se pasó nueve años postrado en una cama. Antes de eso había sido el tipo con más chispa que he conocido en mi vida. Todo un personaje. Hasta que le dio el ictus. Estuvo tanto tiempo

encamado que se le fusionó el brazo con un lado del tronco. La piel no tuvo otra cosa que hacer que unírsele y así se quedó, atrapado.

¿De verdad?

¡Y tanto! Bendito el día que tu madre apagó las máquinas. Bueno, no es que hubiera máquinas literalmente, pero un día decidió dejarlo morir.

¿Cómo?

Estábamos haciendo turnos para drenarlo…, para drenarle los pulmones, me refiero. Tu madre, Tina, todos nuestros hijos y sus parejas. Era ya el final. Por fin iba a morirse. Se le habían encharcado los pulmones y estábamos todos haciendo turnos para drenárselos. ¿Tú sabes lo que es eso?

Pues no, la verdad es que no, aunque me lo puedo imaginar.

Nueve años en cama y justo antes de eso, ¡ay, qué energía tenía ese hombre!, ¡cuánta vida! *Yoma!* (expresión en *plautdietsch* que podría traducirse libremente como «¡Caray!»). Entonces le tocó hacer guardia a tu madre y se quedaron ellos dos solos. Era de noche. Él le dijo Helena, Helena (que era cómo se llamaba su mujer ya difunta, tu abuela), que voy, Helena, que voy…

Un momento…, ¿cómo? ¿Creyó ver a la abuela?

Sí. No lo creyó. ¡La vio! Así que tu madre tomó una decisión y la ejecutó sin más, muy propio de tu madre, ¿verdad? Estas chicas Loewen son unas polvorillas. No le drenó los pulmones. Todavía trabajaba de enfermera, sabía lo que se hacía. Podría haberlo hecho, claro, pero decidió que no. Tenía los pulmones encharcados y ella le cogió de la mano y le dijo las cosas que se dicen en momentos así y lo dejó morir. Lo mejor que pudo hacer por él. Duro, Yoli (dijo algo en *plautdietsch* mirando al techo, como una ensoñación, un recuerdo), pero aun así…

Mi tío era muy buena persona. Se quedó allí en el sofá estampado de mi madre y lloró por su menuda Tina corazón de león, su polvorilla, y yo me quedé a su lado con la mano puesta en su pierna.

Mi madre y yo íbamos en un avión. Antes de irnos había hablado con Elf. Ella no había dicho ni una palabra. Yo le dije que todo saldría bien, de verdad, que la necesitaba, que la entendía, que la quería, que la echaría de menos, que volvería con ella, que estar las dos juntas en Toronto un tiempo nos iba a sentar de maravilla, que Nora también estaba deseándolo, que yo entendía que solo porque no quisiera vivir no significaba que necesariamente quisiera morir, lo que pasa es que suele hacerse así, que quisiera morir igual que había vivido, con elegancia y dignidad, que yo necesitaba que tuviera paciencia, que luchara un poco más, que aguantara, que supiera que la queríamos, que supiera que quería ayudarla, que la ayudaría, que necesitaba zanjar algunas cosas, que mi madre y yo teníamos que ir al funeral de tía Tina en Vancouver, que volvería, que ella se quedaría conmigo un tiempo en Toronto, sería cortar con todo y descansar, que Nic ya había vuelto, estaba en Winnipeg, que vendría a verla todos los días, que yo tenía que irme, que necesitaba saber que ella iba a estar bien en mi ausencia, que me inclinaba compasivamente ante

su sufrimiento, que ella podía ser dueña de su vida, que yo entendía que a veces el dolor era mental, no solo físico, y que ella no quisiera otra cosa que acabar con él y dormir para siempre, que para ella su vida había acabado pero que para mí seguía sucediendo y que parte de ella era intentar salvarla, que la idea de salvarla era algo en lo que no estábamos de acuerdo, que yo estaba dispuesta a hacer lo que ella quisiera hacer pero solo si era realmente cierto que no existían nuevas puertas por abrir, empujar o por las que irrumpir porque si las había me rompería hasta el último hueso del cuerpo corriendo y estampándome contra la puta puerta las veces que hicieran falta, una y otra vez, una y otra vez. ¿Vas a comer?, le pregunté. ¿Vas a hablar?

Alargó los brazos como un bebé que se levanta de la siesta y quiere que lo cojan y yo me lancé a su abrazo y lloré desesperadamente.

Cuando salía ya de la planta de Psiquiatría, me detuve en el puesto de enfermeras. Puse las manos en el mostrador, con las palmas hacia arriba como si estuviera lista para que me las clavasen en la formica. Luego supliqué. Por favor, dije, no dejen que se vaya. Las enfermeras, dos de ellas en uniformes celestes y con coletas largas, volvieron la cabeza de la pantalla del ordenador y se quedaron mirándome. Por favor, no dejen que se vaya, les repetí.

Perdón, dijo la que tenía más cerca. ¿Dejar que se vaya quién?

Mi hermana, Elfrieda von Riesen.

¿Por qué íbamos a dejarla irse? ¿Tienen que darle el alta dentro de poco?

No, dije, no es eso. Estoy pidiéndole por favor que no la crea si ella le dice que está bien porque puede ser muy convincente y ustedes podrían creer que no pasa nada, así se nos queda una cama libre y eso, dejemos que esta mujer se vaya a su casa, pero estoy pidiéndoles que por favor no lo hagan.

Perdón, pero ¿quién es usted?

¡Soy su hermana!

Ah, es verdad. Lo ha dicho. Consultó el historial de Elf. La otra enfermera no levantó la vista de la pantalla. ¿Por qué íbamos a dejar que se vaya?, volvió a preguntar. ¿Le ha dicho el médico que le va a dar el alta?

No. Yo estaba aferrándome al mostrador como el de *Deliverance* cuando está remontando el barranco. No, no se lo ha dicho. Solo quería que me lo aseguraran, para quedarme tranquila. Me preocupa que la dejen irse a su casa solo porque ella lo pida y parezca de lo más normal, de lo más cuerda.

Supongo que eso es el médico quien tiene que decidirlo.

Ya, vale, pero la cosa es que ella se quiere morir y, si ustedes dejan que se vaya, me temo que se matará, por mucho que ella les diga muy convincentemente que no se va a matar. Sentía cómo me aporreaba el pecho el corazón. Empecé a mascullar, mirando al suelo, las palabras me chorreaban por la pechera, ininteligibles, y nadie podía oír con claridad lo que decía.

Perdón, ¿qué ha dicho? Creo que será el médico quien decida si es pertinente que salga del hospital o no.

Justo entonces Janice apareció por la esquina desde la sala de recreo y

cruzamos la mirada. ¡Ay, Janice! ¡Janice!, la llamé. Solo estoy pidiéndoles que no le den el alta a mi hermana en mi ausencia. Voy a volver y me la voy a llevar conmigo a Toronto unas semanas o unos meses y lo único que pido es que…

Janice estaba tosiendo, no podía hablar. Llevaba una guitarra en la mano. La dejó sobre el mostrador y vino hasta mí. Me puso la mano encima de una de las mías. Me miró directamente a los ojos.

No te preocupes, dijo, tal y como está, y teniendo en cuenta por todo lo que ha pasado, de ningún modo se le va a dar el alta de aquí a poco y menos sin un plan organizado. Todavía no sabemos cuál será ese plan, si un internamiento en alguna institución o un régimen de visitas diarias a Psiquiatría, pero te prometo que no la dejaremos irse a su casa hasta que tengamos organizados los cuidados que va a necesitar.

Vale, vale. Toqué la guitarra, su superficie dorada y lisa.

Yoli, dijo, creo que es muy buena idea que Elf se vaya un tiempo contigo a Toronto. Le di las gracias y ella me soltó la mano y no fue del todo como caer de un saliente de una montaña.

Me quedé dormida y cuando me desperté estaba atravesando cielos azules y dejando atrás nubes blancas, con la cabeza de mi madre apoyada en el hombro, la mochila abierta y todo su contenido sobre el regazo. Me toqué la frente, una fina capa de sudor. Parecía que todo se empeñaba en rezumarme del cuerpo, sangre, sudor y lágrimas, como una tienda en liquidación, ¡remate final!, incluso toda la mierda que llevaba en la mochila estaba saliendo, como si nada de lo que tuviera o fuera pudiera contener otra cosa. Mi madre se despertó y se quedó un rato mirando al frente. Luego dijo ajá, y se volvió para mirarme por un segundo como si intentara recordar dónde estaba y quién era yo. Y pensé ay, por favor, quédate así, no recuerdes nada. Quédate así. Pero entonces salió como un resorte de su nebulosa postsiesta y me dijo ¿sabes, Yoli? A veces lo único que podemos hacer es ser valientes, ni más ni menos. Una vez, en la época de mi madre como trabajadora social en Children's Aid, tuvo que quitarle un bebé a una madre de dieciséis años adicta a la metanfetamina. La chica atacó a mi madre en su oficina y le rompió las gafas, lo que le provocó un corte profundo en el arco de la nariz y le dejó una cicatriz irregular que todavía se le ve blanca cuando se pone morena en verano. Le acaricié la pequeña cicatriz y mi madre me apartó la mano de su nariz para cogérmela.

Estoy de acuerdo, mamá. Pero ¿cómo de valiente exactamente?, pregunté.

Bueno, dijo mi madre, por lo menos tanto como Aleksandr Solzhenitsyn.

O sea, mamá, que…

Dime, Yolandi. Sonrió y acercó más la cabeza a la mía para escucharme mejor.

Creo que estaría muy bien si Elf se viniera a Toronto y se quedara conmigo un tiempo cuando le den el alta del hospital.

¡Ah, mira!, dijo mi madre.

Yo estaría siempre en casa y Nora también pasaría allí mucho tiempo. Así ella cambiaría de aires. No tendría presión. Yo creo que merece la pena intentarlo, ¿no? Podría alquilarle un piano por si quiere tocar y podemos incluso comprar una barca o algo.

¿Una barca?

Es que vivo al lado del lago. Podemos comprar un bote de remos y salir a pasear por el lago si nos apetece.

Nos quedamos un rato calladas, pensando y escuchando a las dos adolescentes que teníamos sentadas detrás y que estaban conversando sobre el instituto, el equipo de vóleibol, en plan los chicos, en plan los granos y luego surgió una voz, de una mujer mayor que parecía borracha, diciendo a ver, chicas, escuchadme un momento: os doy cien dólares a cada una… si sois capaces de terminar el vuelo sin volver a decir *en plan*. Las chicas pararon de hablar y la mujer preguntó: ¿Trato hecho? Las chicas respondieron: Pero ¿en plan a cada una? Y todos los que las oímos nos miramos y nos sonreímos. Luego un hombre empezó a quejarse en medio del pasillo de que el hijo de alguien le había mordido en el culo cuando se había levantado para coger algo del compartimento superior. Era verdad, yo lo había visto, una cría de tres años estaba rondando por los pasillos, más aburrida que una ostra, y de pronto se había visto con la cara delante del culo del hombre y había abierto la boca sin más, y ñam, y el tipo había pegado un chillido, sin saber ni por dónde le venían los palos, como quien dice, y la niña se había quedado allí con los brazos cruzados sobre el pecho mientras su madre pedía perdón profusamente con acento de pija británica y le ordenaba a la cría que dijera que lo sentía. No pienso, se negó la pequeña, también con un acento adorable, y la madre que pidas perdón, y la niña que no pienso, pide perdón, no. Por fin el tipo al que había mordido dijo que no era para tanto, solo que le había pillado por sorpresa, y que mejor dejarlo. Pero la madre era implacable, siguió insistiéndole a la cría para que se disculpara, que sí, que se lo vas a pedir sí o sí, hasta que un puñado de pasajeros del 14A al 26C le gritaron ¡que no!

Me parece maravilloso, Yoli, estaba diciendo mi madre. ¿Qué te ha dicho ella?

Quiere venirse. Voy a prepararle el cuarto de Nora, que no tiene ningún problema con dormir en el salón, en un futón que tenemos. Yo de todas formas tengo que estar en casa a ver si acabo el libro de una vez. Podemos salir a andar, a comer, dormiremos. Haremos lo que quiera Elf. Merece la pena intentarlo, ¿no?

Me gusta la idea de la barquita. ¿Y Nicolas? ¿Se lo has comentado?

Todavía no, pero seguro que lo ve bien. A ver, la echará de menos, claro, pero tampoco sería para siempre.

Pero ¿tú te ves capaz? ¿Seguro? No sabemos qué puede hacer Elfie. Nunca.

Ya, dije, pero ¿qué más da? De todas formas, esté aquí o en Toronto conmigo, vamos a estar preocupados. Así que ¿quizá un cambio sea lo mejor? Ahora ya la gira está descartada, así que no tiene que pensar en eso. Ni en

nada.

Bueno. Mi madre no parecía convencida. Puede venirle bien, sí.

Después del funeral nos sentamos todos a la mesa del amplio comedor que había en la iglesia y nos dedicamos a comer sándwiches de jamón y queso y a contar recuerdos de Tina. El tío Frank, con las espaldas cargadas y la cara muy pegada al que estuviese hablando, miraba con intensidad, asintiendo, sin querer perderse una palabra. Si pudiera asimilar cada frase pronunciada sobre su querida y espiritosa mujer, almacenar cada palabra y sílaba en lo más profundo de su cuerpo, entonces quizá pudiera conservarla un poquito más. Me parecía maravillosa la forma en que escuchaba, como si su vida dependiera de ello.

El funeral se había celebrado en una iglesia menonita para que así la típica panda de perpetuos desaprobadores (no descansan ni para los funerales) pudieran apiñarse en una esquina y nos fulminaran con la mirada a cada tanto, aunque como estábamos acostumbrados a sus malas vibraciones, intentamos no hacer contacto ocular con ellos. Al entrar en el templo antes de la misa, mi madre suspiró y masculló entre dientes un ay, señor ante la visión de las espaldas de unos cien hombres en traje negro que ya estaban sentados en las bancas de su lado y supe a qué se refería mi madre. Pasa de ellos, le susurré al oído, y me apretó la mano mientras caminábamos hasta la primera banca de las mujeres, con nuestros familiares. La violencia es eterna. Cambia de forma y se filtra por todas partes como el agua. ¿Qué se supone que debe hacer un pacifista con la violencia eterna si no puede devolvérsela directamente al enemigo? Cantamos himnos a cuatro voces. El tío Frank estaba en la primera banca del lado de los hombres y mientras nosotras cantábamos «What a Friend We Have in Jesus» se volvió y levantó el pulgar mirándonos a mi madre y a mí, que le devolvimos el gesto.

Cuando acabó la misa, ya en el comedor, escuché retazos de la conversación que estaba teniendo mi madre con su primo Hans: ¡Vino a Winnipeg para ayudarme y va y se muere! Antes del funeral fui con algunos primos míos a visitar la tumba de Leni. *A salvo en los brazos de Jesús,* se leía en su lápida. Las cenizas de mi tía se enterrarían un poco más abajo y ligeramente al norte de Leni. El cementerio es pequeño, verde y antiguo y me recuerda al de East Village donde están enterrados mis abuelos, Helena y Cornelius, y detrás de ellos, en una fila bien trazada, las tumbitas de seis de sus hijos. De los dieciséis críos que dio a luz Helena solo diez llegaron a la edad adulta. Me pregunté cómo sería sentir aquello, ese duelo de mi abuela. Si, al final de la jornada, una vez acabadas todas sus labores, cuando la noche suavizaba levemente las cosas y tenía un par de minutos para llorar o pensar, me preguntaba si sabía exactamente por quién o por qué lloraba o en qué pensaba, y si acaso importaba siquiera. Me cuestioné si alguna vez mi abuela le habría dicho a mi abuelo: Cariño, esta noche no, ya tenemos catorce o quince chiquillos, he perdido la cuenta, y de esos catorce o quince he

enterrado a seis, amor, y estoy que no puedo con mi alma. Y ahora su Tina también se ha ido y la única que queda en pie es su Lottie, y además luchando por su cuenta contra ejércitos enteros. Así son las cosas…

Después del funeral la gente se fue turnando para subir al pequeño escenario y contar historias y rememorar momentos de Tina, una tradición menonita llamada *freiwilligis*. Vi a parientes que llevaba años sin ver. Sheila hizo de afable maestra de ceremonias. Su marido Gordon tuvo que improvisar unas palabras para darle tiempo a mi prima a dejar de llorar y que pudiera hacer su parte en el micrófono. Gordon nos dio las gracias a todos por estar allí y dijo que era una pena que Tina, con lo que le gustaba a ella una fiesta, no pudiera participar. Sheila clavó los ojos en el techo y ya algo más compuesta le quitó el micrófono. Bueno, amigos, dijo, el corazón de mi madre nunca le falló ni a ella ni a nadie…, hasta ahora. Dijo un par de cosas más y luego ofreció el micrófono para quien quisiera hablar. A su lado había una mesa llena de fotografías de mi tía en distintas etapas de su vida. La que más me gustó fue una en la que asomaba por la ventanilla del Oldsmobile de su padre cuando tenía diecisiete años y se despedía con la mano y una gran sonrisa en la cara. ¡Nos vemos, pioneros! ¡Me voy a la ciudad!

En el suelo junto al micrófono había una bonita urna de madera, como un pequeño pozo de los deseos, que contenía las cenizas de mi tía. Una de las cincuenta y seis mujeres de mis primos estaba en el estrado hablando de cómo mi tía se dedicaba a zumbar por toda la ciudad con su furgoneta de la llamarada pintada en un lateral y se las ingeniaba para evitar a los polis en cada recodo y mientras esa mujer hablaba, su niño pequeño se subió a gatas a la tarima y se acercó a la urna de madera. Se sentó al lado y se puso a aporrearla un rato y entonces, mientras su madre, ajena a todo, seguía hablando de Tina y de todas sus encantadoras cualidades, de su audacia, su ternura, sus ganas de vivir, el pequeño se las arregló para quitarle la tapa a la urna. Todos nos quedamos mirando boquiabiertos cuando empezó a rociar las cenizas de Tina y a esparcirlas por doquier, el niño pasándoselo bomba con los restos de su bisabuela mientras se le ponían negros el conjunto de camisa blanca y pantaloncito corto y toda la cara. Y luego empezó a meterse la ceniza en la boca con las manitas polvorientas y, para cuando ya todos nos habíamos dado cuenta y su padre había subido a cogerlo, había un montón de personas riéndose (salvo por los perpetuos desaprobadores, que miraban el espectáculo con adusto espanto), y la madre dejó de hablar por el micrófono y se volvió y vio que el padre del niño lo tenía ya todo bajo control y le sacudió las cenizas de la ropa y le limpió la cara y tapó la urna de Tina y devolvió al niño a la mesa, y la madre, la mujer de mi primo, volvió tranquilamente al micrófono y terminó de contar lo que quería contar sobre Tina y su furgoneta y yo aprendí otra cosa, que es que no tienes que parar de contar una historia porque alguien se esté comiendo las cenizas de tu protagonista.

Estaba en el vestíbulo de la iglesia hablando en voz baja con Nora. Mi hija

creía que se había partido un dedo del pie haciendo algo raro en la cinta de correr de la madre de una amiga y estaba hecha polvo porque seguro que no iba a poder bailar en la función final que tenía una semana después. Y Will tenía que volver a Nueva York para su trabajo de verano y su padre seguía en Borneo. Estaba llorando. ¿No podrías quedarte unos días en casa de Zoe hasta que yo vuelva? No, los padres de Zoe iban a llevarla a Churchill a ver los osos polares o algo así, me contó. ¿Y con Anders?, le pregunté. Ya se ha quedado en casa bastantes veces. Sería raro, me dijo, ¿es que no puedes volver a casa y ya está?

QUINCE

Cuando regresé a Toronto, me tiré tres horas mirando la pared desde mi sillón marrón grande. Al final Nora no se había partido ningún dedo, solo tenía un esguince, así que iba a poder participar en la función de final de curso. Se remojaba los pies en agua caliente. Siempre estaba de pie sobre una pierna mientras extendía la otra en alguna pose inconcebible y retorcida. Me preguntó cuándo iba a volver Dan de Borneo. No lo sé, cariño, le dije, y la vi marchitarse levemente, caída de hombros y mirada ensombrecida. ¿Crees que volverá a tiempo para la función?, me preguntó.

Ya no había hormigas. Will había limpiado toda la casa y pedimos al chino para los tres y vimos juntos un partido del mundial en la tele antes de que Nora se fuera a no sé dónde con Anders y yo llevara a Will al aeropuerto. Le di un abrazo muy largo, seguramente en su opinión me pasé de largo, pero tampoco intentó zafarse. ¿Estás bien?, murmuró. Le dije que sí, más o menos. Te quiero, eres una buena madre. ¡Bueno, bueno! ¡Gracias! Se me saltaron las lágrimas al instante. ¡Y tú eres un buen hijo! Dejamos de abrazarnos y nos separamos, sonriendo. Y eres una buena hermana, añadió. Me rodaron las lágrimas por las mejillas, era ya inútil contenerlas. Le pedí perdón y Will me hizo un gesto de que no importaba. Me cogió la mano y me la apretó unos segundos. ¡Y tú también eres un buen hermano!, le dije yo. Vale, venga, mamá, tengo que irme. Nos vemos dentro de un mes o así. Te llamo esta noche. Lo vi atravesar tranquilamente el control de seguridad, intercambió unas cuantas palabras desenfadadas con el hombre que había tras la cinta, tendió la tarjeta de embarque para que comprobaran los datos, se quitó el cinturón, lo dejó en la cesta, todos estos gestos hechos con tanta precisión, con tanta calma. Control absoluto. O al menos en apariencia. ¿Qué era ahora, un hombre o qué?

Nic y mi madre pasaban gran parte del día con Elf en el hospital. Nuestras conversaciones eran breves, como paradas técnicas en una carrera. Actualizaciones. ¿Estamos todos vivos? Todos vivos. ¿Alguna novedad? Sin novedad. Estábamos los tres como aletargados, en un estado de suspensión. Yo me pasaba horas investigando la posibilidad de Suiza por internet e intentando decidir qué debía hacer. No se lo conté a nadie de Toronto. Fui al banco y le pregunté a un hombre que había en un cuartito si podía solicitar un préstamo de veinte mil dólares. Había calculado que con esa cantidad tendría de sobra para que viajásemos las dos hasta allí y yo sola de vuelta y pagar por el «tratamiento» y un hotel, incluso contando el coste de la incineración y de la urna. Le planté en la mesa una pila de libros de mi saga de rodeo. Me preguntó si tenía algún tipo de aval y le dije que no, no tengo nada. Le expliqué que esperaba conseguir pronto un adelanto por mi siguiente libro de Rhonda y que entonces podría reembolsarlo. El tipo me contestó que

tendría que volver para hablar con otra persona a la semana siguiente y que le llevara una copia del contrato por el libro. Le contesté que todavía no me lo habían mandado, que mi agente estaba encargándose del tema. Le aseguré que tenía otro libro en cartera (salvo porque en lugar de libro dije *barco* sin querer), pero que no lo había terminado, y el tipo me dijo que bueno, que sin un contrato que demostrase que iba a percibir fondos –de libros o barcos– podía olvidarme de que me concediera un préstamo.

Mi hermana sí tenía dinero, pero estaba en la cuenta que compartía con Nic y él habría notado si faltaba un pellizco de ese calibre. Lo llamé por teléfono y le pregunté si Elf le había comentado la idea de venirse a Toronto. No, me dijo, pero si quiere, ¿por qué no? Hablaba más bajo de lo normal. No indagó en los detalles. Se limitó a decir: Sí, claro, ¿por qué no?, ¿por qué no? Le conté lo de la barca. Estaba obsesionada con los barcos. Me dijo que, que él supiera, a mi hermana no le volvían loca los barcos y eso pero quizá, ¿por qué no?

Le mandé un mensaje a mi editor para informarle de que tendría el número diez de Rhonda Rodeo encima de su mesa en menos de un mes. Me puse a escribir como una loca. Me quedaba algo de dinero de una subvención cultural que me habían dado para el libro del práctico de puerto y una cantidad realmente pequeña de la venta de la casa de Winnipeg. Llamaba a Nic y a mi madre a diario para que me pusieran al tanto de todo. Nic iba al hospital, normalmente dos veces al día, y decía que, como siempre, no había cambiado mucho, nunca hay manera de hablar con el psiquiatra de Elf, y mi madre había dejado de ir con tanta frecuencia porque simplemente no podía más, no había cambiado nada, el personal seguía reprendiendo de continuo a mi hermana por no seguir el programa y sermoneando a mi madre para que también ella tuviera mano firme por el bien de su hija y amenazando con freírle el cerebro a mi hermana a base de electrochoques, así que llamé al puesto de enfermeras para rogarles y que me aseguraran que no iban a dejarla salir. La verdad era, sin embargo, que estaba muriéndose en el hospital. Las enfermeras me aseguraban que no iban a darle el alta. Me decían que me tomara un té e hiciera el favor de tranquilizarme. Les pedía hablar con Elf y me decían que solo era posible si ella salía por su propio pie de la habitación y respondía al teléfono en la sala de ocio. A veces me daba por llamar al puesto de enfermeras a las tantas de la noche para preguntar si Elfrieda seguía allí. Una vez me dijeron que sí, está aquí, acuéstese usted ya. Estuve a punto de decirle a la enfermera que a mí nadie me decía cuándo acostarme, pero no sé ni cómo conseguí pararme en el *a mí*… y luego me disculpé.

Quedaba con Nic para llamarlo al móvil a las horas en que iba a verla y él le pegaba el teléfono a la oreja y yo le hablaba de nuestro plan, que todavía andaba organizando, estaba viendo qué hacer, pero que de todas formas iría pronto a verla, tengo que acabar una cosa de trabajo y luego ya vuelvo a Winnipeg. Mientras yo hablaba, ella respiraba, creo, pero no hablaba. Hasta un día que llamé y me habló de pronto. Tenía la voz nítida y fuerte.

¿Cuándo vas a venir a por mí, Yoli?

Durante los días que estuve intentando trabajar en mi libro de Rhonda pasé mucho rato tendida en la cama. Me preguntaba si no sería México mejor opción, un lugar más apropiado para morir. Ir allí era más barato. Me imaginaba una hamaca meciéndose suavemente como una cuna, el retorno a la infancia, al vacío y, por último, a la nada. La muerte estaba más en la esencia de México que de Suiza, o al menos esa era la idea que yo tenía. Era una nación menos pretenciosa, más caótica y misteriosa. Era un país donde el Día de los Difuntos se celebraba haciendo fiestas en los cementerios. En la esencia de Suiza lo único que había eran navajas multiusos bien afiladas y formas de parcelar el tiempo y mantenerse neutral. Nora nos hacía batidos de todo y comíamos platos paleo, su nueva dieta favorita, carne y frutos secos por un tubo, como cavernícolas. La función fue muy bonita, elegante y emotiva. De vuelta a casa Anders y ella derramaron los granizados de colores y tiraron cosas al suelo del coche y se metieron mano como pudieron en el asiento trasero. Si Will ya había «llegado a las orillas de la madurez», como habría dicho mi padre, Nora seguía subida de lleno en la ola de la adolescencia, en todo su glorioso caos, mar adentro y con la orilla apenas distinguible a simple vista. Hacía un calor increíble en el piso y las ramas de los árboles seccionados estaban empezando a crecer y a engullirnos de nuevo en su verdor. Estábamos retrocediendo en el tiempo, de vuelta a la oscuridad.

Llamaba al hospital implacablemente, a cualquier hora del día o de la noche. ¿Está ahí? Está aquí. ¿Está ahí? Está aquí. ¿La vais a dejar salir? No la vamos a dejar salir.

DIECISÉIS

Llamé a Elf y le dije que pronto reuniría el dinero para poder ir a Zúrich. Lo haría con tarjetas de crédito. Pero a la mañana siguiente mi madre me llamó y me dijo que iban a darle un pase de día. Iban a dejarla ir a casa para celebrar su cumpleaños, un concepto que me pareció curioso dadas las circunstancias. O quizá fuera que en realidad mi hermana no se arrepentía necesariamente de haber nacido.

Estaba tan obsesionada con asegurarme de que no la dejaran salir del hospital hasta que no reuniera el dinero que necesitaba para llevarla a Zúrich que se me había pasado por completo su cumpleaños. Mi madre me contó que Nic iba camino del hospital para recogerla mientras ella se acercaba a encargar una tarta de cumpleaños para que se la llevaran a la casa y a comprar champán y flores que ella misma llevaría a la casa de ellos, iría todo bien. Enfatizó esa última frase, como si ella fuera la voz del oráculo. Estaba decidido. Colgué y me senté en la palma de una silla de plástico con forma de mano que mi hija había encontrado al lado del contenedor de alguien y dije: Pues nada, ya se ha ido.

Nora llegó a la casa un rato después y le conté que habían dejado salir a Elf durante el día para celebrar su cumpleaños. Qué bien, dijo Nora. Aunque luego le va a costar volver al hospital. Yo estaba de acuerdo. Completamente. Llamé a Nic al móvil, pero no me lo cogió. Llamé al piso de mi madre, pero tampoco me lo cogió. Nora me preguntó si quería jugar al tenis con ella así que nos pusimos a hurgar por todo el piso en busca de pelotas y raquetas y luego nos pusimos las camisetas y los pantalones cortos más reventados que teníamos y nos fuimos a la pista con la red mustia que hay a unas cuantas manzanas en nuestra misma calle. Disputamos un montón de juegos, corriendo mucho más de la cuenta, fallando casi todas las bolas, disculpándonos como niñas y jadeando. Habíamos jugado cuatro o cinco juegos y estábamos ya para irnos, sentadas en las bandas y compartiendo un helado que habíamos comprado en una camioneta con un altavoz en el techo del que salía a todo volumen «It's a Small World» de Disneylandia. Estaba intentando acordarme de la letra. ¿Cómo era, qué había en el mundo… y qué era lo otro? Me sonó el móvil y era Dan. Ay, no, pensé, ahora no. Se lo cogí y en el acto me preguntó si estaba bien, dónde estaba, qué estaba haciendo y le respondí a todas sus preguntas con precisión. ¿No estás en Borneo?, le pregunté yo. Me dijo que sí, que seguía allí. Pero Nic lo había llamado asustado porque no había conseguido ponerse en contacto conmigo. Yoli, me dijo, tengo malas noticias.

Le pregunté si mi madre lo sabía y me dijo que no, que Nic la había llamado tanto a la casa como al móvil, pero no se lo había cogido.

Está por ahí buscando una tarta, le conté.

Ah, dijo Dan, vale… Y añadió que Nic me había intentado llamar pero que yo no se lo había cogido.

Ya, por el tenis…

Yoyo.

Le tendí el teléfono a Nora.

Cógemelo, por favor, le dije, no lo quiero.

Volvimos andando al piso. Nora fue con las dos raquetas y las pelotas en una mano y llevándome a mí cogida con la que tenía libre. Me pareció muy raro poder escuchar el traqueteo del metro bajo el suelo hasta que me di cuenta de que no eran más que mis pensamientos estrellándose unos con otros e intentando reajustarse en algo nuevo.

Me llamaron varias veces del hospital. Al principio no respondí porque estaba ocupada buscando un vuelo para Winnipeg y llamando a mi madre a cada minuto sin éxito. Por fin respondí a la llamada del hospital. Era alguien con quien no había hablado nunca. Se presentó como directora ejecutiva de no sé qué. Me preguntó si me habían dado la noticia y le dije que sí. Me dijo que lo sentía mucho. Colgué. Volvió a llamarme y me preguntó si podía hablar conmigo, si podía explicarme lo que había pasado. Le dije que yo ya sabía lo que había pasado. Hablaba con una voz suave, muy profesional, sin pausas, sin preámbulos, sin debate. Y yo entretanto miraba a Nora, que estaba yendo de un lado a otro del piso preparando nuestras cosas para volar a Winnipeg. La mujer me preguntó si estaba sola y le dije que no. Le dije que lo sentía pero que no podía seguir hablando, tenía cosas que organizar y todavía no había conseguido hablar con mi madre. Me dijo que lo comprendía, pero que necesitaba explicarme algunas cosas.

¿Cómo podría formularlo?, dijo.

¿Por qué la han dejado salir cuando todos los días y todas las noches me prometían que no iban a hacerlo? ¿Había sido todo puro teatro? ¿Yo no tendría que haberles creído? Me preguntó si podía esperar un segundito, que estaban llamándole de la policía para el tema de la situación de mi hermana. ¿Situación?, dije. Me senté en el suelo y esperé y esperé escuchando el «Three Times a Lady» de Lionel Richie, tres veces mujer, que se repitió una y otra vez hasta que perdí la cuenta de las veces que era mujer, y entonces al final me di cuenta de que yo no tenía por qué esperar nada, yo no tenía que hacer nada que me pidiera aquella directora ejecutiva. Esa era la situación. Le di al botón de colgar del móvil, me levanté y fui a ayudar a Nora a hacer las maletas.

Llamé a Will, pero no me cogió el teléfono. Llamé entonces a su padre, que vivía en Manhattan, y le expliqué lo ocurrido. ¿Podría intentar localizarlo y comprarle un billete para Winnipeg cuanto antes? Yo se lo reembolsaría. Me dijo que lo sentía, que él pagaría el billete, que saldría del trabajo

inmediatamente e iría en busca de Will, que seguramente estaba en su trabajo de diseño de jardines en Queens. Llevábamos una eternidad sin hablar. Él, claro está, había conocido a Elf hacía muchos años. Ahora estaba llorando. Esperé. Lo siento, repitió. Era una iconoclasta, añadió. Siempre me trató muy bien. Le ponía tanta pasión a todo. Nos despedimos. Llamé a Julie y le conté lo que había pasado y le pedí que fuera al piso de mi madre y la esperara allí. Llamé a dos amigas de mi madre y les conté lo que había pasado y les pedí que fueran al piso de mi madre y la esperaran allí. Seguía sin poder contactar con Nic. Volví a probar a llamar a mi madre. Estaba en su piso. Había llegado demasiado pronto.

¿Hay un montón de gente ahí contigo?, le pregunté.

No, ¿por qué? Estoy aquí sola.

Están de camino, le dije. Quiso saber qué pasaba.

Dímelo.

DIECISIETE

Para última hora de esa tarde estábamos ya todos en el salón de Nic y Elf. Nora y yo seguíamos con la ropa con la que habíamos jugado al tenis. ¿Tenemos algo más que ponernos?, le pregunté a mi hija. Sí, vestidos para el funeral y ropa interior. Will había llegado en taxi desde el aeropuerto. Ahora estaba en el baño. Llevaba allí un rato, llorando a solas, la modalidad que suelen preferir los hombres jóvenes y las mujeres mayores.

Nic nos contó que había recogido a mi hermana del hospital y luego habían ido a la casa y entonces ella le había preguntado si podía ir a cogerle unos libros a la biblioteca. Vamos a comer primero, le dijo él, y ella accedió. Nos dijo que había sido una comida estupenda. De lo más normal, de lo más agradable. Qué impresión solo de tenerla allí sentada al otro lado de la mesa como en los viejos tiempos. Luego había ido a la bi- blioteca a por los libros que ella le había pedido, no habría tardado ni veinte minutos, la biblioteca estaba al lado, y para cuando volvió no había nadie en la casa.

¿Qué libros te pidió?, quiso saber Will, que ya había salido del baño. Nic dijo que libros de su pasado, los que ella recordaba que de algún modo le habían cambiado la vida o le habían dado…, los que la hacían sentirse viva, no sé… No pudo acabar la frase. ¿Como cuáles?, indagó Will. Nic le dijo que como D. H. Lawrence, Shelley, Wordsworth… No sé. Ahí están.

Señaló hacia una torre inclinada de libros al lado de la mesa del ordenador. Todos los miramos de reojo, tan solo un momento, y apartamos rápidamente la vista. Habían fallado. No podíamos mirarlos. Nos quedamos en el salón mudo y amarillo, mis hijos cada uno a un lado de su abuela, muy pegados, como centinelas. La tenían cogida de los brazos, como para impedir que saliera flotando como un globo de helio.

Mi madre no paraba de repetir una cosa. Cuán cierto, dijo cuando Will le sugirió que mejor se sentara. Cuán cierto, repitió cuando Nora la abrazó y le dijo que Elf había dejado ya de sufrir. Cuán cierto, dijo una vez más cuando Nic le dio las gracias por haber dado a luz a Elf, el amor de su vida. Cuán cierto, dijo cuando todos respondimos, casi al unísono, con la palabra *respira* cuando ella planteó la pregunta ¿y ahora qué?

Era una casa bonita. Miré los libros de música que tenía mi hermana en una pila ordenada sobre el piano. Miré los objetos de cristal que había coleccionado con los años también muy ordenados en lo alto de una librería. Anda, Elf, pensé, qué lista tú. Conseguir que te deje sola con el pretexto de ir a por libros. De ir a la biblioteca. Cómo iba a negarse. Los libros son lo que nos salva. Los libros son lo que no nos salva. La biblioteca. Cómo no. ¡Qué cosas tienes, Elf! A punto estuve de reírme. ¿Qué había dicho de las bibliotecas y la civilización? Porque haces una promesa, había dicho. Prometes devolver el libro. Prometes volver. ¿Qué otras instituciones

funcionan basándose en tanta buena fe, Yo?

Sonó el timbre. Ninguno nos movimos. Volvió a sonar, dos veces. Ah, dijo Nic. Un momento, ya voy yo, me ofrecí. Era el hombre de la panadería Tall Grass con la tarta de cumpleaños que había encargado mi madre para Elf. Le di las gracias, la llevé al salón y se la enseñé al personal. Era una delicada tarta blanca, esponjosa y ligera. Había un mensaje escrito con *frosting* para Elf, un enfático deseo de felicidad. Nos tomamos todos un trozo. Nic partió las porciones con mucho cuidado y nos las sirvió en la vajilla de porcelana blanca lisa de mi hermana y nos comimos la tarta y vimos cómo el sol del ocaso resplandecía y se refractaba en los cuencos de cristal azul.

Al final de la velada, cuando no quedaba ya ni tarta ni sol, nos fuimos. Nic nos acompañó a todos a la puerta y se quedó en los escalones con sus bermudas caquis y su vieja camiseta punki, su conjunto de fin de semana, pensado para estar cómodo y relajarse. Mi madre le preguntó si iba a estar bien y él abrió los brazos para rodearla y bajó mucho la cabeza para apoyarla en su hombro. Will le preguntó si quería que se quedara a dormir. Nic le dijo que no, qué va, le hizo un gesto de no te preocupes, pero se lo agradeció. Sus padres, su hermano, sus amigos de fuera iban a ir todos llegando a lo largo de los siguientes días. Esa noche la pasaría solo.

Luego, ya en el piso de mi madre, abrí un sobre que me había dado Nic cuando nos íbamos. Era una copia de un relato que había escrito Elf. Yo no tenía ni idea de que había estado escribiendo un libro. Lo había titulado *Italia en agosto*. Lo abrí por una página al azar y leí un párrafo breve en el que la protagonista expresa la pasión tan desaforada que siente por Italia, que quiere ir allí porque es donde iban sus «hermanas de ficción». Luego enumeraba a varias de esas hermanas de ficción y los libros en los que aparecían y cómo cada una la había protegido de una forma, cómo la habían ayudado todas a salir de las arenas movedizas que a veces te pone por delante la vida, del embuste, de la agonía de estar viva. ¡Ah, conque tenía otras hermanas…! Por un segundo me entraron los celos. Ellas la habían ayudado y yo no. Mi hermana amaba esos libros y ellos la habían correspondido. Se me pasaron los celos. Tuve entonces una extraña sensación, como si el dolor por su pérdida se me diluyera ligeramente, se extendiera por todas nosotras, todas las mujeres, todas las hermanas, a pesar de que yo era la única real. Pasé las páginas del manuscrito hasta el final y leí el último párrafo.

> Aunque no es lo acostumbrado despedirse del lector al final del libro, yo tengo la sensación de que no puedo terminar este relato sin decirte adiós. Ha resultado ser un libro de adioses. Imagino entonces que necesitaba despedirme detenidamente, analizar las razones para decir adiós y entenderlas un poco mejor. Como me has hecho compañía a lo largo de este viaje, es más, has sido mi público, la razón última de este ejercicio, me siento de pronto desolada ante la perspectiva de que también nuestros caminos se separen. Y puesto que me sacas ventaja, pues conoces mi vida más de lo que yo conoceré jamás la tuya, solo puedo escribir con

generalidades cuando te deseo buena fortuna en todo lo que te depare el futuro. Así como, desde lo más hondo de mi corazón, ofrecerte un *auf Wiedersehen* y un *adieu*. Si asoman lágrimas a mis ojos mientras escribo esto, son por ti. *Arrivederci*.

Will durmió en el sofá del salón y esa noche las tres mujeres dormimos juntas en la cama gigante de mi madre, que barrió con el brazo todas las cosas que tenía encima, novelas policíacas, ropa, gafas, agenda, portátil, y las tiró a la alfombra, aunque luego dormir no dormimos mucho. Hablamos hasta las tantas de la mañana, ya casi entrado el día, sobre Elf, sobre su estilo inimitable, sobre el pasado, sobre todo lo que se nos pasó por la cabeza. Menos del futuro, que era el territorio donde se libraba la lucha a muerte. Era junio y el sol salía temprano. Llevaba las últimas seis semanas yendo y viniendo en avión, yendo y viniendo, de oeste a este y de este a oeste sin parar.

Ha sido la fiesta de pijamas más rara que he hecho en mi vida, comentó Nora.

Cuán cierto, dijo mi madre.

Vimos un rato de un partido del mundial de fútbol en la tele, era un campeonato interminable, al parecer, duraba meses. Lloramos con los perdedores, buscamos orientación en ellos, cómo sobreponernos, y no quisimos ni ver a los ganadores, no nos interesaban lo más mínimo, y entonces Nora pensó que debíamos cambiarnos las camisetas como habían hecho los jugadores al final del partido y mi madre acabó con una camiseta sudada (todavía del tenis) y diminuta en la que ponía *norwegian wood* de haruki murakami, Nora con mi vieja camiseta sudada en la que ponía cementos inland y yo con el ajado camisón de satén de mi madre vestigio de otra era, regalo de mi padre. Me lo imaginaba eligiéndolo en las galerías Hudson's Bay que había en la esquina de Portage con Memorial Boulevard. Era una tradición, lo de comprarle un camisón por Navidad. Y casi siempre una lámpara. Cosas con las que pertrecharte contra la noche. O una para ayudarte a dormir y otra para mantenerte despierta, como frascos de pastillas. Elf y yo lo ayudamos más de una vez a escoger el camisón. A veces eran monos, recatados, de franela. Otras eran cortos y muy finos. La verdad era que nunca me había parado mucho a pensar en el estado mental que tenía mi padre cuando los escogía. O tal vez la influencia que Elf y yo teníamos en el proceso cambió con los años conforme nosotras mismas nos fuimos haciendo mujeres.

Estaba tendida en la cama contando mentalmente las veces que había utilizado Elf la palabra *adiós* en aquel pequeño párrafo. Tres veces, más otras tres en tres idiomas distintos. *Adiós* multiplicado por seis. Vale, Elf, lo pillo. Con la primerísima luz de la mañana vi a Nora y a mi madre durmiendo, por fin, de lado y cara a cara, cogidas de las manos, cuatro manos entrelazadas como una madeja de lana, como una bola de serpientes de jarretera apareándose, de modo que contuvieran lo que contuviesen estaría muy bien

protegido.

Una noche cuando yo era todavía pequeña y Elf adolescente y aún vivíamos los cuatro juntos en nuestro pueblecito menonita y estábamos a punto de cenar, mi hermana fue a la mesa del comedor y resopló por la nariz y dijo perdón pero, vamos a ver, ¿quién ha puesto la mesa, Mickey Mouse? Había sido mi padre, por órdenes de mi exasperada madre, que justo antes de eso había estado recordándole en qué año vivíamos, que acabábamos de presenciar un avance histórico en lo referente a los derechos de las mujeres y de otros colectivos. Nuestro padre rara vez se enfadaba, salvo consigo mismo, pero en esa ocasión se enfurruñó ligeramente y dijo que había que ver, que él había intentado ser un hombre moderno y poner la mesa y lo único que había conseguido había sido que lo ridiculizaran de mala manera así que ¿para qué molestarse? Pero el caso, lo importante, es que recuerdo que mi hermana dijo pero ¿quién ha puesto la mesa, Mickey Mouse? Justo esas palabras me vinieron a la cabeza cuando vi su cara machacada, después de que mi madre insistiera en ver su cuerpo antes de la incineración. Había sido un tren, lo que le había aplastado la cara, me refiero, igual que el que mató a mi padre. Por lo visto no había tenido que esperar mucho, tuvo suerte con las horas. ¿Adónde va la violencia si no es directamente a nuestra sangre y nuestros huesos? Nic y yo acompañamos a mi madre por el pasillo de la capilla vacía de la funeraria y nos quedamos flanqueándola con los brazos bien unidos como si estuviésemos a punto de bailar una danza popular rusa. El director de la funeraria le había sugerido a mi madre que si insistía en ver el cuerpo de mi hermana quizá lo mejor fuese que le viera solo las manos. Podía acomodarla en la caja de madera y cubrirla por completo salvo por una fina y pálida mano visible. Mi madre no quiso entrar en razón. Voy a verle la cara a mi hija, dijo. Así que ahí la tenía, el agujero en la cabeza cosido como si fuera una pelota de béisbol casera y ahí es cuando me vino lo de ¿quién le ha cosido así la cara a mi hermana, Mickey Mouse? Y luego, después de un minuto mirándola fijamente con la esperanza de que parpadeara, abriera los ojos y se riera de aquel espectáculo absurdo, cambié de opinión y sentí una sensación poderosa y colosal de gratitud hacia el director de la funeraria que tanto se había esforzado por restaurar la belleza de mi hermana para esa última mirada de su madre.

Elfie me ha dejado su seguro de vida. También me ha dejado, a lo Virginia Woolf, una asignación mensual de dos mil dólares para los próximos dos años con la idea de que me quede en casa, en una habitación propia, y escriba. Así que ya sabes, Veleti, remángate, me había escrito en una notita que había dejado para mí. Todo lo demás, salvo por los fondos fiduciarios que había dispuesto para mis hijos y dinero para que mi madre viajara cómodamente y se comprara un audífono potente y un cochazo nuevo, era para Nic. Voy a utilizar el dinero de su seguro de vida para comprar una casa reventada en

Toronto y reformarla. Creo que mi hermana aprobaría mi decisión. ¿Se habría dado cuenta de que yo iba de farol? ¿Había tenido en algún momento la intención de venir a Toronto? ¿Había tenido yo en algún momento la intención de llevarla a Zúrich?

Mi madre se va a venir a vivir con nosotras a Toronto.

¿Puedo?, me preguntó por teléfono.

Vente por favor, le dije.

No hubo ni debate ni discusión. Ha llegado la hora de unir fuerzas. Hemos perdido a la mitad de la tropa y las provisiones escasean ya y el invierno está a la vuelta de la esquina. Vamos a vivir las tres damas en este viejo caserón en ruinas, el que acabo de comprar gracias a Elf.

DIECIOCHO

Estoy tendida en un colchón inflable dentro de una casa vacía y es plena noche mientras medio escucho lo que me cuenta Nelson sobre sus críos, los que tiene aquí y los de Jamaica, y sobre la lata que le dan las madres de los críos, que es la razón por la que tiene que trabajar de sol a sol. Está en el último peldaño de una escalera, estirándose para llegar al techo con la brocha. No me estoy acostando con él. Lo he contratado para pintar. Yo voy y vengo de la conciencia intentando recordar cómo era una conversación que tuve, una entre Elf y yo de hace años. Fue algo así:

Oye, ¿qué tienes en la oreja?
¿En la oreja? Nada.
Que sí, tienes algo ahí, Yoli. Parece semen o algo…
Yo no tengo semen en la oreja.
¡Que sí, es eso! Seguro. Sí, ¡definitivamente tienes semen en la oreja!
Es champú.
No es champú, ven, anda.
¡Quita!
De verdad, ven, déjame que te vea.
No.
Entonces, ¿qué es? Pruébalo a ver.
Es champú. Acabo de ducharme.
¿Cómo lo sabes? Pruébalo.
Elfrieda, no tengo que probar lo que quiera que tenga en la oreja, que además es champú, para saber que no es semen porque no he estado en ninguna situación en la que haya podido…
¡Ja, ja! Ay, qué mal mientes… Tranquila. Me encanta que tengas semen en la oreja.

Estoy escuchando a Nelson, que me cuenta su vida mientras pinta de blanco unas paredes destrozadas. Mi casa nueva se cae a pedazos, pero tiene buenos huesos, en palabras de la mujer de la inmobiliaria. Me temo que no era ninguna metáfora. Ayer me encontré en el armario de la cocina *El ABC de los asesinos en serie,* un libro del anterior propietario, un tipo un tanto rarito. De ser por la de la inmobiliaria ella no me habría enseñado la casa por nada del mundo, torcía la cara y se sentía sucia solo de pensarlo, pero le dije que se le estaba agotando el tiempo. Mi madre está al caer.

Hay una laguna contaminada al lado de la casa, que está encajada entre una funeraria, un hospital psiquiátrico y un matadero. Genial, una cosa para cada una, dijo mi madre por teléfono cuando se la describí. Las paredes o tienen grietas o están a punto de caerse o directamente no están, los suelos dan lástima, no queda ni un escalón entero en los dos tramos de escaleras que

tiene, los ladrillos están volatilizándose en un polvo rojo que flota por toda la casa como ceniza volcánica y se te mete en los ojos y la boca, el tejado hay que cambiarlo entero, los cimientos están agujereados, el jardín está comido por la maleza y hay mofetas viviendo bajo el porche. Una noche bien tarde me encontré con una prostituta (desde que ha empezado el segundo curso de la facultad Will nos pide que las llamemos trabajadoras sexuales) que estaba teniendo un encuentro con un cliente y utilizando mi valla trasera para la transacción. Madre del amor hermoso, exclamé como habría hecho mi padre si se hubiera encontrado a una dama de la noche. En la punta de la nariz la prostituta tenía una costra roja grande como una moneda de diez centavos, cualquiera diría que había pensado salir de casa disfrazada de payaso pero luego a última hora había cambiado de opinión y había optado por el traje de prostituta. Todas las mañanas recojo agujas usadas y condones con un palo largo y lo meto todo en un cubo azul al lado de la puerta trasera, una verja que se abre del revés y que me da en la cara varias veces al día. Cuando llene el cubo lo… No tengo claro lo que haré. El supuesto jardín que rodea la casa no es más que tierra y basura y el terreno está empapado de plomo venenoso de las fábricas aledañas.

Tengo cuatro semanas para meter en cintura este antro antes de que mi madre llegue con el titánico camión de la empresa de mudanzas Aliados Unidos. Nora vivirá en la planta de arriba, en la buhardilla de las ardillas, yo me quedaré en la segunda con los ratones, y mi madre en la planta baja, al lado de las mofetas. Las tres tendremos una puerta mosquitera rota con vistas al jardín, cada una en su planta, y podremos ponernos a cantar como hacen en *La bohème*. Aquí es donde hemos venido a curarnos. Como suele decirse. Al otro lado de la calle, detrás de la casa, hay una fábrica de piezas de automóviles abandonada construida con bloques de hormigón. Nos tapa gran parte del cielo de poniente salvo si subimos al tejado de la tercera planta, y desde ahí ya podemos verlo casi todo hasta Winnipeg.

La fábrica está rodeada por un foso de fango y aguas residuales y la gente se dedica a tirar allí basura, cunas, raquetas rotas, ordenadores, bragas sucias, despertadores. Por la noche dos misteriosos hombres mudos se meten en el fango pertrechados con vadeadores y lo aspiran para sacarlo del foso y que corra con todo su marrón y toda su toxicidad por nuestro callejón trasero, rumbo al sur hacia Adelaide Street y de ahí a King Street y por último al lago Ontario, donde vuelve a su ser. He contratado a una empresa para que me haga un cuarto en la parte de atrás de la casa, uno que sea grande, luminoso y cálido y que algún día tenga unas bonitas vistas a un jardín sembrado de flores y rematado por cielos azules y esperanzas y sueños inmensos. Para mi madre.

Uno de los tipos que están haciéndome la reforma de la casa me ha invitado a salir, o algo parecido, a quedar para ir a su grupo de ayuda mutua para hijos adultos de alcohólicos. Cuando le dije que mis padres no eran alcohólicos, me dijo que daba igual, que todos teníamos nuestras mierdas. Otro que en Bucarest daba clases de filosofía ha empezado a orinar desde los

escalones de la entrada y está animando a los demás a que lo imiten; dice que el olor a orina humana espantará a las mofetas. Por la noche, después de calurosos y húmedos días de regateo, siempre con dinero contante y sonante y con hombres varios que hacen cosas varias, encima y fuera de la casa, me tiendo en este colchón inflable de nuestra casa vacía y escucho las historias sobre críos, mujeres y trabajo que cuenta Nelson con el melodioso acento de su patria jamaicana.

Me ha estallado el ojo derecho porque es agosto. Me sobresale de lo hinchado que está y se me ha oscurecido por los bordes. Soy alérgica al otoño, a los días que se acortan y las noches que se alargan, a la muerte. Hoy he discutido con una amiga. Me engatusó para sacarme de la casa con el pretexto de que me hacían falta aires nuevos, cambiar de contexto. Que tenía que pasar página. Pasito a pasito.

Ha sido un error.

Quedamos en una cafetería llamada Saving Grace que hay en Dundas Street y pedimos unos huevos revueltos. Me dijo que había estado muy preocupada por mí, que vaya horror todo por lo que he pasado y que, en su opinión quitarse *uno mismo* la vida es siempre un pecado. Siempre. Por el sufrimiento que provoca en los que sobreviven a esa persona. Le pregunté que, entonces, ¿qué pasa con toda la gente que sufre por capullos que están vivos, eh? ¿También los capullos que siguen con vida están pecando?

Vale, me dijo, pero estamos aquí en este mundo, y, aunque no lo hayamos elegido, heredamos todo tipo de responsabilidades para con las personas que nos han criado y las personas que nos quieren. A ver, todo el mundo tiene martirios personales, eso es así, pero quitarse la vida, a pesar de ser un acto de autoaniquilación, paradojas de la vida, a mí lo que me parece es el colmo de la vanidad. No se puede ser más egoísta.

¿Podrías dejar de decir «quitarse la vida»?, le pedí.

Vale, bueno, ¿qué debería decir entonces?

¡Suicidarse! Cuando asesinan a alguien, ¿tú dices, ay, le quitó la vida a otra persona? Esto no es el puñetero *Conde de Montecristo*.

Intentaba ser considerada.

Y además, ¿egoísta? ¿Cómo puede ser eso egoísta? No se puede criticar a nadie tan alegremente cuando no has vivido de primera mano el martirio.

Vale, pero si tu hermana se hubiera parado a pensar en cómo iba a afectarte a ti que ella…

¿afectarme a mí? Lo siento. La gente estaba mirándome. Mira, creo que no lo entiendes. No quiero parecer impertinente, pero, de verdad, ¿cómo vas a entender tú lo que significa el suicidio de otra persona? Mi amiga le pidió más café a la camarera. Yo le dije que, de hecho, había empezado a calibrar el carácter y la integridad de las personas por su capacidad para suicidarse.

¿Cómo dices? Mira, no creo que…

Jeremy Irons, por ejemplo. Fijo que él sería capaz. ¿Vladimir Putin? Ni de

coña. Empecé a decir nombres de personas que conocíamos y a decir sí o no después de cada nombre. Luego dije el nombre de ella e hice una pausa. La miré con mi ojo a punto de estallar y mi amiga me dijo que mejor que dejáramos de hablar de suicidios si no queríamos que afectara a nuestra amistad. Le dije que íbamos a hablar del tema hasta el día del Juicio Final. Le dije que cuando una no quiere que se estrelle su avión, seguramente repase mentalmente todas las formas posibles en que puede estrellarse. Me contestó que quizá yo tuviera un problema de rabia reprimida, a lo que le respondí: Ostras, ¿sí? ¿Qué eres vidente o qué coño?

Intenté disculparme, rebajar la tensión. No supe qué decir. Le solté la cita de Goethe que solía utilizar mi madre, de *Aus meinem Leben: Dichtung und Wahrheit:* «El suicidio es un acontecimiento de la naturaleza humana del que, por mucho que se haya hablado y tratado de él, incita a todo el mundo a tomar partido y hay que tratarlo de nuevo a cada época…».[14] Pero mientras se lo citaba, mi amiga se puso a mirar el móvil, pasando de mí deliberadamente. La había ofendido. No podía culparla. Quise enmendarme. Había leído no sé dónde que los animales son un tema neutro estupendo. Le pregunté si tenía mascotas. Me respondió que yo ya sabía que no. Le hablé de Zurdita. Era una border collie, ¿sabes?, le conté, y el caso es que cuando mis hijos eran pequeños invitaban a muchos amigos a casa y salían a jugar todos juntos en el jardín y yo de vez en cuando echaba un ojo a ver cómo estaban y una vez miré por la ventana y me los vi a todos apiñados en una esquina del jardín…, pero era como si no se dieran cuenta y seguían jugando sin más… ¿Y sabes qué pasaba? Que Zurdita era una border collie y resulta que es una raza de perros pastores. Estaba en su naturaleza reunir al rebaño, así que mis hijos y sus amigos acabaron todos apretujados en la esquina del jardín porque Zurdita había hecho lo que le pedía su naturaleza. Ella no lo podía evitar. Tenía que reunir al rebaño. Así que ¿entiendes por qué coño estoy tan cabreada?

Después me emborraché con tequila Revolución. Tiene dos pistolas cruzadas en la etiqueta que apuntan al cielo, a Dios, y llamé a mi amiga y le susurré otra disculpa en el contestador. Estaba a punto de decirle que creía que ella sí que tenía lo que había que tener para suicidarse, pero me refrené a mitad de frase y la cambié por creo que tienes lo que hay que tener para aguantar.

Llamé a Julie pero su hijo me dijo que había ido al cine con Judson y ellos se habían quedado con su abuela. Dile que la quiero, le pedí. Y a ti y a tu hermana también os quiero. Y a tu abuela. Os quiero a todos.

DIECINUEVE

Mi madre ya está aquí en Toronto y estamos viviendo las tres juntas, mi madre, mi hija y yo, en la casa. La primera vez que vio la casa fue hace unas semanas, de noche y en plena tormenta eléctrica. La lluvia arreciaba, una cascada horizontal de perdigones, y el cielo nocturno estaba morado oscuro y atravesado por relámpagos que destellaban como cuchilladas contra la tierra. Aparqué el coche en el camino de entrada. Nora iba en el asiento de atrás con un par de amigas del instituto. Mi madre se bajó e intentó abrir el paraguas, pero el viento se lo zarandeó de aquí para allá y tuvo que forcejear un rato mientras las demás la mirábamos por las ventanillas como si fuera un mimo en plena actuación y entonces por fin se rindió, a tomar por saco, y lanzó el paraguas al aire y dejo que se lo llevara el viento. Lo vimos salir despedido hacia arriba como el Challenger para luego volver a caer, en picado, y después, segundos antes de que rozara el suelo, describir una línea recta hacia la cabeza de mi madre, que sin embargo lo esquivó y acabó dándole al coche. Para entonces ya nos estábamos bajando todas, empapadas después de un segundo bajo la lluvia, y mi madre consiguió coger el paraguas y fue hasta el foso al lado de la calle, el foso asqueroso de aguas tóxicas lleno de basura que rodea la fábrica de piezas de automóvil construida en hormigón, y tiró el paraguas dentro. Vaya tongo, dijo. Como dando a entender que había que ver qué tontos somos creyendo que podemos escapar de la ira de las perturbaciones atmosféricas. Nos quedamos riendo en la tormenta y viendo cómo se hundía el inútil paraguas en el fango. En algún momento, hoy no, le sugeriré a mi madre que echemos la basura en el contenedor azul en vez de en el pozo ciego de detrás. Ah, es verdad, se me olvidaba que tú crees en el reciclaje, me dirá. Tú sabes que al final lo juntan todo en el mismo sitio, ¿no? Reciclar no es más que una conspiración del Gobierno pensada para hacernos creer que estamos salvando la Tierra y que así ellos puedan seguir haciendo negocios sucios con las compañías mineras para sacarse un dinerito extra. Por fin conseguimos entrar en la casa y nos encontramos a Nelson allí en lo alto de su escalera, dando los últimos toques a los techos de mi madre, con música rap sonando a todo trapo y el olor de la marihuana embriagándolo todo.

Mi madre inspeccionó lentamente hasta el último centímetro de la casa, con suma atención, sonriendo, con lluvia goteándole por la punta de la nariz, suspiraba, pasaba las manos por barandillas, paredes, asentía ante algunos elementos, señalaba otros en silencio, recordaba algún detalle de su infancia, dando un paso atrás y observando algo como si estuviera en el Louvre y concluyendo que tenía estilo, un extraño encanto, desprendía calidez, que nos veía viviendo allí felices. ¡Bravo!, me dijo, y entonces todos, Nora, sus amigas del instituto y hasta Nelson, que había bajado de la escalera para seguirnos por el tour de la casa, chocamos las manos y nos abrazamos.

Tenía metidos cuatro botellines de cerveza en la nevera y mi madre, Nelson y yo brindamos por el futuro o por lo improbable del momento, o porque pasara sin más, o por los recuerdos personales, o simplemente por el concepto más general de refugio. La lluvia paró por unos minutos y subimos todos a la terraza de la segunda planta –la que está vieja y cruje y tiene lucecitas de Navidad rotas colgando– para ver el cielo y Nelson nos contó una adivinanza sobre los huracanes y los ojos de los huracanes y las chicas venga a reírle las gracias, les parecía que mi pintor estaba muy bueno, y mi madre, de espaldas a nosotros y cogida de la barandilla, estaba callada y mirando hacia el oeste. Luego, de buenas a primeras, se volvió y recitó su poema favorito de Wordsworth. Yo ya se lo había escuchado antes, pero esa vez me llegó al alma.

> Es una hermosa velada, calma y libre,
> el tiempo santo, quedo como una Monja
> jadeante de rezar; el ancho sol
> se engolfa en su tranquilidad;
> la gentileza del cielo se cierne sobre el Mar:
> ¡Escuchad! Despierto está el poderoso Ser,
> y con su eterno movimiento crea
> un sonido como el trueno –sempiternamente.
> ¡Hija querida! ¡Niña adorada, que caminas conmigo!:
> si te muestras indemne al pensamiento solemne,
> tu naturaleza no es por consiguiente menos divina:
> yaces en el seno de Abraham durante todo el año;
> y oras en el más recóndito santuario del Templo,
> estando Dios contigo cuando no lo sabemos.[15]

Uau, dijo Nelson. ¿Habéis oído eso? Estaba mirando a las chicas. ¿Habéis oído lo que se ha marcado la abuela? ¡Joder! Las chicas aplaudieron y le preguntaron si era una canción o qué y yo levanté el botellín en alto e hice otro brindis, por los posos de la vida, dije, un guiño a otro poema que mi madre se sacaba a veces de la chistera, pero también a la dedicatoria con ecos de Tennyson que aparece en el viejo anuario del instituto de mi madre, la de debajo de su foto: *¡Lottie se bebe la vida hasta los posos!* Me guiñó un ojo.

¿Hasta los qué?, preguntó Nora.

Las chicas tenían que orinar y les sugerí que lo hicieran en una taza y lo lanzaran luego bajo los escalones de la entrada para espantar a las mofetas, como me habían recomendado los albañiles de la reforma. No le hagáis caso a mi madre, les dijo Nora a sus amigas, es que es hippie. Cuando era pequeña, no tenía nada con lo que jugar, solo el viento. No tenéis que mear en ninguna taza. Tenemos cuarto de baño.

Nelson y mi madre charlaron un rato sobre poesía y sobre el poder de los mares, de sus corrientes submarinas y sus contracorrientes, de toda esa fuerza invisible que poseen, y las chicas acabaron perdiéndose en la noche. Yo bajé y

eché otro vistazo por las habitaciones de mi madre. Ella me había insistido en que les quitara las rejas a todas las ventanas. La cuadrilla de albañiles se había mostrado reacia, preocupados como estaban por la seguridad de mi madre en una planta baja. No pienso vivir en una prisión, sentenció ella. Las quiero fuera. Volví tranquilamente hacia su salón. Cogí un lápiz de mi mochila y me subí a la escalera de Nelson, hasta arriba del todo, y escribí en una parte de techo que él pintaría pronto, quizá esa misma noche. *PDSI.* Bajé y luego le grité a mi madre que deberíamos ir acostándonos. Mañana por la mañana llega el camión con las pertenencias de mi madre desde Winnipeg y tendremos que supervisar la mudanza e ir dando instrucciones a los hombres sobre dónde, en qué habitación, poner qué y cómo montar algunas cosas y luego nos vamos a quedar aquí en esta casa y vamos a vivir.

Mi madre lleva un parche en un ojo. Está en una sala llena de ancianos con un parche en el ojo. He venido a recogerla. Un hombre me da la bienvenida al congreso de piratas. Todos llevan tapado el ojo izquierdo. Estamos en una sala del centro de salud Saint Joseph de Toronto. Me encuentro a mi madre enfrascada en una conversación con una pareja que lleva cortavientos a juego y me hace una seña de que me acerque para que me los presente. Me explica que el médico de las cataratas opera una semana todos los ojos izquierdos y todos los derechos a la siguiente. Le han dado seis botecitos distintos de gotas para los ojos con sus respectivas indicaciones de uso.

Nora y yo nos turnamos durante el siguiente par de semanas para administrarle las gotas. Nuestros días están salpicados por esas sesiones de goteo. Entre unas y otras hay que esperar varios minutos para que mi madre absorba el chute. Mientras esperamos, tocamos duetos locos en el piano para hacer tiempo. Tocamos muy rápido. A veces tocamos los himnos favoritos de mi madre, como «Children of the Heavenly Father», pero a velocidad de vértigo, y a ella le da la risa. Nora puede tocar «Somewhere Over the Rainbow» en menos de diez segundos y una versión más rápida aún de la *Zarabanda* de Händel.

Seis tipos distintos de gotas, dos o cuatro o seis de cada botecito, tres minutos entre gotas, ¡cuatro veces al día! Nos acercamos a mi madre con botecitos en la mano y ella, muy obediente, se quita las gafas, echa la cabeza hacia atrás y se aparta el suave pelo blanco de los ojos. Cuando terminamos, se sienta al ordenador a jugar al *Scrabble* con lágrimas, reales y manufacturadas, rodándole por la cara.

Recalmón invencible, le digo yo.

Recalmón invencible, repite ella.

Triunfas tú.

Triunfas tú.

Hace un par de días mi madre volvió a casa de un paseo por el barrio con una noticia que la había puesto de un humor exultante.

Me he enterado de una cosa. Me he pasado por la funeraria que hay en la esquina y resulta que pueden incinerarme por solo cuatrocientos dólares. Con todo incluido. Y además con servicio puerta a puerta: recogen mi cuerpo y te lo devuelven ya enlatado.

Me enseñó lo que se había comprado, unas zapatillas de cuero negro sin cordones, de calidad, de una boutique moderna de Queen West. No es que mi madre sea hípster ni experta en moda. Es una menonita de las praderas bajita y regordeta de setenta y seis años que ha vivido casi toda su vida en uno de los pueblecitos más conservadores del país, a la que la vida ha vapuleado en repetidas ocasiones y que acaba de mudarse bastante a la ligera al moderno corazón de la ciudad más grande del país para empezar, como se dice, un nuevo capítulo de su vida. No conoce a nadie en Toronto, pero le encantan los Blue Jays, lo que la une a desconocidos de toda ralea. Es la viva encarnación del aguante vital y la deportividad.

He empezado a confeccionar una lista negra con las tiendas y cafeterías de Queen West, «el barrio de la cultura y la moda», donde la tratan con menos respeto y cordialidad profesional que a sus clientes más jóvenes y glamurosos. Mi madre ni siquiera se da cuenta, es una persona jovial y curiosa y encantada de la vida y ajena al esnobismo. Es un poco escandalosa porque tiene una ligera sordera y se ríe mucho y le surgen dudas por todo y no le da vergüenza preguntar. Ella no ve razón alguna para que no pueda juntarse todas las noches de la semana en The Communist's Daugther con un grupo de guapos estudiantes de cine. Es la antítesis de lo que a la gente de Queen West le gustaría ser. Está muy cómoda con sus bermudas rosas de la XXL y la camiseta que ganó en el campeonato de *Scrabble* de Rhode Island. Le gustaría entablar conversación con esos pálidos y delgados trabajadores del pequeño comercio, le gustaría conocer su historia, le gustaría saber de dónde vienen los productos, cómo los escogen, cómo se pone uno esto o lo otro, cómo se lava, está intentando aprender más sobre su nueva ciudad e ir conociendo su mundo, lo que hace que sea aún más desgarrador ver cómo le hacen el vacío esos huesudos. Y entonces yo los boicoteo para siempre. Y Nora hace otro tanto, aunque a ella le duele un poco porque ella es joven, fabulosa y *ultrafashion* y le gusta entrar de vez en cuando en esos locales, pero que les den, acabaremos con vosotros, esnobs.

Mi madre ya se ha hecho amiga del tipo de la tintorería de King Street, que me conoce a mí solo como la hija de Lottie, y todas las mañanas charla con Max Largo Imposible, el vecino de enfrente que siempre nos saluda con la mano. Incluso le ofreció, a él o a sus hijos, mi sofá. Esta mañana han venido a nuestra puerta tres hombres muy corpulentos, uno con un corte en la nariz recién hecho, y me han contado que Lottie les había dicho que yo podía darles un sofá. No, he dicho, no es así. Un malentendido.

¿Te importa no regalar mis cosas?, le he pedido luego a mi madre.

Un tipo con camisa, corbata, chaqueta, calcetines, zapatos, sombrero y sin pantalones, sin nada ahí, tampoco ropa interior, pasó por delante de nuestra casa y mi madre lo vio y salió corriendo a su cuarto a buscarle unos

pantalones de chándal. El hombre se lo agradeció y se los echó al cuello como si fuera una bufanda gruesa y ella le dijo bueno, también puede valer. Cuando le pregunté si no iba a echar en falta esos pantalones de casa tan cómodos, me contestó que iba a dejar de regalar mis cosas pero que con las suyas pensaba hacer lo que le viniera en gana.

También ha empezado a ir a una iglesia, una parroquia menonita que hay en Danforth Avenue, y le han pedido que forme parte de los ministros. ¿Es un cargo oficial?, le pregunté. ¿No lo eres ya por derecho? A tu edad todo el mundo es ministro de la Vida. Me explicó que solo había tres en esa iglesia y que para ella era un honor que se lo hubieran propuesto. En nuestro pueblo de East Village jamás se lo habrían pedido a una mujer. A una mujer no le habrían pedido (ordenado) nada salvo cerrar la boca y abrir las piernas. Se lo iba a pensar antes de dar una respuesta. Zumba de un lado a otro de la ciudad con todos los transportes municipales que hay, visitando a personas que están desintoxicándose de la metanfetamina, les canta himnos, las ayuda a preparar comida, les hace reír, se siente útil. Sus compañeros de la iglesia han venido a casa y nos han plantado cosas en el horror de jardín que da a la calle. Flores, arbustos, plantas perennes, algunas rocas decorativas. Y Alexander, el vecino de al lado, también nos ha esparcido virutas de madera por el jardín, de modo que ahora nuestra casa se ha convertido en un bonito proyecto social o algo parecido.

No hablamos de Suiza ni de si debería de haberme llevado allí a mi hermana para ayudarla a morir. Estoy convencida de que Elf no le habló nunca a mi madre de Suiza y no me atrevo a preguntárselo. Por la noche, cuando termina con su trabajo de samaritana, mi madre se echa una copa de tinto tamaño industrial y se pone a ver cómo vuelven a darles para el pelo a sus queridos Blue Jays. Nora y yo la oímos desde la segunda y la tercera planta cuando le grita a la tele desde abajo. ¡Que se vaya a su casa! ¡Espabila, hombre! Nosotras ni nos inmutamos. Estamos acostumbradas. Lleva toda la vida siendo hincha de los Jays y se sabe las estadísticas y las historias de todos los jugadores. Sí, sí, es que ese tiene el manguito rotador hecho polvo, ese tío lanza fatal, ese de ahí ha dado positivo en no sé qué historia. ¿El que acaban de fichar? ¡Pues está en la enfermería por un tirón en la ingle! ¡A ese se lo quieren llevar a la Triple A!

Hace unas semanas mi madre tuvo una especie de cita. Le dijo al viejo, así lo llamó ella (que creo que le saca diez años al tipo), que lo que le apetecía era tomarse una copa de vino en alguna parte –esta costumbre del vino es algo que ha adquirido en el poco tiempo que lleva en Toronto, últimamente está comprando un merlot con una etiqueta que dice ¡ATRÉVETE!– y luego ir a un partido de los Jays. Mi madre me invitó a ir con ellos y me pasé todo el rato hablando con el hombre, que no estaba muy interesado en el béisbol que digamos, pero, según me contó, se fuma dos porros al día para la artritis avanzada que padece. Estás saliendo con un fumeta, mamá. Mi madre, mientras, se dedicó a ver el partido como si fuera un ojeador, echada para delante y con ojos vidriosos, apuntándolo todo, lanzamientos, fallos, carreras

y errores, en el programa de mano. Cuando el tipo intentaba decirle algo, preguntarle si quería un perrito caliente o cosas así, ella decía: ¡venga ya! ¡despertad! ¿qué haces, snider? ¡dos hombres fuera y las bases cargadas! Cuando terminó el partido y dejamos a su ligue en algún punto del este de la ciudad, le pregunté qué aficiones tenía él y ella me dijo que la verdad no lo sabía, pero que él acababa de comprarse un teléfono y ya no tendría que ir a la cabina para llamarla. Va a la Universidad de Toronto. Anda, qué bien, ¿y qué hace allí? Ducharse, contestó.

Anoche bajé ya tarde a saludarla y no estaba. Había una nota en la mesa. Yoli, había escrito, he ido a una charla sobre Eritrea. Hay *schaubel zup* y *schmooa kumpst* en la nevera. La llamé al móvil y cuando por fin me lo cogió oí voces muy fuertes y jolgorio de fondo. ¿Dónde estás?, le pregunté. Son más de las once. Espera, oye, gente, ¿dónde estamos? Oí que un tipo le respondía y luego me dijo que estaba en el Motorcycle Café de Queen Street, tomándose una hamburguesa y viendo el partido. Ha habido prórroga. ¿Tú sola? No, no, me dijo, hay un montón de gente y entonces hubo más risas y más gritos hasta que dejé de escucharla por completo.

Estoy sentada en mi sofá, el que mi madre quiso darles a los vecinos, y están empezando a escocerme los ojos por las lágrimas. Cuando ya no puedes ni fiarte de que las lágrimas no vayan a dolerte es que has caído muy bajo. He estado en la casa de al lado, la de la otra vecina. Se llama Amy. Hace poco que ha sido madre, la veo casi todos los días dando un paseo con el crío. Hace un mes se encontró en la acera un estornino que se había caído del nido y se lo llevó a su casa para cuidarlo e intentar curarlo. Le hizo una casita en un cuarto que tiene que da atrás, con su ramita y su frisbi lleno de agua, y le dejó lombrices vivas en un cuenco con tierra y estuvo dándole potitos y compota de manzana con la punta del palito de un polo y le ponía cantos de estorninos para que aprendiera a cantar en su idioma. Después de unas tres semanas cuidándolo, decidió que ya podía valerse por sí solo y dejar el nido que le había hecho, así que abrió la puerta del cuarto y el estornino se le subió al hombro y luego recorrieron juntos el pasillo de la planta de arriba, bajaron por las escaleras, siguieron por el pasillo de abajo y llegaron a la puerta trasera, que estaba abierta, y de pronto el pájaro vio la ocasión, el rectángulo de luz desde la puerta abierta, y salió volando. Amy me pasó su iPhone y me dijo ¿quieres ver cómo se fue volando el pájaro? Lo grabó mi marido. El pájaro era un borrón pequeño y oscuro que atravesaba el aire y salía a la luz y luego subía, hasta desaparecer. Se movía muy rápido. Mientras veía aquel vídeo breve algo se me partió por dentro, era tan sorprendente e irreversible la partida del estornino, y me puse a llorar, aunque intentando no llorar, pero parecía que me hubieran lanzado gas lacrimógeno.

Ahora estoy mirando la caja donde guardo las postales que me envió Elf durante años. Siempre se acordaba de todas las fechas señaladas y están todas

escritas con sus característicos rotuladores de colores. Mira cuántas exclamaciones, pensé. Todas esas ocasiones –cumpleaños, Navidades, graduaciones– marcadas con remates enfáticos. Y otra vez. Nos reconfiguramos y empezamos de nuevo y vuelta a empezar. Nos apiñamos en un campo todos abrazados, chocando los cascos, y reformulamos la estrategia y luego jugamos otro partido. De pequeña le dije a mi hermana (¿o me lo dije solo a mí misma?) que yo le guardaría el corazón. Lo conservaría para siempre en una bolsita de seda como hizo Mary Shelley con el corazón de su marido, el poeta que murió ahogado, o en la mochila de gimnasia o en el cajón de arriba de la cómoda o dentro del agujero de aquel anciano árbol de Barkman Park en nuestro lejano pueblo de nacimiento, al lado del paquete de Sweet Caporals que guardaba allí. Ahora estoy rebuscando por toda la casa a ver si encuentro esos rotuladores. Si doy con el rosa y el verde estaré bien hasta mañana por la mañana. Los busco y luego me rindo.

Vivir con mi madre es como vivir con Winnie the Pooh. Le pasa de todo, se mete en líos como quien no quiere la cosa y se las arregla para salir de ellos, y todas sus aventuras van acompañadas por una bonita moraleja que se resume en pocas líneas. Si eres mi madre, siempre hay un poquito más que aprender cada vez que se te queda la cabeza atrapada en el tarro de la miel.

Anoche no volvió a casa. Esta mañana ha aparecido por la puerta de la calle –se le habían olvidado las llaves– con el pelo todo revuelto y de punta y el camisón remetido por los pantalones. ¡Ah, menos mal que estás despierta! ¡Se me olvidó la llave!

Venía de la clínica del sueño donde había pasado la noche con electrodos en la cabeza, soñando. Por lo visto la auxiliar se había enfadado con ella porque se había puesto a leer un libro. Le había dicho que allí se iba a dormir, no a leer, a lo que mi madre le respondió que no podía dormir si no leía antes. La mujer insistió y le pidió que le entregara el libro –uno de Raymond Chandler– y mi madre se rio y le dijo, sí, claro, estará usted de broma, ¡darle yo mi libro! ¡Ni loca! Después de eso la mujer la ha tratado regular, esta mañana le ha quitado de mala manera los electrodos pegados y no se ha despedido cuando mi madre salía por la puerta. Ella lleva fatal que la gente no diga ni hola ni adiós. Son cosas básicas, dice. Cuando la gente deje de decir hola y adiós, será el fin de la civilización.

Por lo visto el corazón se me para veinte veces a la hora cuando duermo, me contó mi madre. Tienes apnea del sueño, le dije yo. Eso dicen. Se miró al espejo y se rio al ver su reflejo.

Me enseñó el aparato que tiene que ponerse ahora para dormir, una mascarilla de plástico gigante con un tubo que tendrá que llevar sujeto a la cara para inhalar vapor del artilugio al que va unida la mascarilla. Tenemos que comprar agua destilada y tener el cacharro siempre relleno. Se puso la máscara sobre la cara y caminó hacia mí con pasos pesados como si fuera Darth Vader. Como se cuele alguien en mi cuarto y me vea con esto puesto,

dijo con la voz amortiguada, no creo que se quede mucho rato. Luego respiró como pudo desde detrás del plástico y se le llenó todo de vaho. Se quitó la máscara de un tirón. Qué pena que ya no tenga el parche, dijo. Si no, nadie se atrevería a chistarme.

Abrió el portátil para echar una partida rápida al *Scrabble*. El último tipo con el que había jugado era francés y le había ofrecido mandarle una foto de su pene. *No merci,* le respondió ella. *¿No tendría mejor alguna foto de París?*

Acabo de darme cuenta de una cosa. No soy yo la que ha sobrevivido, la que se ha repuesto y ha seguido adelante con su vida, la que ha salvado a mi madre al traérsela aquí a Toronto, ha sido mi madre… y me ha arrastrado con ella.

Bueno, ¿qué? ¿Has soñado en la clínica del sueño?

¡Caramba que si he soñado! Como nunca. He tenido una epifanía.

¿Ah, sí?

A ver, tú sabes que yo odio cocinar.

Sí.

Pues llevo un tiempo dándole vueltas al asunto. Dándole vueltas a qué hacer al respecto. Y resulta que anoche me vino la idea en sueños. ¡Comida congelada! Solo una voz que me decía esas palabras. Así que deduzco por el sueño que debería ir a la zona de los congelados del súper y comprar un montón de comida congelada, pizzas, albóndigas, *perogis,* lagrimitas de pollo, lo que pille, y llenar la nevera y sanseacabó. No tendré que preocuparme de cocinar, pero tendré algo que comer. Me vino así sin más, como una valla publicitaria: ¡comida congelada!

Parece muy buena idea, le dije. Mi madre estaba soñando con la supervivencia. Estaba teniendo sueños de supervivencia. Estaba teniendo sueños que le decían cómo mantenerse con vida. No pensaba decirle que los congelados están llenos de sulfatos…, a quién le importaba cuando ya estaba en plena cura.

Yo también he tenido un sueño. Esta vez no estaba ambientado en Suiza. Estábamos mi hermana y yo en su cocina amarilla, al lado del ventanal gigante, charlando y riéndonos por todo y nada. Estábamos tan a gusto, perdidas sin más en un laberinto de palabras que no significaban gran cosa, contándonos historias y haciéndonos reír mutuamente. Estábamos ahí pero entonces, en el sueño, yo quería contarle a Elf algo más urgente, algo sobre mi trabajo, sobre mi miedo a terminar mi libro y a la acogida que tendría y entonces hubo una pausa en la conversación y mi hermana bostezó, y yo pensé que ahora ya iba a poder decirle eso que era tan urgente, pero ella levantó la mano para callarme así que no abrí la boca. Me cogió de la mano y me miró con severidad, pegó la cara más a la mía para que yo entendiera bien

lo que iba a decirme, lo que quería decir, sus pestañas, un flequillo negro seguido, iba a hablar muy en serio, y yo pensé ay, menos mal, me va a hacer sentir mejor, me va a infundir valor, y entonces me dijo Yoyo, ahora estás sola. Y la sensación que tuve en el sueño fue la misma que tuve cuando vi el vídeo del pájaro de mi vecina. Lo repentino, algo que se pierde para siempre en cuestión de un segundo. Mi hermana era un borrón oscuro que avanzaba hacia un rectángulo de luz. Pero después de escuchar el sueño de supervivencia de mi madre creo que este ha sido el mío y no una pesadilla. Es el principio de mi cura. Porque para sobrevivir a algo primero hay que saber a qué hemos sobrevivido.

Los viernes toca reunión familiar. Nora a veces no viene porque tiene mejores cosas que hacer: está Anders, están las fiestas, es joven. Luego le pasamos las actas de las reuniones. He dejado de acostarme por ahí con el primero que pasa. Luego me arrepiento y ya no está Elf para recordarme que no soy una zorra y que *lo correcto y lo incorrecto no existen, Yoli, ¿es que no te he enseñado nada? Por favor, deja de identificar la moralidad con obsoletas nociones patriarcales e interesadas sobre la sexualidad de las mujeres.*

Finbar me llamó para preguntar si me había cargado a mi hermana y necesitaba asesoramiento legal y le dije que no, que ella misma me había ahorrado las molestias. Me pidió perdón. No era consciente de que fuese tan serio. Me dijo que lo sentía. Le di las gracias. Me dijo pero ¿tuvimos algo, no te parece? Me gustó que lo dijera así. Quizá fuera una alucinación, pero había sido algo. Sí, dije, y volví a darle las gracias. Nos despedimos para siempre, comportándonos como adultos. Vivo con mi madre y mi hija. Nos encaramamos en las perchas de nuestra jaula, cada una en su planta, y nos gritamos cosas las unas a las otras como las mujeres que salen a fumar en *Balconville*. No tengo tiempo para andar acostándome con nadie. Tengo mapaches y sueños y pistolas de agua y duelo y fosos tóxicos y culpabilidad y condones usados que recoger en el jardín.

Mi madre me dijo que no podía atar el duelo y tirarlo a la basura como si fuera un condón usado. Le pregunté qué sabía ella de condones, a lo que me respondió que había estado muchos años siendo trabajadora social, que es lo que siempre dice cuando nos sorprende con información que creíamos que no tenía. Ayer estaba atravesando el parque Trinity Bellwoods cuando descubrí a mi madre tendida en un banco, dormida. Me senté un rato a su lado y me puse a leer el periódico. A los diez o quince minutos le di un toquecito y le dije mamá, anda, vamos para casa. Ella me dijo que le encantaba dormir al aire libre. ¿Es verdad eso, le pregunté, o es que estabas andando y te ha venido de pronto un cansancio horrible?

Mi hermana me dio una vez una escalera de emergencia. Era de esas que son para colgarlas en el alféizar de la planta de arriba con la idea de bajar por ella si hay un incendio. La tuve años guardada en el sótano, pero ahora empiezo a comprender las bondades de tenerla en la segunda planta.

Llamé al hospital de Winnipeg y pregunté si podía hablar por favor con una paciente llamada Elfrieda von Riesen. Me dijeron que no había ninguna paciente con ese nombre. Les dije que vaya, qué raro porque desde luego ella había estado allí ingresada y lo último que yo había sabido era que no pensaban dejarla salir en un tiempo. Me respondieron que bueno, no disponían de información relacionada con esa persona. Les dije que estaba muy harta de sus cursilerías. Lo sentían mucho. Colgué.

Y luego de pronto ya casi estábamos en Navidades. Nic vendría a pasarlas con nosotras. Me había llamado desde Winnipeg. Se le había ocurrido algo para la lápida: *Y dormir dulcemente como de niño hacía; apacible y tranquilo yo reposo, sobre la hierba y bajo la bóveda celeste.*[16]

¿Qué es eso?
¿No te suena?
No conozco todos los poemas del mundo.
Es de John Clare.
¿A Elf le gustaba?
Muchísimo. ¡Se llama «Yo soy»! Lo escribió en un hospital psiquiátrico.
Olvídate.
¿Cómo?
Que estaría bien que no lo relacionáramos todo con la locura.
¿En el epitafio?
En todo.
Bueno, ¿alguna sugerencia entonces?

Cuando volví a Toronto después de morir Elf, quise haberme traído conmigo parte de sus cenizas y tenerlas aquí en casa, pero a Nic no le hizo gracia la idea de repartírnosla así que están todas enterradas bajo un árbol enorme en el cementerio Elmwood de Winnipeg. Mi madre sugirió que la enterrásemos con mi padre en East Village y el encargado del cementerio le dijo que claro, que había sitio para tres si eran urnas y no ataúdes (dando a entender que mi madre acabaría yendo allí también), pero Nic dijo que nos olvidáramos, que Elf le había dicho expresamente que no quería que la enterrasen en East Village. Que eso habría sido como entregarle el cuerpo de Louis Riel al Gobierno canadiense a modo de *souvenir*. ¿Y en vuestro jardín?, le pregunté a Nic. Al fin y al cabo, mi hermana era muy de estar en su casa. Me contestó que muy graciosa pero que se podían tener movidas legales si enterrabas a alguien en el jardín. No era un gato. Es verdad, reconocí. Me dijo que yo había hecho todo lo que había podido y que no había sido culpa de nadie. Yo no lo tenía tan claro. Y qué hay de Zúrich, me preguntaba para mis adentros. Habría muerto en paz y acompañada. Era lo único que ella pedía. Yo le había fallado. No hablamos de eso. Le dije que él también había hecho todo lo posible.

Fue ella la que consiguió el pase de día. Ya sabes cómo era. Podía convencer a quien fuese para que la dejaran salir de un hospital.

Pero yo tendría que haber peleado más para que no la dejaran salir, dijo.

Tú no pudiste haber peleado más.

Entonces lo del poema de John Clare…, ¿nada?

No sé. Es que no me gustan las connotaciones de lo del psiquiátrico. Además, si ponemos un poema debería ser de una mujer.

Pero la mayoría de las poetas más importantes se suicidaron así que eso también tiene sus connotaciones.

Ya lo sé, y eso es lo que estamos intentando evitar, ¿no?, etiquetarla incluso después de muerta.

Es verdad. Entonces, ¿lo dejamos en blanco y ya está?

Pues sí, mira, su nombre y las fechas quizá.

Quizá.

Aunque en realidad la idea original del poema sigue teniendo sentido en cierto modo…, *apacible y tranquila yo reposo.*

Sobre la hierba y bajo la bóveda celeste.

¿Sueñas alguna vez con ella?, me preguntó por teléfono en otra ocasión.

Sí, ¿y tú?

Sí, indirectamente. Como si fuera verano, pero es el verano más frío desde que hay registros de las temperaturas, más frío incluso que cualquier invierno que haya habido. ¿Y los tuyos?

Bueno, el otro día soñé que estaba en un pueblecito pesquero, un puesto de avanzada en Terranova o por ahí, y tenía que ir a comprar carne y cuando llegaba a la tienda el suelo era de tierra y había corderos tumbados por todas partes. No eran pequeños y blancos como en la Biblia, eran gris oscuro y grandes como galgos. Pero eran corderos. Había algunos muertos y otros apenas vivos. Había un tipo con un cuchillo. Estaba sacrificándolos pero en realidad no sabía cómo hacerlo. Les daba un tajo y les cortaba una pezuña, la cola o el morro. No sabía lo que se hacía. Y yo estaba allí mirando sin más los corderos y entonces me dijo que ya estaba harto. Y luego dio un último tajo y dijo no, es el cuchillo el que está harto, como si fuera una cosa medio viva o simplemente que no estaba ya afilado y no cortaba bien, no estoy segura.

¿Qué significa?, preguntó Nic.

Y yo qué sé, Carl Jung.

Aunque en realidad sí que lo sabía, tenía que ver con Zúrich.

¿Sabes qué? Tengo una idea. ¿Por qué no ponemos un fragmento de una partitura en la lápida en vez de palabras?

Nos tiramos un buen rato hablando sobre el fragmento que podíamos grabar en la piedra y yo mientras tanto todo el tiempo queriendo sacarle el tema de Suiza, pero no sabía cómo hacerlo porque si le decía que Elf me había pedido que la llevara a Suiza, habría sido como decirle que no se fiaba de él, o que él no la entendía, y yo no quería que él sintiera nada de eso. Ya bastante

tenía con estar solo. Además, ¿qué sentido tenía mencionarle lo de Suiza? Era yo la que tenía que decidir sola si era el cordero, el matarife o solo el cuchillo.

Por fin, cuando tenía doce años, escogieron a Elfie para que hiciera de la Virgen María en el belén viviente de nuestra iglesia. Estaba muy orgullosa y nerviosa. Llevaba años presionando para que le dieran ese papel. ¡Venga, vamos, lo han escrito para mí! No tengo claro si nuestra maestra de catequesis se convenció por fin de eso –¿una virgen de veintitantos años que no hablaba mucho?– o si simplemente se cansó de que mi hermana le diera la tabarra. El caso es que le asignó el papel y le dijo pero por favor nada de sorpresitas raras. Elf era muy consciente de sus responsabilidades, de que tenía que ser recatada, tierna y moderada a pesar de lo poco convencional que era que la hubiera fecundado una fuerza invisible y se esperase de ella que criase al Mesías, y todo con el sueldo de un carpintero. Yo tenía seis años y en teoría tenía que hacer de pastorcilla, relegada a la última fila donde nos ponían a los más pequeños con trapos en la cabeza o alas de ángel pegadas con cinta americana a la espalda. Le dije a mi madre que me negaba a hacer de pastorcilla. Yo sería la hermana de María, la tía del niño. Mi madre me dijo que en el belén no salía ninguna tía del niño Jesús, que no tenía sentido. Pero yo soy su hermana, insistí. Ya lo sé, me dijo mi madre, pero solo en la vida real. Me quedé pensando. Vamos a ver, van unos reyes magos y unos camellos a ver a Jesús cuando nace, pero ¿no va nadie de la familia?, razoné yo. ¿Qué sentido tiene eso? Ya lo sé, pero la Biblia dice que… Solo por una vez, seguí yo en mis trece, Elfie me necesita. Acaba de tener un bebé. Soy su hermana, tengo que ir.

Mi madre no se molestó en discutir conmigo. Yo misma me hice mi traje de hermana/tía con una sábana de flores y me iba a los ensayos con Elf, que pasaba algo de vergüenza, pero como ya estaba acostumbrada lo único que hizo fue suspirar hastiada una vez. La encargada del belén llamó repetidamente a mi madre para quejarse. Le dijo que no conseguía convencerme para que me apartara de mi hermana, que me plantaba allí a su lado y me metía con calzador entre ella y San José y me negaba a moverme, y que el niño que hacía de San José estaba enfadándose mucho. La historia no habla de que Jesús tuviera una tía muy pesada, eso no sale en la Biblia. Mi madre le contestó que no podía darle ningún consejo. Yo conseguí hacer de la hermana de mi hermana y todo el mundo hizo lo que pudo por ignorarme, aunque yo sabía que había estado allí y lo más importante, Elf también, que hizo de una María maravillosamente recatada, allí sentada sin más, plácida y piadosa, mientras yo no paraba de aquí para allá, asegurándome de que el niño respiraba, la cuna no iba a volcar, la paja estaba ahuecada, San José no maldecía en voz alta, todas las cosas que una buena tía haría cuando su hermana da a luz.

Teníamos que comprar un árbol de Navidad. Nora y yo dejamos el coche en el

aparcamiento del No Frills que hay frente a la biblioteca Runnymede en Bloor Street West y compramos el árbol más grande y bonito que tenían. Estaba sujeto por cintas de plástico todo alrededor para que fuera más delgado y fácil de mover, pero el tipo que nos lo vendió nos aseguró que se pujaría en cuanto se las quitásemos. Nos lo fijó al techo del coche. Lo llamó el Everest de los árboles. Nos lo llevamos a casa y lo metimos por la puerta trasera de la planta de mi madre. Ocupaba todo el salón. Se fue haciendo cada vez más grande conforme fuimos quitándole las cintas. Había agujas de abeto por todas partes. Era exagerado de grande pero nos encantaba. Mi madre estaba haciéndome un jersey negro de cuello barco en su mecedora mientras Nora y yo intentábamos poner de pie el árbol. Mi hija puso el disco nuevo de Kanye West en su portátil. Mi madre le preguntó qué era. El *My Beautiful Dark Twisted Fantasy,* dijo Nora. Tarareaba de vez en cuando con el rapero. Cielo, dijo mi madre, tú no eres un monstruo. Ya lo sé, abuela, gracias. Mi madre hacía punto en su mecedora moviendo la cabeza al ritmo de Kanye.

Intentamos mantener el árbol en su base sin que se nos cayera a un lado. Nora hacía equilibrios montada en el brazo del sofá con los mitones de cuero puestos y sujetando la copa del árbol. Tenía tiras de luces de Navidad alrededor del cuello, listas para brillar. Yo estaba tirada en el suelo intentando que los tornillos metálicos encajaran en el tocón. Desde su mecedora mi madre iba diciéndonos a la izquierda, a la derecha, a la izquierda ahora, no a la derecha. Kanye West seguía rapeando sobre lo que más falta le hacía. No conseguíamos enderezarlo. Hasta que nos pareció entonces que sí.

Nora, suelta, le dije. Yo también solté. El árbol empezó a caerse a la izquierda y mi hija lo cogió antes de que se estrellara contra el piano. Mi madre se rio. Tenía harina en la frente y en la barbilla. Había estado haciendo unas tartaletas. Yo volví a tirarme al suelo entre maldiciones y Nora cogió la copa con su mano enmitonada y mi madre dijo oíd, si el árbol quiere quedarse de lado, deberíamos dejarlo.

¿Cómo? ¿Que lo apoyemos contra el piano y lo dejemos tal cual?, pregunté.

No, no, ¿vosotras habéis visto que alguien apoye el árbol contra cosas y lo deje así?, preguntó Nora. No, no lo habéis visto.

Seguimos intentándolo. Luego se nos ocurrió que quizá lo suyo era conseguir una cuerda y atar el árbol a la vara de la cortina. Podíamos disimular la cuerda para que pareciera más navideña.

Ah, la Cuerda Navideña, dijo Nora, una nueva y bella tradición de la familia Von Riesen.

Es que es un árbol muy grande, ¿verdad?, comentó mi madre.

Una última vez, pedí. Trabajamos y trabajamos para enderezarlo y que se quedara recto sin ayuda de cuerdas. Apártate, corre, le dije a Nora. Ambas nos separamos del árbol a la vez y ahí se quedó, solito de pie. ¡Aleluya! Habíamos logrado hacer algo normal. La copa del árbol rozaba el techo a pesar de lo alto que era. Respiramos. Nos quedamos un rato mirándolo. Vale, creo que está bien, dije. Vamos a tomarnos un vinito, propuso mi madre.

Abrí una botella y nos acomodamos en la mesa del comedor para brindar por nuestro éxito. Levantamos en alto las copas, e incluso Nora tomó un poco de vino, y dijimos cosas sobre la Navidad, sobre nosotras mismas, en una especie de *por nosotras*. Relajamos las espaldas. Estábamos orgullosas. Teníamos agujas de pino por toda la ropa y la habitación olía estupendamente. Mi madre miró hacia el árbol. Nora y yo estábamos de espaldas a él, tomándonos el vino tranquilamente. Entonces mi madre pegó un chillido y nosotras nos volvimos a cámara lenta, Kanye volvió a subir el volumen y contemplamos la caída del árbol. Fue una caída lenta al principio, discreta, como si estuviera dándole un ataque al corazón en público y no quisiera que le pasara pero le estaba pasando. Luego cogió velocidad y al estamparse contra el suelo se llevó varias cosas por delante, un cuadro de dos niños jugando en charcos, el televisor, los libros de encima del piano, una figurita de una niña con un vestido y cara de timidez, una taza de café casi vacía y una maceta grande. Terminó con la caída y se quedó inerte en el suelo.

¡Carámbanos!, exclamó mi madre. ¿Estamos todas?, preguntó Nora. Volvimos a brindar por nosotras y nos reímos con ganas. Mi madre no podía parar. Luego Nora y yo volvimos al salón a ayudar a nuestro camarada caído y por fin, muy al final, conseguimos que se pusiera en pie de una vez por todas y sin cuerda.

Claudio pasó a hacernos una visita. Estaba allí en el porche, con nieve en los hombros y en la gorra, un montón de regalos en los brazos, todos perfectamente envueltos. Pensé que Elf iba a aparecer por detrás, sacudiéndose las botas, con sus chisposos ojazos verdes. Sacó una botella de vino italiano del abrigo. Nos acomodamos en el salón de mi madre, al lado del piano. Ella toca allí sus himnos. Ha puesto encima una pila con los primeros libros de piano de mi hermana.

Claudio dejó los regalos bajo el árbol y le dio a mi madre una bolsa. Eran cartas de pésame de algunos compañeros de Elf, nos explicó. Y de fans. Vaya, eso sí que es un árbol.

Será mejor que no te acerques mucho, le advirtió Nora. Estaba poniendo ya la mesa. Probamos el vino italiano de Claudio y brindamos por la Navidad, por el nacimiento de un pequeño Salvador (estamos a la espera), por la familia, por Elfrieda.

Bueno, vamos a la mesa, dijo mi madre. Claudio nos preguntó cómo estábamos y le dijimos que bien. ¿Cómo lo llevaba él? Seguía conmocionado, reconoció. Había creído realmente que la música conseguiría salvarle la vida. Bueno, dijo mi madre, es probable que lo hiciera mientras estuvo viva.

Nos contó que un tipo llamado Jaap Zeldenthuis había sustituido a Elf en la gira.

No es Elfrieda von Riesen, pero creo que lo hizo bastante bien teniendo en cuenta el poco tiempo que tuvo para prepararse, nos contó. Los críticos

habían señalado ciertos caprichos rítmicos en su actuación, un punto díscolo. Pero era normal, Jaap había tocado con jet lag. Me alegró la necrológica de Elfrieda que publicó el *Guardian*. Me gustó porque hablaba de lo especial que era su forma de tocar, del color, de esa calidez que tenía, y no solo de lo típico sobre su constancia y su disciplina. La del *Bild* estaba también bien, muy bonita, y la de *Le Monde*. Me molesta que los demás periódicos le dieran tanto peso a sus problemas de salud, una necrológica no debería ser otro artículo de portada sensacionalista. ¿Las visteis?

Mi madre hizo un sonido de desdén. Puffft. No, no, dijo. Antes sí leía esas cosas, pero ya no.

Yo sí las he leído, dije, y estoy contigo.

Se hizo un silencio cargado en la habitación. Nos quedamos un rato mirando al árbol y luego Claudio nos dijo tengo que deciros que entre los regalos hay una grabación del último ensayo de Elfrieda. Nos contó que ese día mi hermana había dado la mejor actuación de su vida, que se había superado, como si no hubiera barreras físicas entre ella y el piano y hubiese podido expresar a voluntad sus emociones, y que cuando terminó toda la orquesta se puso en pie y estuvieron aplaudiéndole cinco minutos. Elfrieda enterró la cara entre las manos y lloró, y luego la mitad de los músicos lloraron también, y ahora Claudio lloraba mientras nos lo contaba. Le dimos las gracias por contarnos esa historia, y por el vídeo, y le prometimos que lo veríamos. Las tres lo abrazamos en la puerta y él tuvo que cogerse de la barandilla. No quería irse.

Lo siento, dijo. Han sido tantos años.

Le sacamos Kleenex. Dejó de llorar y luego volvió a empezar. Por fin soltó la barandilla y nos despedimos. Tuve la sensación de que era la última vez que nos veíamos. Me acordé de cuando descubrió a Elf, allí sentada en el callejón detrás del auditorio, con su vestido negro largo, su chaqueta militar, llorando, aplastando el cigarro contra el asfalto, con solo diecisiete años.

Esta Navidad no me apetece alegría forzada, dijo Nora, como si hablara de una comida. Vale, entonces solo tomaremos un cachito, le respondí. Me acordé de Elf estampando la cabeza contra la pared del baño aquel día de Navidad cuando éramos pequeñas. No puedo, me había dicho.

Nic llegó a última hora de un jueves. Lo vimos delgado. Habíamos adelantado nuestras Navidades para que Will pudiera irse luego con su nueva novia, Zoe, a pasar unos días con la familia de ella en un resort en México y para que Nic pudiera pasarlas también con su familia en Montreal. Zoe viajaba a todas partes con su acordeón. Nos tocó algunas canciones tristes pero a la vez muy divertidas. El acordeón es el mejor instrumento para las ocasiones tristes porque es al mismo tiempo melancólico y bonito y torpón y ridículo. Se había hecho un tatuaje nuevo que me recordó al que yo estaba intentando quitarme. Ya se me había olvidado y no era más que un borrón azulito en el hombro, como un ligero cardenal. Durante la cena hablamos de

los secretos. Les conté a todos lo buena que era Elf guardándome secretos. Era una tumba. Los demás se me quedaron entonces mirando como diciendo ¿ah, sí? ¿Y qué secretos son esos?

Mi madre nos contó una historia con el postre. Nos dijo que ella también tenía un secreto y que a lo mejor nos lo contaba. Nos quedamos todos intrigados. Yo especialmente.

¿Vas a decirme quién es mi verdadero padre?, pregunté.

Sí, eso estaba yo pensando… No, es sobre un libro. Mi hermana Tina tenía diecinueve años y estaba leyendo *Por quién doblan las campanas* y resulta que un día se lo cogí para hojearlo y ella me dijo que no, no, este libro no lo puedes leer tú, no es para ti. Así que lo dejé y ahí quedó la cosa.

¿Cuántos años tenías tú?, preguntó Nora.

Quince, como tú ahora, dijo mi madre. Así que un día que estaba enfadada con Tina por alguna pamplina, se la tenía jurada no sé por qué, aproveché que no estaba en casa y vi el libro encima de su cama, lo cogí y me lo leí de una sentada.

Uau, dijo Will, eso sí que fue darle una lección.

En realidad nunca se lo dije pero madre mía qué bien me sentó. ¡Y qué perversa yo!

¿Y qué te pareció el libro?, quiso saber Nic.

Ah, pues me encantó. Aunque los pasajes de sexo me parecieron una tontería bien gorda.

Bueno, dije, es que tenías solo quince años. (Miré de reojo a Nora, que me hizo una mueca).

Sonreímos. Nos comimos el postre.

¿Te habría gustado decírselo?, le pregunté.

Ja, dijo mi madre, no lo creo.

VEINTE

Esa mañana temprano Will y Zoe habían salido para Ciudad de México y Nic para Montreal. Nora estaba hablando con Anders por Skype, que había vuelto a Estocolmo por Navidades. Yo estaba leyendo en el salón de mi madre, un libro que me había regalado Will y que se titulaba *Cuadernos de la cárcel.* Lo dejé en el suelo y me levanté para llamar a Julie a Winnipeg. Mi madre estaba haciendo unos ruidos extraños. Estaba tendida en el sofá, al lado del árbol. Tenía la respiración distinta. Era superficial y echaba el aire por la boca como un deportista después de un esfuerzo. Estaba muriéndose. Llamé a la ambulancia y allá que nos fuimos al hospital. Al final volvieron a salvarle la vida aporreándole el pecho y chutándole nitroglicerina y otras potentes sustancias químicas que zumbaron por las contumaces venas de mi madre y le aliviaron el corazón saturado de tanto trabajar.

¡Uau!, dijo. Échale hilo a la cometa, les dijo a los auxiliares de la ambulancia, y uno se lo hizo repetir para poder contárselo a sus amigos.

Todo me resultaba terriblemente familiar, las camillas en Urgencias…, aunque el suyo era un caso de Cardio, no de Psiquiatría, así que el personal no me sermoneó, no había ninguna enfermera exigiéndole con su superioridad moral que hiciera el favor de comportarse. Llegó Nora. Nos quedamos cada una a un lado de mi madre, que estaba tendida tras una cortina marrón, enganchada a máquinas y goteros, durmiendo. Cuando se despertó, dijo vaya mala pata. ¡Y encima en Nochebuena! Nos contó que había soñado con Amelia Earhart.

¿La aviadora? ¿Y qué le pasaba?, quiso saber Nora. ¿Has resuelto el misterio de su desaparición en el sueño? Nos haríamos famosas.

Mi madre nos contó que en su sueño un hombre le decía que Amelia Earhart era su persona desaparecida favorita. Lloró solo unos segundos. Nos susurró que lo sentía, por estar allí en Navidad, igual que Elf le había pedido perdón a mi tío por estar en Psiquiatría. La cogimos de las manos y le contestamos que bah, qué más da, qué más da. Nora le dijo que ya lo celebraríamos con los ucranianos no sé qué día de enero.

Amy, la vecina de al lado, apareció con una cesta de comida, vino, servilletas de tela, platos de porcelana bonitos y cubiertos de plata. Hicimos nuestra Nochebuena en urgencias con todo puesto encima de la barriga de mi madre. Nos hizo de mesa. Siempre ha sido nuestra mesa. Nora le quitó con cuidado la mascarilla del oxígeno para que pudiera darle un sorbo al vino. La enfermera había dicho que un sorbito porque es Navidad, pero mi madre le dio dos. Dos tragos largos. Bebimos champán en vasos de muestras y brindamos una vez más por una versión ambulante de nosotras mismas y por la benévola enfermera que venía y sonreía y por Elf y mi padre y mi tía Tina y mi prima Leni. Cantamos «I Wonder As I Wander», el villancico favorito de mi

madre.

Nora y yo nos quedamos hasta que mi madre se durmió y luego nos fuimos a casa. Me salí a la terraza de la segunda planta en plena noche y vi cómo nevaba sobre el foso.

Al día siguiente fui a ver a mi madre al hospital. Ya se había hecho amigos, había estado sacándose de la manga anécdotas alocadas tras la cortina marrón para divertimento de sus compañeros de cuarto, y por lo visto Santa Claus también había pasado por allí. Mi madre siempre estaba muriéndose, al menos una vez al año. Ha hecho bolos como comediante en un montón de salas de urgencias, desde Puerto Vallarta hasta El Cairo pasando por Winnipeg, Tucson o Toronto.

Deja todo eso en la silla y ponte aquí a mi lado, me dijo. Se colocó con cuidado la novela policíaca abierta bocabajo sobre el pecho para no perder la página. Te quiero decir una cosa, me dijo cogiéndome de la mano. Me la aferraba con fuerza y calidez, como hacía Tina.

Ya lo sé, le dije. Que me quieres y que te he traído muchas alegrías.

No, dijo, te quiero decir otra cosa.

Era el día de Navidad. Llamé a Julie. Feliz Navidad, le dije.

Igualmente.

Era la primera vez en la vida de ambas que estábamos solas el día de Navidad. Dijimos ¿en serio? ¿Será posible? Era posible. Sus niños estaban con su ex, el padre, y Will estaba con la familia de su novia en México y Nora en casa de Dan. Por fin había vuelto de Borneo. Y mi madre estaba en el hospital. ¿Nos tomamos una copa mientras hablamos por teléfono?, me sugirió mi amiga.

¿Y sufrir su pernicioso efecto?, dije. Estaba citando a nuestra maestra de catequesis, la Maestra Cadáver. La mujer había rezado, muy especialmente por Julie y por mí, para que recobráramos la sensatez y dejáramos de irnos a jugar a los matorrales con unos niños franceses. No podíamos parar. Nos lo pasábamos demasiado bien. ¡No pensábamos parar! Nuestra antigua maestra de catequesis nos dijo que nos quería pero que Dios nos quería aún más. Nosotras le respondimos que tendría que esforzarse aún más. Ella nos contó que las mujeres pecaminosas adornaban sus cuerpos en lugar de sus almas. ¿Entonces es mejor que vayamos desnudas?, preguntó Julie. Cuando la mujer se fue a buscar Kleenex, mi amiga y yo nos escapamos por la salida de emergencia. El último escalón de la escalera de incendios quedaba casi dos plantas por encima del suelo y tuvimos que saltar hasta abajo. Nos encantó que luego nos dolieran a rabiar las plantas de los pies.

Pasamos el rato cada una en su salón bebiendo whisky escocés y hablando y escuchando. Brindemos por algo, por tanta maravilla, dije. Sí, dijo Julie, por este carrusel disparatado. Levantábamos la copa y la entrechocábamos con el teléfono. Eres la persona más fuerte que conozco, le dije. No añadí que creía que ella sí estaba hecha de la pasta que hacía falta para suicidarse. Estaba

intentando refrenar mis creencias y cambiar mi vara de medir el éxito.

¿Se te hace insostenible?, me preguntó.

Qué va, dije. Míranos ahora mismo.

Bueno, eso es verdad.

¿De quién habías dicho que era el cumpleaños?

Del niño hippie ese, dijo Julie.

Pues se ve que este año no nos han invitado a la fiesta. Ambas estuvimos de acuerdo en que de todas formas no habríamos ido. Deberíamos convertirnos al judaísmo.

¿Te acuerdas del tipo ese de la puerta del 7-Eleven de Corydon Street?, me preguntó.

Allan, dije. (En otros tiempos Allan había tocado el chelo como los ángeles y había estado a punto de convertirse en todo un prodigio y estudiar en la Juilliard School hasta que se pegó un porrazo en la cabeza con el salpicadero del coche al chocarse con una hormigonera en una carretera cubierta de hielo negro y ahora está siempre solo a las puertas del 7-Eleven de Corydon pidiendo muy amablemente a la gente que le dé alguna moneda. Sigue siendo muy guapo. Parece algo ido pero tiene los ojos muy brillantes, el blanco superblanco y el azul superazul, como islas griegas. Habla entre dientes y a veces parece estar riéndose de todo como si acabaran de darle una fiesta sorpresa. No sabemos quién lo cuida).

Pues el otro día soñé que me acostaba con él, me contó Julie. Y yo le proponía ser su novia, llevármelo a casa y cuidar de él, pero él no quería. Fue muy tierno conmigo y no quiso herir mis sentimientos. Me enseñó las ampollas que tenía de las cuerdas del chelo, que no se le quitaban nunca. Me preguntó sin embargo si podía pedirme prestados unos mitones calentitos, era lo único que quería.

¿Te sentiste rechazada?, le pregunté.

Pues sí, un poco. También quería cepillarle el pelo, lo tenía muy enredado. Y lavárselo.

Julie y yo hablamos horas y horas, toda la noche hasta la mañana del día 26. Nos alegramos mucho de que se terminara la Navidad. Entonces por fin tuvimos algo por lo que brindar.

Querida Elf:

Tía Tina me dijo en cierta ocasión que un día estaría andando por la calle y sentiría de pronto que me sobrevenía una ligereza, que sentiría como si pudiera seguir andando toda la eternidad, una especie de fuerza mágica, y que eso significaría que me habían perdonado. Ojalá te hubiera llevado a Zúrich. Lo siento. Tía Tina me dijo que algún día estaría volando y ni siquiera me habría dado cuenta.

¿Te he contado lo de mamá en el hospital? Creo que sí. Ya está bien, una vez más, por un tiempo. Viví un momento un tanto bochornoso en el hospital que no le he contado a nadie. Estando todavía en urgencias, mamá me cogió de la mano –ya sabes esa manera que tiene ella, que casi duele y parece un capo de la mafia intentando ser amable– y me dijo que tenía que decirme una cosa. Yo me imaginé

que era seguro lo que siempre nos dice cuando está muriéndose en urgencias, que me quiere, que le he dado muchas alegrías en esta vida y todo eso, pero en cambio me susurró que tenía que dejar de emborracharme y de llamar al hospital de Winnipeg. Me contó que había estado siguiéndome la pista –por fin tantos años de leer policíacas han dado sus frutos– y que se había dado cuenta de que salía todos los días a primera hora de la noche para ir a Vinolandia, o como quiera que se llamen aquí las licorerías, y me compraba una bolsa llena de alcohol y volvía a casa y me lo bebía todo yo sola escuchando canciones de Neil Young que me recuerdan a ti hasta sumirme en un arrebato de pena y rabia para luego dedicarme a gastar bromas telefónicas al hospital de Winnipeg cuando los llamo y les pregunto si puedo hablar contigo y luego me hago la incrédula total cuando me dicen que no estás.

Todo esto me lo dijo cogiéndome de la mano muy fuerte todo el rato y clavándome la mirada para que no me escapara y me dio mucha vergüenza; me sentí débil, tonta y loca. Y me puse a llorar y a asentir y a decir lo sé, tengo que parar, lo siento mucho. Y lloré y lloré. En realidad ella no sabe lo que les digo a los del hospital, solo sabe que los llamo a menudo porque ha abierto las facturas del teléfono y ha visto todos esos números de Manitoba –es lo malo de vivir con tu madre, Elf, otro problema del que te vas a librar– y luego solo ha tenido que encajar las piezas. Me preguntó si estaba intentando convertirme en el fantasma del hospital, lo que me pareció una forma muy interesante de describirlo, y le dije que no sabía qué estaba haciendo, que no importaba, que lo sentía, que no iba a hacerlo más. Luego aunque era ella la que estaba muriéndose y enganchada a todos esos cables y enchufes y chismes me atrajo a su abrazo gigante de oso y me meció como si fuera un bebé desde su posición horizontal en su camita blanca y yo me quedé medio encaramada encima de ella sollozando y con el bolso que no paraba de escurrírseme hombro abajo. Me tenía rodeada con los dos brazos. Me hice a la idea de que ella eras tú y papá y Leni e incluso Dan, toda la gente que he perdido por el camino, y luego me susurró cosas, sobre el amor, sobre la bondad, el optimismo y la fuerza. Y sobre ti. Sobre nuestra familia.

Sobre cómo podemos luchar todos a muerte, pero a la vez podemos reconocer la derrota y dejar de luchar y llamar a las cosas por su nombre. Le pregunté qué se podía hacer cuando algo no tenía nombre, y me dijo que a veces hay cosas así en la vida, cosas que no tienen nombre, y que podemos dejarlas así sin más. Y yo le dije pero es que yo soy escritora, me cuesta mucho no poder llamar a las cosas por su nombre, y ella me contestó que lo entendía, que a ella también le gustaba resolver misterios, bien lo sabía Dios, y que le gustaba relacionar las palabras con los sentimientos. Le dio un toquecito a la novela policíaca que tenía sobre el pecho, protegiéndole el corazón, y que a pesar de tanto abrazo no se había movido ni un ápice. Me contó que el cerebro está hecho para olvidar cosas conforme seguimos viviendo, que los recuerdos están pensados para desvanecerse y desintegrarse, que la piel, tan protectora al principio porque debe resguardarnos los órganos, acaba holgándose –porque ya los órganos tampoco están para tirar cohetes– y las cosas afiladas se vuelven romas, y que deshacerte del duelo duele tanto o más como el duelo en sí. Supone despedirse, supone irse a Róterdam cuando no esperabas ir y no

tienes manera de decirle a nadie que vas a estar fuera un tiempo.

Bueno, el caso es que he parado con las llamaditas al hospital, supongo que te aliviará saberlo. Acuérdate de la vez que me pareció que era una pasada ir al colegio con una media de mamá puesta en la cabeza y tú me susurraste al oído cuando salías de la casa: Veleti, no pierdas el norte. No tienes ni idea de la cantidad de veces que me vienen a la cabeza esas palabras. Básicamente es lo que intentaba decirme mamá en el hospital.

Y por supuesto se ha recuperado, como hace siempre, y para celebrarlo nos hemos ido las tres de viaje a Nueva York para ver a Will y a Zoe. Nos llevaron al MOMA, a una performan- ce en la que todo el mundo estaba desnudo y pasándolo mal. Una de Marina Abramović. Era la comidilla del momento. Todos los culturetas allí apiñados en una sala preguntándonos cómo llegar a la siguiente. Solo se podía pasar por un umbral muy estrecho, pero había dos personas desnudas sufriendo, de pie cara a cara en el umbral, así que teníamos todos que turnarnos para pasar apretujados entre ambas. Nadie hizo amago de intentar pasar. Los niños y yo perdimos de vista a mamá, que estaba dando vueltas viendo cosas. Nos quedamos los tres hablando entre susurros de algunos famosos que veíamos en la sala. Nora los conocía a todos, eran diseñadores de moda y actores, pero a Will y a mí no nos sonaban de anda. Estaba todo el mundo apiñado, cada vez más nervioso, y murmurando y queriendo entrar en la siguiente sala pero preguntándose cómo pasar por la puerta. Entonces Will dijo mirad, ahí está la abuela, y miramos por el paso estrecho donde estaban el hombre y la mujer desnudos frente a frente. Todavía no había pasado nadie. Y entonces vimos a mamá con sus pantalones de pana morados y su cortavientos al lado de la puerta con los brazos en jarras. Qué fuerte, dijo Nora, va a pasar. Mi madre entró de lado por la apertura rozándole el pene al hombre con la barriga. Luego se paró en medio, justo entre el hombre y la mujer, no se dio ninguna prisa, estaba saboreándolo. Miró hacia arriba, a la cara del hombre desnudo, a los ojos, y él estaba sin expresión alguna, y ella le sonrió y asintió. Estaba saludándolo, educadamente. Luego no sé cómo se dio la vuelta en ese pequeño espacio para mirar a la mujer de frente y también la miró a los ojos, le sonrió y la saludó con la cabeza y luego nos miró a todos los que estábamos allí en la primera habitación, sonriéndonos y como diciéndonos venga, gente, vamos allá, seguidme, y allá que fue y luego los demás fuimos siguiéndola uno a uno.

En nuestro último día en Nueva York mamá nos invitó a todos a comer un filete gigante en un asador que hay en Brooklyn, cerca de donde viven Will y Zoe. Era tarde y estaba muy oscuro cuando salimos del local. Fuimos cantando mientras volvíamos andando. Intentamos recordar todas las cosas que la madre va a hacer por su bebé que está llorando en la nana del ruiseñor. Al final conseguimos recordarlas todas. Nora, mamá y yo íbamos cogidas del brazo y Nora cantó la canción de Weepies «Somebody Loved». Will llevaba a Zoe a caballito e iba haciendo eses por la acera y ella se reía y rebotaba de arriba abajo y se le perdió una chancla y tuvimos que volver sobre nuestros pasos en la oscuridad, lo que supongo que vendría a ser el sentido de la vida.

A veces irrumpe un pitido de tren en el silencio del día. Esos acordes disonantes que

me recuerdan a cuando aporreabas lastimeramente las teclas si yo la cagaba pasándote las páginas. ¡Espera al último compás, cerebro de mosquito! Tenemos unas vías que pasan cerca de casa. A veces oigo las ruedas traqueteando en los carriles. A veces siento el temblor del suelo. Es reconfortante. Es un saludo o una despedida en condiciones. Mamá lo vería bien. Ya sabes cómo es con lo de saludar y despedirse.

Acuérdate de nuestra vecina la señora Steingart (la que tú rebautizaste como Signora Giovanna) en medio de nuestro salón con los brazos en jarras mirando a nuestra madre con mala cara por no ser todo lo buena ama de casa que debía y a papá por no ser todo lo hombre que debía y a nosotras por no ser unas hijas todo lo normales que debíamos y que nosotros estábamos los cuatro cada uno a su aire, que si tumbados, sentados, tirados en el sofá con libros en la mano, pasando totalmente de su rapapolvo, y se fue de la casa hecha un basilisco y diciendo que no éramos más que personas de palabras, éramos una familia de palabras, y que algún día tendríamos que abrir los ojos. ¿A qué? ¿A nuestra casa desordenada? Ahora me ha venido la frase que soltó al salir: ¡Las palabras rompieron el saco! Recuerdo que ahí sí me quedé parada, puede que incluso levantara la vista del libro, pero fue por las palabras que utilizó para componer su amenaza y no por la amenaza en sí.

¿Te acuerdas de cuando a mamá le daba por nadar a contracorriente y hacer el muerto hasta a saber dónde, bien dentro del mar agitado, hasta que alguien se daba cuenta e iba en su rescate? ¿Qué significan las palabras, Elf? ¿Todas las cosas o ninguna? No es posible que solo signifiquen *algunas cosas*. Por cierto, por fin le he dado una oportunidad a tu querido D. H. Lawrence. ¿Te acuerdas cuando me expresaste tu incredulidad al enterarte de que yo no había leído *El amante de Lady Chatterley?* Hay que ver qué esnob eres a veces. Bueno, pues me lo he leído. Y sí, el sexo está muy bien. Yo también voy a intentar hacer un hueco en mi apretada agenda entre el punto de cruz y el arreglo floral para visitar a ese hombre del bosque. Me pregunto si no sería Frieda la que escribió esas partes por él y luego tuvo que cerrar el pico mientras él amasaba fama y vivía en hoteles pijos de Francia con chicas hippies. Bueno, el caso es que tienes razón en lo del primer párrafo. Quiero que alguien me lo proyecte en la fachada de la casa con unas letras enormes hechas con luces y sombras. Y si parpadean un poco, mejor que mejor. Y por supuesto desaparecían con el sol porque es lo que pasa con todo. Y quedaría perfecto.

«La nuestra es una época esencialmente trágica, por eso nos negamos a tomarla trágicamente. El cataclismo ya ha ocurrido, nos encontramos entre ruinas, comenzamos a construir nuevos y pequeños lugares en que vivir, a tener nuevas y pequeñas esperanzas. Es un trabajo duro: no tenemos ante nosotros un camino llano que conduzca al futuro, pero evitamos o superamos los obstáculos. Tenemos que vivir por muchos que sean los cielos que hayan caído sobre nosotros».

Y gracias por guardarme todos los secretos. ¿Te acuerdas de la cabalgada a medianoche que lideré por el bosque para llegar al campamento de los niños? Te nombro la guardiana oficial de mis secretos.

Tú sabías que yo no tendría valor para llevarte a Zúrich, ¿verdad? Y también sabías que no ibas a venir a Toronto.

Te quiero, Elf, me tengo que ir ahora. Tengo que podar los arbustos que nos están comiendo el jardín. Están tan crecidos que para salir por el callejón de atrás tenemos que arrastrarnos sobre la barriga con la escopeta pegada a la cabeza y a mamá le cuesta un poco hacerlo todos los días antes de salir para hacer su ronda por Queen West.

Arrivederci, bella Elf!

P. S. He conocido a uno. Damos vueltas y vueltas por la ciudad hablando y echando partidas nocturnas de pimpón y lo primero que me contó sobre él fue que se había visto atrapado en un tiroteo en Nueva Jersey. Le habían pegado un disparo, mala suerte la suya, y murió en la ambulancia y resucitó en el hospital, volvió a morir y por fin resucitó del todo pero tuvo que estar desnudo metido en hielo dos semanas hasta que el corazón estuvo listo para reiniciarse. Me acompaña a casa todos los miércoles por la noche y me da dos besos cuando nos despedimos porque vivió un tiempo en París. A veces cuando estamos jugando al tenis salta la red y viene corriendo a darme también un beso. Tiene un acúfeno, lo que significa que la cabeza le vibra constantemente. También tiene la aorta dilatada. Lo primero que hace por la mañana es escribir en el portátil lo que ha soñado con una almohada encima de la cabeza. Ya es primavera, diría yo. Mamá está removiendo la salsa para la barbacoa que vamos a hacer y leyendo *El largo adiós* de Raymond Chandler. Julie ha llamado y la he puesto en altavoz para que la oyera también mamá. ¿Cómo van las cosas?, le he preguntado. Nos ha contado que Winnipeg está ya todo verde, como la región entera. Toda Manitoba está de un verde increíble. ¿Te acuerdas? ¿Y te acuerdas de la luz? ¿Y del calor? Y yo le he dicho que sí, que casi podía verlo. ¿Casi? No, he dicho, puedo. Lo veo. ¿Cómo puede estar tan verde?, me ha preguntado. He tenido que pensármelo unos segundos. He cerrado los ojos. Sí, he dicho, lo sé. Es un verde increíble. Ahora lo recuerdo.

Mi hermana y yo íbamos en un avión. Teníamos que escoger entre pollo o ternera, se nos había olvidado reservar de antemano el menú vegetariano para Elf, y estábamos bebiendo vino de las botellitas y leyéndonos la una a la otra el horóscopo de un viejo número de *People.* Ella llevaba puesta una gabardina de rayas, creo que de Marc Jacobs, y unos botines negros altos. Yo llevaba mis Converse de bota y un poncho corto nuevo. Cuando me puse el poncho para enseñárselo Elf dijo *Por un puñado de brazos.* Bueno, el caso es que nos habíamos quitado los abrigos y los ponchos para el vuelo y los habíamos metido en el compartimento superior. Ella llevaba unos vaqueros que eran color sangre de buey, o al menos eso ponía en la etiqueta, un rojo muy oscuro. Y los míos eran de un azul normal, algo aguados. Elf estaba cansada y me apoyó la cabeza en el hombro y se pasó casi todo el vuelo durmiendo y yo leyendo. En realidad no leí mucho pero lo intenté. Le olía el pelo a pomelo. El libro autoeditado que yo estaba leyendo o intentando leer era la genealogía de una familia rusa de la región de Odessa. Cuando el avión aterrizó, llegamos a

Zúrich.

Elf se despertó y sonrió somnolienta y le dije ya hemos llegado. Me preguntó qué tal el libro y le dije que bien, muy detallado y lleno de nombres que solo ella sabría pronunciar. Fuimos al hotel en taxi y dejamos las cosas en la habitación antes de andar unas cuantas manzanas para llegar a un restaurante muy bueno que nos había recomendado la recepcionista. Antes de entrar nos hicimos fotos mutuamente en un puente. Le pedimos a un hombre que justo pasaba por allí que si nos podía sacar una foto juntas y nos hizo tres o cuatro para asegurarse de que alguna salía bien. Nos preguntó si estábamos de vacaciones. Le dijimos que estábamos de hermanas.

En la cena Elf me contó historias de sus viajes por Europa, cuando era una joven prodigio. Yo le conté algunas mías. Al principio nos reímos mucho, algo nerviosas, pero al final las dos nos relajamos y solo nos reíamos cuando algo tenía gracia. Yo comí un montón, venga a pedir platos. Elf no comió tanto pero le gustó el pan caliente que no paraban de traernos en una cestita de mimbre. Me acuerdo de que le pedí perdón por tener las uñas sucias y ella me dijo que no pasaba nada y que además últimamente yo había estado trabajando muy duro. Cuando lo dijo solté una lagrimita y vino a mi lado de la mesa y me dio un abrazo. Algunos comensales de otras mesas nos vieron abrazadas y sonrieron.

Pedí otro postre y café. Al final nos dijeron que iban a cerrar. Volvimos lentamente al hotel cogidas del brazo como muchachas de otra época y nos tendimos juntas en la enorme cama blanca.

¿Te acuerdas del eclipse solar aquel que vimos?, le pregunté. Viniste a mi colegio y me sacaste a rastras de la clase de lengua del Gunn para que lo viese contigo.

Sí, me contestó. Hacía mucho frío.

Bueno, es que era invierno y nos tumbamos en la nieve. En medio del campo.

Con caretas de soldar, ¿no?

Sí. ¿De dónde las sacaste?

No me acuerdo. Supongo que de alguno que conocía del pueblo.

¿No fue alucinante?, le pregunté.

¿El eclipse? Sí, es verdad. El camino de la totalidad.

¿Cómo? ¿Se llamaba así?

Sí, ¿no te acuerdas de lo que dijo papá? Bajó la voz. El camino de la totalidad pasó por encima de Manitoba a primera hora de la tarde.

Ah, es verdad, ¿te refieres a cuando lo dijo en un tono muy serio?

Qué bueno fue. Se rio.

Se supone que no volverá a pasar hasta dentro de mil quinientos años o así.

Entonces me parece que me lo voy a perder, dijo Elf.

Ya, me parece que yo también.

A lo mejor no. Quién sabe…

En el techo sobre la cama había una claraboya y se veían las estrellas. Elfie me cogió de la mano. Me la puso encima de su corazón y lo sentí latir fuerte y

estable. Tenía la cita a la mañana siguiente temprano. Elf decía que era como casarse o hacer un examen.

Es una tortura tener que esperar todo el día, dijo. Mejor levantarse, ducharse y ya.

Agradecimientos

En lo que se refiere al proceso de escritura de *PDSI,* le estoy profundamente agradecida a mi agente, Sarah Chalfant, y a mi editora, Louise Dennys: no se puede ser más profesional. Bravo. Muchas gracias a mis amigas de toda la vida, Carol Loewen y Jacque Baskier, que siguen salvándome la vida y a las que este agradecimiento les parecerá absurdo. (Y a Winnipeg, la ciudad de mis sueños). A mis amigos de Toronto por haberme acogido como lo han hecho. ¡A los Rutherford por haberme abrazado en bloque! A mis hijos (ya sabéis todos quiénes sois…, no hay más, no os preocupéis, ja), que se niegan a parar de hacerme ver las tonterías que hago. A mi madre, Elvira Toews, ¡Fuerza Viva de la Naturaleza! A Erik Rutherford por su lápiz afilado, sus innumerables lecturas y, sobre todo, por su amor incondicional. Y, por último, a mi bella hermana, Marjorie Anne Toews, genio cómico, añorada horrores.

1 En español en el original. [N. de la T.]

2 En inglés, *team* también designa al tiro de un carruaje. [N. de la T.]

3 De «341. Tras el dolor, llega la sensación formal–», *Poemas*, trad. de Margarita Ardanaz, Cátedra, Madrid, 2010. [N. de la T.]

4 Paul Valéry, «La durmiente», *Cármenes*, trad. de Pedro Gandía, Visor, Madrid, 2016. [N. de la T.]

5 Cesare Pavese, *El oficio de vivir*, trad. de Ángel Crespo, Seix Barral, Barcelona, 2003. [N. de la T.]

6 Richard Holmes, *Huellas. Tras los pasos de los románticos*, trad. de Guillem Usandizaga, Turner, Madrid, 2011. [N. de la T.]

7 Fragmento de *An essay in autobiography* de Boris Pasternak tal y como aparece citado en *El dios salvaje*, trad. de Marcelo Cohen, Emecé, Barcelona, 2003. [N. de la T.]

8 «Tresillo» en inglés. [N. de la T.]

9 D. H. Lawrence, *El amante de Lady Chatterley*, trad. de Andrés Bosch, rev. de Julieta Yelin, DeBolsillo, Barcelona, 2010. [N. de la T.]

10 En español e italiano respectivamente en el original. [N. de la T.]

11 Fernando Pessoa, *Libro del desasosiego*, trad. de Manuel Moya, Baile del Sol, Tenerife, 2014. [N. de la T.]

12 En francés y español en el original. [N. de la T.]

13 Philip Larkin, «Días», en *Las bodas de pentecostés*, trad. de Damián Alou, Lumen, Barcelona, 2007. [N. de la T.]

14 Goethe, *Poesía y verdad*, trad. de Rosa Sala Rose, Alba, Barcelona, 1999. [N. de la T.]

15 William Wordsworth, *Antología poética*, trad. de Antonio Ballesteros González, Cátedra, 2021. [N. de la T.]

16 John Clare, *Antología poética*, trad. de Eduardo Sánchez Fernández, Linteo, 2014. [N. de la T.]